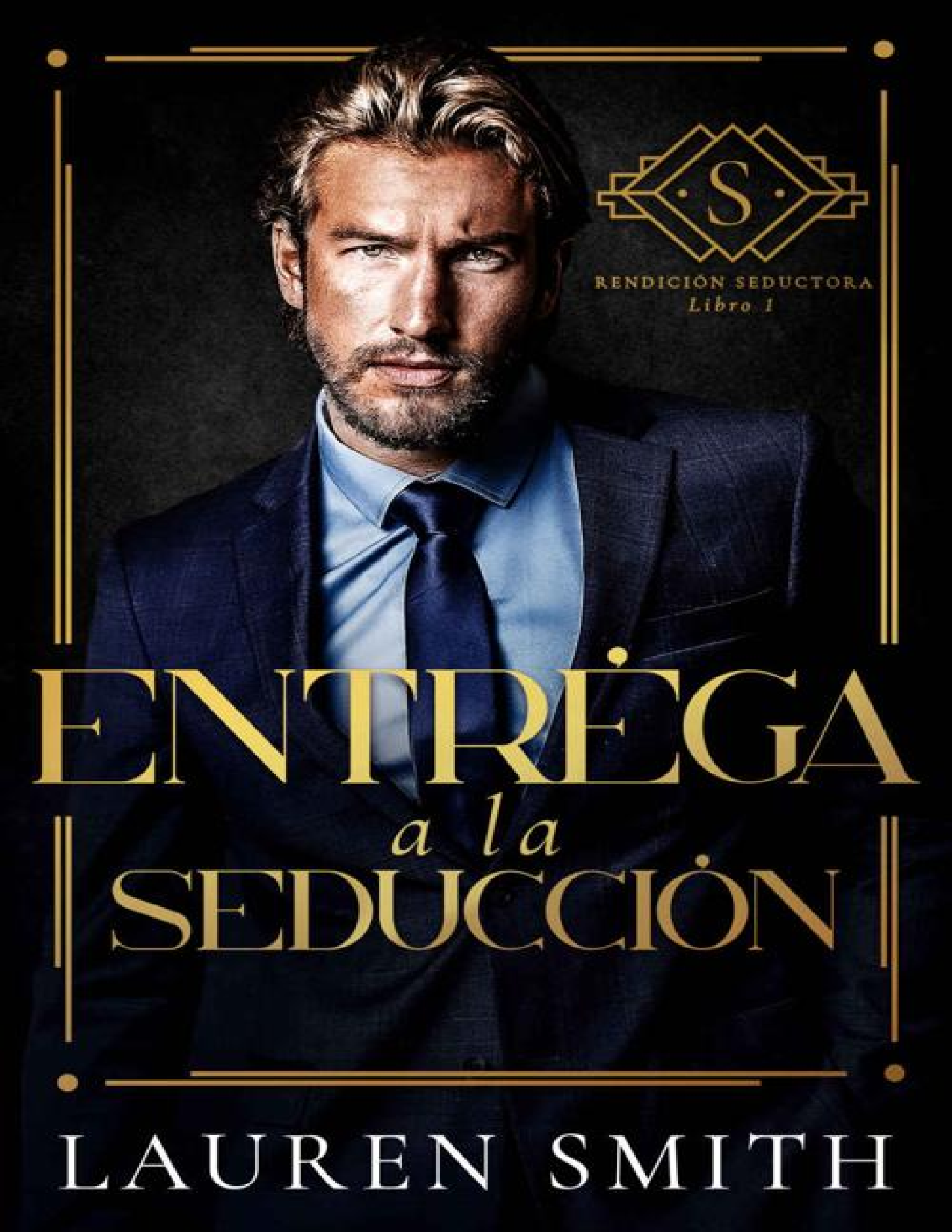
S
RENDICIÓN SEDUCTORA
Libro 1
ENTREGA
a la
SEDUCCIÓN
LAUREN SMITH

# Entrégate a la Seducción

Rendición Seductora

Libro 1

Lauren Smith

*Traducido por*

L. M. Gutez

# Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo

Entrégate a la Tentación
Acerca del Autor

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos o bien son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera figurada, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o escenarios, es mera coincidencia.

Copyright 2014 por Lauren Smith

Traducción hecha por L.M. Gutez

Copyright Traducción 2024

Todos los derechos reservados. De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, el escaneo, la transferencia y el intercambio electrónico de cualquiera de las partes de este libro sin el permiso del editor, representa un acto de piratería ilegal y un robo de la propiedad intelectual del autor. Si desea utilizar material de este libro (que no sea para fines de reseña), debe obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en lauren@laurensmithbooks.com. Gracias por su colaboración en la defensa de los derechos del autor.

El editor no es responsable de los sitios web (o de su contenido) que no sean de su propiedad.

ISBN: 978-1-962760-57-7 (edición libro electrónico)

ISBN: 978-1-962760-58-4 (edición papel)

# Capítulo Uno

Emery Lockwood y Fenn Lockwood, gemelos de ocho años, hijos de Elliot y Miranda Lockwood, fueron secuestrados de su residencia familiar en Long Island entre las siete y las ocho de la noche. El secuestro se produjo durante una fiesta de verano organizada por los Lockwood.

—*New York Times,* 10 de junio de 1990

*Long Island, Nueva York*

*Esto es absolutamente lo más estúpido que he hecho en mi vida.*

Sophie Ryder se bajó el dobladillo de la falda unos centímetros más. Seguía siendo demasiado corta. Pero no pudo haberse puesto algo modesto, según su estilo habitual. No en un club BDSM clandestino de élite en la Costa de Oro de Long Island. Sophie nunca había estado en ningún club, y mucho menos en uno como éste. Había tenido que pedir prestada la minifalda negra y el corsé rojo de encaje a su amiga Hayden Thorne, quien pertenecía al club y sabía lo que debía ponerse.

The Gilded Cuff. Era *el* lugar para los que disfrutaban de su perversión y podían permitírselo.

Sophie suspiró. El sueldo de una periodista no era suficiente para costear nada parecido a lo que vestía la gente a su alrededor y, sin duda, se sentía menos sexy con sus prácticos zapatos negros de tacón bajo con un poco de brillo en las puntas. La sensualidad se desprendía de cada una de las personas de la habitación cuando la rozaban con sus trajes de Armani y sus vestidos de Dior, y se mostró cautelosa a la hora de acercarse demasiado. Sus sofisticadas voces resonaban en las escarpadas paredes de piedra gris mientras charlaban y cotilleaban. Aunque le incomodaba la manera directa en que la gente a su alrededor se tocaba y se provocaba con miradas y ligeras caricias, incluso mientras esperaban pacientemente en la fila, una agitación de nerviosismo le recorrió el pecho y el abdomen. Por un lado, se debía a la química sexual de su entorno y, por otro, a la historia que marcaría su trayectoria profesional, si lograba encontrar a quien buscaba y salvarle la vida a tiempo. El director del periódico en Kansas para el que escribía le había dado una semana para publicar la noticia. Lo que no sabía era cuánto tiempo tenía para salvar la vida de un hombre que en este mismo momento se encontraba en algún lugar del club. Tragó saliva e intentó concentrarse.

Siguiendo a la multitud, se unió a la fila que conducía a un escritorio de madera de nogal con bordes dorados. Una mujer vestida con un traje gris a medida y una blusa de seda roja comprobaba los nombres de una lista con un bolígrafo de plumas. Sophie luchó por contener su pulso frenético y el revoloteo de mariposas rebeldes en su estómago cuando llegó finalmente al escritorio.

—¿Nombre, por favor? —la mujer la miró por encima de unas gafas con montura negra. Parecía una mezcla entre una bibliotecaria sexy y una abogada sensata.

Un destello de pánico recorrió a Sophie. Esperaba que su informante pudiera ayudarla. No cualquiera podía entrar

en el club. Tenías que ser referido por un miembro existente como invitado.

—Mi nombre es Sophie Ryder. Soy la invitada de Hayden Thorne —al mencionar el nombre de su nueva amiga, la otra mujer sonrió al instante, con una mirada cálida.

—Sí, por supuesto. Ella me llamó y me dijo que vendrías. Bienvenida a The Gilded Cuff, Sophie —cogió un pequeño folleto brillante y se lo entregó—. Estas son las normas del club. Léelas atentamente antes de entrar. Acude a mí si tienes alguna duda. También puedes acudir a cualquiera que lleve un brazalete rojo. Son nuestros vigilantes del club. Si te adentras demasiado y te entra el pánico, di la palabra "rojo" y eso hará que el juego o la escena se detengan. Es la palabra de seguridad común. Todos los Doms que estén en el interior deben respetar eso. Si no lo hacen, se enfrentan a nuestros vigilantes.

—De acuerdo —Sophie aspiró una bocanada de aire, intentando no pensar en qué tipo de escena la haría utilizar una palabra de seguridad.

Realmente era la cosa más estúpida que había hecho en su vida. El corazón le latía de manera errática mientras una oleada de temor la invadía. Debería irse… No. Tenía que quedarse al menos unos minutos más. Una vida podía peligrar, una vida que ella podía salvar.

—Sólo hay una cosa más. Necesito saber si eres una domi o una sum —la mujer pasó la punta de pluma del bolígrafo por debajo de su barbilla, considerando a Sophie, analizándola.

—¿Domi o sum? —Sophie conocía las palabras. Dominatriz y sumisa. Solo otra parte del mundo BDSM, un estilo de vida del que sabía muy poco. Sophie definitivamente no era una domi. Las Domis eran las Dominantes femeninas en una relación D/s. No tenía ninguna necesidad de azotar a su compañero de cama.

Le gustaba el control, sí, pero sólo cuando se trataba de su vida y de hacer lo que necesitaba hacer. ¿En la cama?

Bueno… siempre le había gustado pensar que un hombre agresivo era aquel que conseguía lo que quería y le daba a ella lo que necesitaba. Nunca había tenido un hombre así. Hasta ahora, cada encuentro en el dormitorio había sido una impresionante lección de decepción.

De repente, la mujer volvió a sonreír, como si hubiera estado al tanto de los pensamientos íntimos de Sophie.

—Definitivamente no eres una domi —las comisuras de sus labios se crisparon de diversión—. Tengo la sensación de que disfrutarías de un compañero *agresivo.*

*¿Cómo demonios?* Sophie se estremeció. El destello de una imagen provocativa, un hombre inmovilizándola contra el colchón, penetrándola sin piedad hasta hacerla estallar de placer. El calor inundó su cara.

—Ahh, ahí está la sum. Ten, coge esto —la mujer capturó las muñecas de Sophie y colocó un par de esposas de cuero flexible alrededor de cada muñeca. Cosida al cuero, una cinta de satén rojo recorría cada esposa. La mujer del mostrador no unió las muñecas de Sophie, sino que se aseguró de que tenía las esposas listas para ser atadas en caso de que encontrara a un compañero dentro. El contacto de las esposas alrededor de sus muñecas le produjo una oleada de excitación. ¿Cómo era posible sentirse ya atada y atrapada? La limitaban, pero no le cortaban la circulación, como si llevara una gargantilla ajustada. Quiso tirar de las esposas como lo haría con un collar estrecho, porque no estaba acostumbrada a la restricción.

—Estas esposas indican a los doms en el interior que eres una sum, pero que no has sido reclamada y que eres nueva en este estilo de vida. Otras sums llevarán esposas, otras no. Depende de si están actualmente conectadas con un Dom en particular y si ese Dom desea mostrar una posesión. Como no estás con nadie, las esposas rojas indican a todos que eres nueva y que estás aprendiendo el estilo de vida. Sabrán que tienen que actuar con suavidad y

pedir permiso antes de hacer o intentar algo contigo. Los vigilantes no te perderán de vista.

El alivio recorrió a Sophie. Gracias a Dios. Sólo estaba aquí para conseguir una historia. Parte de su trabajo consistía en obtener información de cualquier manera, sin importar lo que hiciera falta. Pero no estaba segura de estar preparada para hacer lo que suponía que ocurría detrás de las pesadas puertas de roble. Aun así, para la historia, probablemente tendría que hacer algo fuera de su zona de confort. Esa era la naturaleza de escribir sobre historias criminales. Por supuesto, esta noche no se trataba de un crimen, sino de una víctima; y esta víctima era la respuesta a todo lo que había esperado averiguar durante años. Y estaba segura de que él estaba en peligro.

Cuando había acudido a la policía local con sus sospechas, la habían ignorado y la habían echado con las promesas habituales de que vigilaban de cerca a su comunidad. Pero ellos no veían patrones como ella. No habían leído miles de artículos sobre crímenes y notado lo que ella hacía. En algún lugar dentro de este club, la vida de un hombre peligraba y ella lo salvaría y conseguiría la historia del siglo.

—Las esposas, por favor —un hombre considerablemente musculoso le cogió las muñecas cuando ella se acercó a la puerta que conducía al interior del club. Vestía un traje costoso con un brazalete rojo en el bíceps, pero su atuendo realzaba, en lugar de ocultar, su auténtico poder robusto. Eso le sorprendió. Había esperado hombres vestidos de cuero negro y mujeres completamente desnudas, rodeadas de cadenas, látigos y todo el paquete.

El hombre le miró las muñecas y luego la cara.

—¿Conoces la palabra de seguridad, pequeña sum?

—Rojo.

—Buena chica. Entra y diviértete —la boca del hombre esbozó una amplia sonrisa, pero desapareció con la misma

rapidez. Ella le devolvió la sonrisa e inclinó ligeramente la cabeza al pasar junto a él.

Atravesó la puerta abierta y entró en otro mundo. En lugar de una mazmorra con paredes cubiertas de cadenas de hierro, Sophie descubrió que The Gilded Cuff era todo lo contrario de lo que había imaginado.

La música y la oscuridad dominaban el ambiente del club, envolviendo sus sentidos. Se detuvo bruscamente, con el corazón acelerado por un breve ataque de pánico al no poder ver nada a su alrededor.

Las mazmorras y los gritos que había esperado no estaban allí. ¿Esto era típico de un ambiente BDSM? Su investigación inicial la había llevado claramente por mal camino. No era propio de ella no estar preparada, y The Gilded Cuff ciertamente la sorprendió. Cada escenario que había planeado en su cabeza ahora parecía tonto e ineficaz. Este lugar y esta gente no se parecían en nada a lo que había imaginado y eso la asustaba más que las esposas. No estar preparado podía ser la causa de tu muerte. Era una lección que había aprendido por las malas y tenía cicatrices que lo demostraban. El folleto con las normas del club que le había dado la mujer del mostrador seguía en sus manos, y una ligera capa de sudor cubría la superficie brillante del papel.

*Probablemente debería haberle echado un vistazo. ¿Y si incumplo una norma por accidente?*

Lo último que quería era meterse en problemas o, peor aún, que la echaran y no poder terminar lo que había venido a hacer. Esta podía ser su *única* oportunidad de salvar al hombre que se había convertido en su obsesión.

Sophie se abrió paso a través de una amplia habitación bordeada de cortinas de terciopelo carmesí atadas con cuerdas que mantenían alejadas las miradas indiscretas de las grandes camas que había más allá cuando las cortinas estaban desatadas. Sólo los sonidos procedentes del otro lado de las cortinas indicaban lo que allí ocurría. Su cuerpo

reaccionó a los sonidos y se excitó a pesar de su intención de permanecer distante. En los alrededores, la gente descansaba en sofás de estilo gótico tapizados en brocado. De las paredes colgaban retratos antiguos, imágenes imperiosas de hombres y mujeres hermosos de épocas pasadas que miraban fríamente desde sus marcos. Sophie tenía la sensación de haberse adentrado en otro tiempo y lugar totalmente alejados de las acogedoras calles de la pequeña ciudad de Weston, en la costa norte de Long Island.

El lento ritmo de un bajo y los roncos canturreos de un cantante envolvieron a Sophie como una manta erótica. Como si estuviera en un oscuro sueño, las sombras en movimiento y la música la envolvían, y respiraba profundamente, acariciada por aromas a sexo y perfume caro. La conciencia del mundo exterior vacilaba, flotando en su mente como un espejismo. Alguien chocó con ella por detrás, intentando pasar a su lado para adentrarse en el club. El repentino movimiento la hizo volver en sí y salir del oscuro hechizo del club.

—¡Lo siento! —jadeó ella y se apartó del camino.

Cuando sus ojos se adaptaron a la tenue luz, los cuerpos se manifestaron en formas distorsionadas. Los sonidos de la exploración sexual eran un extraño complemento para la canción que estaba siendo interpretada. Un fuerte rubor inundó las mejillas de Sophie, calentando toda su cara. Sus propias experiencias sexuales habían sido torpes y breves. Los recuerdos de esas noches eran indeseados, incómodos y carentes de pasión. El simple hecho de revivirlas en su mente la hacía sentirse como una extraña en su propia piel. Levantó la barbilla y volvió a concentrarse en su objetivo.

Las esposas de sus muñecas la hacían sentirse vulnerable. En cualquier momento podía venir un dom, unirle las muñecas y arrastrarla a un rincón oscuro para mostrarle su verdadera pasión bajo su dominio. La idea hizo que su cuerpo cobrara vida de una forma que no había

creído posible. Ahora, cada célula de su cuerpo parecía anhelar un encuentro con un desconocido en este lugar de pecados y secretos. Recorrió los respaldos de los sofás de terciopelo con las puntas de los dedos, y la textura ligeramente áspera del tejido le hizo preguntarse cómo se sentiría contra su piel desnuda mientras se estiraba bajo un duro cuerpo masculino.

La opresiva oscuridad sensual que se deslizaba por los límites de su propio control era demasiado. Había una lámpara de luz tenue no demasiado lejos, y Sophie se dirigió hacia ella, atraída por la promesa de su comodidad. La luz era segura; se podía ver lo que ocurría. La oscuridad era lo que la ponía nerviosa. Si no podía ver lo que ocurría a su alrededor, era vulnerable. Apenas había luz suficiente para ver hacia dónde se dirigía. Necesitaba calmarse, recuperar la compostura y recordar por qué estaba aquí.

Su corazón latió violentamente contra sus costillas al darse cuenta de lo fácil que sería para cualquiera de los fuertes y musculosos doms del club deslizar una mano dentro de su corpiño y descubrir lo que había escondido allí, un objeto que se había convertido en algo muy preciado para ella en los últimos años.

Su mano se posó en la copia de una vieja fotografía. Sabía que sacarla supondría un riesgo, pero no pudo resistirse a la necesidad de echarle un rápido vistazo bajo la tenue luz.

Desplegó la foto con suavidad y frunció los labios mientras estudiaba el rostro del niño de ocho años que aparecía en ella. Era la foto de infancia del hombre que había venido a ver esta noche.

La foto en blanco y negro había sido portada del *New York Times* veinticinco años atrás. El chico iba vestido con harapos y tenía moratones en su cara angelical; sus ojos, afligidos miraban a la cámara. Un corte sangriento trazaba la línea de su mandíbula desde la barbilla hasta el cuello.

Con los ojos muy abiertos, se aferraba a una gruesa manta de lana mientras un policía le tendía la mano.

Emery Lockwood. El único superviviente del secuestro infantil más famoso de la historia de Estados Unidos desde el del bebé Lindbergh. Y esta noche se encontraba en algún lugar del The Gilded Cuff.

Durante el último año, ella se había obsesionado con la foto y había empezado a mirarla cuando necesitaba tranquilizarse. Su protagonista había sido secuestrado pero había sobrevivido y escapado, cuando muchos niños como él a lo largo de los años no habían tenido tanta suerte. A Sophie se le formó un nudo en la garganta, y fragmentos de cristal invisible se le clavaron en la garganta mientras intentaba deshacerse de sus propios recuerdos horribles. Su mejor amiga Rachel, el parque infantil, ese hombre de la furgoneta gris…

La foto estaba arrugada, con bordes desgastados. El desafío en el rostro de Emery la obligaba de una manera que ninguna otra cosa en su vida lo había hecho. La obligaba con una intensidad que la asustaba. Tenía que verlo, tenía que hablar con él y comprenderlo a él y a la tragedia a la que había sobrevivido. Temía que el hombre pudiera ser objeto de otro atentado y tenía que advertirle. Su muerte no sería justa, no después de todo lo que había sobrevivido. Tenía que ayudarlo. Pero no era sólo eso. Era la única manera de aliviar la culpa que ella había sentido por no poder ayudar a capturar al hombre que se había llevado a su amiga. Tenía que hablar con Emery. Aunque sabía que eso no le devolvería a Rachel, algo dentro de ella sentía que reunirse con él le pondría fin al asunto.

Con un forzado encogimiento de hombros, se relajó y se concentró en el rostro de Emery. Tras años estudiando casos de secuestro, había notado algo crucial en cierto estilo de secuestros, una tendencia de los depredadores a repetir patrones de comportamiento. Al empezar a indagar en el caso de Emery y leer los cientos de artículos e

informes policiales, ella lo había sentido. Esa sensación punzante en el fondo de su mente que le advertía de que lo que había empezado veinticinco años atrás aún no había terminado. No había podido salvar a Rachel, pero salvaría a Emery.

*Tengo que hacerlo.* Se lo debía a Rachel, se lo debía a sí misma y a todos los que habían perdido a alguien a manos de la oscuridad, del mal. La culpa la envolvía por dentro, pero cuando veía el rostro de Emery en esa fotografía, le recordaba que no todos los niños robados morían. Una parte de ella, una que enterró deliberadamente en su corazón, estaba convencida de que hablar con él, escuchar su historia, aliviaría las viejas heridas de su propio pasado que nunca parecían cicatrizar. Y, a cambio, ella podría ser quien resolviera su secuestro y lo rescatara de una amenaza que estaba convencida de que aún existía.

No era la mujer más audaz —al menos no de forma natural—, pero la búsqueda de la verdad siempre le proporcionaba ese nivel añadido de valentía. A veces tenía la sensación, cuando perseguía una historia, de que se convertía en la persona que debía ser, alguien lo bastante valiente como para luchar contra el mal en el mundo. No en la niña torturada de Kansas que había perdido a su mejor amiga a manos de un pedófilo a los siete años.

Sophie habría preferido realizar la entrevista en un lugar menos privado, preferiblemente con más ropa. Pero era casi imposible contactar con Emery; evitaba a la prensa, al parecer despreciaba sus esfuerzos por conseguir que contaran su historia. Ella no lo culpaba. Volver a contar su historia podría ser traumático para él, pero ella no tenía elección. Si lo que sospechaba era cierto, necesitaba los detalles que estaba segura de que él había ocultado a la policía porque podrían ser la clave para averiguar quién lo había secuestrado y por qué.

Ella había llamado a su empresa, pero en recepción se habían negado a transferirla con él, probablemente debido

a su norma de “nada de prensa”. Gracias a Hayden, sabía que Emery rara vez salía de la finca Lockwood, pero venía a The Gilded Cuff unas cuantas veces al mes. Ésta era la única oportunidad que tenía de contactar con él.

Emery dirigía la empresa de su padre desde una enorme mansión en la finca Lockwood, situada en los espesos bosques de la Costa de Oro de Long Island. No se permitían visitas y sólo salía de la casa en compañía de guardias privados.

Sophie volvió a guardar la foto en su corsé y miró a su alrededor, observando los rostros de los doms que pasaban junto a ella. En más de una ocasión sus miradas se posaron en las esposas de sus muñecas, evaluando posesivamente su cuerpo. Su rostro se ruborizó irremediablemente ante su escrutinio. Cada vez que establecía contacto visual con un dom, él fruncía el ceño y ella bajaba la mirada al instante.

*Respeto; debe recordar respetar a los doms y no hacer contacto visual a menos que ellos lo ordenen.* De lo contrario, ella podría acabar inclinada sobre un banco de azotes. El corsé parecía encogerse, dificultándole la respiración, y el calor la recorría de la cabeza a los pies.

Hombres y mujeres —sumisos a juzgar por las esposas que llevaban en las muñecas—, llevaban incluso menos ropa que ella mientras caminaban con bandejas de bebidas y vasos hacia los doms que estaban en los sofás. Varios doms tenían sums arrodillados a sus pies, con la cabeza gacha. Un hombre sentado en un sillón cercano la observaba con ojos caídos. Tenía una sum a sus pies, con la mano acariciando su larga melena rubia. La mujer tenía los ojos entrecerrados y las mejillas sonrojadas por el placer. Los ojos azul cobalto del dom la evaluaron, no con interés sexual, sino aparentemente con simple curiosidad, como un saciado león de montaña podría observar a un conejo rollizo cruzándose en su camino.

Sophie apartó los ojos del dom pelirrojo y su mirada envolvente. El club era casi demasiado para asimilarlo.

Collares, correas, algún poste con cadenas colgando y una cruz gigante, todo formaba parte del mundo de fantasía creado entre la ostentación y la decoración clásica.

Deslizándose entre cuerpos entrelazados y muebles caros, vio más cosas que la intrigaron. El club en sí era una gran habitación con varios pasillos que se separaban del espacio principal. Hayden le había explicado esa misma mañana la distribución del club. Había señalado que, independientemente del pasillo que atravesara, había que volver a la habitación principal para salir del club. Una práctica medida de seguridad. Una pequeña exhalación de alivio escapó de sus labios. ¿Hasta qué punto un hombre como Emery Lockwood llevaba ese estilo de vida? ¿Lo encontraría en una de las salas privadas, o formaría parte de una escena pública como las que estaba presenciando ahora?

Casi había cruzado la mitad de la habitación cuando un hombre la cogió por el brazo y la giró hacia él. Entreabrió los labios, dispuesta a gritar la palabra “rojo”, pero lo miró, se quedó inmóvil y el grito no pudo atravesar su garganta. Él le levantó las muñecas y tocó la cinta roja que rodeaba las esposas de cuero. Sus ojos grises eran plateados como la luz de la luna y mostraban un interés evidente. Sophie intentó zafarse de su agarre. Él la sujetó con fuerza. La excitación que había ido creciendo lentamente en su cuerpo destelló con frialdad y agudeza. Podía usar la palabra de seguridad. Lo sabía. Pero tras respirar hondo, se obligó a relajarse. Parte del trabajo de esta noche era pasar desapercibida, encontrar a Emery. No podía hacer eso si ella salía corriendo y pedía a gritos ayuda al primer contacto. Sería más inteligente dejar que esto se desarrollara un poco; tal vez podría presionar al dom para obtener información sobre Emery más tarde si no lo encontraba pronto. Para Sophie, no ser capaz de llegar a Emery era más aterrador que cualquier cosa que este hombre pudiera intentar hacerle.

—Veo tus esposas, pequeña sum. No voy a hacerte daño.

Su pelo rojizo le caía sobre los ojos, y sacudió la cabeza: poder, posesión, dominio. Él era la masculinidad en estado puro. Un dom natural. Era el tipo de hombre apuesto por el que ella habría suspirado de adolescente. Demonios, incluso ahora, a los veinticuatro, debería haber caído rendida a sus pies. Su mirada se clavó en ella. Una punzada de repentina aprensión provocó que el estómago se le revolviera, pero necesitaba encontrar a Emery e ir con este tipo podría ser la mejor forma de obtener información. Él tiró de sus muñecas, estrechando su cuerpo contra el suyo mientras la miraba ávidamente.

—Necesito una sub no reclamada para un concurso. Hoy es tu noche de suerte, cariño.

# Capítulo Dos

Elliot y Miranda Lockwood estuvieron presentes durante el tiempo en que se especula que ocurrió el secuestro. Los gemelos fueron vistos por última vez en la cocina por su niñera contratada Francesca Espina, de cincuenta y cuatro años, quien había llamado a los chicos a la cocina para cenar.

—*New York Times*, 10 de junio de 1990

Sophie apenas tuvo tiempo de protestar por la fuerte presión que el dom ejercía sobre su muñeca antes de que la arrastrara por la habitación hasta un grupo de personas que rodeaban un sofá pegado a la pared.

Podría haber dicho "rojo" y detener el juego que él pretendía llevar a cabo para poder seguir buscando a Emery, pero la palabra murió en sus labios. Una gran multitud de personas se volvió hacia ella, con un destello de diversión en sus ojos. El hecho de que la gente se concentrara en ella no la reconfortó lo más mínimo. Era una presa, para un supuesto concurso, en un club BDSM. Examinando las caras en busca de Emery, rezó para tener la suerte de encontrarlo. Si no, usaría su palabra de seguridad y se libraría del hombre y su "concurso".

Sosteniéndola, sonrió sombríamente a los espectadores.

—He encontrado una novata. Será perfecta.

Sophie volvió a sacudirse para liberar su muñeca y fracasó. Reprimió un jadeo ahogado cuando él le golpeó el trasero con la mano abierta. Su mirada se desvió a través de la multitud, intentando buscar la cara familiar de Emery. Tenía que estar por aquí. La mayoría de los miembros del club se habían movido para verla a ella y a este dom.

—Quédate quieta, inclina la cabeza —le ordenó.

Para su propia sorpresa, ella obedeció al instante; no porque se doblegara naturalmente ante cualquiera que la mangoneara, sino porque algo en su interior respondió al tono autoritario que acababa de utilizar. Parecía un hombre que disfrutaría castigándola, y ella sabía lo suficiente sobre este estilo de vida como para saber que nunca querría acabar sobre un banco de azotes, aunque la idea avivara su interior.

—Tráela aquí, Royce —habló una voz fría y profunda, que se derramó sobre su piel como el whisky; ligeramente áspera, con un sabor embriagador. Cuando este hombre habló, las voces que murmuraban a su alrededor cesaron y todo el lugar quedó en silencio.

La multitud que la rodeaba a ella y al hombre, Royce, se separó. Otro hombre, sentado en el sofá de brocado azul, los observaba. Sus grandes manos descansaban sobre sus muslos, con los dedos golpeteando impacientemente con un ritmo suave. Royce empujó a Sophie con delicadeza, haciéndola caer de rodillas a los pies del hombre. Ella reaccionó instintivamente, extendiendo las manos para equilibrarse, y sus palmas cayeron sobre los muslos de él y su pecho se estrelló contra sus rodillas.

El aire salió de los pulmones de Sophie en un suave *whoosh*. Durante unos segundos, luchó por recuperar el aliento mientras se apoyaba en el desconocido. Los grandes músculos bajo sus pantalones color carbón saltaron y se tensaron bajo sus manos, y ella apartó las palmas de él como si le quemaran. Prácticamente había estado en el

regazo del hombre, con el calor de su cuerpo calentándola, tentándola con su proximidad. Se apresuró a bajar la cabeza y apoyó las manos en sus propios muslos, esperando. Necesitó toda su fuerza de voluntad para concentrarse en respirar.

Ella siguió sin mirarlo a la cara, concentrándose en sus costosos zapatos negros y en la precisión del dobladillo de sus pantalones oscuros. A continuación, sus ojos recorrieron su cuerpo, deteniéndose en su impecable camisa blanca y la fina corbata rojo sangre, la cual estaba aflojada bajo el botón superior desabrochado de su camisa de vestir. De repente, sintió el impulso de arrastrarse hasta su regazo, besarle el cuello y conocer su sabor.

—Levanta los ojos —exigió la voz.

Sophie respiró hondo, dejando que el aire la llenara hasta casi marearla. Y entonces levantó la mirada.

Su corazón palpitó en su garganta y su cerebro experimentó una fuerte sacudida.

Emery Lockwood, el objeto de sus fantasías más oscuras, las que había enterrado en lo más profundo de su corazón en las horas previas al amanecer, la estaba mirando con un brillo curioso y depredador en los ojos. La capturó con una atracción magnética, un aire de misterio. Estaba envuelta en los hilos invisibles de un hechizo tejido alrededor de su cuerpo y su alma.

Los suaves rasgos angelicales del niño estaban allí, ocultos bajo la superficie del hombre frente a ella. Era el hombre más irresistible y sensual que había visto en su vida. Sus pómulos altos, sus labios carnosos y su nariz aguileña formaban parte del rostro de un hombre que tenía treinta y pocos años. Pero sus ojos —del color de la nuez moscada y enmarcados por largas pestañas oscuras que cualquier mujer mataría por tener—, eran iguales a los del niño herido de ocho años de su foto. Aunque podía ver que se habían endurecido con dos décadas de dolor.

Era la perfección masculina, excepto por la fina cicatriz casi invisible que recorría su afilada mandíbula. Incluso después de veinticinco años, aún conservaba las marcas de su sufrimiento. Ansiaba con cada célula de su cuerpo acercar su boca a la de él, robarle besos ardientes. Sentía un hormigueo en las puntas de los dedos por la necesidad de recorrer la cicatriz de su cara, de borrar el dolor que él debió haber sufrido.

—¿Conoces las reglas de nuestro juego? —preguntó Emery. Mientras hablaba, su mirada seguía sosteniendo a Sophie en su sitio, como una mariposa atrapada bajo un alfiler y encerrada en un cristal. Con las manos trémulas, frunció los labios e intentó mantener la calma y la compostura. Era casi imposible. El calor de su intensa mirada no hacía más que aumentar mientras las comisuras de sus labios se curvaban en una sonrisa lenta y perversa. ¡Oh, este hombre sabía muy bien de qué manera la afectaba!

Emery se inclinó hacia adelante, le cogió la barbilla con la palma de la mano y le levantó la cara para que lo mirara. La piel le ardía deliciosamente en la palma de su mano. Él tiró de ella, como la luna llamando a las mareas, exigiendo devoción y obediencia con la promesa de algo grande, algo que Sophie no podía entender. Sus sentidos zumbaban ansiosos, dispuestos a explorar el toque y el sabor del hombre. Como un piscardo atrapado en una inmensa corriente, se vio arrastrada a aguas más profundas, incapaz de resistirse. En cualquier otra situación, no habría estado tan desorientada y no se habría dejado arrastrar a este extraño juego del que intuía que estaba a punto de formar parte. Pero aquí, en esta oscura fantasía de The Gilded Cuff, no quería apartar la mirada de él.

—Las reglas son las siguientes: Te doy una orden, tú obedeces. Tengo que hacer que te corras en menos de dos minutos. Sólo puedo acariciar las partes de tu cuerpo que estén cubiertas por ropa: nada de tocarte entre las piernas

ni los pechos desnudos. Tienes que mirarme a los ojos y hacer lo que te diga, siempre que mis órdenes estén dentro de las normas. Si te corres, yo gano; si no, gana Royce.

Sophie se esforzó por pensar con claridad. De ninguna manera habría accedido a esto en cualquier otro lugar, pero en el club, este era el tipo de juego de los doms… el tipo de juego de Emery, y él quería jugar con ella. Un escalofrío de deseo la recorrió, haciendo palpitar su clítoris. ¿Cómo podía negarse?

—Eh… ¿Permiso para hablar?

—Me llamarás Señor, o Maestro Emery.

—Señor —corrigió Sophie. Quería darse una patada a sí misma. Había leído lo suficiente sobre este estilo de vida como para recordar que debía dirigirse a él formalmente, pero, a decir verdad, por la forma en que la miraba; como algo que él quisiera comer, ella no era capaz de ser del todo racional.

—Permiso para hablar concedido —la voz de Emery bajó a un tono más suave mientras la aprobación calentaba sus ojos color avellana.

—¿Qué pasará conmigo, señor? Sólo uno de vosotros puede ganar.

Royce compartió una mirada con Emery.

—Es lista, esta pequeña sum. ¿Y bien, Emery? ¿Qué piensas?

Ambos hombres centraron sus intensas miradas en ella. Sophie necesitó todas sus fuerzas para no apartar la mirada.

—Castigo por parte del perdedor. Pero, ¿de qué forma? ¿Azotes? —sugirió Royce.

Ella se estremeció.

—Nada de látigos —pareció concluir Emery, mientras sus ojos leían la más mínima reacción de Sophie.

Emery se pasó la palma de la mano por la mandíbula, ensombrecida por una barba incipiente. El aspecto le daba un toque rudo, recordándole a los hombres de Kansas.

La tensión en la multitud parecía aumentar a medida que el tema del castigo continuaba. Emery siguió mirándola fijamente, y sus ojos parecían descifrar el enigma que ella presentaba.

—Ella es nueva. ¿Por qué no unos azotes? —murmuró él en voz baja.

Eso llamó la atención de Sophie. Su clítoris cobró vida, latiendo débilmente junto con su corazón. La punzada de dolor incómodo en las rodillas se calmó temporalmente por esta nueva distracción. Sus ojos se posaron inmediatamente en las manos grandes y capaces de Emery. Prácticamente podía sentir la anchura de la palma de su mano azotándole el trasero… Problemas. Sophie estaba en muchos problemas.

—Nalgadas, definitivamente —Emery sonrió—. Mi forma favorita de castigo. Será una decepción cuando te corras en mis brazos, y tendré que permitir a Royce el placer de colocar su palma en tu carne.

—Bastardo engreído —replicó Royce—. Ella podría resistirse a ti. Apuesto a que es mucho menos sumisa de lo que parece y, dada su ropa, demasiado cohibida para correrse delante de la gente. Cuando gane, me deberás tu mejor caja de bourbon.

A Sophie le dolían las rodillas, y el dolor le atravesaba la piel y los huesos como agujas afiladas. Se movió sobre ellas, intentando apoyar una más que la otra, y luego se apresuró a alternarlas, pero no sirvió de nada. No iba a soportar mucho más tiempo de rodillas.

Los ojos color avellana de Emery se iluminaron con el desafío.

—¡Y una mierda! Cuando ella se corra, y lo hará, me deberás tu mejor caja de whisky escocés.

Mientras los hombres seguían adoptando una pose y discutiendo, Sophie se sentó sobre los talones, con las rodillas doloridas. Como si le estuvieran clavando varillas de metal entre las rodillas hasta los nervios.

*Al diablo con esto. Voy a levantarme.* Se puso en pie y respiró aliviada mientras la sangre fluía por sus piernas.

Hubo jadeos a su alrededor. Los dos hombres dejaron de discutir y se volvieron hacia ella, con la mirada llena de ira. No era la ira letal con la que se había cruzado antes, no como la de los asesinos que había entrevistado para sus historias criminales. Esa ira era aterradora, puro odio. Se desprendía de esos criminales en oleadas. El tipo de ira que las personas verdaderamente buenas nunca sentían, era el tipo de rabia que consumía el alma y oscurecía el corazón hasta que sólo quedaba una máquina de matar en su lugar.

Sin embargo, con Royce y Emery no era más que la ira de un padre o un mentor ante un pupilo que claramente había desobedecido una orden directa. Sophie conocía el resultado. El castigo. Podía leerlo en sus caras, y los excitaba a ambos. Demonios, la excitaba a ella.

—No se te ha dado permiso para levantarte —Emery habló lentamente, como si intentara decidir si le daría la oportunidad de disculparse o si pasaría directamente al castigo.

Incluso cuando abrió la boca, ella supo que era una mala idea.

—Me duelen las rodillas. Esto no es alfombra, es roca. Roca *dura.*

Emery se quedó boquiabierto. La gente a su alrededor dio un paso atrás.

Royce guardó silencio durante un largo momento y luego estalló en una gran carcajada. Se inclinó hacia abajo, con las palmas de las manos en los muslos, mientras luchaba por recuperar el aliento.

—Maldita sea, esto va a ser divertido.

—Divertido —murmuró Emery y sacudió la cabeza—. De rodillas otra vez, hasta que decidamos qué hacer contigo.

—Sí… no gracias, señor —desafió Sophie—. Me quedaré de pie hasta que terminéis.

Él se puso de pie y, antes de que ella pudiera reaccionar, la giró hacia la multitud y la inclinó hacia abajo.

*¡Zas!* La palma de su mano aterrizó en su trasero. El impacto escoció, pero se desvaneció casi al instante en una sensación cálida y punzante. Sus piernas temblaban, y estremeció con impotencia ante una espeluznante oleada de placer que empezó a crecer en su abdomen.

La mirada fulminante que lanzó en dirección a Emery no surtió efecto. Cuando la soltó y volvió a sentarse, ella se giró hacia él. Sus ojos entrecerrados aceleraron el pulso de Sophie.

—¿Tienes una palabra de seguridad, pequeña sum? —preguntó Royce.

Ella se rompió la cabeza buscando una, sabiendo que tenía que ser algo que pudiera recordar cuando entrara en pánico, porque era la palabra que haría que los doms dejaran de hacer lo que estuvieran haciendo si la interacción se volvía demasiado insoportable.

—Albaricoque —decidió. Al ser muy alérgica a la fruta, era una palabra que no olvidaría fácilmente.

Su inusual elección de una palabra segura hizo que ambos hombres alzaran las cejas. En ese instante podrían haber sido hermanos. Uno era el reflejo del otro como sólo los verdaderos amigos podían serlo. Una punzada de envidia atravesó el corazón de Sophie y respiró hondo al pensar en Rachel.

—¿Cómo te llamas, pequeña sum?

—Sophie Ryder —cuando él bajó las cejas, se apresuró a añadir—: Señor.

Emery se dio un golpecito en el muslo con una palma.

—Comencemos el concurso. Vendrás y te sentarás en mi regazo y yo te ordenaré.

A Sophie se le revolvió tanto el estómago que sintió nauseas. Emery se recostó, con los brazos apoyados en el respaldo del sofá. Parecía un príncipe, el líder de una manada de leones, a la espera de su conquista, de su presa.

Su posición relajada sólo hizo que ella se sintiera más indefensa. Sabía que, si se atrevía a resistirse, él podría moverse rápido, cogerla en sus brazos y volver a someterla al castigo en cuestión de segundos. Sus pezones se tensaron bajo el implacable cuero del corsé, rozando la tela hasta que sintió dolor. Apretó las manos para evitar que le temblaran.

*Aquí vamos, puedes hacerlo.* Sophie se acercó a él y se sentó en su regazo. Se retorció intentando encontrar una postura cómoda, incapaz de ignorar la sensación de sus musculosos muslos bajo ella.

Él enarcó una ceja de manera imperiosa, como si su inquietud lo hubiera ofendido de alguna manera.

—No te *retuerzas* —fue su primera orden.

Ella se detuvo al instante. Sólo movía los pechos, que subían y bajaban con la respiración.

—Mírame a los ojos, *sólo* a los ojos —su tono se suavizó, pero la aspereza seguía golpeándola, despertando en ella un deseo voraz por la promesa que encontraba en su mirada. Las voces a su alrededor se desvanecieron y Sophie se sumergió cada vez más en el oscuro hechizo del hombre.

Sería un amante rudo; carnal, callado. No susurraría palabras dulces, no pronunciaría severas frases excitantes. Simplemente la reclamaría, la reclamaría una y otra vez, el chirrido, el golpeteo. El suave silencio interrumpido por respiraciones irregulares, el roce de manos ásperas sobre su piel sensible. Todo lo que una mujer sensata y moderna no debería querer de un hombre en la cama. Él sería un animal en todos los sentidos.

Nunca había estado con alguien como él, quizá nunca volvería a estarlo, y la idea era embriagadora. Estar a merced de semejante poder, de un control sexual tan excitante, y entregárselo todo a él… De repente, se le secó la boca y su pulso pidió ayuda en código morse mientras intentaba mantener una apariencia de calma. ¿Sería capaz

de entregarse a él? ¿Permitir que él la guiara a través de la oscura lujuria que tan a menudo se apoderaba de ella cuando no tenía forma de liberarla? Sí… Podía entregarse a él, y la incertidumbre de lo que ocurriría era solo una parte de la excitación que encendía un fuego en sus venas.

Sus manos se posaron en las caderas de Sophie y sus dedos acariciaron lentamente su piel bajo la minifalda de cuero. ¿Cómo se sentirían las manos del hombre sobre su carne desnuda? Dedos explorando entre sus piernas.

—Dime lo que te gustaría, Sophie —Emery inclinó la cabeza hacia abajo y su frente rozó la de ella, con sus ojos todavía fijos en su cara.

Ella tragó duro, con la boca más seca que el desierto de Gobi.

—¿Qué haría falta para hacerte perder el control? ¿Quieres follar duro? ¿Una embestida desesperada? ¿O te gustaría tener las manos atadas, tumbada boca abajo en una cama grande, la suavidad contra tu vientre y mi dureza encima de ti, dentro de ti? —sus susurros eróticos eran tan suaves, tan débiles, y nadie que estuviera cerca podía oír lo que le decía. Las imágenes que él pintaba eran salvajes, vívidas pero borrosas; como una extraña combinación entre Van Gogh y Monet. Dulces y sensuales, luego oscuras, exóticas y apenas comprensibles. Emery era un artista a su manera, un pintor erótico de palabras e imágenes—. Te reclamaría despacio, tan despacio que perderías la noción del tiempo. Te concentrarías sólo en mí, en mi polla deslizándose entre tus muslos, poseyéndote —sus palabras eran lentas y pausadas, como si las hubiera pensado durante años, pero la ligera respiración entrecortada del susurro le hizo darse cuenta de que no era la única afectada.

El primer estremecimiento entre sus muslos fue inevitable. Se removió, inquieta sobre las piernas del hombre, a pesar de que él le había ordenado que no se moviera.

Su aliento le acarició los labios.

—Oh, Dios —murmuró ella.

Él sonrió, sin pestañear, y se lamió los labios. Sophie deseaba esa lengua en su boca, enredándose con la suya. Ansiaba sus manos en su carne desnuda.

—Por favor… —gimió ella. Él bajó las manos desde sus caderas hasta la parte exterior de sus muslos, ejerciendo una ligera presión. Eso lo empeoró. La insinuación de su toque, la promesa de la presión que ella ansiaba. Sophie quería que le clavara los dedos en la piel, que le abriera las piernas mientras la penetraba profundamente.

—Respira hondo —le ordenó de nuevo.

Ella obedeció. Los latidos de su corazón parecieron expandirse desde su pecho hasta que el pulso recorrió todo su cuerpo con tanta fuerza que juró que él podía sentir los latidos a través de su piel dondequiera que la tocara. Las palpitaciones entre sus muslos casi le escocían ahora; su necesidad era enorme y el efecto del hombre muy potente.

—Cuando te folle, sea cual sea la postura, te gustará. Te inclinaré sobre un sofá —le acarició la parte exterior del muslo con un dedo, trazando círculos—. Te empujaré contra una pared.

Jadeando un poco, Sophie se retorció, intentando mover las caderas contra su regazo, pero él la mantuvo quieta. Casi gritó de frustración cuando le negaron lo que su cuerpo necesitaba desesperadamente.

El dedo se desplazó más arriba, más allá de su cadera, hasta su caja torácica.

—Expuesta y atada sobre mi cama —la punta de su dedo buscó los cordones del corsé—. Te retorcerás y sacudirás, incapaz de liberarte. A mi merced, Sophie, a mi merced. Suplicarás y, cuando esté listo, complaceré todos tus deseos mientras complazco los míos.

Ella no podía respirar. El orgasmo estaba tan cerca. Podía sentirlo, como una sombra dentro de su cuerpo, respirando, jadeando, esperando a ser liberada. Estaba

preparada; quería llegar al clímax en sus brazos, quería forjar esa conexión que la ataría a él. Aterrador, escandaloso, íntimo, pero maldita sea si no deseaba eso más que nada en el mundo en este momento. Lo deseaba más que su historia, más que la entrevista, más que aliviar su dolor del pasado. Necesitaba placer. El placer del hombre.

El suave roce de sus dedos, los murmullos eróticos de Emery ahora incoherentes por la intensa anticipación contra su cuello mientras ambos se acercaban al gran acantilado, ansiando la caída de vuelta a la tierra. ¿Por qué no la tocaba donde ella lo necesitaba? La más leve presión en el interior de sus muslos, la rítmica caricia de su mano contra su clítoris, cualquier cosa bastaría si tan solo él pudiera…

—¡Tiempo! —la exclamación triunfante de Royce rompió la burbuja de cristal que los había envuelto durante los últimos dos minutos. La multitud que los rodeaba emitió murmullos de asombro.

—Maldita sea —los ojos de Emery se oscurecieron. La ira, pero no hacia ella, brilló en las líneas de su boca. Se inclinó para presionar sus labios contra su oreja—. Estuviste cerca, ¿verdad, cariño? Tan cerca que casi te tenía —su cuerpo temblaba bajo el de ella, y los pequeños movimientos sacudían los brazos y el pecho del hombre. La presión de su excitación bajo sus nalgas era demasiado evidente. Él había estado allí, junto a ella, deseando correrse. Juntos. Y no había sucedido para ninguno de los dos; dos minutos no habían sido suficientes.

Las piernas de Sophie se sacudieron cuando la fría realidad la golpeó. El clímax que su cuerpo había estado preparado para ofrecer a Emery se desvaneció. A su paso, pequeños temblores recorrieron sus extremidades, agravados por la tensión en todo su cuerpo que no había encontrado liberación. Intentó respirar, dejar caer los hombros y relajar los músculos. Tardaría en recuperarse.

¿*Casi* la tenía? No. Él definitivamente la tenía, prácticamente envuelta con un lazo encima, total y completamente suya. No había duda.

# Capítulo Tres

La cocina es ahora la escena oficial del crimen donde se cree que ocurrió el secuestro. La escena del crimen estaba llena de botellas de coca-cola rotas, sangre y bocadillos a medio comer en los platos de los niños.

—*New York Times*, 10 de junio de 1990

—Entonces, ¿mi mejor caja de bourbon? —Emery levantó la cara para mirar a Royce, quien estaba de pie frente al sofá.

—Si no te importa —los ojos de Royce centelleaban con diabólica alegría, pero dio una palmada en el hombro de Emery con suave camaradería—. Pasaré más tarde a casa para recogerla.

—La tendré lista para ti —le aseguró Emery, y luego volvió a centrar su atención en Sophie—. Ahora, pequeña sum, vamos a cumplir ese castigo.

Una luz sensual parpadeó en el fondo de los ojos del hombre, como un faro luchando por brillar a través de las profundidades de una tormenta. Todas las emociones; miles de ellas, se agitaron y explotaron tras su mirada. Para Sophie fue como ver el mundo entero capturado en un

rápido parpadeo… para luego desaparecer. Los ojos del hombre estaban cargados de deseo y nada más.

*Oh, vaya.*

—Yo… eh…

¡Qué inadecuadas eran las palabras! ¿Qué podía decir para persuadirlo de no castigarla?

Emery se levantó del sofá en un movimiento fluido con Sophie aún entre sus brazos. Ella sólo tuvo un momento para asombrarse de que su peso no pareciera molestarlo en absoluto antes de que la cargara a través del grupo de gente. Había una puerta entreabierta en uno de los pasillos que conectaban con la habitación central. Él la abrió con el pie. Estaba completamente vacía, salvo por una gruesa alfombra que abarcaba todo el espacio y un mueble de madera que, a juzgar por sus investigaciones, era un banco de azotes.

Al ver el banco, Sophie se puso rígida; sus extremidades se bloquearon y sus manos se cerraron en puños. Sólo una parte de su pánico se debía al miedo. El resto deseaba experimentar la sensación de estar inclinada sobre él, con la mano del hombre golpeándole el trasero hasta que gritara. *Eso* la asustó: sus ansias de experimentar algo tan oscuro y pecaminoso. Emery la bajó y empezó a cerrar la puerta, dejándola abierta uno o dos centímetros. Alguien podía entrar, podía llegar hasta ella si necesitaba ayuda. Aun así… Sophie echó un vistazo al banco. Ni de coña iba a inclinarse de esa manera y… y… entregarse a él. Nunca había sido capaz de hacerlo con nadie y no podía empezar con alguien como él. Era alto, rubio e inquietante. Haría el ridículo si se doblegaba ante él. ¿Qué pensaría de ella si se excitaba por un castigo? ¿Que era como cualquier otra mujer del club? Ese pensamiento la detuvo en seco.

No quería ser una mujer más para él. Quería ser algo más; quería que él confiara en ella, que se abriera a ella. Dejar que la azotara no sería la mejor manera de ganarse su confianza…

Pero, por otro lado, quizás sí lo era.

*Ojalá supiera lo que estoy haciendo.* Maldijo para sus adentros. Con los hombres siempre era torpe e insegura de sí misma, y ahora sus típicos defectos parecían mayores porque él la afectaba demasiado.

—Mira, lo siento, pero toda esta escena no es para mí. No debería haber venido —se dirigió hacia la puerta. Tal vez si se alejaba lo suficiente del banco, el hombre se olvidaría de castigarla y Sophie podría hablar con él sobre el secuestro. Si creía que estaba lo bastante asustada como para marcharse, podría desistir en su determinación de azotarla y ella tendría su oportunidad de hablar.

Emery dio un paso a un costado, bloqueándole el acceso a la salida. Vio el contorno de unos músculos bien definidos; era mucho más grande y fuerte que ella. Para su absoluta humillación, algo dentro de Sophie empezó a ronronear de placer al pensar en esa fuerza y tamaño dirigidos hacia ella, para su protección y, lo que era más importante, su placer.

Él colocó una mano en un lado de su cuello, en la zona que conectaba con su hombro. Su pulgar se movió lentamente hacia adelante y hacia atrás en la base de su garganta, como si buscara el frenético repiqueteo de su pulso. Sus labios se movieron, insinuando una sonrisa.

Sophie no podía soportar mucho más. Si no escapaba, dejaría que la llevara a ese banco y se entregaría a él. Eso no podía suceder.

—Por favor, déjame ir —afortunadamente, su tono era más fuerte que su gemido interior mientras le suplicaba que se quedara, que lo dejara inclinarla sobre el banco y hacerle cosas perversas.

—Si quieres irte, di tu palabra de seguridad —su tono cortante contenía cierto desafío. Algo muy dentro de ella respondió.

Sophie conocía las relaciones D/s lo suficiente como para saber que las sums no estaban indefensas; entregarse

a un dom era su elección, una elección que debía basarse en la confianza. El desafío de Emery para que se rindiera era tentador, demasiado tentador si era sincera consigo misma. Nunca había querido rendirse a un hombre, pero ¿la idea de consentir que uno la dominara? Sus muslos se apretaron y sus sensibles nervios internos cobraron vida. ¿Ella podía ceder? ¿Obtener poder al cederle poder a él?

—Estoy esperando tu respuesta.

Cuando Sophie dudó, Emery introdujo los dedos entre las cintas de satén negro que ataban la parte delantera de su corsé. Tiró de una de éstas con descuidada facilidad, contradiciendo así la fría y displicente expresión de su rostro mientras empezaba a aflojar las cintas y a quitarle el corsé. Una bruma caliente se apoderó de su piel y le nubló la mente. Sophie rezó para que él continuara, le abriera el corsé como si estuvieran en una ardiente novela romántica e inclinara la cabeza hacia sus pechos para…

Sus dedos acariciaron la punta de la foto doblada. Ella se sobresaltó, fue golpeada por el recuerdo del lugar donde había guardado el objeto. Él no podía verla; nunca lo entendería. La mano de Emery se disparó, le sujetó las muñecas y se las levantó por encima de la cabeza. Con un movimiento tan suave como los pasos de una danza lenta, la volvió a colocar contra la pared, junto a la puerta. Un muslo grueso y musculoso se interpuso entre los suyos mientras mantenía las muñecas de Sophie aprisionadas sobre su cabeza. La otra mano se dirigió hacia el corsé, se deslizó entre sus pechos y sacó la foto. El pulgar y el índice la desplegaron con destreza, y sus ojos muy abiertos por una curiosidad natural se entrecerraron mientras su expresión se convertía en una de sospecha.

Le soltó las muñecas, retrocedió unos metros y se quedó mirando la imagen en su mano. Estaba tan quieto que podría haber sido esculpido en mármol; ojos oscuros por el horror y piel bronceada ahora alabastrina.

Después de un largo momento, él respiró hondo y con mesura, y levantó los ojos hacia los de ella.

—¿De dónde has sacado esta foto? —cada palabra pareció haber sido ralentizada entre sus dientes apretados. Cambió ante los ojos de Sophie, el príncipe se transformó en una bestia. Sus ojos estaban impregnados de una rabia herida que se transformó en una promesa de venganza.

Su estómago pareció haber dado un sinfín de vueltas. Sophie sintió que se caía, esa horrible sensación de perder el control, de estar a segundos de una escandalosa colisión. Ella había venido a hablar de esto, a advertirle, y no estaba preparada. A él le dolería volver a sacar esto a la luz y ella no estaba preparada, no después de la cercanía que habían mantenido unos segundos antes. La verdad era que no quería perderlo, no a este hombre tan sexy y adictivo. Y lo perdería si mencionaba el pasado. Como todas las víctimas, él se encerraría en sí mismo y se alejaría de ella aunque intentara ayudarlo.

—El periódico —respondió Sophie sin aliento.

Emery seguía mirándola fijamente, con sus largos y elegantes dedos enroscados alrededor de la foto, arrugándola.

—¿Por qué tienes una foto mía de hace veinticinco años? —cuando Sophie abrió la boca, él sacudió una mano en su dirección—. Piense detenidamente su respuesta, señorita Ryder. No soporto las demandas, y tengo un abogado muy, muy bueno.

Sophie se mordió el labio, probó una gota de sangre y se lamió la herida antes de contestar. Había ensayado esto infinidad de veces, pero ahora no sabía por dónde empezar.

—Quería poder reconocerlo, porque quería entrevistarlo. Soy periodista de investigación independiente. Me especializo en historias criminales, principalmente en secuestros —supo que había cometido un error en el momento en que las palabras salieron de su boca. Se sentía increíblemente pequeña en ese momento, como un ratón

acorralado en la jaula de un león. ¿Sophie debería haber empezado por la parte en la que pensaba que la vida de él corría peligro? Eso la habría hecho parecer loca, y ella necesitaba su confianza más que nada.

Los ojos de Emery se volvieron oscuros como la madera consumida por las llamas y convertida en cenizas.

—Todos vosotros sois iguales —su tono era extremadamente tranquilo. Suave. La mano que sostenía la foto empezó a temblar. Los dedos de Emery se cerraron con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos. El temblor se extendió hacia fuera; sus hombros vibraron visiblemente con su rabia.

Ella inhaló rápidamente una bocanada de aire. Él no iba a dar marcha atrás… Iba a atacar verbalmente. La opresiva ola de culpabilidad que impedía que Sophie respirara se enfrentó a una nueva e inesperada aprensión. Esto se veía mal, ella lo sabía. La reportera taimada intentando conseguir la primicia de una historia que definía el peor momento de la vida de este hombre. Dios, había sido una idiota al pensar que podía entrar aquí y empezar a hablar de su secuestro.

A Sophie se le erizó la piel de los brazos descubiertos mientras sus músculos se tensaban. A pesar de la rabia que ella sentía emanar de él en oleadas, éste pareció dominar ese fino hilo de autocontrol y aflojó los dedos. La foto quedó arrugada en una bola tensa, completamente destruida. Cuando ella tragó, sintió como si unos cuchillos le atravesaran la garganta.

Para temor de Sophie, Emery volvió a hablar.

—Invasión de mi vida, de mi intimidad. No sabe nada de lo que he soportado ni de lo que nos ha pasado a mí y a mi… —las palabras se desvanecieron, pero ella sintió que estuvo a punto de decir “hermano”.

Los ojos de Sophie ardieron con un repentino torrente de lágrimas. Su dolor era tan claro en su rostro, y la hizo

pensar en sí misma, en lo que sentía cuando pensaba en Rachel.

—Señor Lockwood… —tenía que explicárselo, demostrarle que sólo quería ayudar.

Él le tiró la foto arrugada a los pies de Sophie. También podría haberla abofeteado. ¿Estaría más dispuesto a escuchar si supiera que ella estaba aquí para salvarlo? Pero, ¿cómo conseguir que la escuchara lo suficiente como para explicárselo todo?

Reuniendo fuerzas, se acercó a él.

—Pero usted ha sobrevivido. Creo que la gente quiere saber la verdad, saber lo fuerte que es usted.

¿Por qué él no podía ver el milagro que suponía su propio escape? Había sobrevivido a una experiencia horrible y era más fuerte, más fuerte que ella. Perder a Rachel había destruido su inocencia y destrozado su mundo.

Una risa despiadada brotó de sus labios.

—¿Fuerte? ¿Fuerte? —sacudió la cabeza de un lado a otro, y una sonrisa salvaje apareció repentinamente en su rostro—. Ahora soy fuerte. *No lo era* en ese momento. Si hubiera sido fuerte, Fenn estaría aquí —cuando sus ojos se oscurecieron, Sophie se percató de lo mucho que debió haberle costado esa confesión. Se culpaba de lo que le había ocurrido a su hermano, pensaba que la muerte de Fenn Lockwood era culpa suya. Y Sophie había contribuido a reforzar su ilusión de que un niño de ocho años debería haber sido capaz de detener a unos secuestradores. Eso era ridículo.

—Al menos está aquí. Está vivo y tiene una buena vida — las palabras estaban vacías; Sophie no sabía qué más decir, así que repitió lo que su terapeuta le había dicho años atrás, después de que se llevaran a Rachel.

—Es una vida a medias, nada más —la suave declaración de Emery le abrió el alma. Él comprendía, sentía lo mismo que ella, o más.

Sophie había entregado su corazón a la escasa vida que sentía que le había quedado, pero no era suficiente para llenar el espacio vacío donde Rachel debería haber estado. No podía imaginar lo que debía ser para Emery haber perdido a su gemelo. Un hermano, una persona con la que había compartido el vientre, con la que se había criado durante ocho años. Lo que había habido entre ellos había sido destruido, una vida terminada, la otra atormentada.

—No voy a acceder a una entrevista. Tus deberes debieron habértelo dicho. Ahora, si me disculpa, ya he tenido bastante del club esta noche.

A Sophie se le partió el corazón por la mitad. Había fracasado. Pero había algo más; la pérdida de algo más profundo e infinitamente más importante: la confianza de Emery. Hasta hoy, nunca había conocido a este hombre, no confiaba plenamente en ella, pero odiaba haberlo defraudado, haber abusado de la poca confianza que había empezado a ofrecerle. Era como perderlo, aunque Sophie intuía que él nunca pertenecería a nadie. Parecía tan distante, enterrado bajo el pasado, y eso lo hacía peligroso. Un salvajismo emanaba de él, y eso lo hacía parecer el tipo de hombre que una mujer no podía poseer, no podía reclamar, por mucho que lo deseara o lo intentara. Su abuela solía decir que nunca se podía dominar el viento.

Aunque era una mujer tonta, Sophie tenía que intentarlo. Jadeante, ella esperó un momento que pareció eterno. El hombre necesitaba que ella se sometiera a él; necesitaba el control entre ellos. Ella podía dárselo, ahora mismo, aunque sólo fuera temporalmente.

—Señor Lockwood, por favor —guiada por algún instinto, le cogió la mano y cayó de rodillas a sus pies, con la cabeza inclinada—. Por favor… —Sophie lo supo en el momento en que su mirada se desvió hacia ella. Se le erizó el vello de la nuca, su piel cosquilleó, y la excitación la inundó, humedeciéndola y acelerando su respiración.

Aunque estaba enfadado con ella, su atención le calentó la sangre.

Hubo una larga pausa antes de que hablara.

—Por favor, ¿qué? —la voz de Emery era como la de un dom: fría, calmada, dominante, no dura ni mordaz como instantes atrás. Él movió sus pies, inclinando su cuerpo hacia ella; sólo unos pocos centímetros, pero fue suficiente para demostrar que ella lo estaba alcanzando de nuevo. Aún podía haber una oportunidad.

Sophie tragó duro.

—Por favor, señor.

—¿Qué me estás pidiendo? —él tiró de su mano para liberarse de su agarre, pero la movió a la coronilla de su pelo, acariciándola. La palma de su mano descendió hasta el cuello de Sophie, e introdujo los dedos y tiró con fuerza suficiente para que ella arqueara la espalda y aliviara la presión. La obligó a levantar la cara, y Sophie tuvo que mirarlo a los ojos. Ahora estaba de pie sobre ella, con una postura imponente, no amenazadora, pero completamente dominante. No se acobardó, sino que se mantuvo sumisa, dándole lo que necesitaba.

Nadie entendía. Nadie conocía el agonizante dolor de perder a un ser querido. Pero Emery sí. Y Sophie quería que él le hablara, que le contara cómo había sobrevivido con el corazón roto. Pero cuando se volvió para mirarla, con los ojos inundados de dolor, ella se dio cuenta. Él no era más fuerte, al menos no en esto. Estaba tan herido como ella. Ambos estaban perdidos. Él sin su hermano, ella sin Rachel. Vidas arrebatadas que nunca podrían volver. Recuerdos empañados por la maldad de otros hombres, dejándoles nada más que el miedo infantil a la pérdida y a la muerte.

Sophie no creía que él pudiera darle las respuestas que necesitaba. Pero podía darle la historia, proporcionarle los detalles que podrían aportarle información suficiente para resolver quién estaba detrás de su secuestro. Ella estaba

muy cerca de averiguarlo. Podía capturar al responsable y evitar que volviera a hacer daño a Emery o a cualquier otra persona. Eso tendría que ser suficiente.

—Quiero su ayuda para hacer pagar al monstruo que le ha hecho esto. Todavía está ahí fuera. Usted lo sabe —hizo una pausa, lamiéndose los labios—. Y podría volver a por usted. Por eso ha mantenido un elevado número de guardaespaldas y de seguridad durante los últimos veinticinco años —supuso. Sus informes siempre mostraban al mismo hombre siguiendo a Emery las pocas veces que había sido fotografiado fuera de su casa.

Los labios de Emery se fruncieron en una fina línea y sus cejas se hundieron sobre sus ojos, que ahora poseían más bien el color de la miel bañada en chocolate.

—¿Crees que puedes atrapar a un hombre que ha eludido a la policía y al FBI?

El corazón de Sophie dio un vuelco. Él acababa de admitir que su captor había sido un hombre. Los informes decían que eran tres enmascarados, pero él había dado a entender que solo se trataba de solo. ¿Qué había pasado con los otros dos? Se movieron más piezas del rompecabezas.

—Soy una reportera experta. Me he centrado en historias criminales durante años, señor. Si me permite, puedo usar cualquier cosa que me diga para resolver el caso. *Sé* que puedo —rezó para que oyera la sinceridad y la determinación de su tono. Lo decía en serio. Ella lo protegería y capturaría al bastardo que le había hecho daño. Como penitencia por Rachel. Como penitencia por todos los niños que no pudo salvar.

Él pareció considerar su petición.

—¿Qué harías por mí a cambio? —sus ojos prometían que se refería a algo sexual. Algo que podría hacer añicos su solitario mundo y provocar que lo deseara durante el resto de su vida.

—¿H-hacer por usted? —tartamudeó Sophie. Esto se estaba convirtiendo en un hábito irritante que necesitaba solucionar. El hombre tenía la habilidad de hacerla pensar en otras cosas además de su trabajo.

—Soy un dom, cariño. Tus necesidades deben involucrarme, y tus pensamientos deben girar en torno a lo que yo necesito y quiero. Si soy amable y te doy lo que necesitas, tú debes darme algo a cambio. Y no… no estoy hablando de dinero ni de nada tan trivial como eso. Mi historia, como tú la llamas, vale algo más que dinero. Necesitaré algo igual de importante a cambio.

Sophie dudó. ¿Qué podía darle? No tenía nada que ofrecer. Nada excepto… ella misma. Podía entregarse a él. Una voz gruñona en su cabeza le advirtió que sería un trato con el diablo. Pero silenció la voz. Al diablo las consecuencias; su cuerpo lo deseaba. Nunca había cruzado un límite, nunca había querido hacerlo. Estaba harta de ser la chica buena, harta de jugar sobre seguro. La insinuación de peligro y la emoción de la pasión oscura en los ojos de Emery era una escapatoria, una que necesitaba más que su próximo aliento.

—Le daré cualquier cosa. Dilo y será suyo. Vine aquí sabiendo qué esperar —echó un vistazo alrededor de la habitación y sus ojos se posaron brevemente en el banco de azotes antes de volver a él.

Emery soltó una risita y le deslizó la punta de un pulgar por los labios de Sophie.

—Es una oferta peligrosa —su mano cayó en el cuello de Sophie y le rodeó la garganta con los dedos, como una advertencia, pero sin hacerle daño—. ¿Y si te exijo que te desnudes completamente y te ato a una cruz móvil y te follo de manera salvaje? ¿O si te exijo que camines por la sala principal y aceptes cualquier caricia íntima que otro dom desee darte? ¿Estarías de acuerdo? Hay mil cosas que podría pedirte que no sólo sobrepasarían tus límites, sino que los romperían. Te asustaste al ver un pequeño banco, y

eso me dice todo lo que necesito saber. Puede que hayas estudiado dominación y sumisión, pero no lo has vivido. La importancia de este estilo de vida en particular es que uno siempre debe estar seguro y cuerdo, y expresar consentimiento. Tu oferta no muestra consideración por ninguno de esos aspectos, y la mitad de los doms del otro lado de la puerta harían cosas que tú no consentirías. Tienes tendencias sumisas naturales. Está claro por la forma en que respondiste a mis órdenes, pero no estamos en un mundo de sexo convencional, Sophie. Aunque esta vida exige confianza, es un mundo oscuro, lleno de fuego, pasión, pérdida de control. ¿Estás realmente preparada para eso? —la mordacidad de su tono hizo que su excitación se agudizara; su vientre se estrujó con impaciencia, incluso cuando sintió un sudor frío rociar su cuerpo a medida que la inquietud se apoderaba de ella.

Sophie respiró hondo. Él le había advertido, no se había limitado a aceptar su oferta. *Confianza.* A pesar de lo aterrador que sonaba lo que el hombre había mencionado, ella también ansiaba probar esa pasión prohibida. Estaba ávida de ella. Pero necesitaba confiar en él.

—¿De verdad haría esas cosas? —ella apartó la mirada y luego se obligó a volver. Él la observaba, como un halcón en las ramas más altas de un árbol observando a un conejo en el campo. Sin embargo, estaba cerca, tan increíblemente cerca de ella que podría haberla besado.

Con un suspiro, Emery sacudió la cabeza.

—Por supuesto, a menos que eso esté dentro de tus estrictos límites. No soy un santo, y sólo tengo la apariencia de ser un caballero, pero respetaría tu palabra de seguridad. Compartir mi cama te llevaría al borde de tus límites. Por suerte para ti, no estoy de humor para acostarme con una mujer que niega intrínsecamente su naturaleza sumisa.

—¿Cree que soy una verdadera sumisa? —Sophie podía oír la conmoción en su propia voz. ¿Lo era realmente? Y lo

que era más importante, ¿podía confiar en que él mantendría su palabra y respetaría su palabra de seguridad si ella necesitaba usarla?

—Eres sumisa. Con el hombre adecuado, lo eres. Cuando te sostuve en mis brazos y te ordené que te concentraras sólo en mí, lo hiciste sin dudar, sin preguntar. Te sometiste a mí y fue algo hermoso de contemplar. Eres demasiado fuerte para la mayoría, pero sigues anhelando la sumisión. Ser una sum no significa debilidad. Sólo significa que necesitas rendirte. Mucha gente débil ansía el poder, ansía hacer daño a los demás, asumir el control, pero siguen siendo individuos débiles por naturaleza.

Sophie sabía que ésa era la verdad. Había conocido a asesinos y homicidas; ejemplos patéticos de humanidad. Eran demasiado débiles para defenderse cuando importaba, y la resultante pérdida de poder o control los llevaba a seguir caminos de venganza violenta contra inocentes. Ese comportamiento era más común de lo que debería.

Un pensamiento repentino la asaltó.

—¿Y si… permito que me enseñe a rendirme?

La curiosidad revoloteó como una sombra en sus ojos, pero su cautela fue más fuerte.

—No estoy seguro de salir ganando en este trato. Puede que me causes demasiados problemas —Emery se acercó al banco de azotes y se sentó en el borde, aparentemente indiferente al verdadero propósito del objeto. La cara de Sophie se calentó con un rubor traicionero.

Debería haberle sorprendido lo mucho que deseaba complacerlo. Él parecía un intrincado rompecabezas y, como Sophie sabía que su propio comportamiento era una llave parcial, no pudo evitar preguntarse qué abriría ante el cumplimiento de su orden.

Él se recostó, cruzando las piernas por los tobillos, y la miró. Ella seguía de rodillas, con las manos unidas y los dedos entrelazados. Sophie lo estudió, recorrió el traje

hecho perfectamente a medida que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. Era absolutamente el solitario ricachón que ella había oído que era.

La gente hablaba de él en susurros tristes, con ojos llenos de lástima. Pero cuando Sophie se encontró con la mirada de Emery, no pudo sentir lástima por él. ¿Simpatía? Sí. ¿Lástima? No. Su expresión de dominación exigía obediencia, respeto, y no había pasado ni un segundo en el que él hubiera dejado que esa expresión vacilara, excepto cuando había mirado fijamente la foto de su pasado. Sólo entonces ella había visto al otro Emery, el que estaba atrapado en los recuerdos de la infancia. Al que tenía que salvar. Porque eso estaba claro. Una parte de este hombre frente a ella necesitaba ser salvada.

—No estoy seguro de que acostarme contigo valga la pena mi historia de dolor —su tono sonaba casi burlón, como si estuviera recitando a Shakespeare. ¡Se estaba burlando de ella!

La vergüenza inundó la cara de Sophie con calor, pero su orgullo estaba herido. Sin pensárselo dos veces, ella se quitó un zapato y se lo lanzó.

*¡Zas!* Rebotó en la sólida pared de su musculoso pecho y cayó al suelo. Él no se movió ni un milímetro, excepto para dejar caer los ojos sobre el zapato y luego volver a levantarlos. Ella pudo sentir cómo le recorría el cuerpo.

—Acabas de arrojarme un zapato —sus ojos brillaron con fuego, pero sus labios se crisparon.

—¿Sí? Bueno, ¡acabas de insinuar que no soy buena en la cama! —murmurando para sus adentros, se inclinó para quitarse el segundo zapato, con el único deseo de arrojárselo también. No estaba preparada para su reacción.

Un segundo tenía la mano en el otro zapato y al siguiente él la había girado para situarla de cara a la pared, presionando su cuerpo contra el de ella desde atrás. Las dos muñecas de Sophie estaban aprisionadas por una de sus manos en la parte baja de su espalda. Él giró las

caderas, frotándose contra su trasero, presionando una erección muy dura contra su minifalda. Emery le colocó la mano libre sobre el vientre, y su gran palma la hizo sentir increíblemente pequeña.

—Tienes una forma inusual de expresar tu temperamento —su suave gruñido provocó profundos escalofríos en la base de su columna vertebral—. A algunos doms les gusta sacar ese temperamento de sus sums, y luego someten a la sum hasta que la sum se muere de placer —enfatizó este comentario con un brusco movimiento circular de caderas. Su clítoris palpitó y su respiración se aceleró.

En su mente surgieron imágenes; él levantando su falda hasta la cintura, rasgándole la ropa interior y reclamándola con fuerza por detrás. Sophie se sacudió cuando sus rodillas chocaron y luego se tambaleó. Emery la sostuvo erguida, frotándole el estómago, pero la presión la excitó más que aliviarla.

—No me digas que te he dejado muda —su carcajada ronca era intensa como el whisky y la quemó profundamente.

Él le acarició la oreja con la nariz y luego se la mordió. Una explosión se produjo en algún lugar por debajo de su cintura, y Sophie respiró con dificultad. La sangre le latía con fuerza en los oídos y una niebla oscura parecía cubrirle la vista mientras se hundía en él y en sus besos y caricias.

—Estoy teniendo problemas para… pensar —admitió a través de la niebla que parecía envolver la parte lógica de su mente. Lo único en lo que podía concentrarse era en el aliento del hombre en su mejilla, en su lengua deslizándose dentro de su oreja y en las punzadas de excitación que se disparaban por la parte baja de su columna vertebral hasta llegar directamente a su clítoris. Sophie estaba vacía, necesitaba algo en su interior, lo necesitaba a él. Su cuerpo le dolía realmente por el deseo salvaje de tenerlo. Bastaría

con que él penetrara su suavidad y la embistiera con fuerza para que ella muriera de placer.

—Respondes bien a mí. Quizá mereces unas cuantas noches —la lamió desde el hombro hasta debajo de la oreja, y luego depositó suaves besos antes de soplar ligeramente en la ahora sensible concha de su oreja. Las manos de Sophie temblaron violentamente en su agarre.

Luego él ya no estaba. La había liberado y luego dado un paso atrás. Sophie cayó unos centímetros hacia adelante y su cuerpo se apoyó en la pared mientras luchaba por recuperar la compostura. La piedra contra su mejilla era fría y ligeramente áspera, como las escarpadas rocas de la torre de un castillo. Eso confería un ambiente de mazmorra a su reducido entorno, más de lo que podrían haberlo hecho las cadenas, los látigos y otros objetos. Ella estaba a su merced, para torturarla o darle placer, o tal vez una combinación de ambas cosas. Su clítoris palpitó al pensar en ambas cosas.

—Muy bien. Desátate el corsé.

La orden fue tan brusca que Sophie se opuso al instante. De ninguna manera lo haría, y no tenía nada que ver con el pudor.

—¿No puedes obedecer una simple orden? —una ceja dorada se arqueó sobre su ojo.

—No es que no quiera obedecer…

—¿Estás afligida por el pudor? —sus labios se inclinaron hacia abajo, pero un destello de diversión bailó brevemente por su rostro.

—No lo estoy, soy modesta por naturaleza. Pero esa no es la razón por la que no puedo desatar el corsé.

Emery suspiró y se cruzó de brazos.

—Supongo que hoy te daré una salida fácil. Dime por qué no abres el corsé y te liberaré de la orden de desatarlo. ¿Puedes hacerlo sin problemas?

—¿Sólo decírtelo? —ella podía hacer eso, ¿verdad?

—Por ahora. Algún día me enseñarás —se llevó una mano al pelo, arrastrando los dedos por él, despeinando las ondas rubias. Sophie sintió el deseo de hacer lo mismo. Estar tumbada junto a él en la cama y saber que le había alborotado el pelo, que había sujetado los gruesos mechones brillantes y había tirado de ellos en medio de la pasión—. No me gustan las demoras, Sophie —le advirtió.

Tragando saliva, ella asintió, más para sí misma que para él.

—Tengo cicatrices —listo. Lo había dicho. No había vuelta atrás.

—¿Qué tipo de cicatrices? —la voz de Emery era suave, aterciopelada, como si quisiera calmarla.

Su pregunta la confundió.

—Cicatrices. No hay otro tipo.

Los ojos de Emery se clavaron en ella.

—Quiero decir, ¿son cicatrices de abuso? ¿De un accidente?

—No abuso. Cirugía.

—¿Por qué necesitaste una cirugía?

—Explicar eso no forma parte del trato —respondió Sophie. Había aceptado someterse, no contarle todos sus secretos.

Emery se levantó y abandonó el banco para acercarse a ella, moviéndose tan rápido que Sophie no tuvo tiempo de reaccionar. La sujetó de las muñecas y la arrastró hasta el banco, inclinándola sobre él y separándole las rodillas con un muslo. Tiró de sus muñecas hacia atrás y las inmovilizó con una de sus manos. Cuando él empujó su pierna contra el lugar entre sus muslos bajo la falda, ella gimió. La suave y costosa tela de su traje rozó eróticamente la sensible piel de sus muslos.

—Lección uno: nunca mientas a tu dom, ni a ningún dom. El castigo es siempre el resultado, o peor, el dom termina la relación y libera a la sum. Ahora, intentémoslo de nuevo. ¿Para qué necesitaste la cirugía?

—¡Muy bien! —siseó Sophie. Estaba más enfadada que un gato mojado, pero sabía que él la había vencido. Aun así, se sacudió contra el banco, evaluando el agarre del hombre. Firme. No había forma de escapar.

—Detente —su ladrido la hizo estremecerse y ceder—. Di la verdad. Tengo maneras de hacerte hablar si piensas quedarte callada.

¿Quería decir que la haría hablar a través de nalgadas? Ella deseaba saberlo, pero, por otro lado, tal vez no era así. Sus pestañas cayeron contra sus mejillas y la oscuridad capturó su visión, lo que afortunadamente la hizo sentirse lo bastante sola como para decir la verdad.

—Tuve un accidente y recibí cortes. La operación consistió en suturarlos. ¿Es una respuesta lo bastante personal para ti? —ella se estremeció, esperando un golpe.

—No quería una respuesta personal, sólo una sincera. Y *nunca* obtengo respuestas a través de golpes, especialmente cuando se trata de una sum que se entrega a mis cuidados —aunque sus palabras sugerían un castigo, no parecía enfadado, sino más bien desconcertado y dolido de que ella hubiera asumido que la haría hablar a golpes.

—¿Cómo supiste que temía que me golpearas? —susurró.

—Te estremeciste después de arremeter verbalmente. Lo he visto antes en otras sumisas. Esperabas que te azotara, pero quiero que sepas que yo nunca reacciono con violencia, sólo con castigos eróticos. Hay una diferencia, y te enseñaré.

Poco a poco, él apartó la pierna de entre sus muslos y le soltó las muñecas. Sophie permaneció un momento tumbada, sin saber qué hacer. Pero en lugar de levantarse, Emery se sentó en el suelo y la alcanzó. La cogió en brazos y la tumbó en el suelo a su lado. Jadeó cuando él se acomodó sobre ella. Si no hubiera estado tan distraída por su proximidad, podría haberse reído. Emery Lockwood no

le parecía el tipo de hombre que prefería la posición del misionero.

Pero Sophie estaba distraída; él invadió su espacio, volvió a sujetarla suavemente por las muñecas y las inmovilizó en el suelo por encima de su cabeza. Emery deslizó una mano por sus costillas, sobre su vientre y luego entre sus rodillas, separándolas para que sus caderas pudieran hundirse en el hueco de sus piernas. Balanceó la pelvis hacia adelante, rozándola, mostrándole que no podía moverse a menos que él lo deseara.

Hacía años que no estaba así de cerca de un hombre, con cada centímetro de sus cuerpos en contacto excepto los labios, y los de él estaban deliciosamente cerca. La última vez no la había afectado así. El universo de Sophie se reducía a este único momento, a ellos dos solos. Sus miradas se cruzaron.

—Esto es personal. Mi pasado es personal, Sophie. Todo lo que quieres de mí y lo que yo quiero de ti es personal — la mano libre de Emery se deslizó desde la cadera de Sophie hasta posarse en la parte inferior de su caja torácica. Jugueteó con la cinta suelta del corsé. Podía sentir cómo tiraba de ésta, cómo la provocaba, pero sin llegar a desatar el resto. Aun así, él podía hacerlo si quisiera; podría abrir el corsé y ver sus cicatrices, su apariencia desagradable.

La respiración de Sophie se entrecortó y sus pechos se elevaron rápidamente mientras luchaba por respirar.

La preocupación oscureció los ojos de Emery.

—Eres como un pequeño gorrión asustado, con el pecho agitado mientras aleteas contra la pata de gato que te sujeta. *Relájate,* Sophie —murmuró—. De lo contrario, podría perder mi control de por sí frágil. Como dom, me excita tu aprensión. Me encanta llevar a una mujer al delicado límite entre la confianza y el miedo. Nunca te haría daño, pero aun así estoy decidido a sobrepasar tus límites, a ponerlos a prueba, y sé que eso te asusta tanto

como te excita —su tono, antes sedoso, era ahora áspero y un poco irregular.

La verdad de sus palabras fue como el chasquido de un látigo en su mente, más afilado y atroz que cualquier otra cosa que ella hubiera sentido en su piel.

Sophie sacudió las caderas, intentando zafarse de él.

—¡Maldito seas! —su gran erección se clavó en ella, haciendo palpitar su vientre.

Como si pudiera sentir su creciente necesidad y frustración, los ojos de Emery se llenaron de lujuria y avidez.

—Así que tienes cicatrices y te molestan —observó.

Ella levantó la barbilla, fulminándolo con la mirada.

—Bueno, es algo humillante. A los hombres no les gusta mi… mi… —para su propia vergüenza, le tembló la voz.

—¿No les gustan tus pechos? —la mirada de incredulidad en su rostro la sorprendió.

—Uh huh —Sophie cerró los ojos, mientras la vergüenza le golpeaba las entrañas como un mazo a través de porcelana fina.

*Dios, haz que esta humillación acabe pronto.* Todos los demás hombres la habían dejado en paz después de oír esto. Emery no sería diferente. Él era demasiado sexy, demasiado apuesto para conformarse con una mujer con cicatrices como ella, no cuando podía elegir a quien quisiera.

Emery se quedó quieto, sin hacer ruido ni moverse hasta que ella abrió los ojos. Cuando por fin levantó la mirada hacia él, el hombre bajó la cabeza unos centímetros y su nariz tocó la de ella, acariciando su mejilla.

—No soy como los demás hombres, Sophie. Las cicatrices son un señal de fuerza, de supervivencia. Algún día serás lo bastante valiente como para enseñármelas, y te demostraré que no debes avergonzarte de nada. Ahora, estoy dispuesto a aceptar el trato que me has propuesto. ¿Tú lo estás?

Sophie se mordió el labio. Había sido idea suya; tenía que llevarla a cabo. Quería hacerlo, aunque le diera un susto de muerte.

—Sí. Lo haré. Tu historia, mi sumisión.

# Capítulo Cuatro

Las autoridades están convencidas de que el forcejeo entre la niñera y los secuestradores se produjo en la cocina. Francesca Espina sufrió graves heridas en la cabeza infligidas por uno de los secuestradores.

—*New York Times*, 10 de junio de 1990

La besó con una posesión salvaje, su boca le mostró la perversidad que habría entre ellos. Salvaje, oscura y completamente libre. Sophie deseaba eso más que nada, la libertad de dejarse llevar, de entregarse a los sueños eróticos que había pasado años ignorando pero a los que nunca antes se había sentido lo bastante segura como para entregarse. Su beso derribó todas las barreras, destruyó todas las partes de sí misma que intentaba ocultar. Ella levantó la barbilla, ofreciéndole su boca, suplicándole. Emery respiró hondo, sus ojos se abrieron de par en par antes de que sus pestañas descendieran parcialmente y su mirada se clavara en los labios de Sophie.

Cuando se apoderó de sus labios, la dominó con la profundidad de su reclamo. Ella lo respiró, como el primer suspiro al despertar de un sueño eterno. Sophie cobró vida en ese instante. La mujer que había sido todos estos años desde la pérdida de Rachel, la niña asustada que luchaba

contra los males del mundo, ya no existía. En su lugar estaba la mujer que siempre había querido ser, una mujer sin miedo a vivir su vida. No podía apartar a este hombre como había hecho con sus otros amigos o su familia. No. Él exigía que se entregara. Un cosquilleo electrizante brotó de los lugares donde se tocaron, encendiendo sus sentidos y nublando su mente. Su beso la consumió, envolviéndola hasta que se perdió, a la deriva en una bruma de deseo, anhelo y dolor.

Sophie sintió el temblor de su boca contra la suya; él parecía esforzarse por mantener su posesión bajo control, por contener el fuego de su pasión. La lengua de Emery se deslizó entre sus labios, embistiendo al ritmo del vaivén de sus caderas contra las de ella en pequeños círculos. Él renunció a su control y se apoderó de ella. Su cuerpo pesaba sobre el de Sophie, y sus caderas se sacudían contra las suyas. Él podría haberle hecho cualquier cosa en ese momento, y ella habría estado de acuerdo. Los músculos internos de Sophie se tensaron, vacíos y húmedos, anhelantes de él, pero fue su beso el que la consumió; casi brutal por el deseo, como si fuera un hombre sediento saboreando el primer sorbo de agua de la boca de ella. Toda su concentración, toda su energía parecía estar en Sophie, en sus labios.

Separó su boca de la de ella, jadeando bruscamente. Él maldijo salvajemente y apartó las manos del cuerpo de Sophie, quien parpadeó sorprendida cuando se percató de que las manos calientes del hombre se habían deslizado por la parte exterior de sus muslos por debajo de la minifalda. Su pecho se agitó, con sus senos peligrosamente cerca de escapar de los confines de su corsé. Los ojos de Emery bajaron lentamente de su boca a sus pechos. Con una sonrisa pícara, su boca presionó ligeramente la parte superior de sus pechos color crema y sacó la lengua mientras lamía y mordisqueaba hasta llegar a los labios de

Sophie. Él hizo una pausa, le rozó la comisura con los labios y le acarició juguetonamente la nariz con la suya.

Sophie gimió por la pérdida cuando él por fin echó la cabeza hacia atrás. Lo sintió como una despedida, pero eso era una tontería; acababa de conocerlo y había aceptado entregarse a él. No podían haber terminado.

Emery suspiró y su aliento le golpeó la sien. Su cuerpo se endureció sobre el de ella.

—Vete a casa, Sophie. Olvídate de mí, de este lugar. Que sea un sueño peculiar, nada más. No soy el hombre para ti —su voz era áspera.

—No —susurró con fiereza, pero no estaba tan segura de sí misma como antes. Había esperado unos azotes, unos besos rudos. No había esperado sentirse tan vulnerable y expuesta frente a un hombre asumiendo el control de su cuerpo y poseyéndola por completo en apenas unos minutos.

—¿De verdad crees que puedes sobrevivir a este estilo de vida al menos un minuto? Eres convencional, cariño. Nunca me dejarías atarte y reclamarte de las mil maneras que me gustaría. Llorarías cuando mi mano cayera sobre tu culo como castigo. No estás preparada para esto.

Sophie negó con la cabeza, luchando furiosamente contra la oleada de lágrimas mientras se le hacía un nudo en la garganta. Él y sólo él le había ofrecido lo que sus sueños y anhelos secretos habían clamado noche tras noche. Los amantes fantasmas que la habían atormentado hasta el borde de la necesidad violenta en sus sueños nunca podrían compararse con el peso real y poderoso de su cuerpo sobre el de ella en ese momento. La devastación de ese beso perfecto no podía revertirse. La historia podía esperar… pero la *necesidad*… la desesperación por volver a sentirse viva… Sophie no podía dejarla escapar, todavía no.

—No. Llévame a casa contigo —hizo una pausa, evaluando cada palabra—. *Por favor,* señor —estaba suplicando. No había duda de ello para ninguno de los dos

y, a pesar de lo sorprendida que estaba por su propio impulso de suplicar, rezó para que le permitiera ir con él.

Los labios de Emery se curvaron en una sonrisa torcida. Por un momento, ella vio en él al niño que había sido antes de que su mundo quedara totalmente destruido. El niño no se había ido, no estaba muerto. Enterrado sí, pero no muerto. Él se pasó una mano por el pelo y permaneció en silencio un momento. Sombras de duda e indecisión aparecieron en su rostro antes de que finalmente respondiera.

—¿Cómo puedo resistirme? —Emery se levantó y la puso en pie.

Sophie se estremeció. Tenía la espalda magullada después de haber estado tumbada en el suelo de piedra debajo de él. No le había importado en ese momento; su cuerpo se había distraído con mil cosas más. Pero ahora sus omóplatos y caderas gritaban en señal de protesta. Emery la cogió en brazos, le frotó y le masajeó la espalda con manos expertas.

—Ven, voy a llamar a mi chofer.

—De acuerdo —intentó mantener la calma. Iría a casa con Emery Lockwood. Uno de los hombres más ricos de América. Sin embargo, no fue su riqueza lo que la obligó a luchar contra los temblores en la base de su columna vertebral y en su vientre. No, era el hecho de que iría a casa con un hombre que la besaba como si fuera la última mujer en la tierra y el tiempo se estuviera acabando. Si besaba así, el sexo con él sería el Apocalipsis. Ella nunca sobreviviría.

~

*¿Qué demonios estoy haciendo?* Emery tenía la mano de la pequeña periodista entre las suyas. Estaban sentados en el asiento trasero de su Mercedes negro mientras su

guardaespaldas, Hans Brummer, los llevaba de vuelta a la mansión Lockwood, la casa de su infancia.

Hacía tiempo que sus padres habían abandonado la casa, pero él no. Había querido irse, pero no había podido. Algo lo retenía allí, como un árbol con raíces profundas. No podía vivir, no podía respirar en ningún otro sitio. Estaba tan atado al suelo de la finca como lo estaban los árboles que bordeaban el camino de un kilométrico de largo que conducía a la casa. Era su castillo, su fortaleza contra la dureza del mundo y, sin embargo, llevaría a Sophie a su interior. Una periodista con la intención de exponer su alma. Realmente era un tonto por dejarla entrar. ¿Qué pensaría ella cuando viera las interminables habitaciones vacías y los oscuros pasillos? ¿Se preguntaría si él era igual por dentro? No quería estar vacío, pero un miedo siniestro y sigiloso le advertía de que podría estarlo después de todos estos años. ¿Qué era un gemelo sin su otra mitad? Incompleto. Una mujer nunca querría la mitad de un hombre, no una mujer como Sophie.

Nunca se había atrevido a traer a una mujer a casa, nunca había querido. Había algo en Sophie que le hacía querer arriesgarlo todo, aunque hubiera muchas posibilidades de que ella le diera la espalda o le traicionara. Después de todo, era periodista. Contar historias era lo que mejor sabían hacer, a menudo a costa de los demás. No había olvidado que ella había afirmado que podía salvarlo y resolver el secuestro. No hacía falta resolverlo. Conocía al hombre que lo había secuestrado, nunca olvidaría esa cara mientras viviera. Pero tenía curiosidad por saber lo que esta intrépida y pequeña criatura se creía capaz de enseñarle sobre el pasado.

—Ya casi llegamos —frotó la palma de la mano de Sophie con su pulgar, deleitándose con su respuesta en forma de estremecimiento.

Ella era impredecible. Llevaba años evitando a la gente de su profesión, pero Sophie tenía algo irresistible. La

forma en que se había defendido, intentando ocultar sus debilidades mientras se enfrentaba a él. Pero luego se había arrodillado a sus pies y entregado para ganarse su confianza. Era sumisa en cierto modo, pero también era una guerrera, no un ratón tímido. Ganarse la confianza y la entrega absolutas de alguien así sería un dulce premio, uno que debía volver a saborear pronto o se volvería loco.

Ese beso peligroso. Él no debería haberlo hecho, no debería haber cedido a su necesidad con tanta rapidez, pero fue incapaz de negar su ofrecimiento. Ella había levantado los labios y él los había cogido. Su beso lo calentó, como el primer paso sobre la arena caliente tras meses de invierno. El placer del calor, el ardor abrasador, apenas controlado y, sin embargo, increíblemente suave a pesar de toda su intensidad.

—Dios mío —Sophie se sentó en el borde del asiento, mirando a través del parabrisas del coche para ver hacia dónde se dirigían.

Los faros iluminaron la entrada negra de hierro forjado de Lockwood. Hans pulsó un pequeño dispositivo en el parasol y el enrejado de hierro se abrió para permitirles el paso. Un camino de grava creaba un sendero blanco a través del cuidado césped. Los árboles se alzaban a lo largo del camino, apenas visibles al borde de los rayos de luz de los faros del Mercedes, bordeando el camino como muros de acero marrón. Incluso de noche, la vista era impresionante bajo el resplandor de la luna.

La casa aún estaba lejos, pero la luz de la luna resaltaba las columnas de mármol blanco y los ladrillos rojos se fundían con la noche. Hans condujo el coche por el camino que trazaba una curva hasta la entrada trasera de la casa. No había ningún sirviente esperándolos. Emery mantenía la casa desierta; un equipo de limpieza venía una vez a la semana para ocuparse de las necesidades. Prefería la casa vacía, vacía como su corazón. Era un castigo apropiado, después de todos estos años. Permitía que los espectros de

esos días dorados se filtraran por las paredes y lo persiguieran con el sonido de la risa de su hermano, los recuerdos felices de las horas transcurridas en los jardines con juegos que sólo los niños podían crear.

Los ojos de Emery recorrieron la brisa nocturna mientras ondulaba a través de la espesa hiedra que trepaba por los muros de ladrillo. Como el vestido de noche de una dama agitándose en la pista de baile durante un suave vals, las paredes de la casa parecían estremecerse y balancearse con el ligero viento. La casa era un fantasma, una sombra de su antigua gloria en muchos sentidos. Aunque había renovado la fontanería y la electricidad e instalado un impresionante sistema de seguridad, no parecía la misma. No desde… entonces. Emery cerró los ojos cuando un dolor de cabeza lo inundó.

*Una carcajada suave y ronca. El ardor del whisky en la garganta. Los acordes de una canción country provocando a sus oídos*.

—Hans, apaga la radio —dijo, y abrió los ojos.

—No está encendida, señor —su guardia levantó la mirada por el retrovisor y se encontró con la mirada de Emery.

—Ah, claro —luchó contra una oleada de mareos y confusión. A veces le dolía la cabeza, a veces no, pero de vez en cuando parecía viajar a otra parte. Estaba seguro de que se estaba volviendo loco; probablemente por la tensión de dirigir la empresa de su padre, entre otras cosas. También estaba el estrés de sus pesadillas. Nunca dejaba la espalda expuesta a una puerta abierta. Los médicos decían que sufría algún tipo de trastorno de estrés postraumático. Tal vez era verdad. Después de todo lo que él había…

Emery sacudió la cabeza, alejando los pensamientos y recuerdos inquietantes, metiéndolos en la caja oscura dentro de su cabeza y encerrándolos. La sensación de alteridad, la conciencia de esa parte externa de sí mismo que habría jurado que murió veinticinco años atrás, se

desvaneció. El aroma limpio de los árboles mojados por la reciente lluvia lo llenó, y respiró el aire fresco, permitiendo que le despejara la cabeza.

—Es muy hermosa —Sophie parecía ajena al oscuro camino que habían recorrido sus pensamientos. Ella apoyó la palma de la mano en la ventana, observando la casa monolítica. Sin ser consciente de ello, ella lo provocó con la proximidad de su cuerpo. Necesitó todo su control para no arrastrarla a sus brazos y reclamarla con el ansia que lo carcomía.

Emery no miraba la casa, sino a ella. Tenía una figura deliciosa: caderas anchas, cintura esbelta, piernas musculosas y brazos esculpidos. Estaba en el delicioso límite de la gordura que hacía que su cuerpo deseara acurrucarse en su suavidad. No era alta, no podía medir más de metro setenta, pero tenía el tamaño perfecto. Lo bastante pequeña para ser abrazada y sostenida, pero lo bastante fuerte para soportar su apetito sensual.

Incapaz de resistirse, Emery le rodeó la nuca con los dedos y la frotó. Sophie se tensó al instante, pero luego se relajó lentamente. Él había practicado ese movimiento, lo había perfeccionado en los últimos años y nunca fallaba a la hora de hacer que una mujer se derritiera. Sofocó una risita cuando Sophie suspiró y se recostó contra él, apoyándose en el pliegue de su brazo.

—Normalmente no soy así, ¿sabes? —los ojos grises de Sophie se clavaron en los suyos. Le recordaron a la plata deslustrada, oscura y misteriosa.

—¿Así cómo? —sabía lo que ella iba a decir. Él había traspasado el primer muro de sus defensas, la había hecho aceptar su contacto, por inocente que fuera.

Sophie agitó una mano en el aire.

—Esto. No soy fácil, pero me haces hacer las cosas más estúpidas.

Emery le cogió la mejilla con una palma, le acarició el cuello con la nariz y luego le besó la comisura de los labios.

—Cuando empecemos, harás muchas cosas que no habrías hecho antes. Estar conmigo es poner a prueba tus límites.

El coche se detuvo. Hans se bajó, caminó hasta la puerta de Sophie y se la abrió. Emery la siguió, con los ojos fijos en sus curvas, en la forma en que su falda se ceñía a su trasero y en el vaivén de sus caderas al caminar.

Probablemente acababa de salir de la universidad y su energía lo atraía. Normalmente, evitaba a las mujeres mucho más jóvenes. Esa inocencia no le resultaba atractiva. Sólo se había acostado con mujeres insensibles, que desconfiaban de las conexiones emocionales y querían sexo y nada más. Ellas conocían el resultado y no se dormían soñando con un futuro feliz, con hijos y felices para siempre.

Sin embargo, había algo en Sophie. Una pasión por sus objetivos, una sana ambición cimentada en su deseo de ser buena en algo que amaba. Sabía muy poco de ella, pero sí sabía que, una vez que descubriera todos sus secretos, quedaría aún más impresionado. Aunque por regla general despreciaba a los periodistas porque no podían mantenerse lejos de su vida, Sophie parecía diferente. No era curiosidad morbosa lo que la hacía rogarle que le contara su historia. Había dolor y miedo en sus ojos, algo que Emery reconocía demasiado bien porque se veía obligado a mirarlo en el espejo todos los días. Este era el secreto que más deseaba conocer de ella. ¿Qué la había impulsado a buscarlo? ¿Qué razón podía tener para necesitar su historia, para saber cómo había sobrevivido?

Le rodeó la cintura con un brazo mientras subían los escalones hasta la puerta.

—Sophie, ¿dónde te alojas en la ciudad?

—En la posada Brighton. ¿Por qué? —ella levantó una ceja delicada.

Emery estrujó con más fuerza su cintura.

—Hans, ve al Brighton y recoge las cosas de Sophie. De paso, paga la cuenta.

Ella se zafó de su agarre.

—¡Eh! ¡No puedes hacer eso!

—¿Te opones a que tu equipaje sea retirado de allí o a que yo pague la cuenta?

Su vacilación se lo dijo todo. Ella tenía miedo de cederle el control. Un pequeño tropiezo, uno que él tendría que superar rápidamente.

Sophie suspiró y levantó los ojos como si suplicara al cielo que la librara de él.

—No puedes simplemente… —ella estrujó las manos contra sus muslos.

—Te olvidas de nuestro trato. Yo he puesto los límites y los términos. Tú obtienes tu historia.

Emery no le dio oportunidad de discutir. Simplemente metió su brazo entre el suyo y la acompañó a su casa. Él no pasó por alto el brillo de diversión en los ojos de Hans. Incapaz de resistirse, le dedicó una pequeña sonrisa a su guardaespaldas. Hans era un buen amigo, un mentor y una de las pocas personas, aparte de su familia y sus dos amigos Royce y Wes, en quien confiaba incondicionalmente, sin cuestionárselo. Emery mantenía las distancias con el resto del personal de Lockwood, que en realidad no era más que un pequeño equipo de limpieza semanal, pero nunca apartaba a Hans. El guardaespaldas de un hombre debía conocer a su protegido lo suficiente como para anticiparse a sus necesidades y, lo que era más importante, a cualquier circunstancia que podía poner en peligro su vida. Hans y él llevaban mucho tiempo juntos.

Emery le cubrió los labios con la punta de un dedo.

—Quitemos cualquier objeción de en medio ahora mismo. Dormirás en mi habitación, en mi cama. A menos, claro, que me tengas miedo… ¿o acaso tienes miedo de ti misma, de las pasiones que escondes? —fuera de su casa, no podía permitirse exigir tanta intimidad a una mujer; era

demasiado peligroso para él. Pero aquí… dentro de estas paredes, él podía respirar y simplemente… *ser.*

Sophie entrecerró los ojos, y su expresión de enfado sólo la hizo más irresistible para él. Su terquedad le iba a dar mucho placer.

—Cuando me fulminas con la mirada, sólo me recuerdas que te debo un castigo —los ojos de Sophie se oscurecieron con un calor rebelde cuando se burló de ella. Él nunca había deseado el fuego como en ese momento. A su pequeña guerrera le gustaba la idea de unos azotes. Sin duda, él lo recordaría.

Ella abrió la boca bajo su dedo e intentó morderlo. Emery fue más rápido, le cogió la barbilla y le levantó la cabeza, obligándola a ponerse de puntillas para robarle un beso. La besó con fuerza, concentrándose en su boca, en su sabor a fresas, en su lengua vacilante y retraída cuando él asumió el control. Abrió aún más la boca de Sophie, distrayéndola mientras le sujetaba las muñecas en la espalda. Él amaba las ataduras, no podía esperar a tenerla debajo de él, atada a su cama. Algún día le permitiría que lo tocara, que le acariciara el cuerpo con esas manos tan encantadoras. Pero la necesidad de tenerla indefensa y confiada en su cama, esperando a que se cumplieran todos sus deseos, era una necesidad poderosa que lo dejaba casi cegado de ansia.

Sophie se derritió en sus brazos, y un pequeño ronroneo escapó de su boca entre besos. No había nada mejor que conseguir que una mujer fuerte, inteligente y hermosa se entregara. No era cuestión de obligar, no era cuestión de doblegar a alguien. Se trataba de ganar confianza, y conseguir que una mujer como Sophie se sometiera por completo no se parecería a nada que hubiera hecho antes. Un verdadero logro. Nunca en su vida había querido aceptar un reto como el de dominarla.

Cuando se apartó para mirarla, sus ojos grises plateados eran suaves, cálidos, como piedras lunares pulidas.

—Tu boca es peligrosa —Emery depositó otro suave beso en sus labios. ¿Era una locura sentir que no podía saciarse de su boca? Casi le daba miedo pensar en lo desesperado que había estado por hundirse en ella y no salir nunca.

—¿Peligrosa? —murmuró ella contra sus labios.

—Hmmm, sí… —le lamió los labios, deleitándose con su sabor—. No puedo dejar de pensar en lo que podrías hacerme con ella, en lo que quiero hacerle.

—¿De verdad? —su sorpresa lo conmocionó. ¿Ella no tenía ni idea del efecto que estaba teniendo en él? Su polla estaba tan dura que tendría suerte de llegar arriba sin ningún dolor importante.

La mano de Emery se tensó sobre sus muñecas aprisionadas.

—¿Con cuántos hombres has estado?

—¿Hmm?

Sophie estaba sonriendo como si estuviera aturdida, como si su último beso hubiera adormecido su mente y la hubiera dejado felizmente embriagada de pasión.

—¿Cuántos hombres? ¿Cuántas veces? Y no mientas. La verdad, Sophie.

Finalmente, ella pareció entender sus palabras.

—Dos hombres. Dos veces cada uno.

¿Tan pocos? ¿Cómo era posible que los hombres no hubieran derribado sus puertas para compartir su cama? Emery decidió que los hombres, independientemente de la procedencia de Sophie, eran idiotas.

—Mientras estés conmigo, nadie más, ¿entendido? Soy posesivo.

Sophie frunció el ceño, y sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas.

—Lo mismo te digo a ti. No comparto y no quiero que mires a otras mujeres. Odio eso. Todos los hombres con los que he salido no han podido apartar los ojos de otras mujeres. ¿Puedes prometer ser mejor?

Emery recorrió con la mirada su cuerpo tentador, intentando no dejarse llevar por las fantasías de todas las cosas que pronto le haría.

—Eres toda mía, y no he sido capaz de apartar la mirada desde que Royce te trajo a mí.

Era la verdad. Aterradora, confusa, verdad. Claro, ella no era hermosa, no era delgada. Sophie era lo opuesto a la mayoría de las mujeres que conocía a diario. Y eso la hacía fascinante, una extraña mezcla de tigresa guerrera e inocencia de gatita. Emery sabía que con el hombre adecuado, un buen dom, ella explotaría y ardería como el fuego en la cama. Maldición, quería que el fuego lo consumiera.

Sophie dejó que la guiara por un laberinto de pasillos bordeados de cuadros colgados en las paredes suntuosamente pintadas. Esto tenía que ser un sueño: ser escoltada por una mansión iluminada por tenues lámparas doradas y estanques de luz de luna que se filtraban por las ventanas, dejando pozos nacarados de luz por el suelo. Su mano estaba firmemente sujeta a la de Emery, y el contacto era reconfortante. Nunca había sido aficionada a las caricias, a los abrazos, a nada de eso. Pero la mano grande y elegante de Emery enroscada alrededor de la suya era relajante y, sin embargo, completamente desconcertante.

Emery era como un fantasma del pasado, un caballero que llevándose rápidamente a su dama a un dormitorio lejano. Sophie estaba demasiado ansiosa por su seducción, pero todo a su alrededor era una distracción. Había estatuas y obras de arte en lugares extraños. No pudo evitar detenerse ante las figuras de mármol tallado o deslizar la punta de los dedos por la brillante madera pulida de lo que debían de ser antigüedades de valor

incalculable. Después de que ella se detuviera por décima vez, Emery suspiró.

—¿Qué es todo esto? —Sophie se quedó paralizada ante una figura de mármol de Poseidón colocada en un rincón.

—A lo largo de los años, he recolectado y rescatado muchas piezas de casas originales construidas en la primera mitad del siglo pasado en la isla.

—¿Por qué? —volvió la cara hacia la de él.

Emery guardó silencio durante un largo instante, con la mirada recorriendo el lapso de años.

—Antes de la Depresión, esta costa estaba llena de castillos y palacios. Las fortunas americanas eran gastadas con extravagancia en casas que rivalizaban con las de la realeza europea. Pero después de la Depresión y cada década desde entonces, esas mismas casas han ido decayendo lentamente, han sido destruidas, vendidas. El año pasado, cierto promotor inmobiliario me venció en una subasta. Compró una de las casas a seis kilómetros de aquí —los ojos de Emery se agudizaron y las líneas de su rostro se tensaron mientras estrujaba la mandíbula—. Él ha demolido todo el lugar y construido unos condominios baratos. Los estadounidenses nunca han respetado la historia —escupió las últimas palabras. La irritación impregnada de un poco de desesperación consumía sus ojos color avellana.

Qué cierto era eso. Demasiados monumentos, demasiados lugares con historia habían sido destruidos por el crecimiento americano.

Emery ejerció presión sobre la mano de Sophie.

—He dedicado mucho tiempo y recursos personales a preservar la tierra a mi alcance, lo que puedo de los lugares demolidos y lo traigo aquí.

La conmoción se apoderó de ella al pensar en este hombre a la caza de fragmentos pertenecientes a la herencia cultural norteamericana, que podía estar tan interesado en los sueños rotos de una época dorada muy

lejana en el tiempo. El corazón de Sophie sufrió una fuerte sacudida. Él era muy diferente a todo lo que ella había esperado. Estaba atormentado, sí; torturado, sí. Pero, fuera cual fuera su pasado, él parecía decidido a protegerlo. Como un rey en una tierra embrujada donde el tiempo no podía avanzar y él nunca envejecía. Había algo triste y hermoso en este hombre. Ella no podía dejar de preguntarse si él pensaba que su preservación del pasado también preservaba de alguna manera a su hermano.

—Parece que eres un romántico, Emery —Sophie le sujetó la mano con más fuerza, estrujándole la palma.

De pronto, las manos de Emery se enroscaron alrededor de sus brazos, sacudiéndola un poco. Las finas líneas alrededor de sus ojos se arrugaron mientras su mirada se endurecía.

—Nunca me confundas con un romántico, Sophie. Y menos cuando estoy luchando contra el deseo de inclinarte sobre mi cama, desnuda y abierta a mi posesión. No he hecho más que idear mil maneras en las que me gustaría reclamarte, sujetarte, poseerte. ¿Eso te parece romántico?

A Sophie se le secó la boca. En lugar de sentir repulsión, sus palabras dispararon fuego directamente a su vientre, y ella parpadeó lentamente, apenas capaz de moverse.

—Si vuelves a utilizar esas pequeñas miradas encantadoramente ávidas, me olvidaré de la cama y te reclamaré contra la pared, aquí mismo —le advirtió.

—Promesas, promesas —murmuró Sophie, interiormente divertida de poder encontrar aire para respirar. A los veinticuatro años, nunca le había interesado demasiado el sexo, de hecho, había temido cualquier tipo de intimidad. Sin embargo, aquí estaba ella, jadeando como una gata en celo tras un desconocido, deseando que le hiciera el amor hasta que ella olvidara su nombre, hasta que le fallaran las piernas y se le nublara la vista.

*Soy una desvergonzada, una completa desvergonzada y ni siquiera me importa.*

¿Era posible transformarse de mojigata en lasciva en tan sólo una hora? Aparentemente sí.

Miró a Emery con evidente deseo, la forma en que su traje oscuro se amoldaba a sus músculos y se ceñía a él mientras se movía. Era como un leopardo: elegante, grácil, poderoso. Podía corromper a una legión de los ángeles más puros, hacer que se arrancaran las alas de la espalda y se postraran a sus pies por una simple caricia o un susurro ronco. El diablo podía hacer tratos con el cuerpo de este hombre, y ella estaba más que dispuesta a aceptar los términos y condiciones para entregar su alma por otro de sus besos envolventes y devoradores de almas.

Al cabo de un momento, se dio cuenta de que él la estaba mirando. Sus ojos brillaban con el calor del verano, abrasadores y peligrosos.

—Creo que dejaremos el recorrido para más tarde. Luces demasiado tentadora y no creo que mi tío abuelo Timsworth —señaló un cuadro sobre su hombro, de un hombre canoso y de aspecto solemne sentado en una silla, con un puro en la mano—, apreciaría que te follara contra la pared junto a él.

Sophie se sonrojó; su respiración se detuvo durante un segundo. ¿Por qué esa idea le provocaba el deseo de desvanecerse?

—¿Tienes hambre? —levantó la mano de Sophie hasta su boca, le acarició los nudillos con los labios, la miró como un artista lo haría con un lienzo en blanco. Visiones, sueños, cada fase de una obra maestra en la mente del artista, antes de poner el pincel sobre el lienzo. Sophie se preguntó qué veía en ella, qué obra maestra anhelaba crear.

*Por favor, que sea algo oscuro, carnal, pecaminoso.*

Como si fuera capaz de leer sus pensamientos, Emery sonrió. No fue una sonrisa cualquiera, sino una que golpeó sus rodillas, que la hizo caer en sus brazos. Fue una sonrisa que la llevó a un lugar vacío de todo, excepto de la

necesidad de él y de lo que prometía con una simple mirada.

*Problemas. Ella tenía muchos problemas.* Sophie inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo, y el calor de su pecho contra el suyo la hizo sudar lo suficiente a pesar de que debería haber tenido frío con su minifalda de cuero y su corsé. Respiró profundamente cuando la cabeza de él descendió hacia la suya.

# Capítulo Cinco

Tras ser trasladada al hospital y recibir tratamiento, Francesca Espina, la niñera de los niños, relató lo que pudo recordar del crimen. Declaró que había al menos tres hombres con máscaras negras que entraron por la puerta trasera de la cocina. Durante la pelea, uno de los niños intentó distraer a uno de los secuestradores, pero resultó herido. Las muestras de sangre de la escena coincidieron con las de la joven víctima, así como con las de la niñera.

—*New York Times*, 10 de junio de 1990

Los labios de Emery rozaron la oreja de Sophie. Ella inclinó el cuello hacia él, ofreciéndole más de su piel, anhelando desesperadamente que su boca continuara con ese juego perverso.

Él soltó una carcajada.

—¿Tienes apetito de *comida*? Tenemos tiempo de sobra para satisfacer tus otros apetitos.

La decepción por la interrupción de sus besos se enfrentó a los ruidos de su estómago.

—Comida, por favor —respondió ella, todavía sin aliento.

Él volvió a reír, sólo que esta vez el sonido era más fuerte, más intenso. Ella también se rio. Le sentó bien.

—Pues comida será. Por aquí.

La llevó por varios pasillos más. Mientras la guiaba por un sendero serpenteante a través del enorme laberinto que constituía la casa Lockwood, sus ojos se desviaron de los retratos de las paredes hacia Emery. Su cuerpo musculoso se movía a su lado, y la ajustada confección de su traje mostraba la mejor figura que ella había visto en su vida. Se lamió los labios, dispuesta a hablar, a incitarlo a otro sensual roce o beso, pero él se detuvo ante una puerta y la abrió de un empujón.

—Ésta es la cocina original, construida en 1902, cuando la casa aún tenía más de veinte sirvientes y ofrecía grandes fiestas.

Emery señaló la gran barra de mármol y las encimeras aún más grandes que llenaban la habitación. Sophie casi podía ver el pasado; el ajetreo y el bullicio de los cocineros malhumorados gritando a las sirvientas que llevaran agua fresca a los fogones. El vapor de la sopa y el olor a pan fresco y pollo asado. Se le hizo agua la boca de sólo pensarlo. Qué grandioso debió haber sido vivir en una época así. Siguió estudiando la cocina, percatándose del estante de madera que colgaba sobre la isla central de mármol, donde relucientes ollas y sartenes de plata estaban sujetas por asas y cuerdas entre guirnaldas de diversas especias.

Emery se quitó la chaqueta del traje y la arrojó sobre la superficie de un taburete de la barra. Sophie se humedeció los labios ante la imagen sus hombros musculosos y sus caderas esbeltas. Perfectas para encajar entre sus muslos…

*Cálmate, chica.* Sophie sacudió la cabeza al ver cómo su propio cuerpo seguía intentando asumir el control. Nunca había visto a un hombre tan apuesto. Él la miró por encima del hombro, con una sonrisa maliciosa en la cara. Emery tenía que saber que podía besarla sin piedad, pero no había bravuconería ni arrogancia en su comportamiento. Él parecía saber que su sola presencia provocaba en ella un

deseo irrefrenable. Sophie quería que la reclamara ahora, duro y rápido. Era como si no pudiera esperar ni un minuto más para que volviera a tocarla.

—Puedo leer tu cara —bromeó—. Guarda esos pensamientos perversos para esta noche. Ahora, ¿alguna vez has desayunado en la cena?

Sophie ahogó una risita cuando él se giró hacia ella blandiendo una espátula y sosteniendo una gran sartén. Emery movió las cejas y sonrió. Ella dejó de respirar. El alma torturada había desaparecido; en su lugar había un hombre seductor lleno de sonrisas y problemas. A pesar de sus preguntas, de su necesidad de conocer su historia, Sophie no quiso arruinar el milagro de su buen humor.

—Prométeme que hay tocino. Haría cualquier cosa por tocino —lo decía en serio. El tocino era uno de los pequeños placeres de su vida, como el chocolate. Sus caderas la odiaban por ello, pero no podía rechazar el tocino.

Emery se acercó a ella, con ojos cálidos como la miel. La rodeó por detrás, envolvió los brazos en su cintura y le mordió el lóbulo de la oreja derecha. Sophie se puso rígida ante ese contacto íntimo, a pesar de la oleada de calor húmedo que sentía entre las piernas. No estaba acostumbrada al contacto físico con un hombre, y menos con uno que ella deseaba.

—Regla número uno, relájate ante mis caricias. A menos que te esté castigando. Entonces puedes anticiparte a mí todo lo que quieras. Ahora… relájate —le rodeó la garganta con dedos largos y elegantes, sin estrujarla, simplemente manteniéndola en su sitio mientras deslizaba la lengua por la concha de su oreja. Sophie se sobresaltó, sólo para que el brazo de Emery alrededor de su estómago la empujara de nuevo hacia abajo, la sujetara, la inmovilizara indefensa para que él explorara sus puntos sensibles… Era demasiado. Esto le gustaba mucho más de lo que debería:

la sensación de impotencia, la rendición incluso ante una dominación tan mínima.

Un fuerte cosquilleo le recorrió la parte baja de la espalda, respondiendo a la alucinante y erótica sensación de la lengua del hombre en la oreja. La lamió por detrás, mordisqueó la suave piel, y ella se agitó, desesperada por escapar, pero deseando más al mismo tiempo.

—Mmm… —Sophie gimió mientras él repetía la deliciosa tortura, y sus nervios parecieron crisparse. Sabía que no podría soportar esto mucho más tiempo. Ella clavó los dedos en la piel de sus brazos, intentando alertarle de que se encontraba al límite.

Finalmente, poco a poco, Emery cedió. El fuego seguía recorriéndole la columna vertebral y Sophie se estremeció, intentando librarse de la excitación que casi había empapado su ropa interior. Emery la cogió del brazo y la obligó a levantarse del taburete. Ella chilló de pura sorpresa cuando él azotó su trasero con la espátula de metal, y luego suspiró cuando él dejó el objeto a un lado y deslizó la palma de la mano por sus nalgas, frotando suavemente el lugar de impacto.

Eso sólo hizo que se humedeciera y se calentara más.

—Cariño, conmigo el tocino siempre está garantizado — la liberó, soltó una risita y se acercó a la nevera. En rápida sucesión, Emery arrojó una barra de mantequilla sobre la encimera, deslizó un cartón de huevos junto a ésta y dejó caer un paquete de tocino. Giró, cerró el frigorífico con la punta de su elegante zapato de vestir y extendió la mano por encima de su cabeza para coger un protector contra salpicaduras de grasa.

Lo miró boquiabierta. Él actuaba con total normalidad, como si no acabara de ponerla de rodillas, desesperada por sexo, y luego la hubiera golpeado en el culo con un utensilio de cocina.

Sophie cerró los ojos y respiró con fuerza. Luego lo expulsó y volvió a abrir los ojos.

—Te das cuenta de que esto es una locura, ¿verdad? Somos unos completos desconocidos… y esto —Sophie agitó una mano en el aire entre los dos—, también es una locura. No me acuesto con chicos con los que no he salido y definitivamente no permito ser azotada por extraños —él levantó una ceja, y esa sola acción fue un desafío.

—¿O novios? —el suave tono de su voz despertó en Sophie un deseo dulce como la miel.

—Tampoco novios.

Una de las comisuras de sus labios se alzó en una sonrisa pícara.

—Seré el primero en ponerte la mano encima —jugó con la espátula, mirándola con seria contemplación—. Quizá no sólo mi mano… pero no te preocupes, cariño. Te encantará cuando eso suceda.

A Sophie se le secó la boca por completo. Y una oleada de calor la inundó de pies a cabeza, tanto que se apoyó en la encimera para no caerse del taburete.

Emery cascó dos huevos sobre la sartén y clavó sus ojos de oro fundido en los de ella.

—Esto ha sido idea tuya, Sophie. Querías ser mi sumisa. La intimidad, tanto sexual como de otro tipo, forma parte del trato, al menos para mí.

Sophie se estremeció. ¿Intimidad? ¿Estaba preparada para eso?

*No. Claro que no.*

La última vez que había tenido intimidad y había bajado la guardia, un hombre había entrado en su corazón y luego casi la había matado al marcharse. Eso había ocurrido hacía cinco años y el dolor apenas había empezado a disminuir. No podía volver a vivir eso, no podía soportar estar en una relación no recíproca. Sophie estaba convencida de que el amor no correspondido formaba parte de su persona. Y no tenía intención de volver a compartir su vida tan abiertamente. La última vez que se había interesado por un chico, había cometido el error de

compartir su trabajo con él. Permitirle ver lo importante que era su trabajo no los había acercado. Al contrario, lo había alejado. Tampoco podía borrar de su mente la expresión de la cara del hombre, como si ella hubiera perdido la cordura cuando intentó decirle que estaba ayudando a salvar vidas escribiendo sus artículos e investigando casos sin resolver para obtener patrones. Él le había dicho que su interés por las cosas morbosas era "dañino" y que debería dedicarse a escribir artículos sobre consejos de decoración de casas o recetas para fiestas, como si su carrera fuera poco más que un pasatiempo glorificado.

Sophie nunca olvidaría cómo se había sentido cuando él se había marchado: dividida entre la rabia y el dolor, con lágrimas quemándole los ojos y la garganta tan oprimida que no podía respirar. Lo peor del mundo era abrirse y ser rechazada. Ella no podía dejar que eso sucediera de nuevo, no en los términos de Emery, cuando él estaba exigiendo una intimidad emocional que ella no podía darle.

Era hora de irse. Sophie conseguiría su historia de otra manera y averiguaría quién lo había secuestrado sin arriesgarse a sí misma en el proceso. Se bajó del taburete y sus desgastados zapatos sin tacón no hicieron ruido al tocar el suelo. Cogió lentamente el bolso de mano sobre la encimera y fijó la mirada en el cuerpo de Emery, quien estaba de espaldas a ella cocinando los huevos. Su corazón se aceleró a un ritmo de pánico mientras luchaba por mantener la calma, sigilosa en su huida.

El olor de su cocina era celestial, envolviéndola, burlándose de su estómago hasta el punto de que gruñó. *Fuertemente.* Sophie se congeló. Pero Emery no debió haber oído su estómago porque no se volvió. Gracias a Dios, pensó y se puso rápidamente de puntillas hacia la puerta de la cocina. Con una mirada anhelante sobre su hombro hacia Emery, no vio la masa corpulenta bloqueando su camino hasta que fue demasiado tarde.

*¡Whump!*

Colisionó con un músculo sólido y grandes manos cayeron sobre sus hombros, clavándola en su lugar mientras ella se preparaba para luchar.

—Oye, Emery, tu pequeña sum está huyendo —anunció una voz conocida.

El hombre que la mantenía quieta no era otro que Royce, el amigo de Emery del club, el que la había llevado hasta Emery y prácticamente la había empujado a su regazo.

Emery ni siquiera se dio la vuelta. Se limitó a reír. Bastardo arrogante.

—Gracias Royce. Eso le ahorra a mi guardaespaldas la molestia de ubicarla antes de que yo soltara la jauría de perros salvajes sobre ella.

*¿Perros salvajes? Él está de broma, absolutamente.* Sophie se mordió el labio e intentó apartar las manos de Royce de sus hombros. Emery giró parcialmente para encararla, con un guante de cocina en la mano mientras sostenía una sartén en la estufa.

—Ella es demasiado dulce para alimentar a tu manada de lobos. Déjame llevarla a casa. Haré que se comporte. Una buena veintena de golpes en el culo la pondrán en su sitio. Estará de rodillas, con ojos de adoración y preguntando qué complacería a su Amo —se jactó Royce.

—Sí, no lo creó —Sophie se irritó y le dio una patada en la rodilla. Él no mostró ni una pizca de dolor, y ella le había dado una patada fuerte, lo bastante fuerte como para que cualquier otro hombre hubiera estado saltando por la cocina sujetándose la espinilla y gimiendo. Royce se limitó a dedicarle una sonrisa voraz y un guiño malintencionado.

—La esposaré por ti —le dijo Royce a Emery, metiendo una mano en el bolsillo de su pantalón y sacando un juego de esposas. La arrastró de vuelta a su taburete y la dejó caer en el asiento. Antes de que Sophie tuviera tiempo de reaccionar, él había colocado la primera en su tobillo y la

otra en la pata del taburete, encima de la barra del reposapiés, para evitar que levantara el taburete y lo liberara de las esposas.

—¿Quién demonios te crees que eres? —ella lo interrumpió cuando él abrió la boca para responder—. ¿Y qué demonios haces aquí?

—Son muchos 'demonios', cariño. Apuesto a que no tienes ni idea de qué son los demonios. Soy Royce Devereaux. Emery me conoce desde… —su mirada se entrecerró y se despojó de las repentinas y pesadas sombras de la emoción. Guardó silencio un momento antes de percatarse de la cocina y de la comida sobre el mostrador—. ¿Desayuno en la cena? Vaya, Emery realmente debe quererte en su cama. Me acostaría con cualquiera que cocine como él —Royce le mostró una sonrisa arrogante a Sophie.

—¿Te gustan…? —hizo una pausa, insegura de haber comprendido la dinámica entre los dos hombres.

—¿Los hombres? Nop. Solo las damas. Pero Emery tiene grandiosas habilidades en la cocina. Dejarás que te haga cualquier cosa una vez que pruebes su comida. Te lo garantizo.

Emery puso algunos huevos revueltos en un plato y luego lo deslizó a través del mostrador hacia Sophie antes de hablar con Royce.

—Estás arruinando mis sorpresas, ¿sabes? Ahora ella va a estar exigiendo comida todos los días, y tengo que pensar qué me puede dar ella a cambio.

—Bueno, tengo algunos juguetes nuevos, si estás interesado… Apuesto a que ella le gustarían unas pinzas, un poco de dolor; ¿quizás te gustaría coger prestada mi cruz móvil? Tengo una nueva barra para separar las piernas.

Sophie no sabía mucho de pinzas, cruces y barras, pero sonaba medieval. Con las esposas podía arreglárselas. Incluso aún llevaba las esposas de cuero del club en las

muñecas, pero se sentían más como una insignia de propiedad que como un dispositivo de tortura. Sophie se estremeció y sacudió el tobillo, intentando liberarse. El objeto metálico se clavó en su piel a modo de advertencia y rechinó con fuerza. Los dos hombres captaron el sonido al instante. Ella se sentía como un zorro con la pata en la trampa metálica de un cazador furtivo.

Las pupilas de Emery se dilataron y respiró lentamente a través de sus labios entreabiertos.

—Me encanta ese sonido —su voz, áspera como el whisky, la hizo estremecerse. ¿A él le gustaba el sonido de su forcejeo? La humedad se acumuló entre sus muslos y los estrujó, mortificada porque la idea de sentirse indefensa en sus manos seguía haciéndole eso, derritiéndola por dentro hasta que sólo podía pensar en él y en su dominación.

—Lo sé —asintió Royce, con la voz igual de grave—. Me encanta oír a una mujer poniendo a prueba sus ataduras.

Emery asintió.

—Las mejores son las luchadoras. Se necesita a alguien agresivo para darles placer —mientras hablaba, abandonó el tocino y la sartén para acercarse a ella por encima del mostrador de mármol. Él le cogió la mejilla con la palma de la mano y la punta de su pulgar le acarició el pómulo, un toque cariñoso, tierno, pero el fuego de sus ojos la derritió por dentro—. ¿No te gustaría eso? Luchar en la cama antes de que finalmente te inmovilice y…

A Sophie le ardían los pulmones. La imagen que él había descrito; Dios, cómo deseaba que él hiciera precisamente eso; demostrar que era más fuerte y darle semejante placer como para matarla. ¿Cómo podía no desear eso?

—Creo que la estamos asustando —dijo Royce.

—Sophie, cariño. Respira —la orden de Emery fue contundente, sacándola de la bruma de su mundo de deseo.

Dios mío, ella se había olvidado de respirar.

—Esta pequeña es demasiado divertida —Royce cogió la mano de Sophie, le llevó hasta sus labios y le besó los

nudillos. No había nada inocente en su gesto, especialmente cuando su lengua se deslizó sobre su piel.

—Aparta las manos, Royce. Es mía —el ruido retumbante procedente de Emery hizo que el pulso de Sophie se acelerara y su cuerpo zumbara.

—Podríamos compartir… ella podría lidiar con dos a la vez. Es una criatura fuerte, hecha para una doble folla…

Sus pulmones ardieron al instante y tuvo que recordarse a sí misma que tenía que respirar.

—¿Compartir? —Sophie sintió escalofríos ante el chillido de su voz.

—Hmm, sí. Te follaría por detrás, Emery por delante, dentro y fuera, una y otra vez, cada vez más fuerte… *Dos* es mucho mejor que uno —Royce seguía cogiéndole la mano, y acentuó sus palabras con lentos frotes ejerciendo presión contra la palma de su mano.

A Sophie empezaron a zumbarle los oídos; se le oprimió el pecho. No podía pensar… dos hombres… dos… ¿Era posible? Sabía que, lógicamente, en una cama grande cabían tres personas, pero ¿era capaz una mujer de soportar tanta… pasión? Una secreta y oscura parte de ella acarició la idea, brevemente, con avidez, pero la rechazó.

La voz de Emery impidió que la marea de excitación la abrumara.

—Normalmente estaría tentado, Royce. Pero me encuentro más posesivo con mi pequeña periodista que con otras mujeres.

Royce se apartó de ella como si fuera una víbora venenosa.

—¿Periodista? Emery, ¿has traído deliberadamente a un periodista a tu casa?

Sus palabras sonaron como una acusación, como si ella hubiera cometido un delito sólo por estar aquí. La irritación por su suposición de que ella había lastimado a Emery punzó incómodamente bajo su piel como pequeñas chispas de electricidad.

—Ella está bien. Por el momento. Voy a pedirle a Cody que la investigue a fondo. Hans está cogiendo su equipaje y registrándolo en busca de micrófonos ocultos. Se mudará aquí hasta que termine con ella.

*¿Terminar con ella?* A Sophie no le gustaba cómo sonaba eso. Como si pudiera deshacerse de ella cuando se hartara. Tenía que irse, pero su boca comenzó a salivar al percibir el aroma del tocino. Se iría tan pronto como comiera un poco de ese tocino.

Royce volvió a centrar su atención en Sophie y Emery reanudó su trabajo en la cocina. Royce le rodeó el brazo con los dedos, estrujándola.

—Hazle daño, traiciónalo, haz cualquier cosa que lo moleste…

—¿Me matarás? —preguntó ella con sarcasmo.

—No lastimo a las mujeres a menos que lo pidan, e incluso entonces se trata de placer. Pero si lastimas a Emery, *te destruiré.* Nunca volverás a escribir otro artículo; serás un paria incluso en tu ciudad natal.

Sophie no era el tipo de persona que traicionaría a alguien y no le gustaba ser acusada de algo que aún no había hecho, o que nunca planeó hacer. Cuando escribía sus artículos decía la verdad; incluso advertía de ello a sus entrevistados antes de proceder. Pero nunca había traicionado a nadie.

Emery terminó de preparar el desayuno, o la cena, y Royce mantuvo una conversación, pero Sophie no se sentía con ánimo de hablar. Tenía un nudo en el estómago. Tuvo que obligarse a comer los huevos, el tocino y las tostadas. El hombre sabía cocinar. Sin duda, su sabor era indescriptible. Pero ni siquiera la fantástica comida que se deshacía en su boca pudo disipar el malestar que le recorría la piel.

Sophie siempre había sido lógica en sus decisiones, pero este plan para conseguir la historia de Emery era imprudente. Demasiado imprudente. Ahora se había metido

en un lío. ¿Él había contratado a alguien para investigarla? La idea la estremeció, y no en el buen sentido. Debería haber esperado que él indagara en sus antecedentes, pero había estado tan centrada en él y en averiguar quién lo había secuestrado que había perdido el enfoque. Ahora podría perder la oportunidad de advertirle, de protegerlo de lo que estaba convencida de que volvería a ocurrir, todo porque Emery indagaría en su pasado y descubriría lo de Rachel. Él no lo entendería. Demonios, incluso podría culparla por lo que le había ocurrido a su amiga. Respirando hondo, intentó fingir calma.

—¿Quién es Cody? —preguntó finalmente.

—Al menos habla —espetó Royce, pero su tono era juguetón, sin ningún atisbo de malicia.

Haciendo caso omiso de Royce, ella continuó mirando a Emery.

—Entonces, ¿quién es este tipo que está indagando en mi vida? —apartó el plato y apoyó la barbilla en las manos, descansando los codos en el mostrador.

Emery se relajó en su taburete frente a ella, sus ojos iban y venían de la puerta de la cocina. El movimiento de su mirada era constante; casi cada treinta segundos escudriñaba la habitación como si pudiera ser atacado en cualquier momento, pero parecía no ser consciente de ese hábito, como si lo hiciera muy a menudo y se hubiera convertido en algo natural.

*¿Qué has vivido, Emery?*

—Cody es mi asistente tecnológico en la casa. Tiene habitaciones aquí y me ayuda a dirigir Industrias Lockwood. También supervisa mi sistema de seguridad personal, entre otras cosas. Es un niño, sólo tiene veinticuatro años, pero es brillante —su tono se llenó de genuina calidez, y la tensión de Sophie se relajó ligeramente.

—¿Veinticuatro? Tiene mi edad. No soy una niña.

Emery recorrió su cuerpo con la mirada, y Royce también.

—No, ciertamente no lo eres. Prometo demostrártelo una y otra vez —la confianza en su voz hizo temblar a Sophie. Sabía que si se quedaba, él haría exactamente lo que había prometido.

Royce se aclaró la garganta.

—De nuevo, expreso mi disposición para un trío.

Emery cogió un paño de cocina y, sin apartar los ojos de Sophie, se lo lanzó a Royce a la cara.

—Muy posesivo. *Pf* —dijo Royce y le devolvió la toalla a Emery de la misma manera.

—Sí —ni siquiera se molestó en discutir—. Esta es una mujer que me niego a compartir, incluso contigo.

Royce colocó los platos en el fregadero.

—Bueno, eso es lamentable —se rio con ironía—. Podría haber sido divertido —miró el reloj e hizo una mueca—. Tengo que irme. Los trabajos trimestrales de mis alumnos no se califican solos, y mi nueva AC me está haciendo la vida imposible.

—¿AC?

—Ayudante de cátedra —aclaró con una pequeña sonrisa de suficiencia—. Es una…

—Sé lo que es un AC. ¿Eres profesor? —soltó Sophie, y luego se cubrió la boca con una mano, avergonzada.

—Catedrático en la Universidad de Hampstead. Es una universidad pequeña, pero me gusta. Enseño paleontología.

Sophie resopló.

—¿Como Indiana Jones? —soltó una risita. La idea tenía mérito. Royce era sexy, dominante, divertido. Sería un digno rival para Harrison Ford.

—Algo así. Sólo que Indy es arqueólogo. Maneja artefactos de culturas humanas. Yo me ocupo de los dinosaurios.

Sophie se irguió en su asiento, completamente fascinada.

—¿Realmente vas a excavaciones y esas cosas?

—Siempre que puedo —Royce la estudió con un nuevo brillo en los ojos—. ¿Quieres venir alguna vez a una excavación?

Un gruñido bajo interrumpió la conversación.

—Está ocupada, Royce. ¿Por qué no vas a buscar a Hans y le dices que traiga la caja de bourbon? —interrumpió Emery al rodear el mostrador. Deslizó los brazos alrededor de las caderas de Sophie y apoyó la barbilla en su hombro para mirar a su amigo con advertencia.

Royce torció los labios.

—Bueno, ya veo cómo es esto. Sophie, cariño, cuando tú y él dejéis de… intimar, llámame. Iremos a *cavar* —la forma en que dijo la palabra "cavar" hizo que ella se mordiera el labio y contuviera un jadeo. Y con eso, Royce sonrió y salió de la cocina.

Emery la soltó sólo después de la partida de Royce. Sophie intentó levantarse del taburete, pero su tobillo chocó bruscamente contra la pata del mueble.

—¡Oh, mierda! Él tiene la llave. ¡Alcánzalo! —exigió Sophie. Emery sólo negó con la cabeza, sonriendo.

—Tengo una llave de repuesto —la sacó de un cajón de la cocina. Un hecho que, por alguna razón, perturbó a Sophie. ¿Era normal para él esposar a las mujeres a los taburetes de la barra? No le gustaba la idea de ver a Emery con otras mujeres, aunque no tenía ningún derecho a ser posesiva sobre su pasado, y no era como si fueran a ser exclusivos durante mucho tiempo en este extraño trato que habían hecho. Una vez que él descubriera sus secretos, la echaría inmediatamente.

—¿Hay alguna razón especial por la que tengas llaves de esposas en tu cocina?

—A veces me gusta un tentempié a medianoche, y tengo que encadenarla a un mostrador.

Una imagen perversa de ella inmovilizada en el mostrador, completamente extendida como un festín,

estalló. La cabeza dorada de Emery entre sus muslos, su lengua entrando y saliendo, sus labios chupando su clítoris…

—Ahora, parece que acabas de tener un pensamiento interesante. ¿Quieres compartirlo?

—Nop, no quiero —Sophie estaba ardiendo, y él estaba allí de pie poniendo los platos en el lavavajillas. Ridículo. Todo esto era absolutamente ridículo. Y, sin embargo, si él le pedía que se desnudara y se subiera al mostrador y abriera las piernas, ella lo haría sin pensárselo dos veces.

Emery se recostó contra el mostrador, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras la estudiaba.

—Lástima. Parecía que podría haber sido divertido intentar lo que sea que estuvieras pensando.

—¿Puedes quitarme las esposas ahora? —las esposas tintinearon y repiquetearon contra la pata de madera del taburete cuando ella sacudió su tobillo.

Los ojos de Emery se suavizaron con diversión y las duras arrugas de su boca se relajaron por un momento.

—¿Y dejar que rompas nuestro trato huyendo? De ninguna manera —algo zumbó y Emery metió la mano en el bolsillo de su pantalón. Sacó un elegante teléfono inteligente negro y lo acercó a su oreja—. Lockwood —su acento era entrecortado.

Silencio.

Sophie ladeó la cabeza, esforzándose por escuchar.

—Brant, ya te he dicho que estamos listos para emitir el comunicado de prensa sobre el último localizador GPS… Ya no hay obstáculos… ¿Quieres que vaya a dónde? Sabes que no me gusta Manhattan… No, si la junta quiere reunirse, haré que vuelen hasta aquí… ¿Ser terco? —Emery se echó a reír, pero Sophie se estremeció ante la amargura que se escondía bajo el intenso sonido—. Claro que soy terco. Deja de discutir conmigo. Dile a la junta que un jet los estará esperando por la mañana. A las once. No antes. Tengo… —hizo una pausa, y sus ojos recorriendo el cuerpo de Sophie

—, cosas que requieren mi atención. Cosas muy importantes y no puedo ser molestado antes de esa hora. Nos vemos mañana —devolvió el móvil a su bolsillo y cerró el lavavajillas.

—¿Quién es Brant? —Sophie se inclinó hacia adelante, admirando la vista de su trasero mientras se inclinaba para recoger una toalla del suelo. Los músculos de sus muslos eran grandes y hermosos y se delineaban a través de los pantalones oscuros del traje. Parecía fuerte, y la idea de toda esa fuerza dirigida al punto sensible entre sus piernas, el esfuerzo, las embestidas…

—Brant es mi primo —Emery se enderezó y ahora la miraba con expresión divertida. Sophie se percató de que había estado soñando despierta mientras le miraba el culo y las piernas. Cerró los ojos, sintiéndose como una idiota.

—¿Es mayor o menor que tú? —volvió a abrir los ojos y se sonrojó al ver una sonrisa cómplice en su boca sensual.

—Realmente eres periodista. Tienes que tener todos los datos, ¿eh?

Ella no pasó por alto el ligero tono de crispación en su voz.

El rostro de Sophie se encendió aún más. ¿Cómo podía hacerla sentir como una bruja detestable incluso cuando sólo estaba haciendo su trabajo?

—Brant es el único hijo de mi tío Rand, el hermano mayor de mi padre. El tío Rand murió cuando yo tenía ocho años, y Brant sólo dieciocho. Tenía cáncer de páncreas. Mi padre rescató la parte de mi tío en el negocio familiar justo antes de que Rand muriera. Brant lo interpretó como algo un poco personal, y compró su entrada en la empresa unos años más tarde. Ha estado encima de mí desde que sustituí a mi padre… Brant es un cabrón entrometido. Y prepotente.

—¿Y eso por qué? —la curiosidad zumbaba en su interior como una verdadera colmena de abejas.

Emery se encogió de hombros de forma suave y natural. Se sentía tan a gusto en su propio cuerpo. Sophie le

envidiaba esa comodidad. Se sentía como una extraña en su propia piel la mitad del tiempo, y no le gustaba su cuerpo lo suficiente como para llegar a conocerlo mejor. Sin embargo, sospechaba que a Emery le resultaba fácil. ¿Cómo podría no serlo, cuando él era tan perfecto, tan hermoso?

—Brant es diez años mayor que yo. Le gustaría tener el control de Industrias Lockwood, pero no tiene visión de futuro. Está completamente motivado por el dinero. No me malinterpretes; él es de la familia, y es un tipo decente, pero tengo poca capacidad de atención para la gente que parece haber nacido con hábitos que detesto o deseos que rechazo. A Brant le encanta Nueva York. No puedo soportar la idea de dejar Long Island. De hecho, no salgo de la isla a menos que sea una emergencia absoluta.

Su declaración suscitó mil preguntas, pero Sophie se mordió el labio, guardando silencio. Como periodista, había que aprender a entrevistar. Los mejores periodistas sabían cuándo esperar y dejar que sus entrevistados se calmaran y revelaran todo en el momento adecuado. Su instinto le decía que había muchas cosas de las que Emery no estaba dispuesto a hablar.

—¿No me preguntas por qué? —Emery levantó una ceja, casi desafiante.

—No.

—Huh. Impredecible —murmuró.

Sacó un juego de llaves pequeñas de un cajón y se acercó a Sophie. Se arrodilló, abrió la esposas de su tobillo, acariciando su pantorrilla mientras se levantaba, y luego deslizó las esposas en su bolsillo. Esa pequeña caricia prometía tanto que ella se mordió el labio para reprimir un suspiro de anhelo.

—Las usaremos más tarde —prometió con una sonrisa voraz. La cogió de la mano y la sacó de la cocina.

~

Había un precioso reloj de pie en la base de la gran escalera, y Sophie tocó su reluciente superficie de madera.

—Emery, es precioso. ¿Todavía funciona?

Emery se congeló, y sus movimientos lánguidos cesaron cuando se volvió hacia ella. Detrás de él, en lo alto de la hermosa escalera, colgaba un enorme retrato. Dos niños, gemelos, rubios y sonrientes, permanecían inmóviles, mirando a través de las capas de óleo seco. Sophie miró fijamente a Emery, cuyo rostro estaba justo debajo de los dos niños desde donde ella se encontraba de pie. Los mismos ojos… ojos que la seguían en sueños por pasillos vacíos y cementerios solitarios. El niño de la derecha, medio centímetro más bajo que el de la izquierda, el de la sonrisa torcida, tenía que ser Emery. Cuánta travesura, cuánto asombro, todo capturado en esa mirada inocente. El corazón de Sophie se estrujó y sus ojos ardieron. Ese niño llegaría a perder todo lo que apreciaba.

—El reloj no funciona desde hace años —él chasqueó los dedos en un gesto de impaciencia y ella subió rápidamente los escalones, cogiendo su mano extendida. Él la sujetó con fuerza, pero sin dolor. El largo camino por el pasillo, con el silencio que se extendía entre ellos, la inquietó y tensó. Cuando llegaron a su dormitorio, él abrió la puerta de un empujón.

No se sintió sorprendida la habitación; era igual que él. Elegante y sencilla, con una cama enorme, hermosa y ornamentada, una cómoda, una mesilla y un gran vestidor. Sophie se sobresaltó al cruzar la puerta.

—¿Qué ocurre? —se giró para mirarla, con un desafío brillando en sus ojos.

Ella tragó duro y su mirada rebotó entre él y la cama.

—Esto es parte de nuestro trato. Mi historia por tu sumisión. Te quiero en *mi* cama esta noche *conmigo* —

terminó con la distancia entre ellos y la rodeó para cerrar la puerta tras ella. Sophie se inclinó hacia atrás al instante, presionando su espalda en la puerta, confiando en el firme soporte de la madera—. Esta noche no se trata de sexo. Una relación dominante/sumisa no siempre es carnal. A veces un dom sólo necesita abrazar a su sumisa por la noche, y la necesidad de la sum de ser abrazada es igual de fuerte. Las mejores relaciones son aquellas con dependencia mutua —mientras hablaba, él le colocó las manos en la espalda y la apartó suavemente de la puerta—. La primera lección de esta noche es sobre confianza y empatía. Quiero que me desnudes —retrocedió unos metros hasta acercarse a los pies de la cama.

—¿Desnudarte? —Sophie permaneció congelada, mientras su cuerpo vibraba de nervios y anticipación.

Los labios carnosos de Emery se curvaron en esa sonrisa de chico malo que ella estaba empezando a amar y odiar. Sintió deseos de suspirar y frotarse contra él, y odiaba la fuerza con que la afectaba.

Él torció un dedo.

—Ven aquí, pequeña sum —su tono era burlón, pero con una orden firme, y su reacción instintiva la hizo acercarse a él. Emery ya se había quitado la chaqueta, pero el resto de las prendas continuaba en su sitio.

—Desátame los zapatos.

Le colocó una mano en el hombro y, con una leve presión, le indicó que quería que se arrodillara. Sophie apretó los dientes, pues no le gustaba la sumisión de la posición. Sin embargo, una vez de rodillas, se concentró en la tarea, desatando los caros zapatos de cuero italiano.

—Gracias —alabó él en voz baja y suave, lo que provocó el ronroneo de su lasciva interior. Luego le quitó los zapatos—. Ponte de pie —deslizó un dedo por debajo de su barbilla y le inclinó la cabeza hacia atrás mientras ella se ponía en pie. Normalmente no le habría gustado que le dieran órdenes, pero le resultaba fácil que él le dijera

exactamente lo que quería que hiciera. Era realmente liberador no tener que preocuparse por lo que se suponía que tenía que hacer. ¿Sería así de fácil en la cama?—. Lo estás haciendo muy bien, Sophie. Ahora desabróchame la camisa —esperó pacientemente.

Sophie intentó ocultar las emociones que estallaban en su interior; repugnancia por haber disfrutado de sus elogios, curiosidad por ver su cuerpo desnudo, asombro por estar desnudando a este hombre cuando nunca antes lo había hecho. Sus fugaces relaciones en el pasado nunca habían significado gran cosa y siempre habían estado en la sombra. No hubo exploración de cuerpos, ni admiración de la figura humana. Ni siquiera había llegado al clímax antes, al menos no comparado con lo que había sentido en el regazo de Emery en el club. Sophie había estado muy cerca de algo grandioso, algo que realmente cambiaría su vida. Esa había sido su primera vez, y no podía imaginar lo que sería cuando finalmente se acostara con él. ¿Sería tan maravilloso y excitante como habían prometido esos breves momentos en el club? Quería saberlo, pero también tenía *miedo.*

*Tal vez si acabo rápido con esto...* Le temblaban los dedos mientras alcanzaba el botón superior de su camisa. Consiguió desabrochar tres botones antes de que él sujetara una de sus manos por la muñeca y la palma, reteniéndola.

—Tranquila, pequeña. Ve despacio. Las mejores cosas de la vida deben disfrutarse, no apresurarse —Emery sostuvo su mano y la presionó suavemente contra el pecho, por encima del corazón. A través de la cara camisa de vestir, ella podía sentir el latido de su corazón contra su piel. Un latido fuerte y constante. El *pum-pum* la envolvió en una bruma de sensualidad mientras él le liberaba finalmente la mano.

Siguió desabrochándole la camisa, saboreando la experiencia de descubrir centímetro tras centímetro de su

piel ligeramente bronceada. Ahora ella lo controlaba, quitándole la ropa, y eso la hacía sentirse más segura de sí misma. Cuando la camisa estuvo completamente abierta, Sophie deslizó las manos por su pecho bajo la tela antes de sacársela de los hombros. La acción la acercó insoportablemente a su cuerpo caliente, y sus brazos se deslizaron a su alrededor mientras le quitaba la camisa de la espalda y los brazos, como si lo estuviera abrazando mientras lo desnudaba. Entonces la prenda cayó al suelo y él se quedó de pie únicamente con esos costosos pantalones que se ceñían a sus delgadas caderas. Los músculos de sus abdominales parecían de acero, y Sophie los contempló con asombro y anhelo. Se acercó a él sin pensarlo y le colocó la palma de la mano sobre los abdominales. Los músculos saltaron bajo su contacto, y ella juraría que ambos contuvieron la respiración. Incapaz de resistirse, levantó la cabeza justo cuando él se inclinaba hacia abajo. Sus labios se entrelazaron en un beso fugaz; delicado pero potente, como una droga adictiva. Sophie se estremeció, deseando más, necesitando sus labios en los suyos, pero él no cedió.

—No tan rápido, mi pequeña Sophie. Ahora los pantalones —la comisura de sus labios se curvó en una pequeña sonrisa y ella se concentró en respirar mientras volvía a bajar la cabeza, mirando el botón plateado y la cremallera de sus pantalones. ¿De verdad estaba haciendo esto?

Pantalones. Ella podía con los pantalones. Oh Dios, ¡le bajaría la cremallera!

El botón superior se deslizó fuera de su sitio y tuvo que bajar la cremallera. El enorme bulto de su miembro, apenas oculto tras unos calzoncillos negros de algodón, era inconfundible. Le bajó los pantalones de las caderas y éstos cayeron al suelo. Emery salió de ellos y se quitó los calcetines. Sophie lo recorrió con la mirada, admirando sus pantorrillas musculosas, sus muslos poderosos y su pecho

esculpido. El hombre era hermoso. Eso era innegable. Y ella… ella no lo era. El pensamiento negativo la hizo retroceder un paso, pero él la sujetó por los brazos, deteniéndola.

—Sophie, cariño —murmuró, como si percibiera su miedo—. Sólo vamos a dormir esta noche. Ahora, dime, ya que tu equipaje no ha llegado todavía, ¿con qué te gusta dormir?

La intensidad de sus ojos se había suavizado y sus manos eran cálidas sobre la piel fría de Sophie, y eso la reconfortó, no la asustó. ¿Así debía sentirse una mujer normal? ¿Una mujer que no se avergonzaba de su cuerpo?

—Me gustan las camisetas grandes y los calzoncillos —dijo ella.

Con un pequeño gesto de aprobación, Emery se acercó a una cómoda de madera oscura y abrió el cajón superior, sacando un par de calzoncillos y una camiseta grande. Cuando llegó junto a ella, dejó las prendas sobre la cama y giró un dedo.

—Date la vuelta. Es hora de desnudarte.

Sophie le dio la espalda y tuvo que luchar contra el impulso de cerrar los ojos. Él no vería las cicatrices de esta manera; ¿por eso había insistido en que ella mirara hacia otro lado? ¿Era por respeto al deseo de Sophie de ocultarlas, o por su propio deseo de evitarlas?

—Deja de pensar tanto. Casi puedo oír tus pensamientos, pequeña sum. Sé que el tema de tu cuerpo es delicado para ti. Ya te he dicho lo que pienso de las cicatrices, pero te voy a dar un poco de intimidad mientras nos conocemos —la rodeó por detrás y sus dedos trazaron juguetones dibujos por la parte delantera del corsé, casi tocando las cintas de satén como si fueran las cuerdas de un violonchelo. Cuando llegó a la parte superior del corsé, las puntas de sus dedos rozaron inocentemente; o quizá no tan inocentemente, la parte superior de sus pechos antes de soltar el lazo y empezar a desatar las cintas. El corsé se

aflojó y, cuando estuvo a punto de caerse, Emery alcanzó la camisa.

—Levanta los brazos —le murmuró al oído.

Sophie obedeció y él deslizó la camisa por la parte superior de su cuerpo. Luego le quitó completamente el corsé por debajo de la camisa y lo dejó caer sobre la alfombra. Ella se dio la vuelta y él la estrechó entre sus brazos. El calor de su pecho desnudo atravesó la camisa hasta rozarle los senos apenas cubiertos. A Sophie le gustaba esta sensación de cercanía, pero temía que terminara demasiado pronto.

—Listo, no ha sido tan difícil, ¿verdad? —la sonrisa en sus labios se extendió hasta sus ojos y ella no pudo resistirse a devolverle la sonrisa, hasta que él bajó la cremallera de la minifalda y tiró de la prenda hacia abajo. Entonces le colocó las manos en las nalgas. Sophie se retorció, intentando liberarse, pero él le golpeó el culo con la mano.

—Estás ávida de azotes, cariño —Emery inclinó la cabeza hacia abajo y le depositó un pequeño beso en forma de mordida, más para provocarla que para seducirla. Sólo cuando ella se hubo calmado, le dio los calzoncillos.

—Gracias —susurró, aún tímida, mientras se los ponía.

—De nada —le cogió las muñecas, le desató las esposas de cuero y las dejó sobre la mesilla—. Ahora métete en la cama. He tenido un día muy largo, imagino que tú también. Mañana hablaremos más de nuestro trato —esperó a que Sophie se hubiera acostado para apagar las luces y meterse en la cama con ella.

No quería quedarse completamente rígida, pero lo hizo. Como una tabla de madera, se puso rígida y se sacudió cuando él la alcanzó.

—No te has acostado con muchos hombres, ¿verdad? —en la oscuridad, no podía ver mucho de él. Pero la tenue luz de la luna que entraba por la ventana lejana se reflejaba en sus ojos.

—Me he acostado con hombres. Sólo que nunca había tenido a ninguno que se quedara a pasar la noche —no estaba segura de por qué se lo había confesado. En la oscuridad era más fácil decir la verdad, y podía ocultar su rostro junto con la vergüenza que, indudablemente, coloreaba sus mejillas.

—Yo tampoco he dejado nunca que una mujer venga a casa conmigo —su confesión la sorprendió y, sin embargo, sintió como si él hubiera igualado las condiciones en este juego. Esto era nuevo para los dos.

—¿De verdad?

—De verdad.

Sus fuertes brazos la rodearon por la cintura, y Sophie se acercó unos centímetros mientras él la arropaba contra su costado. Tras unos largos segundos, ella se relajó poco a poco y luego hundió la cara en la almohada, dejando que su cuerpo absorbiera el calor y la fuerza de Emery. Una mujer podía acostumbrarse a esto…

La campanada del reloj fue fuerte, aguda y amenazante. Sophie se despertó sobresaltada mientras Emery se sentaba bruscamente en la cama. En el exterior, la luna seguía brillando, lo que significaba que llevaban poco tiempo durmiendo.

—¿Emery? ¿Qué pasa? —el sueño nubló su cerebro, pero Sophie intentó concentrarse en el hecho de que él se estaba levantando de la cama y caminando hacia la puerta. La abrió sin decirle nada y empezó a caminar por el pasillo. Afuera llovía a cántaros, y el estruendo ocasional le advirtió de una posible tormenta.

¿Emery era sonámbulo? Sophie lo siguió, preguntándose adónde iría al llegar al final de la escalera principal. Justo cuando ella puso el pie en el último escalón con alfombra

roja, el reloj de pie volvió a sonar y un trueno retumbó de forma amenazadora en lo alto.

El reloj de pie siguió dando las campanadas y el sonido resonó con claridad, golpeando el mármol amarillo pálido de las paredes.

—Es medianoche —murmuró Emery casi distraídamente —. El reloj no debería funcionar —sacudió la cabeza de manera extraña. Volvió a sonar y él se tensó—. Odio ese sonido, lo *odio.*

Emery miró por encima de la cabeza de Sophie hacia algo que había detrás de ella y parpadeó, pero la niebla de su mirada indicaba que estaba viendo algo del pasado, o quizá del futuro. Ella sólo sabía que él se había ido en ese momento. Algo o tal vez alguien había capturado su cabeza y su corazón, dejándola a ella con una envoltura, un simple cuerpo.

—¿Emery? ¿Qué pasa? —su mirada se desvió entre él y el reloj de pie, confundida.

—Sombras… siempre sombras —siguió mirando por la ventana junto a la enorme puerta—. Te dije que estaban ahí. Te lo dije… pero no se lo dije a ella. Te impedí que se lo dijeras.

Sophie pensó en preguntarle de qué hablaba, pero intuyó que no le estaba hablando a ella, que ni siquiera la veía.

Las lámparas eléctricas que iluminaban el vestíbulo dorado se debilitaron simultáneamente. Las sombras florecieron, creciendo cada vez más por la pérdida de luz.

—¿Emery? —Sophie tiró de su mano, con la aprensión enroscada en el estómago. Él parecía congelado en su sitio.

El reloj, que seguía sonando con todas sus fuerzas, se quedó en silencio repentinamente, excepto por el pesado tic-tac que contaba las horas, los días, que medía la sensación fantasmal de la casa Lockwood. Se suponía que el reloj no debía funcionar. Incapaz de resistirse, Sophie giró la cabeza hacia el enorme reloj de pie y clavó los ojos

en el péndulo dorado que oscilaba detrás del cristal transparente.

La voz de su abuela invadió su mente, un susurro de cuentos macabros e historias de miedo. La abuela Belinda, o Bells, como todos la llamaban, había nacido en Boston y juraba que sus raíces se remontaban a los días de los juicios por brujería de Salem. Y más de una noche, la abuela Bells se había sentado en su gran sillón orejero junto al fuego, con un gato color hollín en el regazo, y le había contado historias a Sophie.

*—Debes tener cuidado, Sophie. Cuando el reloj marca las doce, es la hora de las brujas.*

*—¿Qué tiene eso de malo? —había preguntado Sophie, de seis años.*

*—Es la hora en que eres más vulnerable a la oscuridad, al mal que puede robarte el alma. Las brujas montan sus caballos de alas negras, ayudando al diablo a reclamar las almas errantes.*

Sophie parpadeó y, finalmente, el extraño letargo producido por ver oscilar el péndulo se deshizo. Levantó la mirada hacia Emery y lo vio mover la boca como si susurrara. Se acercó más, poniéndose de puntillas, todavía aferrada a su mano. Finalmente, se acercó lo suficiente como para oír las palabras que salían de sus labios.

—Fenn, escúchame… no puedes obligarme a irme. No voy a abandonarte.

Emery repitió las palabras una y otra vez, un mantra a toda prisa y sin aliento. El horror invadió a Sophie, devorándola como una nube negra. El corazón se le estrujó. Él tenía que estar sufriendo algún tipo de recaída. Tenía que sacarlo del pasado. Tenía que rescatarlo. Sin pensárselo dos veces, balanceó la mano y lo abofeteó.

Emery se desplomó y cayó sobre las escaleras. Sophie se agachó a su lado y le cogió la barbilla.

—¿Qué hacemos aquí abajo, Fenn? —tenía la expresión de un niño pequeño, asustado y dolido. Se llevó una mano a

la mejilla y se tocó la marca enrojecida—. ¿Me has golpeado?

Sophie se estremeció. Él no la reconocía, pues seguía atrapado en el flashback.

—¿Por qué me has golpeado? Tengo miedo; él no nos dejará marchar, ya lo has oído. ¡Tenemos que escapar! —Emery se apartó del escalón y se puso en pie. Se apoyó fuertemente en la barandilla de nogal pulido y la miró, con una desconfianza herida en los ojos.

—El reloj ha sonado, Emery, y ha desencadenado una especie de flashback. Tienes que reaccionar. Fenn no está aquí —Sophie frunció las cejas cuando Emery apartó la mano de la suya. Odió perder el contacto físico con él. En las pocas horas que llevaba conociéndolo, se había acostumbrado a su toque, a su mano envolviendo la suya y a la sensación de seguridad que le producía estar rodeada de él. Estar sin él la dejó vacía.

—No me mientas, Fenn. No puedes convencerme de que es un sueño. Sé que él va a matarnos —la voz de Emery era débil, pero su tono era entrecortado.

El estruendo de los truenos continuaba en el exterior. La lluvia empezó a golpear el techo y a repiquetear contra las ventanas. Sophie miró por encima del hombro y vio las nubes pesadas y compactas, como cientos de puños cerrados golpeando el aire sobre las copas de los árboles. Cuando retumbó el siguiente trueno, la mansión tembló bajo sus pies.

De repente, Emery la cogió del brazo, la giró hacia él y la inmovilizó contra la barandilla de la escalera. Tenía los ojos desorbitados, casi brillantes.

—Los he oído hablar. Sé que han dicho que alguien les ha permitido entrar en el terreno. ¿Quién ha sido?

—¡Emery, para! No soy Fenn.

Los ojos de Emery se nublaron de nuevo, y la confusión empañó la ira de su rostro. La soltó, jadeante.

—Déjame en paz —empezó a subir las escaleras como si quisiera escapar.

Sophie hizo caso omiso y subió tras él. Estaba demasiado pálido, demasiado alterado para que lo dejaran solo, claramente sumido en alguna ilusión. Ella le colocó la palma de la mano en el hombro, pero él mostró rechazo ante su contacto, poniéndose rígido y girando sobre ella como un animal herido.

—¡Fuera de aquí! ¡Sal de mi casa ahora mismo! —agitó un brazo hacia ella, como si quisiera ahuyentarla, y Sophie bajó a trompicones unos cuantos escalones para escapar de su gran alcance. Él la persiguió. En menos de un minuto la sujetó del brazo y la empujó a través de la gran puerta de madera.

—¡Emery! —ella golpeó la puerta de madera con sus manos, pero él no regresó—. ¡Maldita sea! —maldijo y presionó la cara contra la puerta. ¿Dónde demonios estaba Hans? Tal vez podía dejarla entrar. Usando los puños, siguió golpeando la puerta durante unos minutos más, pero nadie llegó a dejarla entrar. ¿Emery había ordenado a su guardaespaldas que la mantuviera fuera incluso con este clima? Estornudó y se frotó los brazos. El agua helada parecía calarla hasta los huesos. Sólo llevaba los calzoncillos y la camiseta, y ahora estaban completamente empapados.

Él acababa de echarla en medio de una tormenta helada. Eso no era bueno. Pero lo más importante era que había pensado que ella era Fenn y que la había traicionado por algo que había oído mientras estaba secuestrado. Era tal y como Sophie había esperado; él había oído cosas durante su cautiverio, cosas que podían indicarle quién era la persona que estaba detrás de todo esto. En cuanto descubriera qué hacer respecto a su situación actual, pensaría qué hacer con esta nueva información. La cuestión era si él la dejaría volver mañana, suponiendo que

ella consiguiera encontrar el camino de vuelta a la posada Brighton durante la tormenta.

Temblando, caminó por el patio de mármol, resbalando cada pocos pasos, agitando los brazos mientras luchaba por encontrar el equilibrio. Cuando se enderezó, las plantas de sus pies descalzos chapotearon por el agua fría. La lluvia caía por su espalda y le empapaba el pelo, la camiseta y los calzoncillos.

—Maldita sea —caminó de regreso a la puerta y se acurrucó contra ella un momento, sintiéndose estúpida por esperar que Emery estuviera al otro lado dispuesto a dejarla entrar de nuevo. La lluvia estaba helada contra su piel y la calaba hasta los huesos. Llegaba en fuertes oleadas a través del jardín y a lo largo del patio. Doblegaba la hierba y salpicaba los escalones de mármol frente a ella.

Podía volver caminando a la posada, pero ¿no se suponía que Hans tenía que haber recogido sus cosas y pagado su cuenta? Y su bolso de mano. Se le había caído en el pasillo, así que no tenía dinero para pagar otra habitación. Contempló con tristeza el bosque empapado por la lluvia y juró no volver a ceder a los caprichos de un hombre rico. Ellos no entendían de dinero ni de supervivencia. Él le había quitado la capacidad de cuidar de sí misma, y Sophie lo despreció en ese momento. No lo odiaba, nunca sería capaz de odiarlo, pero estaba lo bastante enfadada como para retorcerle el cuello por haberle hecho esto.

Las puertas estaban delante de ella, a kilómetro y medio de distancia, donde espectros oscuros eran perfilados por la luz de la luna mientras surgían de la espesa niebla. Probablemente tendría que escalarlas. Qué idea más agradable. Sophie se estremeció mientras miraba los delgados calzoncillos. Era una lástima que la casa no tuviera sirvientes, de lo contrario podría haber llamado a la puerta y haber conseguido que alguien la dejara entrar, al menos hasta la mañana. Si tuviera su móvil, podía llamar a

Hayden para que viniera a recogerla y pasar la noche con ella.

Sophie se rodeó la cintura con los brazos, manteniéndose lo más abrigada posible, y abandonó la minúscula comodidad del saliente junto a la puerta.

La lluvia se adhirió a su pelo, a sus pestañas, hundiéndose profundamente en su ropa. Un escalofrío sacudió su cuerpo, y se reprendió por haberse metido en este lío. Era octubre. El aire era demasiado frío durante una tormenta para ir en calzoncillos y camiseta. Se tomó su tiempo para bajar los escalones de mármol. La tensión provocaba dolor en sus extremidades mientras recorría el mármol resbaladizo.

Cuando por fin llegó al final, cruzó el césped y se dirigió hacia las lejanas puertas. Le empezó a gotear la nariz y tosió una, dos veces, intentando aclararse la garganta. Qué noche. Nunca había experimentado un éxtasis tan increíble como estar en los brazos de Emery, ni el abatimiento provocado por sus gritos y su rechazo como si fuera un gato callejero no deseado. Sin duda era una de las peores y mejores noches de su vida, y había tenido muchas noches malas.

*¡Crac!*

Sophie giró al oír el repentino crujido de algo rompiéndose en el bosque, a la derecha. Entrecerró los ojos a través de la lluvia y sólo vio las sombras parpadeantes de los árboles sacudidos por el viento. Por un instante, habría jurado que había visto a una persona.

# Capítulo Seis

Tras quedar inconsciente, Francesca Espina, la niñera, se recuperó y descubrió que los dos niños habían desaparecido. Ella huyó hacia el exterior, donde los Lockwood estaban celebrando la fiesta, gritando que la ayudaran y que llamaran a la policía.

—*New York Times*, 10 de junio de 1990

Emery llegó al final de la escalera y tuvo que sentarse. Su pecho se expandía y hundía con cada inhalación apresurada. Lo había vuelto a hacer: retrocedió a ese horrible momento en que Fenn le había exigido que lo abandonara y escapara.

Dejó caer la cabeza, presionando los talones de las manos contra los ojos con tanta fuerza que vio estrellas.

—Debería haberme quedado —su confesión susurrada resonó en el suelo de mármol. Debería haber muerto junto a su hermano; al menos así estarían juntos.

Emery permaneció en lo alto de la escalera durante largos minutos.

Algo iba mal. Algo faltaba.

—¿Señor Lockwood? —una voz irrumpió en sus oscuros pensamientos.

Un hombre joven estaba de pie al inicio de las escaleras, deslizando la mano entre su pelo rubio ondulado, apartándolo de sus pálidos ojos azules. Cody Larson. Siempre informal, con camiseta y vaqueros, Cody lo miró con preocupación. Tenía los labios fruncidos y las cejas juntas.

—¿Sí, Cody?

—¿Recuerda a la mujer que trajo a casa? La vi deambulando hacia las puertas en mis monitores. No estaba seguro de si ella debía estar allí. Dado el clima, y el hecho de que sólo lleva calzoncillos y una camiseta, podría enfermar de neumonía o algo así.

Un zumbido horrible surgió en los oídos de Emery, como el zumbido de mil abejas.

—¡Sophie!

Su mente se había bloqueado y no se había percatado de la ausencia de la mujer. Entonces todo volvió a él: sus gritos, el hecho de echarla de casa. Casi había perdido la cabeza por la rabia y la miseria de revivir el peor momento de su vida.

¿Y el precio? Había empujado a Sophie a la oscuridad y a la lluvia. El peligro estaba ahí fuera. Tal vez no en la forma de las criaturas que él había temido de niño, pero el peligro estaba detrás de cada árbol, debajo de cada roca. Tenía que regresarla al interior, mantenerla caliente y a salvo.

Bajó corriendo las escaleras y llamó a Cody.

—Llama a Hans, dile que vuelva con el equipaje de Sophie de inmediato. Si no he regresado con ella cuando él vuelva, envíalo a buscarnos.

—Puede que usted necesite unos pantalones. Cogí estos de su habitación antes de venir aquí —Cody le tendió un par de jeans azules—. Lo vi salir de su habitación sin nada puesto a través de las cámaras. Imaginé que podría necesitarlos para ir tras ella.

—Joder —espetó Emery, y se colocó los pantalones de un tirón antes de correr hacia la puerta.

Dejó a Cody y abrió bruscamente la puerta, lanzándose a la lluvia. Maldijo al deslizarse por el patio de mármol mojado por la lluvia.

El amplio césped verde que conducía a las puertas estaba casi negro por la noche. El cielo estaba oscuro y cargado de nubes de lluvia. A Emery le latía la sangre en los oídos mientras corría. Los recuerdos lo asaltaban como relámpagos, pero se protegía con la imagen de Sophie. Podía estar herida o haberse enfermado a causa del clima y el frío. Un millar de preocupaciones y temores lo acuchillaron una y otra vez mientras corría hacia las puertas.

¿Dónde estaba Sophie?

—¡Sophie! ¿Dónde estás? —sus ojos se hundieron en la oscuridad, buscando cualquier señal de ella—. ¡Sophie!

Algo cerca de las puertas se movió. Una bola temblorosa se movió, revelando brazos y piernas desnudos.

—¿Emery? —el sonido de su voz, el gorjeo asustado, acuchilló su corazón—. Las puertas estaban cerradas… No pude irme. Lo siento.

—Sophie. Oh, gracias a Dios.

Luchó contra una oleada de repulsión contra sí mismo cuando ella se apartó de él. Parecía un gatito medio ahogado, tembloroso y húmedo. Emery se arrodilló y envolvió sus brazos detrás de su espalda y debajo de sus rodillas. No era ligera, pero tampoco pesada. Un peso perfecto. La abrazó contra su pecho, dejando caer la barbilla sobre su cabeza para mantener su cara metida en el surco de su cuello. Una vez segura entre sus brazos, inició el largo camino de regreso a la mansión. Emery luchó contra el pánico de estar en el exterior sin Hans a su lado.

—Has venido a por mí —su aliento le calentó la piel. Las manos de Sophie se convirtieron en puños, abriéndose y

cerrándose. Él aceleró sus pasos, ansioso por llevarla dentro.

—Por supuesto —su respuesta fue brusca. No le gustaban los discursos elocuentes. No quería recordarle que era culpa suya que ella estuviera allí. La culpa se agitaba incansablemente en su interior, deslizándose bajo su piel como una serpiente venenosa. No quería sentirse responsable de Sophie, pero le había permitido venir y había aceptado ser un dominante de alguna manera hacia ella. Ella era su responsabilidad, tanto si quería aceptarlo como si no.

*Por supuesto que vendría a por ti. No importa dónde, ni qué tan lejos. Eres mía.* El pensamiento era extrañamente correcto, la necesidad de conectar con alguien cuya forma de vida, forma de pensar era tan opuesta a la suya. Él era un recluso con secretos que quería acostarse con una decidida reportera… peligroso, pero inevitable. Emery se vio obligado a reconocer que él y Sophie eran un desastre inevitable.

ANTONIO D'ANGELO ESTABA DE PIE JUSTO DENTRO DE LAS PUERTAS de la mansión Lockwood, con su esbelto y musculoso cuerpo oculto por un enorme roble. Sus ojos se clavaron en Emery, cargando a la mujer.

*Casi lo había capturado.* Antonio había estado listo para terminar lo que había empezado veinticinco años atrás. Mataría a Emery y tendría todo lo que siempre había querido. Pero era difícil atravesar las puertas, por no hablar de la casa de Emery. El hombre mantenía un horario casi religiosamente perfecto de alarmas, contraseñas y códigos. Ningún sirviente se quedaba en la casa durante la noche, y los que llegaban durante el día no podían ser comprados fácilmente.

El micrófono inalámbrico que había colocado en el despacho del hacker residente de Emery proporcionaba a Antonio un flujo constante de información. Conocía cada nuevo código de acceso en el mismo instante que Emery. Esta noche habría sido perfecta; los relámpagos habrían cubierto el sonido de sus disparos. Pero la chica lo había arruinado. El plan había sido perfecto: había conseguido sobornar a una criada para que volviera a instalar las piezas funcionales del reloj y se asegurara de que sonara. Emery habría sufrido una crisis y Antonio habría llegado hasta él mientras el guardaespaldas estaba fuera. De no haber sido por la mujer... No podría haber testigos. También tendría que ocuparse de ella. Ella había sellado su destino tan pronto como llegó a casa con Emery. Antonio no la dejaría vivir una vez que se hubiera ocupado de su verdadero objetivo.

Una sonrisa astuta estiró sus labios. Podía matar a Emery y a la chica juntos y hacer que pareciera una pelea de amantes.

Pero no los mataría esta noche. Su ropa estaba empapada, y mañana tenía que ocuparse de asuntos importantes. Sacó el teléfono del bolsillo y marcó un número. Cuando Antonio oyó el clic en la línea, supo que su amo estaba escuchando.

—He fallado esta noche. Una chica se ha cruzado en mi camino.

Se produjo un silencio, excepto por el débil sonido de la respiración de alguien.

—Pero tengo una idea —añadió apresuradamente Antonio.

Finalmente, la otra voz habló. Era intensa y sofisticada.

—Bien. Me gustan las ideas. Encárgate de que se lleve a cabo —la línea se cortó.

Guardó el teléfono en el bolsillo, introdujo el nuevo código de la puerta principal y abandonó cuidadosamente el lugar, envuelto en tormentas y sombras.

~

Emery nunca se alegró tanto de ver a Hans y Cody como cuando esperaban junto a la puerta para ayudarlo. Hans cogió a Sophie para que Emery pudiera recuperar el aliento tras la caminata de un kilómetro. Cody le tendió una manta de lana y ayudó a Hans a envolver con ella los trémulos hombros de Sophie.

—¿Dónde estaba? —preguntó Hans en voz baja.

—Junto a la puerta —Emery hizo un gesto con la mano, indicando a los otros hombres que subieran—. La pondré en la cama de mi habitación. Hans, prepárale un baño. Cody, prepara té caliente. Ponle miel.

Hans subió las escaleras y caminó por el pasillo delante de Emery. Cuando llegaron a la habitación de Emery, Hans tumbó a Sophie en la enorme cama. Su pijama mojado derramó agua de lluvia sobre el edredón, pero a Emery no le importó. Sophie se hizo un ovillo bajo la manta de lana que aún la envolvía. Emery se detuvo en la puerta del baño para mirarla. Ella estaba frente a él, con los ojos entrecerrados, y acariciaba el edredón como un gatito agotado. Hans le dio una palmada en la espalda a la joven y asintió con la cabeza en dirección a Emery.

—Revisaré el perímetro y me retiraré a pasar la noche. Llámame si me necesitas.

—Gracias, Hans.

Una vez que Emery se quedó a solas con Sophie, salió del dormitorio y entró en el cuarto de baño. Había una enorme bañera de porcelana empotrada en la pared. Bloqueó el desagüe y abrió los grifos pulidos, deteniéndose un momento para comprobar la temperatura antes de verter varias cucharadas de espuma de baño. Nunca había tenido ocasión de usarlo, pero agradeció tenerlo al alcance. Sophie querría esconder su cuerpo bajo las burbujas y él se lo permitiría. Por el momento.

Cuando regresó a su dormitorio, Sophie tenía los ojos cerrados y las manos estrujadas suavemente en puños junto a la barbilla. Le apartó la manta de la cara y ella se estremeció, abriendo los ojos.

—Vaya, eres un sueño húmedo —no pudo resistirse a bromear.

—Ja, ja —murmuró ella.

—Vamos, te he preparado un baño caliente —la ayudó a levantarse y la acompañó hasta la puerta—. Desvístete y entra. Vuelvo enseguida —la dejaría desnudarse sola, pero le haría compañía mientras se bañaba. Era hora de que ella aprendiera que, como parte de su trato, tenía que entregarse a él, aunque Emery sólo necesitara su compañía.

Mientras esperaba a oír el chapoteo, él cogió otra de sus camisetas. Sophie podía utilizarla esta noche; nada de calzoncillos. No era del todo un caballero; ella despertaba en él el deseo de ser malo, muy malo. Sonrió. Se dormiría acostumbrándose a él, a su olor, a su ropa. Emery no tendría su cuerpo esta noche, pero vestirla calmaba parte de esa necesidad posesiva. Ella lo estaba volviendo loco. Cada respiración, cada mirada, cada pequeño suspiro, incluso cuando él no la tocaba, era una devastación para su control. Prácticamente podía sentir cómo se debilitaba. La quería boca abajo, con el trasero de piel cremosa al aire, las piernas abiertas para que la reclamara por detrás…

*Dios…* Si seguía permitiendo que su imaginación se apoderara de él, nunca se libraría de esa erección perpetua.

El leve sonido del agua golpeando la porcelana y el suave gemido de alivio de Sophie le dijeron que se había metido en la bañera. Emery dejó la camisa sobre la cama y entró en el cuarto de baño. Ella yacía con la barbilla hundida en las burbujas, la mejilla apoyada en el borde de porcelana de la bañera, y las largas pestañas marrón oscuro desplegadas sobre las mejillas. No se movía.

—¡Sophie! —ella no se movió. Emery colocó su mano en su garganta y sus dedos buscaron su pulso. Era fuerte. Sophie suspiró y se apoyó en su toque, dormida. Sin duda estaba agotada. Se había dormido completamente desnuda con él en la habitación de al lado. Por mucho que actuara como si no confiara plenamente en él, en algún nivel subconsciente debía hacerlo. Una sensación de calor floreció en el centro del pecho de Emery, una sensación extrañamente confusa, como lana enroscada en su corazón y pulmones. Qué sensación tan extraña. Una que no había sentido en años.

Felicidad. Dulce y maravillosa felicidad. Sophie ronroneó cuando unas manos fuertes le acariciaron los brazos y los hombros. Esas mismas manos subían y bajaban por sus piernas, frotando algo suave y sedoso contra su piel.

¡Qué sueño tan encantador! Incapaz de resistirse, torció los dedos de los pies y movió las piernas hacia el posible origen de las manos. El toque era tan agradable. Las caricias nunca había sido buenas, pero ahora eran celestiales. Los pocos hombres con los que había salido nunca la habían tratado con tanta ternura sensual. Podía pasar el próximo siglo dejando que estas manos despertaran sus sentidos y la arrullaran en sueños al mismo tiempo.

*Me he estado perdiendo esto. Esto es lo que deben sentir mis amigas cuando sus hombres las sostienen cerca. Mataría por tener esto, por conservar esta sensación para siempre.*

Sophie frotó su mejilla contra una superficie caliente que se movía lentamente. Olía muy bien, a ricas especias y almizcle. Sophie presionó los labios contra la superficie y sacó la lengua, saboreando una piel deliciosa.

—Gatita ávida —retumbó una voz áspera, tan caliente y oscura que le hizo estrujar los muslos.

¿Ávida? Él no tenía ni idea.

Se quedó paralizada. Recuperó su consciencia lo suficiente como para percatarse de que había estado besando el pecho de Emery. Abrió los ojos y se tensó al notar que estaba acostada en una cama, vistiendo sólo una camiseta, y Emery estaba a su lado, con sus manos acariciando su cuerpo sobre la tela de algodón.

—¿Qué? —fue la única palabra que pudo decir. Cuando Sophie intentó apartarse, poner una distancia considerable entre ellos, Emery le rodeó los hombros con un brazo.

—No, no, Sophie —le dijo con firmeza, como si fuera una niña—.Quiero que estés cerca, que sientas que estás bien y a salvo —le cogió la barbilla y le levantó la cara—. ¿Puedes perdonarme por… echarte? No era yo mismo.

Durante un largo momento, Sophie no pudo hablar. Emery había tenido algún tipo de reacción, una reacción emocional que lo había hecho incapaz de reconocerla, y la había echado de su casa hacia la oscuridad durante una tormenta. No la había amenazado, no realmente; pero había un innegable nivel de peligro asociado a su presencia que ella no había sabido que tendría que afrontar. ¿Merecía la pena correr el riesgo que suponía encontrar las respuestas que ella buscaba? Sólo había una respuesta.

—Sí, te perdono.

La oscuridad formó una sombra eterna del dolor que persistía tras la calidez de los ojos de Emery. Sophie lo sabía muy bien. La sombra estaba allí, en el espejo, todos los días cuando él se despertaba y se enfrentaba al día. Si podía perdonarlo, ¿por qué no podía perdonarse a sí misma? Si tan solo hubiera sido más rápida en gritar pidiendo ayuda cuando el hombre cogió a Rachel en el parque infantil. Si tan solo hubiera sido capaz de memorizar los números de la matrícula del camión. Si tan sólo…

Emery hizo una pausa, con los labios entreabiertos como si quisiera decir algo más, pero pareció luchar por encontrar las palabras para expresarse.

—Sophie… yo… —cerró los ojos con fuerza y luego los abrió.

Ella se perdió en el mundo avellana-miel que encontró allí.

—¿Qué? —insistió ella.

—Deseo desesperadamente hacerte mía, pero desconfío de no tener otro lapsus. A veces ocurren. Normalmente desaparecen y no me pasa nada. Normalmente estoy solo, así que no hay mucha diferencia. Contigo aquí, me aterra hacerte daño.

—Pero has estado con otras mujeres… —dejó que las palabras cayeran entre ellos.

—Sí. Pero nunca las he traído a casa. He mantenido mis actividades dentro del club. Nunca parezco perderme allí. Pero aquí…

—Shh —Sophie le colocó un dedo en los labios, reconfortada hasta lo más profundo de su ser por su preocupación—. No me has hecho daño, y sabré dejarte en paz la próxima vez. Así que no creas que puedes librarte de mí tan fácilmente. No te ayudé exactamente. Más bien te di una bofetada.

—Eso explica por qué me duele la cara —se rio suavemente, pero el tono era más melancólico que alegre.

—Lo siento. Sólo intentaba despertarte. Quiero ayudarte —suplicó ella.

Un extremo de su boca se alzó en una encantadora sonrisa torcida.

—Vale, me has convencido. ¿Te recompenso por tu valentía?

Sophie arqueó una ceja.

—¿Qué tipo de recompensa?

—Hmm, ¿té caliente para mi diablilla, quizás? —en cuanto las palabras salieron de sus labios, un joven entró

por la puerta con una bandeja cargada de una tetera y tazas. Sophie estudió al hombre, que parecía tener más o menos su edad.

—Déjame adivinar. ¿Eres el infame Cody?

El hombre sonrió.

—¿Soy infame? Bueno, el jefe debe estar mejorando su opinión sobre mí. Encantado de conocerte, Sophie.

Su comportamiento relajado, el pelo rubio, áspero y desaliñado; todo ello la tranquilizó. Le recordó a los hombres de su ciudad; no ricos ni privilegiados, ni tan intimidantes como Emery. Aunque era linda, no era explosivamente sexy. Emery tenía eso en abundancia.

Cody colocó la bandeja de té en la gran mesita junto a la cama.

—Estaré en mi oficina si me necesita, jefe.

—Gracias, Cody.

El hombre le guiñó un ojo a Sophie, atrevido pero amistoso, lo que provocó que Emery frunciera el ceño y gruñera un “ejem”.

—¿Va a estar en su despacho toda la noche? —Sophie se estremeció ante lo terrible que sonaba eso. Odiaba su pequeña oficina en su pequeño apartamento de Kansas. Rara vez pasaba tiempo en ella, prefería perseguir sus historias por todo Estados Unidos, viviendo de hotel en hotel con su editor en marcación rápida.

—No te atrevas a compadecerte de Cody. Me he gastado una fortuna en construirle un conjunto de habitaciones conectadas a su oficina. Tiene una cama tamaño king, una cocina privada y un baño que rivaliza con el mío. Dependiendo de su estado de ánimo, lo llama su centro de mando, o la baticueva.

Emery se dio la vuelta, cogió el té, sirvió dos tazas y le tendió una. Ella lo bebió agradecida. El té de manzanilla estaba aderezado con miel, deslizándose deliciosamente por su garganta.

—Baticueva, ¿eh? Oh, vaya. ¿Cómo diablos lo encontraste?

La sonrisa que se dibujó en los labios de Emery parecía genuina, muy diferente de la sonrisa seductora que ella estaba acostumbrada a ver en él.

—Pillé al mocoso intentando hackear mi sistema informático privado personal aquí en la casa. Él creía que yo tenía información confidencial sobre mi empresa. Esperaba conseguir secretos comerciales y patentes. Tengo información confidencial, pero no del tipo que él esperaba conseguir. Por suerte, yo estaba unos pasos por delante de él, localicé su posición y envié a Hans a buscarlo.

Sophie levantó los ojos hacia los de Emery, secretamente divertida al descubrir que le había estado mirando los labios. Él le cogió la mejilla mientras hablaba. El movimiento era natural, tierno y sensual al mismo tiempo. Su pulgar le rodeó la barbilla, como si eso lo tranquilizara.

—¿Qué pasó cuando Hans lo encontró?

—Hans lo trajo aquí sin mayor problema Mi guardaespaldas se dedica principalmente a preservar la vida, no a quitarla, y no le interesa golpear a nadie hasta dejarlo ensangrentado, a menos que se lo merezca, claro. Pero una vez que llegó aquí, me senté con él y tuvimos una pequeña charla. Lo he hecho entrar en razón.

—¿Cómo lo hiciste?

Emery cogió su taza de té vacía y la dejó sobre la mesa detrás de él. Luego inclinó el cuerpo de Sophie, haciéndola rodar sobre su espalda para poder inclinarse sobre ella, presionando el pecho contra el suyo. Él le besó la punta de la nariz, luego las mejillas y descendió hasta los labios, succionando el inferior para luego mordisquearlo lentamente. Sophie se arqueó ante ese mordisco erótico e intentó besarlo. Él se rio roncamente y se apartó, privándola del placer.

—Le dije a Cody que podía trabajar para mí, en lugar de contra mí. No sólo tendría una vida de lujo, sino que

también me tendría a mí.

Sophie luchó por concentrarse en sus palabras. Sus manos se posaron en el pecho de Emery, sintiendo la lenta flexión de sus músculos ante los movimientos.

—No lo entiendo. ¿Tenerte a ti *de qué manera*?

Sus ojos se volvieron oscuros, como el chocolate con espirales de caramelo.

—Cuando acojo a alguien, lo acepto. Es permanente. Si Cody aceptara unir fuerzas conmigo, yo haría de Superman para su Batman. Una liga de la justicia, por así decirlo. Fue criado en el sistema de adopción. La confianza no es natural para él, pero se percató de la profundidad de mi ofrecimiento, y estuvo de acuerdo. Lleva ocho años conmigo y con Hans.

—¿Cuánto tiempo lleva Hans contigo? —ella se arrepintió al instante de la pregunta, mientras el dolor le desgarraba el rostro a Emery.

—Hans lleva conmigo veinticinco años. Mi padre lo contrató. Al día siguiente de volver a casa, Hans se presentó en mi habitación al amanecer y no me dejó en paz ni un segundo —encontró un mechón suelto del pelo de Sophie y lo enroscó en su dedo, mirando fijamente su pelo —. Solía odiarlo.

—¿Por qué lo odiabas? —frotó su mejilla contra los nudillos de Emery, como un gato hambriento de atención.

—Él llegó porque yo no podía cuidar de mí mismo. Verlo era un recordatorio de mi debilidad. Pero al cabo de unos años, me hice mayor y más sabio. Me percaté de que había llegado para protegerme porque yo no podía protegerme de fuerzas imprevisibles. Quienquiera que me hubiera raptado de niño habría tenido éxito por muy fuerte que yo fuera. Los números estaban en mi contra. Una vez que acepté que ciertos escenarios tenían resultados inevitables, empecé a valorar a Hans a un nivel completamente nuevo. Él me mantenía alejado de situaciones que podían conducir a esos resultados inevitables. La amistad era inevitable.

—Eso me gusta —respondió Sophie sin pensar. *Culpa de los besos adictivos,* ella pensó.

—¿Qué? —él levantó una ceja inquisitiva.

—Que valoras la lealtad y la amistad. No conozco a mucha gente así hoy en día —pensamientos no deseados sobre Rachel traspasaron sus barreras, como espías astutos deslizándose bajo cercas de púas.

*Rachel sonrió, ofreciendo a Sophie su meñique.*

*—Promesa de meñique, Sophie. Es sagrado, ¿sabes? —su propio meñique se enroscó alrededor del de Rachel, uniéndolos. Las dos rieron, y el secreto iluminó los ojos de Rachel.*

—Cuéntame algo de tu hermano —algo en su tono debió haberle afectado porque la mirada voraz de los ojos de Emery se volvió triste—. Por favor, cuéntame —animó.

—¿Qué quieres saber?

—Algo feliz. Algo dulce —Sophie se llevó un puño a la boca para ahogar un bostezo. El cansancio luchaba contra su deseo de permanecer despierta.

—¿Feliz? —sus cejas se fruncieron; su expresión de perplejidad hizo crujir algo en lo más profundo del pecho de Sophie. Era como si él no hubiera pensado en la felicidad en mucho tiempo.

Ella esperó, conteniendo la respiración. Él tenía que recordar algo feliz, algo bueno. Durante las horas más oscuras de su vida, ella sobrevivía con sus recuerdos felices, impregnándose de ellos como si fueran la luz del sol.

—Todos los domingos por la mañana, durante el verano, teníamos clases de tenis. Mi padre estaba convencido de que uno de nosotros sería campeón de Wimbledon algún día —su voz fue áspera al principio, como si le doliera hablar. Los detalles debieron haber estado enterrados en lo más profundo de su ser, porque hizo una pausa, cerró los ojos y, al cabo de un momento, volvió a empezar—. A Fenn no le agrada nuestro instructor. Era un viejo gruñón

llamado señor Belkin, pero era todo un maestro. Aun así, como niños, Fenn y yo no veíamos el valor de sus lecciones. Fenn solía hartarse de correr vueltas alrededor de las canchas. Fue idea de Fenn que yo distrajera a Belkin, y entonces Fenn sacó su navaja y pinchó todas las pelotas de tenis nuevas. Cada vez que Belkin golpeaba una pelota hacia nosotros, caía al suelo como una roca —Emery se rio suavemente, mientras la alegría del recuerdo iluminaba sus ojos como estrellas lejanas.

Sophie levantó la cara, embelesada por el repentino cambio. Parecía un niño travieso.

—Dios, Belkin solía enfurecerse. No conseguía pasar ni una sola pelota por la red —dijo con una risita, como un niño taimado. Pero el placer de ese momento se desvaneció muy pronto, como la niebla sobre un campo cuando el amanecer daba paso a la mañana.

Sophie casi pudo ver cómo las paredes se levantaron a su alrededor, como puertas de metal cerrándose de golpe. La estaba dejando fuera.

—¡Eh! —le palmeó el pecho cubierto con la camiseta.

—¿Qué? —gruñó él.

Sophie casi sonrió, sintiéndose como un pequeño terrier ladrándole a un tigre de Bengala. Era sólo cuestión de tiempo que él la convirtiera en comida.

—Me estás dejando fuera. Pensé que ese era el trato… yo me someto, tú hablas. Hasta ahora has sido todo un señor Tocón, y no he obtenido nada a cambio.

Los ojos de Emery adquirieron ese inquietante tono de ámbar quemado, como la corteza de un árbol en invierno. Muertos y fríos.

—No debemos olvidar tu historia. ¿Planeas dar un discurso cuando la mayor tragedia de mi vida te haga ganar el Pulitzer? —su comentario fue un dardo con punta de veneno clavado profundamente entre sus costillas y nada fácil de extraer.

—No hace falta que seas tan cruel —Sophie no podía creer cuánto dolían sus palabras. Rodó lejos de él, apartándole el brazo para separarlos.

Emery se levantó de la cama y se dirigió hacia la puerta. Sophie no pudo evitar mirarlo. Lucía sexy con su camiseta negra y sus pantalones del pijama de franela gris que colgaban de sus caderas. A pesar de lo enfadada que estaba con él, seguía deseando que volviera y le pusiera las manos encima. La desesperación se alojó en su garganta, casi ahogándola. No era justo que se enfadara con ella por hacer su trabajo. Sophie había aceptado el trato; él se lo debía. No era como si hubiera exigido detalles o preguntado por la causa de la muerte de Fenn. No, sólo le había pedido que no la dejara fuera. ¿Eso la convertía en una especie de villana?

El suave chasquido de un interruptor de luz y la oscuridad instantánea en la habitación fue casi tan sorprendente como cuando Emery regresó a la cama, apartó las mantas y le tocó el hombro.

—Entra.

Sophie le lanzó una mirada contrariada y se dispuso a ignorarlo hasta que él le dio una palmada en el trasero.

—El señor Tocón te ha dado una orden.

Ahh, Emery, el Dom, había vuelto. Sophie reprimió el comentario cáustico que le quemaba la punta de la lengua y se metió bajo las sábanas. Hasta éstas le provocaban anhelo.

Emery se unió a ella en la cama y, antes de que pudiera protestar, le rodeó la cintura con un brazo y la arrastró hasta sus brazos. Su cuerpo encajó perfectamente contra el de él. Fue imposible no estremecerse cuando le besó la nuca y le acarició la oreja con la nariz.

—Te doy permiso para dormir —había un atisbo de risa en su susurro.

Sophie se irritó.

—Gracias, Su Excelencia.

Una risa silenciosa le sacudió el cuerpo desde atrás. Emery le mordió el lóbulo de la oreja izquierda y unos impulsos electrizantes se dispararon directamente a su clítoris.

—De nada, querida.

Estaba dispuesta a responderle con sarcasmo, pero se sentía demasiado cansada. Pero conseguiría hacerlo por la mañana. Le daría una lección.

Emery sostenía a Sophie en sus brazos, así que supo el momento exacto en que se quedaba dormida. Encajaba perfectamente contra él, su trasero redondo apoyado en su entrepierna, su pelo acariciándole la nariz y las mejillas, con un ligero aroma floral.

Muy dulce. Nunca había conocido a alguien como ella. Con esa nariz chata, sus ojos brillantes y sus mejillas rosadas. Sobre todo, estaba fascinado por la mirada voraz que despertaba en ella cada vez que lo miraba, pensando que él no era consciente de ello. Le hacía gracia. En lugar de acostarse con ella y luego echarla, quería… su compañía. Quería utilizar su deseo por él para darle un placer cegador. Pero había mucho más. Con ella, no sentía la necesidad de ser solitario, de esconderse del mundo.

Una locura. Esta mujer lo estaba volviendo loco. Casi se sentía lo bastante libre como para salir de casa, para ir a la ciudad con Hans vigilándole la espalda.

Frunció el ceño y la acercó, aunque sabía que mañana tendría que apartarla. No debía permitir que ella se acercara demasiado. Era una extraña con la intención de sacar a la luz su mayor tragedia, su mayor fracaso. Él no podía olvidar eso ni por un segundo.

# Capítulo Siete

PERROS RASTREADORES Y VOLUNTARIOS LOCALES DE VARIAS FAMILIAS NOTABLES DE LA COMUNIDAD LLEVARON A CABO UNA BÚSQUEDA EXHAUSTIVA EN LA VASTA MANSIÓN LOCKWOOD Y EN LOS EXTENSOS TERRENOS DE LA FINCA, EN BUSCA DE CUALQUIER RASTRO DE LOS NIÑOS O DE LOS HOMBRES QUE PUDIERON HABÉRSELOS LLEVADO. LOS POLICÍAS CREEN QUE LOS SOSPECHOSOS PUDIERON HABER TENIDO UN VEHÍCULO ESPERANDO CERCA Y QUE LO UTILIZARON PARA ESCAPAR DE LA FINCA MÁS RÁPIDAMENTE, SIN DEJAR NINGÚN RASTRO QUE LOS PERROS O LA POLICÍA PUDIERAN SEGUIR.

—*New York Times,* 10 de junio de 1990

Cody Larson apoyó los pies en el borde de su escritorio y juntó los dedos mientras los golpeaba ligeramente. Las cinco pantallas HD de treinta pulgadas frente a él mostraban lugares clave de la finca Lockwood. La que miraba con más interés era la pantalla que mostraba el dormitorio de Emery. Cody había sido testigo de todo el intercambio entre su empleador y la ardiente periodista. Emery probablemente había olvidado que había hecho instalar esa cámara en el ventilador hacía años. Había muchas cámaras en la casa y Cody sólo había visto algunos puntos clave. El dormitorio de Emery no era un objetivo de

fácil acceso para los intrusos y nadie se preocupaba nunca por la intimidad porque nunca había llevado a una mujer a casa. Cody sabía que era sólo cuestión de tiempo antes de que Emery lo recordara y retirara la cámara.

Cody echó un vistazo al grueso expediente que había preparado para Emery sobre Sophie Ryder. Había sido un poco sorprendente que su jefe solicitara una investigación de los antecedentes de la periodista, pero él no podía culpar a Emery. Sin embargo, Emery aún no había pedido que Cody le llevara el informe. Él y la mujer estaban demasiado ocupados abrazándose como un par de malditos conejitos. No era propio del hombre al mando acurrucarse. Cody había visto lo suficiente a lo largo de los años en sus monitores como para saber que Emery no llevaba mujeres a casa y, desde luego, no parecía el tipo de hombre que se acurrucaba con ellas.

La puerta del lujoso despacho de Cody se abrió y Hans Brummer, el guardaespaldas personal de Emery, entró con una maleta. A sus cincuenta y un años, Hans no aparentaba tener más de treinta y cinco, pero parecía tener cien años de experiencia. El hombre podía analizar una habitación más rápido que nadie y señalar inmediatamente las amenazas y las estrategias de escape.

Cody saludó con la cabeza cuando Hans se sentó a su lado en el gran escritorio.

Los aparatos electrónicos estaban esparcidos por el escritorio como basura espacial brillante en la superficie de una luna lejana. Más de un aparato había sido despojado de su placa base o tenía cables que sobresalían como intestinos multicolores. A Cody le encantaba hurgar en cada pieza y averiguar cómo funcionaba. Sin embargo, una vez descifrados sus misterios técnicos, perdía el interés.

El guardaespaldas dejó la maleta sobre una mesa y acercó una silla a Cody. Se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas para mirar la pantalla en la que aparecían Emery y la periodista. Desvió brevemente la

mirada hacia Cody antes de devolverla a la pantalla. Los ojos marrones de Hans eran tan oscuros que casi parecían negros, y no pasaban por alto ningún detalle.

—¿Has terminado la comprobación del perímetro? —preguntó Cody.

—Perímetros despejados, pero…

Hans se frotó la mandíbula con una palma de la mano, sin apartar los ojos del jefe, quien yacía en su cama como un tigre gigante con un gato doméstico entre las patas.

A Cody no le gustó cómo sonó eso.

—¿Pero?

Hans era un tipo que daba miedo. Le había dado una paliza a Cody al conocerse. Por supuesto, eso probablemente tenía que ver con el hecho de que había intentado apuntar con una pistola al guardaespaldas. Un movimiento estúpido. Aún le dolía el cuerpo de sólo pensar en lo que había ocurrido después. Si Hans estaba nervioso, eso significaba que había sucedido algo grave.

—He encontrado una huella de bota de montaña del número once junto a la puerta principal, a sólo tres metros de las huellas de la chica.

—¿Sólo una huella? —después de unos años en compañía de Hans, Cody sabía lo que eso significaba. El intruso había ocultado muy bien las señales de su entrada —. Así que el tipo es un profesional. ¿Qué opciones tenemos?

Hans cerró los ojos, se frotó los párpados cerrados con el pulgar y el índice antes de incorporarse bruscamente, alerta una vez más.

—Esperar. No hay necesidad de preocupar a Emery — recogió el expediente de la periodista—. ¿Qué has averiguado sobre ella?

—Lo creas o no, esta chica ha llevado una vida tradicional. Excepto por un incidente en su infancia, ella está limpia. Es aburrida, de hecho. Bueno, aparte de su trabajo actual, por supuesto. Ha tenido algunos

encontronazos desagradables con criminales sobre los que intentaba escribir, pero ha resultado útil a la policía y ha resuelto muchos casos.

—¿En serio? —Hans frunció las cejas—. No me extraña que ella le fascine a Emery. ¿Qué ocurrió en su pasado?

Cody vaciló, luego abrió la carpeta y señaló un artículo.

Hans cogió la copia impresa del artículo.

—Una chica presencia el secuestro de una amiga: No ayuda a la policía a identificar al sospechoso —miró a Cody, con la boca formando una línea sombría—. ¿Entiendes lo que esto significa?

La mente de Cody estaba en blanco.

—La verdad es que no. Ella vio cómo un pervertido se llevaba a su amiga y la policía nunca recuperó el cuerpo ni hizo ningún arresto.

Con un suspiro cansado, Hans devolvió la mirada al monitor de la habitación de Emery.

—Ella quiere algo más que su historia. Quiere respuestas que él no tiene.

—Gracias, capitán Enigmático. ¿Te importaría explicarlo?

Hans esbozó una sonrisa.

—Es decir, ella cree que hablando con Emery resolverá sus propios problemas con su pasado, pero no es tan sencillo. Emery aún no está listo para seguir adelante, y cualquier respuesta que le dé no la ayudará.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Cody.

—Tengo un máster en Psicología por Princeton.

Los pies de Cody cayeron al suelo.

—No, no es cierto. Te investigué a fondo después de que Emery me contratara.

Un extremo de la boca de Hans se alzó en una sonrisa.

—Tengo tres alias que aún no conoces.

Cody se quedó boquiabierto y Hans se echó a reír mientras se ponía en pie.

—Tengo que comprobar si hay micrófonos en las maletas de la señorita Ryder y luego me iré a dormir. No vigiles demasiado la cámara. A Emery le disgustaría descubrir que has convertido su vida privada en una película porno. Te matará si se entera.

Cody resopló.

—Fue él quien instaló la cámara en el ventilador del techo, no yo.

—Lo hizo para protegerse, no para darte un espectáculo.

—Espera un segundo. ¿Has traído el teléfono de la chica? —preguntó Cody.

Hans depositó el delgado teléfono móvil en la palma de la mano de Cody y éste lo conectó rápidamente a su ordenador, copiando todos sus datos para inspeccionarlos más tarde. Tenían que ser cuidadosos y minuciosos a la hora de investigar a cualquier persona con la que Emery se relacionara. Si había un intruso, tenían que saberlo antes de que ocurriera algo malo. Una vez copiada la memoria del teléfono, se lo devolvió al guardaespaldas, quien se lo guardó en el bolsillo. Hans cogió la maleta y se escabulló por el pasillo y Cody volvió a los monitores. Se centró en las imágenes de la cámara en el exterior y empezó a escanear el vídeo de cuando Sophie había estado junto a la puerta. Quizá podía ver al propietario de la única huella.

Pero Hans tenía razón. No había por qué preocupar al hombre al mando. Ya habían tenido sustos —intrusiones menores—, y cada vez lo habían resuelto en silencio, manteniendo a Emery al margen del asunto. Estaba demasiado nervioso para lidiar con la idea de personas que atravesaran sus defensas. Después de lo que había vivido en su infancia, Cody no podía culparlo.

~

Emery se despertó con el timbre de un teléfono móvil. El Vals de la Bella Durmiente de Tchaikovsky.

Encantador, inquietante. La melodía para una mujer perdida en una noche sin sueños. Muy Sophie.

Rodó sobre su espalda, sorprendido al ver que ella se movía con él. A la luz de la mañana, Emery pudo ver que la tensión que había observado antes en su rostro se había desvanecido durante el sueño. Luchó contra el repentino impulso de deslizar el pulgar por esas zonas, tocar su suave piel y besarla hasta que despertara.

El teléfono móvil siguió sonando y Emery finalmente liberó sus extremidades de las de Sophie, quien seguía durmiendo profundamente. Salió de la cama y tuvo cuidado de volver a meterla bajo las sábanas antes de encontrar su bolso de mano junto al equipaje. Hans debió haber terminado su búsqueda de micrófonos y metido las maletas aquí en algún momento de la noche.

El plástico liso se encontró con las puntas de sus dedos y sacó el móvil del bolso, comprobando el identificador de llamadas.

Hayden Thorne. La hermana pequeña de Wes Thorne.

—Es lógico —murmuró en un tono sombrío.

Pasó un pulgar por la superficie brillante del teléfono para contestar.

—Señorita Thorne, debería haber sabido que usted estaría involucrada.

—Emery, ¿dónde diablos está Sophie? —exigió Hayden —. No le has hecho nada, ¿verdad? ¡Será mejor que Sophie no esté encerrada en alguna mazmorra o te patearé el culo!

Emery no se sintió amenazado en lo más mínimo. Hayden tenía más o menos la edad de Sophie, pero ella no le tenía miedo, nunca lo había tenido. Era uno de los pocos defectos de la joven. Pero dado que estaba preocupada por Sophie, él la perdonaría.

Emery lanzó una mirada a la mujer en su cama y descubrió una ligera sonrisa en su propio rostro.

—¿Debo agradecerte por mi nueva pequeña sumisa? Lo hizo muy bien anoche en el club.

El silencio en el otro extremo se prolongó durante unos instantes. Entonces Hayden dijo:

—Ella no conoce las reglas, Emery. No creí que ella fuera a llamar realmente tu atención. Le dije que nunca llevas mujeres a casa.

Cada palabra estaba cargada de reproche. Hayden tenía mal genio, y Emery no podía esperar a ver al hombre que algún día tendría el placer de disciplinar su temperamento y convertir su agresividad en pasión.

—La gente puede cambiar, señorita Thorne. Pregúntele a su hermano.

—Deja a Wes fuera de esto —espetó ella.

Él hizo todo lo posible por no reírse, pero su actitud llena de energía siempre lo divertía. Ella era demasiado divertida.

—¿Así que no debería decirle a Wes que recientemente has comprado una membresía en The Gilded Cuff? Él estuvo allí anoche con su sum Corrine.

Hayden mordió el anzuelo.

—¡No te atrevas a decírselo!

—¿Me estás amenazando?

Una suave inhalación al otro lado de la línea lo hizo soltar una risita.

—Tu nueva amiga está aquí. Sana y salva, durmiendo en mi cama en este mismo momento. No estoy siguiendo demasiado el reglamento. Sé que ella es inocente en lo que respecta a una verdadera relación D/s. Sólo le estoy ofreciendo una prueba y disfrutando un poco de mi propio placer.

—Prométeme que serás bueno con ella, Emery. Me agrada esta chica. Ella es diferente. Si la lastimas, no me importa quién seas; te derribaré. No me importa si eres el mejor amigo de mi hermano. ¿Entendido?

Emery se distrajo momentáneamente al ver el inquieto movimiento de Sophie en la cama, con las mantas deslizándose sobre su cuerpo bajo las sábanas. Su entrepierna se tensó en anticipación.

—Entendido, Hayden. Mientras ella esté aquí, está a salvo. Pero ha aceptado ser mi sumisa. Así que si interfieres, tendremos un problema.

Hayden suspiró.

—Bien, trato hecho. Y no puedes decirle a Wes que me he unido al club.

La línea se cortó antes de que él pudiera decir una palabra. Se estaba preparando para meterlo de nuevo en su bolso cuando sonó de nuevo. No se molestó en volver a mirar el identificador de llamadas, pensando que tenía que ser Hayden. Contestó, pero una mujer empezó a hablar antes de que él pudiera hacerlo.

—Sophie, gracias a Dios. No había sabido nada de ti en toda la noche. ¿Cómo te fue en el club? ¿Encontraste a Lockwood y conseguiste que accediera a la entrevista exclusiva?

El teléfono crujió en la mano de Emery al estrujarlo. No dijo ni una palabra.

—¿Hola? ¿Sophie? Sé que no te gusta que te llame cuando tienes que cumplir plazos, pero el periódico sólo puede darte una semana. Te lo dije cuando me rogaste por esta historia. Si no puedes conseguir la entrevista con Lockwood, se acabó. Tendrás que pasar a un nuevo tema si quieres tu próximo cheque de pago. Lo siento, pero así es como tiene que ser —dijo la mujer.

—No se preocupe. La señorita Ryder le conseguirá una entrevista exclusiva —no le importó que su tono fuera lo bastante frío como para helar toda la isla. No le dio a la mujer la oportunidad de responder. Le colgó, luego silenció el timbre del teléfono y lo devolvió al bolso de Sophie.

Su pequeña y rebelde reportera, decidida a exponerlo. Y él, el tonto, la deseaba tanto que había negociado su

historia por su rendición. Como un lobo atraído por el rastro de una chica de capa carmesí en el bosque, estaba desesperado por devorar su inocencia. Así que había negociado por ella. Su historia, su rendición. Sólo que ella no sólo le entregaba su cuerpo, sino algo más, algo más suave pero más fuerte. Intangible. Emery casi podía sentirlo enroscándose en su frío corazón, intentando calentarlo. Todos sus instintos de supervivencia le advertían que se mantuviera alejado. Aunque ella se atreviera a enamorarse de él, Emery no cometería el mismo error. Podía y quería permanecer distante. Obtendría su placer, saciaría su lujuria y le enseñaría a abrirse al reino de la pasión que se había negado a sí misma, pero no iría más allá.

Emery cogió el reloj de la mesilla y miró la hora. Nueve de la mañana. Tenía dos horas antes de la llegada de la junta directiva de Industrias Lockwood. Tenían sus oficinas principales en Manhattan, pero Emery rara vez las visitaba y trabajaba casi exclusivamente desde su despacho en la casa en Weston. Cogió su propio móvil y llamó a Hans.

—¿Sí, señor?

—Programa mi jet para que recoja a la junta de Industrias Lockwood y los traiga aquí a las once. Encarga a nuestro servicio de catering habitual un brunch ligero y su entrega a tiempo para la reunión. También necesito que me hagas un recado en la ciudad. Sophie necesita algo de ropa. Te mandaré un mensaje con las medidas y la tienda que quiero que visites. Ah, y despierta a Cody. Quiero verlo en mi despacho diez minutos antes de las once con dos raquetas de tenis.

La risa de Hans resonó en el teléfono.

—Déjeme adivinar: ¿él va a mantener ocupada a la señorita Ryder mientras usted se encarga de la junta?

—Algo así —Emery no podía creer que estuviera sonriendo de nuevo. En las últimas horas había sonreído y reído más de lo que lo había hecho en años. También se

había preocupado más. Una cosa era tener ansiedad por sí mismo como consecuencia de su secuestro. Pero, ¿Sophie? La idea de que alguien pudiera ponerle las manos encima… llevársela. Los pulmones le estallaron de dolor y respiró entrecortadamente. Todo estaría bien. Él la protegería. Ella estaba a salvo. *A salvo.* Y estaría aún más segura en su cama. Sus preocupaciones se desvanecieron cuando los pensamientos de Sophie; caliente, húmeda y esperándolo, se apoderaron de él. De pronto, la polla de Emery se puso lo bastante dura como para que, de haber tenido su cuerpo bajo él en ese momento, la habría embestido hasta que la cama se rompiera bajo ellos.

—Programaré el vuelo para la junta —Hans colgó.

Emery dejó el teléfono sobre la mesilla y abrió el cajón. Era hora de empezar a enseñar a Sophie a ser sumisa. La primera lección consistía en comprender a quién pertenecía. Dentro del cajón había un par de delicados brazaletes dorados, perfectos para las muñecas de Sophie, sobre una tela de terciopelo negro. Llevaba un par de años con los objetos, con la esperanza de tener algún día una mujer a quien dárselos. Sin embargo, ninguna de las mujeres que había conocido hasta ahora le había parecido… digna de ellos.

Emery no indagaba mucho en el estilo de vida D/s. No se pasaba horas sermoneando a sus sums sobre las posturas adecuadas ni las castigaba por cosas sin importancia. Para él, el verdadero encanto era controlar a una mujer en la cama. Nunca quiso ver a Sophie inclinar la cabeza ante él cuando estaban fuera de ésta. La quería pasional, rebelde, completamente libre, salvo por esas esposas de oro. Tenían que estar alrededor de sus muñecas. Una prueba para el mundo de su posesión.

Como si fuera consciente de sus pensamientos, Sophie se estiró, murmuró algo y se acurrucó en la almohada. No se despertó ni siquiera cuando Emery se arrodilló a su lado en la cama, le apartó el pelo de la cara y retiró las sábanas.

Le colocó un collar de oro alrededor de la muñeca derecha y cerró el broche. El deseo y el hambre se apoderaron de él. Le colocó el segundo brazalete en la muñeca izquierda. Comenzó a arder por dentro y un dolor le desgarró el pecho. La visión del oro alrededor de su piel, marcándola como suya, era demasiado.

Emery colocó las rodillas a ambos lados de sus caderas, manteniéndola inmovilizada bajo las sábanas. Sophie se despertó justo cuando él le sujetó las muñecas y las subió hasta sus orejas.

—Emery, ¿qué…?

Le devoró la boca con fuerza. Ella jadeó contra sus labios, retorciéndose, pero no podía moverse mucho. Los músculos de sus brazos se tensaron bajo las manos de Emery mientras ella empujaba, y luego se debilitaron. Sophie suspiró y le devolvió el beso. Su forcejeo y su rendición momentáneos hicieron que él se tensara con el prolongado deseo de poseerla. Ella se había liberado de la desconfianza y le había dado la sumisión que él ansiaba. La suave seda de su cabello se extendió sobre la almohada, provocándole cosquillas en la palma de la mano como la luz del sol concentrada. Sus labios carnosos y sedosos eran perfectos para besarla. Tan condenadamente perfectos.

Emery presionó sus caderas contra las de ella, intentando aliviar su polla, que estaba tan tiesa como para perforar sus pantalones. Él deslizó sus manos hasta las muñecas de Sophie y luego conectó sus palmas. Ella respondió, entrelazando sus dedos y estrujándolos suavemente. A Emery se le formó un nudo en la garganta y los ojos le ardieron.

La simple conexión; tan dulce, tan inocente, lo unía a ella, como una red resplandeciente tejida entre ellos, irrompible e inevitable. Él levantó la cabeza unos centímetros, necesitando ver sus ojos.

Eran luminosos, con sus pestañas elevadas parcialmente. Estaba perdido. Un mundo de belleza

inimaginable existía en la plata creciente de su adorable mirada. Se sentía como un hombre del mundo antiguo, mirando al norte, a la lejana estrella polar, encontrando el camino a casa gracias a la leal luz que allí brillaba. Sophie lo vio, cada parte de ella, y su luz penetró las sombras que se extendían desde el alma de Emery. Estaba abierto, expuesto ante ella, un hombre postrado ante una diosa.

Completa y totalmente vulnerable.

Un temblor sacudió los hombros de Emery, sus músculos se contrajeron y se tensaron. Luego, el placer se apoderó de él. Tenía el control de esta voluptuosa y preciosa mujer. Podía reclamarla, provocarle semejante éxtasis del que nunca se recuperaría.

Sophie se lamió los labios, con la respiración entrecortada.

—Tienes que dejar de hacer eso —susurró ella con toda seriedad, arrugando un poco la nariz.

Él ladeó una ceja.

—¿Hacer qué?

—Besarme así.

—¿No te gusta cómo beso? —el cuerpo de Sophie le dijo lo contrario cuando él se movió sobre ella, presionando sus entrepiernas juntas. Ella levantó las caderas, buscándolo, pero la sábana y la ropa los separaban.

—Me gusta demasiado. Ése es el problema.

Emery volvió a mover las caderas, deleitándose con el silbido de frustración de Sophie.

—¿Qué más te gusta demasiado? —él bajó la cabeza hasta su cuello y le mordisqueó la parte inferior de la garganta. Ella se estremeció ligeramente y su pulso cobró vida bajo su lengua. Sophie era increíblemente sensible y su inexperiencia hacía que sus reacciones fueran salvajes y puras. Era perfecto. Ella era perfecta.

—Eso. Eso es definitivamente demasiado bueno —su respuesta fue apenas más que un torrente de palabras entrecortadas.

—Bien. Mi sum me ha complacido con sus respuestas honestas. Te has ganado una recompensa —se apartó de ella y se tumbó a su lado en la cama.

Las manos de Sophie revolotearon hacia sus muñecas, haciendo contacto con las esposas de oro.

—¿Qué son?

—Esposas.

Los labios de Sophie se crisparon, aunque entrecerró los ojos.

—Sí, ya lo veo. ¿Por qué me las has puesto?

Emery se apoyó en un codo y deslizó un dedo por la piel sensible de su muñeca derecha, junto al brazalete.

—Es parte de nuestro trato. Las esposas te recuerdan que eres mía.

—Vale, ¿y cuál es mi recompensa por permitir esto?

—No lo permitiste, Sophie. Te has entregado a esto. Nunca pienses que ser sumisa es permitir que tu dom haga algo. Te sometes. Me das tu poder —Emery le cogió la cara y le sostuvo la mirada, obligándola a enfrentarse a su dominación y a aceptarla.

Los ojos de Sophie; todavía salvajes, todavía libres, se oscurecieron como una luna menguante.

—Me entrego.

La sonrisa de Emery fue instantánea y abrumadora. No pudo haberla evitado. La promesa de placer estaba ahí, en la mirada y en el cuerpo de Sophie, quien le devolvió la sonrisa.

—Ahora, tu recompensa es jugar al tenis con Cody mientras tengo una reunión de negocios. Quiero que termines cansada para más tarde. Las sums cansadas son menos rebeldes.

La mirada que ella le dedicó habría derretido el metal.

—¿Ah, sí? Es bueno saberlo —Sophie se liberó y vislumbró su equipaje. Un chillido de alegría escapó de sus labios mientras corría hacia éste y empezaba a sacar cosas.

Los ojos de Emery se clavaron en la visión de su trasero mientras ella se inclinaba para rebuscar en su maleta.

Tragó duro cuando el deseo se apoderó de él: puro, duro y voraz, el deseo de colocar la mano en su trasero, de excitarla con el más leve atisbo de dolor.

—Estoy deseando ducharme —Sophie se dirigió al cuarto de baño. Debería haberla dejado asearse, pero el deseo de ponerle las manos encima era un canto de sirena imposible de resistir.

—Alto.

Ella se quedó inmóvil, con un pie descalzo en el suelo de mármol del baño y el otro en la gruesa alfombra del dormitorio.

Emery se levantó y se cruzó de brazos, disfrutando demasiado de esto.

—Ven aquí. Ahora —señaló el borde de la cama y dio unos golpecitos con un pie.

Sophie se acercó sigilosamente, pareciendo recelosa, y con razón. Él tenía toda la intención de azotarla.

—Inclínate sobre la cama —señaló con un dedo el lugar en el que quería que ella se colocara.

Sus preciosos ojos brillaron con protesta e indignación, pero obedeció.

—Las manos apoyadas en la cama junto a la cabeza. Buena chica. Ahora, cuando quieras preguntarme algo y estemos solos, primero reconoce nuestra relación dirigiéndote a mí como 'Señor'. Por ejemplo: '¿Puedo usar su ducha, señor?'. A lo que yo respondo: 'Sí, puedes'. Como eres nueva en esto, sólo cinco palmadas. Cuéntalas para mí o empezaré de nuevo. Cuando termine, me agradecerás tu castigo.

Hubo un momento de silencio y luego:

—Sí, señor.

Estuvo tentado de bajarle los calzoncillos, de sentir la piel sedosa bajo su palma, pero no estaba preparada para eso. Le colocó la mano encima y ella se tensó. Luego le

golpeó el trasero, no con fuerza, sólo le produjo un pequeño escozor. Acarició cada punto, dejando que Sophie contara los suaves golpes. Cuando él llegó a cinco, suavizó su mano sobre ella, encantado de sentir su piel caliente a través del fino algodón de los calzoncillos.

¿Estaba preparada para más? Bajó la mano entre sus piernas y le cogió la zona íntima, presionando el talón de su mano contra la suave tela. La humedad lo abrasó a través de la fina prenda. Sophie gimió y se estremeció cuando él encontró su clítoris excitado y lo rodeó con el dedo índice. Esto lo llamaba, lo atraía, prometiéndole una dulce liberación dentro de su cuerpo. Pero no podía reclamarla todavía; no estaba preparada para el tipo de sexo que él prefería; para la necesidad pura y salvaje que ardía en su interior como un incendio devorando un bosque seco.

—Obtén tu placer. Empuja hacia atrás, cabalga sobre mi mano —su voz le raspaba la garganta, casi gutural, mientras intentaba contener su propio deseo.

Apenas necesitó que la instaran a mover las caderas, frotándose contra su mano. Sophie encontró el ritmo y, cuando se corrió, lo hizo con un jadeo ahogado mientras enterraba la cara en el edredón de la cama.

—Gr… gracias, señor —fue tan silencioso y amortiguado por la cama que él pensó que podría haberlo imaginado. Como si estuviera asustada por el hecho de que había llegado al clímax.

La mano de Emery hormigueaba mientras la acariciaba suavemente.

—Habrá momentos, Sophie, en los que te castigue. Nunca te marcaré, ni te haré daño. Un poco de dolor puede aumentar el placer. Nunca pienses que quiero hacerte daño. ¿Entiendes? A veces los azotes no son un castigo, sino un placer.

Era crucial que lo entendiera. Emery no se permitía lo suficiente este estilo de vida como para tener muchas reglas o expectativas. No la quería encogida de miedo, con

la cabeza inclinada hacia abajo. Pero sí quería que se entregara a él, por el placer que podían compartir. Si ella podía entender eso, se llevarían bien.

—Sí, lo entiendo —Sophie se movió, con el trasero agitado bajo su contacto.

Él retiró la mano y dio un paso atrás, concentrándose en respirar por la nariz. Estaba tan excitado que apenas podía caminar, pero primero tenía que ocuparse de ella. La ayudó a ponerse de pie sobre piernas trémulas y la condujo a la ducha. Le dio todo lo que necesitaba para bañarse y, con un beso rápido y áspero, la dejó sola.

En cuanto Emery cerró la puerta de su habitación, se apoyó en ella y respiró lenta y profundamente. Le temblaban las manos, tenía el cuerpo tenso y ansioso por terminar lo que había empezado. Nunca antes el cuerpo de una mujer había sido tan seductor, tan irresistible como el de Sophie, cuya pasión se había desplegado como pétalos en busca del sol, todo al ritmo de las palmaditas y caricias de sus manos, como si estuviera hecha para él.

Emery intentó concentrarse en la junta de Industrias Lockwood mientras se vestía y salía de su habitación, en los asuntos de los que necesitaría hablar con ellos, y en cómo lidiaría con Brant si su primo decidía crear problemas con el asunto del comunicado de prensa. Pero sus pensamientos seguían desviándose hacia la mujer que había dejado atrás. Deseó que los pensamientos de negocios mataran su hambre sexual por Sophie. Pero no fue así. Ella estaba en su mente, su olor en su piel, sus chillidos de liberación aún resonando en sus oídos. No deseaba otra cosa que volver a su habitación, arrastrar a Sophie a sus brazos y tumbarse con ella en la cama. Y esa necesidad, ese deseo de estar con ella y olvidarse del resto del mundo, era el mayor error que podía cometer.

La última persona con la que se había atrevido a estar cerca había sido su gemelo.

Fenn.

Y él se había ido. Todos los que le importaban lo habían abandonado. Sus padres habían abandonado la finca familiar después de que Emery escapara y volviera a casa. Habían abandonado el último lugar donde su hermano y él habían estado juntos. Su partida fue una traición, una que penetró profundamente en su alma. Había sido demasiado joven para discutir cuando lo obligaron a ir con ellos a su nuevo hogar, pero después de la universidad había vuelto a la casa solo. Era muy fácil esconderse del mundo, pero era solitario, muy solitario. Pero era mejor permanecer aquí, protegido y solo, que en el mundo, perdiendo a todos los que le importaban.

No debería haber cedido a su necesidad de traer a Sophie aquí.

No podía permitirse ser tan tonto con Sophie. Ella se iría, y él volvería a estar solo, demasiado asustado para salir al mundo y estar con ella. Condenado a estar siempre solo.

*Mi penitencia, el sacrificio de Fenn. Su vida por la mía. Siempre.*

# Capítulo Ocho

Miranda and Elliot Lockwood han ofrecido una recompensa de 50,000 dólares por cualquier información que contribuya al regreso de sus hijos de cabellos dorados. Se han incluido fotos de los niños desaparecidos en este artículo con la esperanza de que algún lector haya visto a los gemelos y que dicha información permita su pronta y segura recuperación.

—*New York Times*, 10 de junio de 1990.

Sophie se recostó contra la pared de la ducha para apoyarse. Su cuerpo era un extraño para ella, traicionándola con un orgasmo tan potente que había sido incapaz de respirar, de hablar. Su mente había caído en la oscuridad. El castigo de Emery la había excitado, se había encendido cuando le acarició el clítoris y le masajeó el monte.

Eso se había convertido en una especie de animal salvaje necesitado de liberación con una intensidad enloquecedora. Ella lo había utilizado descaradamente para conseguir lo que quería, y había esperado que él la utilizara a cambio, pero la había acompañado al baño y la había abandonado cuando lo único que Sophie quería era que se quedara y la abrazara.

*¿Estoy loca?*

¿Querer abrazos y consuelo de un hombre que la había azotado después de un orgasmo alucinante provocado por el castigo?

*Sí, definitivamente loca.*

Aun así, si él se hubiera quedado, Sophie habría entrado en pánico. Ella necesitaba su espacio, volver a recuperar su persona como fuera. Estaba a punto de caer, de perderse en él y en su mundo.

A pesar de su alivio por estar sola, la soledad del baño la dejó sintiéndose extrañamente vacía. La presencia de Emery se había convertido en algo más importante para ella que su privacidad, pero ¿cómo?

Después de obligarse a lavarse, salió y se puso ropa de deporte. No era aficionada a los deportes de competición, ni siquiera podía nombrar más de cinco equipos de fútbol profesional, pero le encantaba hacer ejercicio. El tenis sería una distracción bienvenida. Y con Cody, ella podría obtener algunas respuestas a sus preguntas apremiantes.

Él estaba esperando en el pasillo fuera de la habitación de Emery. Llevaba una camiseta gris, pantalones cortos de baloncesto negros y zapatos para correr. Sophie se mordió el labio para ocultar una sonrisa.

—¿Qué? —preguntó secamente.

—Pensé que utilizarías una camiseta polo y unos pantalones cortos de tenis. Parece que estás listo para ir a jugar un partido de baloncesto.

—Sí… No soy como el jefe. Él es de la vieja escuela, todo clase y dinero de la Costa Este. Yo soy del centro de Chicago.

Cody levantó la barbilla. La expresión cerrada y defensiva de su rostro provocó dolor en el corazón de Sophie. Él estaba tan fuera de lugar como ella en este mundo de lujo.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Soy de Manhattan, Kansas. Aquí tampoco me siento como en casa.

El rostro de Cody se suavizó. Él le entregó una de las dos raquetas de tenis.

—Hagamos esto para que pueda volver al trabajo.

Sophie lo cogió por el brazo, deteniéndolo.

—Oye, ¿quieres olvidarte del tenis? Prefiero hablar.

El fugaz momento de confianza que había establecido con él se desvaneció. Su columna vertebral se puso rígida y retrocedió un paso.

—Si se trata de Emery, no hablamos de él.

Él comenzó a caminar. Ella se apresuró a alcanzarlo, intentando igualar sus zancadas. Le sujetó la manga de la camiseta para que la mirara.

—No. Hablarás conmigo porque él anoche entró en una especie de crisis mental y me echó de la casa.

Cody se quedó helado. Sus dedos estrujaron la raqueta de tenis.

—Emery tuvo un flashback en cuanto oyó la campanada del reloj y me habló como si yo fuera Fenn.

—¿La campanada? ¿Del reloj del vestíbulo? ¡Mierda!

Arrojó la raqueta y salió corriendo. Sophie soltó su propia raqueta y corrió tras él.

Cody bajó los escalones de dos en dos y se detuvo frente al reloj. Abrió el panel de madera de la base, extrajo varios trocitos de metal y se los metió en los bolsillos. Estudió el reloj y el péndulo en movimiento con el ceño fruncido.

La miró.

—Hans desmontó las piezas de este reloj hace años. Nunca debería haber sido capaz de sonar. Voy a tirar estas piezas a la basura.

—¿Y quién ha vuelto a poner las piezas? —Sophie extendió la mano para tocar la exquisita y suave madera de la base del reloj.

—No lo sé, pero tengo que averiguarlo. Si alguna vez oyes sonar ese reloj o cualquier otro en esta casa, me

llamas a mí o a Hans inmediatamente.

Sophie apretó los dientes.

—Sólo si me dices por qué.

Hubo silencio, y Cody respiró con dificultad mientras lo consideraba.

—Bien, pero aquí no. Vamos a mi oficina.

Lo siguió por otra serie de pasillos, cada vez más consciente del enorme tamaño de la casa de Emery. Cody se detuvo frente a una puerta dorada con un teclado de entrada. Introdujo rápidamente un código y la cerradura hizo clic. Cogió el pomo de latón y abrió la puerta para que ella entrara.

El despacho de Cody era como una familia de aparatos y equipos informáticos. Sin duda, Sophie había entrado en la cueva de Batman.

—Bienvenida al Centro de Mando Larson —le acercó una cómoda silla y la dejó sentarse; luego cerró la puerta y cogió una pequeña caja negra. Accionó un interruptor y la luz roja parpadeante en un costado cambió a un resplandor verde fijo.

—¿Qué es eso? —señaló la caja mientras él se sentaba en la silla junto a ella.

—Un perturbador de micrófonos.

—¿Muy paranoico? —bromeó, pero Cody se limitó a mirarla fijamente, sin rastro de humor en sus pálidos ojos azules.

—Créeme. Cualquier paranoia que yo tenga está justificada.

—Vale, ¿entonces qué pasa con las campanadas del reloj?

Cody deslizó el teclado inalámbrico sobre su regazo. Presionando las teclas, configuró uno de sus monitores para mostrar una gran sala de conferencias. Nueve hombres estaban sentados alrededor de la mesa. Emery estaba al frente, hablando, pero Sophie no oía ninguna voz,

así que supuso que Cody lo habría silenciado de algún modo.

Ella se inclinó hacia adelante, entrecerrando los ojos para ver a los hombres en la pantalla.

—Cody, ¿los has silenciado?

Ignoró su pregunta, cogió el teclado inalámbrico y empezó a presionar teclas. El monitor del ordenador más cercano a Sophie empezó a parpadear rápidamente a través de varias transmisiones de cámaras. Una sala tras otra aparecían vacías. Cody no pareció relajarse hasta que terminó de escanear. Sus hombros rodaron hacia atrás y la tensión de sus facciones se relajó.

—El sonido de las campanadas del reloj lo sacó de quicio. Hans y yo pensamos que el sitio donde estuvo retenido por los secuestradores debió haber tenido un viejo reloj. Él vuelve a la noche en que escapó. Hans y yo hemos visto suficientes flashbacks como para entender algunas cosas. Emery y Fenn estuvieron retenidos en algún lugar cercano durante un par de meses. Entonces ocurrió algo y hubo una oportunidad de escapar. Creemos que Fenn distrajo a los secuestradores para que Emery pudiera salir. Fenn debió morir esa noche. Debieron haberlo matado. Independientemente de lo que haya sucedido, Emery no quiere hablar de ello.

Sophie dudó.

—Él me lo va a contar todo.

Las cejas de Cody se alzaron.

—¿Él lo sabe?

—Sí. Por eso estoy aquí. Tenemos un trato —la vergüenza calentó sus mejillas, pero tenía que explicarle la situación o él no la ayudaría.

La cara de Cody se oscureció.

—¿Así que te follas al jefe y él comparte sus trágicos detalles en una conversación en la cama? Y pensar que yo esperaba que fueras diferente.

La furia se apoderó de ella.

—¡No es así! Me has investigado. ¿Por qué crees que estoy aquí? ¿Para hacerle daño? Tengo que hablar con él. No es sólo por la historia. Tengo otras razones.

Con un largo suspiro, Cody se hundió de nuevo en su silla, con su atención una vez más en los monitores.

—¿Se trata de la chica secuestrada en el parque?

Los ojos de Sophie ardían con lágrimas, y se centró en la cara de Emery en la pantalla.

—Rachel.

No había palabras para nada más.

La voz de Cody fue áspera cuando señaló a Emery en la pantalla.

—Ese hombre es dueño de mi alma. Me ha rescatado y no puedo ni empezar a recompensarlo. Moriría por él. Hans también. ¿Lo entiendes?

Los vellos de los brazos de Sophie se erizaron. Sentía un extraño hundimiento en el pecho, y se removió inquieta.

—Lo entiendo. Esa lealtad es más profunda que la amistad, más profunda que la sangre. Es más profunda que el alma.

Cody soltó un suspiro pesado.

—Sí. Así que me entiendes cuando digo que, si pienso siquiera por un segundo que eres una amenaza para él, te echaré.

Sophie entendía ese tipo de lealtad, aunque ella nunca la había tenido, no después de perder a Rachel. Pero sabía muy bien lo que era creer en la protección de otra persona con cada fibra de su ser. El hecho de que sintiera que Emery todavía estaba en peligro la hizo querer protegerlo de esa manera.

—Si obtengo lo que quiero, seré uno de sus mayores aliados. Cody, sé que has visto mi vida, que has sacado todos mis oscuros secretos, pero parece que no has visto todo —Sophie lo miró directamente a los ojos—. Soy periodista de investigación. La policía me permite ayudar.

He resuelto casos abiertos de hace veinticinco años. He investigado el caso de Emery.

La silla crujió cuando Cody se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos en las rodillas. Sus ojos brillaron de esperanza.

—¿Crees que puedes resolver el secuestro?

Sophie asintió. Sabía, sólo sabía en el fondo de su ser que, si conseguía que Emery hablara, los detalles que le daría serían la clave para resolverlo.

—Hay cosas que no encajan. Creo que fue un trabajo desde dentro. Puede que el pago del rescate ni siquiera fuera el verdadero objetivo. Lo que él sufrió no concuerda con secuestros donde solicitan rescate, sino que más bien se asemeja a secuestros fingidos para ocultar asesinatos. Necesito que Emery hable conmigo, que me dé esos detalles que no ha compartido con nadie más. Creo que pueden ser la clave. ¿Y si estoy en lo cierto? —hizo una pausa y respiró hondo, asegurándose de que tenía toda su atención—. Él sigue en peligro. Quienquiera que atentara contra los gemelos lo querrá muerto. Él es una bomba de tiempo.

Cody guardó silencio un segundo.

—Pero han pasado veinticinco años. ¿Quién dice que los secuestradores siguen vivos? ¿O la persona o personas que los contrataron?

—Un secuestrador. Solo he averiguado eso de él. Quienes hayan sido los otros dos hombres, ya no parecen estar involucrados. Estamos buscando a un hombre, y si es un trabajo desde dentro, estamos hablando de familiares o amigos de los Lockwood. Emery se ha mantenido encerrado aquí bastante bien, pero tengo la sensación de que podría ser el objetivo pronto. He leído que Industrias Lockwood planea lanzar un nuevo producto que cambiará la seguridad privada. ¿Eso es cierto?

El hacker residente tosió intencionadamente y dedicó un breve asentimiento de cabeza.

—Podría ser… Estoy obligado por acuerdos de confidencialidad a no decir nada, pero eso generará mucho dinero para la empresa en los próximos meses.

—Y ese es exactamente el tipo de cosas de las que alguien querría sacar provecho si estuviera planeando eliminarlo. En el momento adecuado, la muerte de Emery podría hacer a alguien muy rico. Sólo tenemos que averiguar la identidad de esa persona.

—Una última pregunta —juntó los dedos, mirándola fijamente, como un halcón observando a un ratón de campo.

—Adelante —Sophie sabía que él quería ponerla a prueba, podía verlo en sus ojos. Él mataría para proteger a Emery, y ahora se estaba asegurando de que ella no era una amenaza.

—¿Por qué te importa Emery o lo que le sucedió? ¿Por qué necesitas resolver este caso con tanta urgencia?

Ella no respondió de inmediato, sino que ordenó las verdades que la llenaban como agua cristalina en una gran palangana de piedra. Había mirado en esa agua el tiempo suficiente, durante tantos años, que sabía lo que importaba y lo que él quería que ella dijera porque eso era lo que Sophie habría querido que alguien dijera si ella hubiese hecho la pregunta.

—El hombre que se llevó a mi amiga, el hombre que se llevó a Emery… no pueden quedar libres. Es una batalla que se libra todos los días. La gente buena intenta proteger vidas inocentes, pero no siempre ganamos. Cuando alguien está perdido… tenemos que encontrar la forma de hacer justicia. No podemos permitir que gente así quede libre, que haga daño a los demás. Nunca quise ser periodista, pero se lo debía a Rachel, hacerle justicia. Si no a ella, entonces a las otras miles de víctimas cuyas vidas acabaron violentamente y demasiado pronto. Emery merece tener paz y saber que está a salvo, al menos del hombre que mató a su hermano. Yo desearía poder tener paz ante lo

ocurrido a Rachel. Se trata de corregir los errores, de luchar contra el mal. Es mi responsabilidad, mi sacrificio. ¿Lo entiendes?

—Más de lo que crees —respondió él en voz baja. La miró fijamente—. ¿Qué necesitas de mí?

Sophie se sorprendió un poco de su abrupta aceptación. Lo que fuera que le hubiera dicho debió haberlo convencido, y estaba agradecida por ello.

—Primero, quiero que me consigas todo lo que sepas sobre la familia Lockwood. Necesito todos los informes policiales, declaraciones de testigos, todo lo que tengas relacionado con esa noche.

—Entendido, nena —Cody le guiñó un ojo y volvió a coger el teclado—. Capturaremos a los malos.

Emery se recostó en la enorme silla de madera de cerezo situada en el extremo de la gran mesa de conferencias. Brant y otros siete miembros de la junta lo observaban. Habían pasado los últimos treinta minutos debatiendo si el último localizador GPS estaba listo para su lanzamiento. A veces, los miembros de la junta se enfadaban cuando Emery pasaba por encima de ellos para que los aparatos salieran antes a la venta. Para él era sencillo. Si el producto había superado las pruebas de seguridad y garantía, estaba listo para salir. No había necesidad de retrasos a gran escala ni de fiestas de lanzamiento masivas para crear expectación en torno al producto. Las Industrias Lockwood se había fundado sobre un concepto: conseguir un buen producto, hacerlo asequible y ponerlo en manos del consumidor.

En esencia, Emery fabricaba productos que podían rescatar a personas. Localizadores GPS a prueba de agua, teléfonos móviles con opciones de conectividad por satélite,

radares de penetración terrestre. El objetivo de que los dispositivos ayudaran a la gente era de vital importancia. Después de todos los acontecimientos que le habían ocurrido de niño, había deseado tener algo parecido a los productos que fabricaba. Habría dado cualquier cosa por un teléfono móvil para que sus padres pudieran rastrearlo y encontrarlo, pero en esa época no había nada parecido. Ahora, fabricaba productos que salvaban vidas. Y para Emery, eso era lo que importaba. No una gran fiesta de lanzamiento de un producto que podría revelar defectos masivos sólo un mes después de salir al mercado.

—Caballeros, creo que descubriréis que lanzar el localizador Viuda Negra una semana antes generará más interés y aumentará los beneficios.

El murmullo o el acuerdo a regañadientes hicieron que asintiera y se pusiera en pie.

—Os doy las gracias a todos por haber venido.

Los miembros de la junta salieron de la sala hasta que sólo quedaron Brant y él. La luz de la mañana envolvía de un intenso dorado la habitación revestida de paneles de nogal. Emery se sintió satisfecho de permanecer un momento al sol, absorbiendo su calor. Después de la noche anterior, se sentía como si la fría lluvia lo hubiera calado hasta los huesos.

—¿Qué pasa, Brant? —preguntó finalmente.

Brant apoyó las palmas de las manos en el borde de la silla en la que había estado sentado y miró a Emery a los ojos.

—La junta está preocupada por ti. Tienes que empezar a venir a Manhattan para las reuniones. Ellos me están agobiando otra vez con tus tendencias a estar aislado. Un poco de misterio está muy bien, pero si el público en general se enterara de tu… bueno, de ese pequeño y desagradable club que frecuentas, las cosas podrían empeorar rápidamente. Pasar más tiempo con la junta podría ayudarte a ganar su apoyo si eso llegara a suceder.

Tenemos que reunirnos en las oficinas de Industrias Lockwood en Manhattan, no subirnos a aviones para venir a verte. Sé que tienes problemas…

Emery se rio, un sonido amargo.

—Vamos, primo, no hablemos más de esto. Ambos sabemos que piensas que estoy loco.

Brant frunció el ceño.

—Nunca he dicho eso. Eres excéntrico, eso es todo.

—Uh huh —Emery conocía bien a su primo. Por desgracia, era sólo cuestión de tiempo antes de que Brant intentara expulsar a Emery de la posición de CEO.

—Mira —dijo Brant—. Lamento sacar el tema. Podemos hablar más tarde —miró su reloj y luego intentó entablar conversación de nuevo—. Supongo que no vendrás al baile de disfraces de tus padres, ¿verdad?

Emery comenzó a negar con la cabeza, pero se detuvo ante una risa musical que flotaba por los pasillos. Su corazón se calmó por un instante, y luego revoloteó con el zumbido salvaje de las alas de un colibrí. ¿Cuánto tiempo llevaba sin oír eso? ¿Una risa llena de inocencia, alegría y placer?

Desde el secuestro. Veinticinco años.

Cerró los ojos. El tiempo volvió a girar sobre un huso dorado, deshilando el lapso de años oscuros hasta un momento de su vida en el que no había tenido miedo, ni dolor.

*—¡Emery, mira! —Fenn sonrió y señaló por la ventana del estudio de su padre. El sol jugueteaba con los mechones rebeldes de Fenn, proyectando un halo dorado sobre su cabeza. Apoyó las manos en el cristal de la ventana y presionó la cara contra el vidrio, haciéndole muecas a Todd, el joven jardinero. El hombre soltó una carcajada, un intenso sonido que hizo reír también a Emery.*

*Se unió a Fenn en la ventana y presionó la cara contra el cristal, haciéndole muecas a Todd. Todd sonrió malvadamente y levantó la manguera de jardín que había*

*estado sosteniendo, apuntándola hacia la ventana. El agua salpicó directamente el cristal delante de sus caras. Tanto Emery como Fenn dieron un salto hacia atrás antes de darse cuenta de que no podían ser mojados.*

*—No me extraña que Todd tarde tanto en regar las flores —detrás de ellos se oyó una risita profunda.*

*Emery se giró y encontró a su padre mirándolos desde la puerta de su estudio. Su padre era un hombre apuesto. Sus ojos marrones oscuros se calentaban como las brasas negras y las llamas anaranjadas de la parrilla cuando cocinaba hamburguesas en verano.*

*—¡Papá! —Fenn corrió hacia su padre, cogiéndolo del brazo—. Mamá dice que podemos salir ya que hemos terminado las clases. ¿Quieres venir?*

*Emery se unió a su hermano, sujetando el otro brazo de su padre.*

*—¡Sí, papá, vamos!*

*Su padre se rio y sacudió la cabeza.*

*—Tengo trabajo que terminar, pero me uniré a vosotros en una hora.*

*Emery sonrió a su padre:*

*—¿Me lo prometes?*

*Papá le dio unas palmaditas en el hombro.*

*—Te lo prometo.*

Si tan sólo hubiera sabido que ésa sería la última noche que él y Fenn pasarían con su padre antes de que su mundo de seguridad y comodidad se hiciera pedazos.

El recuerdo se disolvió como la bruma matinal evaporada por el sol naciente, dejando tras de sí un dolor vacío, como si alguien lo hubiera golpeado en el pecho y robado algo vital.

En algún lugar de la casa, Sophie reía.

Su Sophie.

Un temblor de melancolía lo recorrió, y el origen de su tristeza se intensificó. No era *él* quien la estaba haciendo reír, sino otra persona. Ella era feliz con cualquiera que

estuviera con ella, y no era él. Ese pensamiento lo hirió, un cuchillo se hundió profundamente en su estómago, retorciéndose dolorosamente hasta dejar al descubierto sus entrañas. En ese momento, Emery odió sentirse herido, odió que el simple sonido de la risa de Sophie lo hiciera sentirse así. Al besarla, debería haber sabido que el precio sería demasiado alto. Ella había penetrado en su corazón cuidadosamente protegido, le había hecho sentir cosas que había jurado no sentir nunca, lo había debilitado cuando él había jurado no volver a ser vulnerable.

Se oyó un chillido de risa femenina, un estruendoso ladrido de risa masculina, y Cody pasó velozmente por la puerta, como un borrón.

—¡Devuélveme mi móvil! ¡Ey! —Sophie estaba gritando. Unas pisadas a toda prisa se oyeron unos segundos antes que Sophie, quien se deslizó hacia la puerta y se detuvo al ver a Emery. Llevaba pantalones cortos de fútbol y una camiseta holgada que decía “Entrena a través del dolor”, y sostenía una raqueta de tenis. Tenía las mejillas sonrosadas, la frente empapada de sudor y manchas de humedad en las mangas que evidenciaban que se había estado secando más sudor de la cara. Había estado haciendo ejercicio, tal como él le había ordenado. El leve sonido de la respiración jadeante de Sophie hizo que su cuerpo alcanzara un nuevo nivel de necesidad. No pudo evitar imaginar el sonido que haría ella mientras se precipitaba hacia un poderoso clímax con él penetrándola.

El corazón de Emery se aceleró. Quería estrecharla entre sus brazos, asfixiarla a besos, follarla salvajemente, luego llevarla a la ducha, limpiar el sudor de su cuerpo y reclamarla de nuevo. Dio un paso hacia ella, con toda la intención de hacer precisamente eso cuando Brant habló, recordándole que no estaban solos.

—Emery, no me dijiste que tenías visita —Brant pasó junto a él y le tendió la mano a Sophie—. Encantado de conocerla, señorita…

—Ryder. Sophie Ryder —las mejillas de Sophie se encendieron con un rubor adorable.

Él sonrió.

—Soy Brant Lockwood, primo de Emery.

Emery cerró los puños al reconocer la mirada ávida en el rostro de Brant.

Sophie sonrió a Brant, pero la expresión era forzada; ni una pizca de calidez brillaba en sus ojos. Su reacción complació a Emery. No quería que Sophie se interesara por su primo. Ella le pertenecía a él, no a Brant. Como si respondiera a sus pensamientos, la mano de Sophie se movió hacia sus muñecas, tocando los brazaletes de oro casi distraídamente.

—Son unos brazaletes preciosos —dijo Brant.

—Gracias, me los ha dado un… —sus ojos se dirigieron a Emery y luego al suelo—, amigo.

—Ah, ya veo. Entonces, mi primo te ha mimado. No suele dar esposas a sus mujeres a menos que estén completamente dominadas.

El comentario de Brant heló la sangre de Emery. ¿A qué se refería Brant? Nunca había esposado a una mujer. Sophie fue la primera. Las mujeres con las que había estado en el pasado siempre tenían sus esposas oficiales del club, y se las quitaban una vez que salían del lugar. Sophie no. Ella utilizaba *sus* esposas, a sus órdenes. Porque era *suya.*

La mirada de dolor que cruzó las facciones de Sophie y el brillo triunfante en los ojos de Brant se lo dijeron todo. Había dicho eso sólo para molestarla. Bastardo.

—Debería irme —Sophie retrocedió hacia la puerta—. Siento interrumpir su reunión, señor Lockwood. Pensé que le interesaría el picnic que Hans y Cody han preparado. Pero veo que está ocupado —giró sobre sus talones como si fuera a irse.

Emery respondió, cogiéndola del brazo y tirando de ella completamente hacia la habitación y hacia sus brazos.

Inclinó su cuerpo y el de ella para que Sophie diera la espalda a Brant. Bajó la cabeza e hizo que sus narices se tocaran.

—No ha habido otras mujeres, Sophie. Desde luego, no estás dominada. Nunca querría que lo estuvieras. ¿Lo entiendes? —le cogió la barbilla—. ¿Entiendes? —era una confesión íntima, más apropiada para su dormitorio sin la mirada de su primo, pero no quería que ella pensara ni por un minuto que era como cualquier otra mujer que él hubiera conocido.

Sophie parpadeó y asintió temblorosa.

—Bien. ¿Qué es eso de un picnic?

—Pensamos cenar en el patio. ¿Qué te parece? —preguntó Sophie, esperanzada, tendiéndole la mano. Él la cogió y enroscó sus dedos alrededor de los suyos.

Esto debía de ser así. La plata de los ojos de Sophie estaba encendida y brillaba como el mar al amanecer, mientras las emociones ondulaban a través de su mirada en patrones brillantes. Él tenía en sus manos la llave de la felicidad de Sophie, y el poder de saber que podía hacerla feliz, y que lo haría, era estimulante. La felicidad de esta mujer lo era todo para él. Aunque sabía que no eran el uno para el otro y que acabarían separándose, no podía evitar entregarse al aquí y ahora y darle lo que ella quería.

—¿Un picnic? —fingió pensarlo, deslizando una palma por su mandíbula en señal de contemplación.

—Por favor, Emery. El clima es perfecto y nos he hecho unos bocadillos.

—Muy bien, te sigo —entrelazó su brazo con el de Sophie, besándole la punta de la nariz. Ella se rio y le empujó el pecho. Qué extraño que no pudiera evitar tocarla, besarla, incluso de la forma más tierna. Toda su vida había mantenido a las mujeres a distancia, sólo trataba con ellas durante seducciones planeadas. Pero con Sophie, necesitaba mostrarle afecto, por casto y simple que fuera. Sólo necesitaba sentirla. Ella se estremecía cada vez

menos, superando lo que parecía ser una aversión al contacto físico. Eran muy parecidos en muchas cosas.

Cuando su primo tosió, Emery suspiró.

—Brant, tú y yo hablaremos más tarde —llamó por encima del hombro. No pasó por alto la irritación de Brant y algo más oscuro, pero a Emery no le importó. El temperamento de su primo necesitaba poca provocación. Estaba constantemente infeliz.

Emery en cambio… era feliz. Demasiados años de culpa y dolor habían impedido que su corazón sintiera alegría. Pero en ese momento, se sentía lo bastante bien como para olvidar el pasado, aunque sólo fuera por unas horas.

Rozó con un beso la sien de Sophie mientras caminaban por el pasillo. Ella emitió un dulce suspiro cuando salieron a la luz exterior.

# Capítulo Nueve

Los Lockwood se han negado a conceder entrevistas o a hacer comentarios a la policía, a excepción de su petición de información. Ésta es la segunda tragedia que los Lockwood sufren este año. En febrero, Rand Lockwood, el hermano mayor de Elliot Lockwood por dos años, falleció tras una larga batalla contra el cáncer de páncreas. Rand dejó un hijo, Brant Lockwood, de dieciocho años.

—*New York Times*, 10 de junio de 1990

Sophie mordisqueó el último bocadillo de pavo antes de tumbarse en la gruesa manta de lana roja. El cielo era de un intenso azul cerúleo que parecía no tener fin, sin nubes que lo empañaran. A su lado, Emery estaba sentado, con las piernas largas y delgadas estiradas y cruzadas por los tobillos mientras hablaba con Hans sobre algo. No prestó mucha atención a la conversación en torno a un hombre llamado Wes, amigo de Emery, y una mujer llamada Corrine. Al parecer, había allí drama. Mucho drama. Pero nada parecía urgente.

Toda la tarde se sintió como un sueño. Sol, calor, el suave rugido de voces masculinas. La hizo añorar Kansas. Su padre tenía tres hermanos y siempre estaban cerca. Ella

había pasado toda su infancia despertándose con la profunda vibración de voces masculinas en la cocina escaleras abajo. Normalmente, los dueños de esas voces se burlaban suavemente de su madre. Era un recuerdo feliz. Nada había cambiado desde entonces, pero al mismo tiempo todo lo había hecho. Nunca podría volver a esos días, dormir en su antigua cama y oír las voces de sus tíos y de su padre, y disfrutar de la vida con la inocencia que había perdido.

Sophie había crecido. Con su propia vida, viviendo sus sueños. Pero ahora, en este momento, con Emery, estaba creando nuevos recuerdos. La comodidad de eso eliminó casi toda su determinación de permanecer distante. Se colocó de lado y rodeó la cintura de Emery con un brazo de la misma forma que solía abrazar a su oso de peluche favorito, el señor Nesbit, cuando era niña. Emery siguió hablando, sin que su acción interrumpiera su conversación ni por un momento. Él colocó su brazo sobre el de ella. El contacto piel con piel era delicioso y relajante al mismo tiempo. Su estómago dio un vuelco y su corazón rebotó contra sus costillas cuando Emery entrelazó sus dedos con los de ella, sujetándole el brazo contra su cintura.

Una sensación de confort creció en su interior, como una peonía que florecía lentamente, desplegaba sus pétalos y se estiraba al sol, finalmente sin miedo a dejarse llevar por unos benditos instantes. El sueño la llamó, bostezó y frotó la mejilla contra la cadera de Emery, vestida con jeans. En algún lugar de los recovecos profundos de su cerebro, Sophie se maravilló del nivel de intimidad que él había conseguido que ella le diera. Y pensar en eso la llevó a recordar los azotes.

Dios mío, sería malvada y lo desobedecería todos los días para recibir ese castigo. Él había sabido exactamente cómo alcanzar el punto exacto y aliviar el escozor, dejándola ardiendo sólo con un deseo insaciable. Un pensamiento más impactante la asaltó: sabía que la

intensidad de estar con él no haría más que aumentar. ¿Cómo sería dejar que el hombre le quitara la ropa, la sujetara y cogiera lo que él quisiera? Le abriría los muslos, la penetraría con fuerza, sin piedad, exactamente como ella necesitaba. Sus dedos acariciarían su clítoris, la harían correrse justo antes de que él desatara finalmente sus propias necesidades carnales. Necesitaba que él sintiera eso, que deseara eso tanto como ella.

Pero esa necesidad la aterrorizaba. Ir a ese lugar con él, entregar su alma, podría arruinarla. Nunca había sido capaz de hacer eso con otro hombre. Había jurado someterse a él, quería hacerlo, pero sabiendo que eso no duraría… cuando terminara…

*¿Soy lo suficientemente fuerte para eso?*

Sophie no tenía respuesta. Sólo la suave sensación de un dolor en su pecho.

—¿Quieres postre? —preguntó Emery, despertándola del sueño ligero al que casi se había rendido.

—¿Hmmm? —ella no respondió.

Él se rio y le dio una palmada en el trasero. Sophie dio un respingo al sentir cómo su piel sensible se estremecía al contacto. Finalmente abrió los ojos, parpadeando varias veces. Emery se inclinó sobre ella, con una fresa en la mano. Le había cortado la parte verde, y se la acercó a los labios. Sophie abrió la boca y permitió que la alimentara. Siempre le habían gustado las fresas, y estaba deliciosa. Se lamió los labios, saboreó el dulce jugo y luego volvió a abrir la boca para aceptar otra. Él la observaba, con los ojos encendidos por cada pequeño mordisco que ella daba gracias al alimento en sus dedos.

Entre bocado y bocado, Sophie habló.

—¿Has leído alguna vez *Tess de los D'Urberville*?

Emery asintió.

—Sí, hace mucho tiempo. En la universidad, creo. ¿Por qué?

Ella se encogió de hombros, pero él le cogió la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos.

—¿Por qué? —repitió.

Tragó duro, un poco nerviosa.

—Hay una escena en la que Tess es seducida por Alec, el antagonista. Le da de comer fresas antes de violarla.

—¿Así que ahora soy el villano? —el tono de Emery se endureció ligeramente y sus cálidos ojos se enfriaron.

Sophie levantó los labios en una sonrisa malvada.

—La palabra en la que esperaba que te centraras era violar —se inclinó hacia él y le mordió los dedos antes de succionar el jugo de la fresa que había en ellos.

*No debería provocarlo.*

Era un tigre merodeando al borde de su jaula de control y Sophie estaba tirando de su cola. Estaba buscando problemas, pero su lógica fracasó y las hormonas se apoderaron de ella.

—¿Te estás ofreciendo? —sus propios labios se entreabrieron cuando él le tocó la boca con las puntas de los dedos sabor a fresa. El áspera roce de su pulgar la hizo estremecerse, y el calor la recorrió como infinitas punzadas de deseo. Todo su cuerpo, cada célula, llamaba a Emery, exigiéndole que aceptara lo que ella le estaba ofreciendo.

Sophie se esforzó por encontrar la voz.

—Quizás.

Las mejillas de Sophie se encendieron. El deseo y la necesidad palpitaban entre sus piernas, como un timbre al que debía responder.

Su obsesión por él no tenía sentido. No podían ser más diferentes, y ella nunca había creído que los polos opuestos se atrajeran. Nunca se había sentido atraída por los chicos malos, ni por los hombres inquietantes. Pero tal vez se debía a que nunca había mirado más allá. Bajo el brillo malvado de los ojos de Emery y las capas de sus sonrisas seductoras, había una tormenta en su corazón. Una nacida de la pasión, la pérdida, el dolor y la tragedia; todas

arremolinadas, a punto de devastar a todos y a todo a su alrededor. ¿Sophie podría encontrar la manera de entrar en el ojo de esa tormenta? Nada le importaba más en ese instante que encontrar la manera de llegar a él y, tal vez entonces, ella podría escapar de sus propias pesadillas y de la culpa.

*Enséñame. Enséñame a ser fuerte.* Era todo lo que ella había deseado durante tanto tiempo. Paz y fuerza. Poder librarse de las garras de su pasado que se clavaban profundamente en su corazón.

Emery inclinó la cabeza hacia ella y le acarició la garganta con la nariz. Sus labios dejaron besos casi imperceptibles. El mundo se estremeció, la luz parpadeó y se debilitó, mientras Sophie se dejaba llevar por el encanto de su toque, de su beso. Obedecería cualquier deseo, cualquier orden, siempre que él no dejara de tocarla.

Cuando él hizo ademán de apartarse, ella susurró:

—Por favor, no pares. Por favor…

Una brisa fresca acarició el pelo de Sophie, tirando de sus mechones hacia los ojos, recordándole que estaban en el exterior y que tal vez no estaban solos.

—¿Y los demás? —murmuró. Ella deslizó los dedos por el espeso y suave cabello de Emery. Recorrió los mechones y tiró ligeramente para llamar su atención. Él levantó la cabeza y ella se encontró con sus ojos de oro fundido.

—Volvieron a entrar mientras dormías. Estamos solos — el tono extraño y áspero de su voz la estremeció y la asustó al mismo tiempo. ¿Y si no estaba preparada? Él reclamaría todo lo que ella le diera y tal vez más. ¿Qué quedaría de ella si le daba todo lo que era?

Se echó hacia atrás, repentinamente desesperada por escapar de él. No podía hacer esto, no estaba preparada para rendirse.

—No te vas a escapar. No después de rogarme que no parara —él le cogió las manos y se las clavó a ambos lados de la cabeza sobre la manta.

El pulso de Sophie volvió a acelerarse con el aleteo de las alas de un colibrí. Se mantuvo indecisa, sabiendo que su única opción era entregarse de nuevo a la pasión y dejarse llevar.

—Te gusta cuando asumo el control, ¿verdad? —Emery flexionó las manos, estrujando un poco las muñecas de Sophie.

—No —mintió, sabiendo que eso despertaría la dominación en él. Sophie nunca había tenido la más mínima necesidad de jugar con fuego hasta ahora. Había algo acerca de Emery que la volvía salvaje, imprudente. Ahora comprendía el atractivo de provocar la llama con la mano, de saborear el borde del dolor y de deleitarse con la deliciosa quemadura.

Las afiladas líneas del rostro de Emery se suavizaron con una sonrisa perezosa. Como un león que acaba de capturar a un pequeño ratón, su diabólica mirada de placer le reveló que amaba sentirla luchar. Y Sophie quería luchar, quería ser perseguida y capturada. Se estaba volviendo adicta a la emoción de luchar y rendirse.

—Suéltame —lo empujó como si quisiera librarse de él, pero rodó las caderas hacia arriba, suplicándole que la mantuviera inmovilizada. La danza de la lucha y la rendición era una fantasía erótica que Sophie nunca había esperado anhelar.

Emery le clavó los dedos en la piel, no lo suficiente como para hacerle daño, sólo para mantenerla contra el suelo. Él utilizó una rodilla para separar las suyas y así poder empujar su muslo contra su centro y presionar hacia abajo. Un pequeño gemido escapó de Sophie, incapaz de contenerse, mientras él deslizaba el muslo contra ella con un movimiento rítmico. El fino material de sus pantalones cortos de fútbol no ofrecía ninguna barrera real para protegerla de la avalancha de sensaciones y deseo provocada por el contacto de su pierna. Sophie echó la cabeza hacia atrás, con los ojos fijos en el cielo infinito.

Su visión comenzó a cerrarse mientras él la lamía desde el cuello hasta la clavícula, explorando puntos sensibles y lugares que la hacían estremecerse y jadear. Emery le movió las muñecas por encima de la cabeza y las sujetó con una de sus manos antes de deslizar la mano libre por su vientre y por debajo de la cintura de sus pantalones cortos. Él jugueteó con su sencilla ropa interior de algodón antes de sumergirse aún más.

El pánico se apoderó de Sophie. Su corazón le golpeó las costillas como un semental salvaje contra el poste de una valla. Él encontraría su vientre ligeramente abultado y sentiría repulsión. No era delgada, no tenía el vientre plano y esbelto de otras mujeres. Su rostro enrojeció y gimió. Él descubriría que estaba ligeramente gorda y perdería el interés. Era el fin.

Pero Emery no se detuvo. Su mano se curvó sobre el bajo vientre de Sophie, acariciando su piel antes de descender y coger su monte. Presionó con fuerza y, cuando ella arqueó la espalda, él liberó la presión. Sophie dejó caer las caderas, frustrada, hasta que él le acarició el clítoris con la punta del dedo. Lo rodeó, lo acarició, lo atormentó. Ella nunca lo había tocado; siempre había sido demasiado sensible, casi doloroso, pero cuando Emery lo rozó, el casi dolor se convirtió en algo totalmente distinto. Su centro palpitaba al compás de los latidos de su corazón, respondiendo a las descargas eléctricas que salían disparadas de su clítoris.

—¿En qué estás pensando?

*¿Pensando?* Sophie no podía pensar más allá del hecho de que la mano de este hombre estaba entre sus piernas, creando devastación y apetito salvaje.

Cuando ella no contestó, él le introdujo un dedo.

—Estoy esperando una respuesta.

—¡No lo sé! —jadeó, levantando las caderas para hundir aún más el dedo.

Emery bajó la cabeza hasta su cuello. Su cálida carcajada debería haberla alterado, pero no lo hizo. Le pellizcó la piel, mordiéndola y aferrándose a su cuello como un tigre a su pareja. El dolor, agudo pero leve, hizo que su vientre se estrujara.

—¡Oh Dios! —su cabeza se agitó. El dolor era exquisito, divino… nunca había experimentado nada como esto.

A través de la bruma, Sophie oyó su voz.

—Dime algún secreto sobre ti. Algo que ocultes al mundo —Emery le lamió el punto irritado del cuello y luego frotó la mejilla contra la suya como un gato posesivo. El leve cosquilleo de su mandíbula le produjo escalofríos. Amaba que la dominara, aunque fuera suavemente.

—¿Algún secreto? —se preguntó qué secretos merecía la pena contar.

—Puede ser lo que quieras. Habla conmigo —Emery la besó en una fusión de bocas, suave y sensual, pero llena de placer erótico. Cuando él se apartó, Sophie vio las comisuras de sus ojos arrugarse con diversión ante su incapacidad para hablar.

—Mi segundo nombre es Eugenia —soltó, luego se cubrió la boca con la mano y cerró los ojos, horrorizada por la confesión.

La cálida carcajada que sintió en la frente le hizo abrir los ojos de nuevo.

—¿Eugenia? —Emery ni siquiera intentó evitar la risa.

—Culpa de mi madre. Quería algo sofisticado. Nunca ha superado casarse con un nativo del medio oeste. Ella era de Boston. Mi padre quería nombres como Katie, Stephanie; ya sabes, algo normal. Mi madre luchó por algo más traumatizante, pero no intencionadamente, no creo —Sophie arrugó la nariz—. Dios, eso hizo que mis años de instituto fueran horribles. Las chicas pueden ser muy malas —sabía que estaba divagando, pero no podía parar.

Emery detuvo sus palabras al mover su mano, la cual todavía tenía entre sus piernas. Deslizó un segundo dedo

dentro de ella. Toda conversación desapareció. Sophie luchó por respirar mientras él comenzaba a empujar sus dedos profundamente dentro de ella.

—Has sido una buena chica, Sophie —murmuró en su oído y se balanceó contra ella al ritmo de sus dedos, hasta que perdió el aliento tanto como ella. El delgado límite del control flotaba entre ellos, balanceándose provocativamente y esperando a que uno de los dos cediera primero.

—Cuéntame algún secreto sobre ti —Sophie necesitaba oírlo hablar. El intenso ritmo de la voz de Emery provocó algo en su interior y consiguió que su centro palpitara y su corazón se agitara.

—Algo secreto —rugió burlonamente contra su oído.

—No —intentó hablar, pero él aceleró el ritmo de sus dedos—. Quiero que realmente me cuentes un secreto…

Las luces empezaron a parpadear detrás de sus párpados mientras ella se hundía en un oscuro mar de deseo bordeado de anhelo.

—¡Emery! ¡Oh Dios! —gritó mientras llegaba al clímax, algo que nunca había hecho en su vida. Placer como ninguna otra cosa, un espectro de un ligero dolor mientras él presionaba su pulgar en su clítoris.

*Hermoso. Glorioso. Devastador.*

Qué apropiadas eran las palabras para este momento. Para él.

Emery jadeó contra su oído, con un sonido entrecortado y maravillosamente humano. Sophie lo había considerado inhumano con demasiada frecuencia, demasiado perfecto para ser real. Pero este hombre; que perdía el control y recuperaba el aliento contra ella, era real. No dijo ni una palabra. Estaba tan afectado como ella. Durante unos largos momentos estuvieron unidos por el persistente olor de la pasión, el fresco aroma de la lluvia que se avecinaba y el lejano gorjeo de los pájaros.

—Gracias —dijo ella por fin.

Emery levantó la cabeza y apartó la mano de entre sus muslos.

—No creo que nadie haya tenido nunca esa reacción a un orgasmo mío.

Un calor revelador se deslizó por las mejillas de Sophie.

—No estás enfadado, ¿verdad?

—¿Enfadado porque me des las gracias? No. Sólo curiosidad. ¿Por qué la gratitud? —la ayudó a enderezarse la ropa y la instó a sentarse. Un escalofrío la sacudió y él le envolvió los hombros con la manta de picnic—. Sólo la verdad, ¿recuerdas?

—Yo nunca… —ella tragó duro y bajó la cabeza, dejando caer la frente sobre su hombro, con la tonta esperanza de esconderse de él—. Nunca he tenido un clímax como ese.

Emery se movió rápido, deslizándola hacia su regazo. Rodeó su coleta con los dedos y tiró de ella, obligándola a echar la cabeza hacia atrás. Sus labios rozaron los de Sophie, y luego presionó la frente contra la suya, con los ojos cerrados.

—Me estás matando, Sophie.

—¿Qué? —susurró.

—Eres muy dulce. Me está matando. Deseo tanto… —sus palabras murieron, y ella nunca llegaría a oír lo que quería decir porque él levantó la cabeza y olfateó el aire—. ¿Hueles eso? —siseó y se puso en pie.

Sophie inhaló, y el fuerte y acre aroma le irritó la nariz.

—¡Humo! —se levantó de un salto y tropezó en cuanto le fallaron las piernas. Al parecer, los increíbles orgasmos no eran buenos si tenía que correr rápidamente a cualquier lugar.

Emery giró, sus ojos recorriendo los terrenos, buscando el origen del olor. La ondulante columna de humo que se elevaba en el cielo a lo lejos les indicó la ubicación del incendio.

—Son los establos —la cogió de la mano y comenzaron a correr—. ¡Tenemos que sacar a los caballos!

Los establos estaban a unos cuatrocientos metros de distancia con respecto a la parte trasera de la casa. Impulsando las piernas, Sophie se las arregló para seguir la velocidad de las piernas largas de Emery a través de los jardines traseros y el césped. Cuando llegaron finalmente a los establos, las olas de calor del fuego casi les impidieron acercarse. El edificio de paneles de madera había albergado fácilmente un centenar de caballos a la vez en el pasado. Pero ahora el edificio estaba casi vacío, supuso Sophie.

—Allí —Emery señaló hacia el lado izquierdo de los establos, donde ardía un fuego en una habitación contigua a los establos.

A través del infierno anaranjado y el humo oscuro, podían ver las llamas devorando cientos de trofeos dorados y brillantes cintas de seda azul colgadas a lo largo de la pared más alejada de una habitación donde una puerta había quedado abierta. Todas las evidencias de la gloriosa historia ecuestre de la familia Lockwood se estaban convirtiendo en cenizas. Antes de que Sophie pudiera asimilar completamente la tragedia de esa pérdida, algo explotó en la habitación y el fuego se precipitó hacia el exterior. Emery giró y la tiró al suelo, y el aire se les escapó de los pulmones cuando una explosión los sacudió.

Los caballos empezaron a chillar.

Sophie empujó a Emery, apartándolo de ella mientras las llamas retrocedían momentáneamente.

—Ve hacia los caballos. ¡Ya!

—Quédate atrás. Yo los sacaré —Emery corrió hacia las llamas sin mirar atrás.

Sophie se quedó allí sentada sólo un instante, asombrada mientras las llamas rojas y amarillas perfilaban su cuerpo. En ese momento no parecía un simple hombre, sino algo más. Alguien fuerte, valiente y compasivo. Todo lo que ella siempre había querido ser. Todo lo que siempre había deseado en un hombre del que esperaba enamorarse

algún día. En algún lugar de su interior, su cerebro racional le gritaba que se levantara y fuera a salvar a Emery antes de que terminara muerto por su nobleza.

Salió corriendo tras Emery, directa hacia el peligro. Cuando corrió hasta el establo contiguo al suyo y abrió la puerta de un tirón, él la miró con incredulidad antes de gruñirle que la iba a castigar. Emery liberó a su caballo y se dirigió al exterior mientras Sophie corría hacia la puerta contigua. Cuando volvió a entrar en el humo, ella fue tras él.

—Hay dos más —el grito de Emery llegó a través de la penumbra antes de que el caballo pasara junto a ella y saliera al césped, libre del fuego.

Dos más. Podían hacerlo. Sophie creía en él, incluso mientras los pulmones le escocían por dentro con el calor de las llamas y sus ojos ardían con el humo.

Justo cuando Emery y ella sacaron al quinto y último caballo, la madera que los rodeaba se sacudió, crujió y cayó. Sophie se precipitó al suelo a escasos metros de la puerta del establo en llamas. Unas manos la levantaron y le empujaron el trasero con fuerza. Ella bajó la cabeza justo a tiempo, esquivando por muy poco el impacto con una viga caída, y aterrizó sobre la hierba blanda y fresca. Emery la siguió, tosiendo violentamente.

Ambos permanecieron tumbados durante unos segundos, sacando el humo de sus pulmones, antes de que él le rodeara la cintura con un brazo y la arrastrara lejos de los restos en llamas. Cuando estuvieron a unos cincuenta metros, Emery se desplomó sobre su espalda, con los ojos cerrados y una palma sobre el pecho mientras respiraba. Sophie se recuperó un poco más rápido y se incorporó, observando cómo ardía el establo.

Las partículas de ceniza flotaban a su alrededor, atrapadas por la ligera brisa y arremolinándose en vertiginosos círculos alrededor del patio como la nieve de una nube de tormenta. A lo lejos, los cinco caballos que

habían rescatado observaban el incendio con ojos nerviosos. Todos se habían salvado. Sophie se sintió llena de alivio, el cual adormeció sus sentidos como la morfina. La adrenalina abandonó su organismo y sintió el anhelo de hacerse un ovillo y dormir.

En cuanto sus ojos comenzaron a cerrarse, Sophie vio a un hombre al otro lado de las llamas. Vestía de negro y llevaba la cara cubierta por un pasamontañas. Ella se puso en pie y empezó a correr, a pesar de la inestabilidad de sus piernas. Lo perdió de vista cuando rodeó el establo en llamas. Él desapareció entre los gruesos árboles.

—¿Sophie? —Emery estaba detrás de ella, con una mano posada en su hombro mientras la giraba y la cara marcada con líneas de preocupación—. ¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo?

—Me pareció… ver a alguien desaparecer en el bosque.

De pronto, Cody y Hans salieron corriendo de la casa. Ambos iban armados. Cody tenía una Mauser de 9 mm, pero Hans tenía una pistola AR-15 preparada mientras corría. Si Sophie no hubiera conocido a Hans un poco mejor, gracias a lo que Emery le había contado, se habría aterrorizado. La mirada del hombre era fría y calculadora mientras recorría el establo y el bosque circundante. Luego comprobó el estado de Emery y ella.

—Huelo a gasolina —comentó en voz tan baja que ella apenas pudo oírlo por encima del estruendo de las llamas a sus espaldas—. Alguien ha provocado este incendio. Quiero a todos dentro de la casa. *Ahora.*

Emery se puso de pie.

—Es una distracción, ¿no? Incendiar los establos, sacarnos.

Hans asintió brevemente con la cabeza y luego hizo una pausa.

—O querían sacarnos, sabiendo que volveríamos corriendo unos minutos después. Podría ser una trampa.

Quedaos detrás de mí hasta que averigüe a qué nos enfrentamos.

Se dirigieron todos juntos a la entrada trasera que daba a la cocina. La puerta estaba entreabierta.

Sophie tragó duro, con la garganta irritada por el humo. Chocó con la espalda de Emery, lo que hizo que Cody chocara con la suya con un gruñido. Se puso de puntillas para mirar por encima del hombro de Emery.

En el mostrador de la cocina había una caja negra con un lazo rojo. Era del tamaño de una caja de zapatos.

—¿Qué es eso? —susurró Cody.

Sophie lo miró, sorprendida al ver que la habitual chispa de humor en sus ojos se había desvanecido.

Hans entró primero, colocó cuidadosamente la pistola sobre el mostrador y accionó el seguro. Luego se acercó a la caja, estudiándola desde todos los ángulos.

—No parece tener sensores de peso. Puede que tenga algo dentro que se active con el movimiento.

—¿Qué? ¿Como una bomba? —preguntó Cody.

Con un gruñido bajo de advertencia, Hans sacó un pequeño dispositivo del tamaño de un teléfono inteligente y les hizo señas a todos para que retrocedieran. Hizo clic en el dispositivo y lo movió alrededor del paquete. Una luz verde parpadeó y el dispositivo emitió un pitido.

—No es una bomba. Debe estar hecho de algo orgánico, o algo no metálico —se guardó el dispositivo en el bolsillo.

—¿Qué era esa cosa? —le preguntó Sophie a Emery.

—Un detector de metales portátil que he creado — empezó a avanzar hacia el mostrador, sosteniéndola detrás de él.

—Emery, no creo que… —Hans dejó de hablar cuando Emery lo ignoró, deshizo el lazo y apartó la tapa de la caja. Lo que había dentro lo dejó helado. La sangre desapareció de su rostro, dejando su piel tan pálida como la nieve—. Dios mío —jadeó Hans, con los ojos muy abiertos. El miedo

ensombreció brevemente los ojos del hombre y eso asustó a Sophie más que cualquier otra cosa.

Ella se acercó más, necesitaba ver qué había asustado a dos de los hombres más valientes que había conocido. Dentro de la caja había una zapatilla de deporte de niño. Parecía vieja. Su mente la hizo comprender parte del hecho, y se estremeció.

—Es una de las de Fenn, ¿verdad? —Sophie ya sabía la respuesta, incluso cuando los ojos de Emery se cerraron, respiró hondo y asintió.

Ver el recuerdo de la prometedora pero interrumpida vida del gemelo de Emery se convirtió instantáneamente en uno de los peores momentos de su vida después de la pérdida de Rachel. La conmoción la golpeó en las entrañas. Una repentina caída, la caída en la oscuridad y la incertidumbre, pero luego hubo comprensión como un sol sobre un páramo.

—Alguien provocó el incendio para tener tiempo de colocar esto aquí.

Un plan tan simple, pero increíblemente efectivo, que había dejado la casa vulnerable.

—Hans, vi a un hombre cuando Emery y yo salimos de los establos. Vi a alguien de negro, con un pasamontañas. Estaba al otro lado de los establos.

Hans inclinó un momento la cabeza, como pensativo.

—Ya se ha ido. Preparó la trampa y lanzó el cebo. Ahora la pregunta es: ¿qué quiere él que hagamos? ¿Y cómo podemos evitarlo? —Hans cerró el puño y lo golpeó contra el mostrador—. ¡Maldita sea! Hemos entrado en su juego. Él sabía cómo sería mi reacción. Sólo podía saberlo si nos había estado observando —Hans volvió su atención hacia Cody—. Comprueba los monitores. Averigua si tenemos algún ángulo de él entrando en las instalaciones. Y averigua si tenemos micrófonos escondidos en esta casa. Si tenemos que registrar habitación por habitación, lo haremos.

—Esto es malo —murmuró Cody—. Muy malo —se removió inquieto.

Sólo Emery permanecía quieto. Levantó el zapato, sus largos y elegantes dedos trazaron los diseños de éste y acariciaron los cordones.

—Él me está provocando. ¿Qué quiere que haga?

Nadie dijo nada. Todos los ojos permanecían fijos en el zapato.

—¿Llamamos a la policía? —preguntó finalmente Sophie.

Emery y Hans negaron con la cabeza y Emery habló.

—No. Sin policía. Cuantos más hombres dejemos entrar en el recinto, más riesgo corremos. Tenemos que evitar la atención de los medios. Hans, llama a mis padres. Pregunta si podemos enviar los caballos a sus establos calle abajo.

Con la esperanza de ocultar lo mucho que le temblaban las manos, Sophie las refugio en los bolsillos de los pantalones cortos.

—¿Y ahora qué hacemos?

Hans miró a Sophie.

—Nos mantenemos callados y tranquilos. Eso obligará al hombre a actuar de nuevo para atraernos.

—Tú quédate aquí con Hans. Come y relájate. Tengo cosas que hacer —Emery cogió el zapato y salió de la habitación.

—Espera…

Hans la cogió del brazo y la detuvo.

—Déjalo ir por ahora. Necesita tiempo para alejar sus fantasmas.

# Capítulo Diez

Brant Lockwood, primo de los niños Lockwood, se ofreció voluntario para hablar en nombre de la familia y hacer un llamado público en televisión y a través de los diarios locales a los secuestradores de los niños. "Por favor, regresad a mis primos a casa. Sea cual sea vuestro precio, lo pagaremos para que vuelvan sanos y salvos."

—*New York Times*, 10 de junio de 1990

Fantasmas.

¿Él siempre estaría atormentado?

Emery caminó por el largo pasillo que conducía a la biblioteca. Esta parte de la casa estaba diseñada como un castillo francés, con paredes de piedra cubiertas por grandes tapices decorativos. La mayoría de ellos representaban la Caza del Unicornio, la imagen favorita de su madre. El pasillo era lo bastante oscuro como para que los colores de las telas siguieran siendo intensos. Hacía tiempo que Emery odiaba los tapices de unicornios. De niño los había encontrado femeninos y había apoyado a los cazadores en el asesinato de la hermosa bestia. Pero ahora...

Se detuvo ante la escena del unicornio cautivo. Los brillantes hilos blancos entretejidos con la forma de la bestia mítica resplandecían bajo la luz tenue, un destello creado con una pizca de hilo plateado entre el blanco de la nieve. La simple valla de madera cosida alrededor de la bestia no parecía lo bastante poderosa para retener al unicornio. Era una maravilla que algo tan extraordinario y hermoso, una criatura nacida de la magia y la luz de la luna, pudiera ser contenido por la valla hecha por mortales.

Se quedó mirando el tapiz durante un largo momento antes de comprender qué era lo que le resultaba tan cautivador del unicornio. No era que la criatura estuviera capturada, sino que permitía que la mantuvieran cautiva. El animal se rendía al destino del cuento, entregándose a los cazadores. Emery sintió una tensión en el pecho, y su respeto por el unicornio creció. Era sumiso. *Como Sophie.* Estiró la mano y tocó el collar azul del unicornio, sujeto por un broche de hilo de oro enrollado en su cuello.

Inocencia capturada. Inocencia domada.

*Inmortalidad transformada en mortal.*

Eso hizo que recordara algo que su madre solía decir cada vez que ella encontraba una mariposa Monarca solitaria intentando migrar durante una tormenta, sobreviviendo a la lluvia para seguir volando contra todo pronóstico. Sostenía a Emery entre sus brazos, señalaba las alas de colores y decía:

—No todas las maravillas son infinitas. Algunas duran sólo un soplo de tiempo, pero no son menos magníficas que las montañas que han permanecido en pie durante milenios, o los mares que moldean las costas con sus olas —luego le daba un beso en la mejilla y lo mandaba a jugar con Fenn.

Emery estrujó las manos contra sus costados. El zapato de Fenn le quemaba la palma. El dolor de esa noche tan lejana estaba regresando. Los viejos secretos se abrieron paso desde sus tumbas, removiendo el suelo con manos

putrefactas, al ser resucitados por viejos males. Emery cerró los ojos brevemente, y luego siguió caminando por el pasillo hasta la enorme biblioteca.

Las pulidas estanterías de nogal vibraban con vida y luz. La habitación tenía dos pisos. Una escalera circular conducía al nivel superior, donde una plataforma permitía acceder a las estanterías más altas. Las sillas de brocado rojo se inclinaban hacia la gran chimenea y había mesas de lectura por toda la habitación, próximas a las estanterías. Dos altas puertas francesas permitían el paso de la luz de un lado a otro de la biblioteca.

La tensión que se había acumulado en el cuerpo de Emery se alivió casi al instante. Los libros, especialmente estos libros, podían calmar cualquier tormenta en su interior. Muchas de las novelas eran viejas amigas que lo habían mantenido distraído y entretenido en los momentos en que la depresión había intentado agobiarlo. En los años posteriores al secuestro, había buscado consuelo entre sus páginas.

Dejó el zapato de Fenn sobre la mesa, junto a las dos sillas en la chimenea, y se dirigió a la estantería más cercana. Sus dedos recorrieron los títulos de Robert Louis Stevenson. *Secuestrado, La flecha negra, La isla del tesoro.* Cuando toda su vida había dado un vuelco, estas historias lo habían mantenido respirando. Había empezado a ver su secuestro desde la distancia, como si no le hubiera ocurrido a él, sino que simplemente lo había leído en un libro. Era la única forma que Emery tenía de seguir adelante, de seguir viviendo. Así que imaginó un cuento sobre dos príncipes que habían sido raptados, y uno cuya vida había terminado, una vida destruida. Y había encerrado la verdad en su corazón, en lo más profundo de los oscuros recovecos donde la luz nunca podría brillar.

No supo cuánto tiempo se quedó mirando los lomos descoloridos con el brillo de las letras doradas de los títulos

llamándolo bajo sol de la tarde. Él había llegado a un camino con dos senderos por delante.

Era hora de dejar de esconderse, al menos de sí mismo. Tenía que contárselo todo a Sophie, permitirle conocer la historia pasara lo que pasara. Si la compartía, la carga sobre sus hombros tendría que aliviarse, y tal vez, sólo tal vez, no odiaría ver la cara de su hermano en el espejo todos los días.

El dolor de cabeza lo golpeó sin previo aviso. Se dobló y la luz a su alrededor parpadeó, y ese otro sentido, ese eco distante de un alma fantasma conectada a la suya, despertó.

*Una palma de mano, encallecida por el trabajo, frotó una mandíbula cubierta de barba incipiente. Un suspiro pesado. Debía afeitarse. Los jeans colgaban de las caderas del hombre, las botas negras le quedaban ajustadas. Debería ser divertido montar el nuevo toro esta noche para el público. Malditamente peligroso. Se le escapó una carcajada de emoción. Dios, amaba los rodeos.*

Y entonces, con la misma rapidez, la imagen se hundió bajo la superficie de su conciencia. Emery parpadeó y se frotó las sienes mientras se enderezaba. Por un instante había jurado que estaba en otra parte, viviendo un sueño entre montañas donde era él mismo y al mismo tiempo… no lo era.

Debía hablar con Sophie antes de que la culpa lo volviera loco, o más loco de lo que estaba ahora mismo. Pero primero necesitaba hacer algo que estaba pendiente desde hacía mucho tiempo. Sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de su madre. No sólo se había escondido del mundo todo este tiempo, sino también de sus propios padres. La vergüenza y la culpa habían levantado un muro entre ellos. ¿Cómo iba a enfrentarse a ellos en el día a día cuando él había abandonado a Fenn para que muriera?

Miranda Lockwood contestó tras el primer timbre, con voz suave y preocupada.

—¿Emery? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Inspiró profundo, exhaló profundo. Podía hacer esto, hablar con ella, como solía hacer de niño.

—Estoy bien, mamá. Me gustaría que tú y papá vinieran a cenar esta noche.

Ella soltó una leve risa, pero él pudo oír la esperanza mezclada con dolor en su tono.

—Por supuesto que sí. Llevamos casi cinco meses sin verte.

¿Cinco meses? ¿De verdad había permitido que transcurriera tanto tiempo sin verlos? Eso hizo que su culpa fuera aún más fuerte, hasta que el vacío y la soledad fueron tan profundos que no pudo sentir ese fondo. Como dejar caer una piedra en un pozo oscuro… No hizo ningún ruido, sólo cayó para siempre en el abismo.

Hubo una pausa mientras su voz vacilaba, y luego ella exhaló y volvió a hablar.

—¿A qué hora deberíamos estar allí?

—A las siete.

—A las siete será. Estoy deseando verte, Emery —susurró, aún con voz trémula, y la llamada llegó a su fin.

A Emery se le formó un nudo en la garganta y tragó saliva varias veces. Esta vez, escuchar la voz de su madre lo reconfortó más que la agonía, pero el dolor no desapareció. Su necesidad de estar protegido, de esconderse de todo lo que temía perder, ya le había hecho perder a su propia familia, lo poco que tenía en la vida. Había malgastado los últimos veinticinco años de su vida encerrándose en esta casa. Sus padres habían perdido a dos hijos esa noche, no sólo a uno, y Emery les había causado ese dolor, no sus secuestradores. Darse cuenta de ello le dejó un sabor amargo en la boca.

—¿Con quién estabas hablando? —la voz de Sophie recorrió la biblioteca.

Ella estaba de pie en la puerta, todavía con la ropa de ejercicio manchada por el hollín del fuego. Tenía los ojos

muy abiertos, grises oscuros, como nubes de tormenta de verano con un matiz azul. Eran ojos que veían demasiado, que entendían demasiado. Emery quería que lo vieran a él. No quería usar palabras si ella podía ver los secretos que él necesitaba liberar.

Conmovido por la necesidad de abrazarla, le tendió la mano. Ella vaciló y luego caminó hacia él. Le rodeó el cuello con los brazos y atrajo su rostro hacia el suyo para besarlo. Sorprendido, Emery tardó un momento en reaccionar, pero luego le rodeó la espalda para estrecharla contra sí. Se sentía muy bien entre sus brazos, como si una gran fuerza la hubiera hecho para él.

—¿Quién estaba al teléfono? —volvió a preguntar cuando separaron sus bocas. Apoyó las manos en los hombros de Emery, un toque ligero, pero que lo hizo luchar contra los escalofríos contenidos de su necesidad de ella.

—Mi madre. He invitado a mis padres a cenar esta noche.

Las cejas de Sophie se alzaron.

—¿Vendrán aquí? ¿Esta noche? —sus pestañas se agitaron y se lamió los labios.

—Quiero que te conozcan. Hace varios meses que no los veo.

—De acuerdo —ella frotó la mejilla contra su hombro, todavía sosteniéndolo.

Los secretos lo agobiaban; el pasado era como infinitas piedras en sus bolsillos, tirando de él hasta el fondo del lago. Pero si confiaba en ella, si los compartía, ya no tendría que guardarlos en soledad. Emery le rodeó la espalda baja con las manos y la levantó. Las piernas de Sophie se separaron y rodearon sus caderas, y él los acercó a un gran sofá situado junto a una de las ventanas.

Emery se tumbó sobre su espalda, dejándola caer sobre él mientras se extendía a lo largo del sofá. Él le cogió la cara. La luz del sol se filtraba entre los mechones de pelo dorado pálido que se habían escapado de su coleta. Parecía

desaliñada, alborotada por el viento, viva. Las mujeres con las que había estado nunca habían tenido un pelo fuera de su sitio, ni una pizca de sudor, ni siquiera en medio de la pasión. Sophie era diferente. Vivía en su cuerpo; no lo mantenía pálido y famélico. Ella era real, y Emery necesitaba algo real. Las fachadas habían llegado a su fin.

—Voy a contarte lo que pasó.

El calor, que había iluminado los ojos grises de Sophie con relámpagos plateados, se suavizó y su sonrisa se desvaneció.

—¿Oh… deberíamos… eh… movernos? —señaló la posición en la que se encontraban, ella tumbada encima de él.

—No. Me gustas allí donde estás. Me mantienes con los pies en la tierra y alejado de las pesadillas.

Sophie se relajó y apoyó la cabeza en su pecho, justo debajo de la barbilla. Emery la rodeó con los brazos y respiró hondo mientras se preparaba para sumergirse en la tormenta de los recuerdos.

—Tres hombres entraron por la puerta trasera que da a la cocina.

—¿La puerta por la que entramos hoy después del incendio?

—Sí. Uno de los pocos puntos ciegos para las cámaras. Claro que en esa época no teníamos cámaras —le frotó la parte baja de la espalda con una palma, acariciándola.

—Cuéntame todo lo que recuerdes. Cierra los ojos e imagínalo. A veces ayuda.

Emery se tensó, y cada músculo de su cuerpo se congeló al instante. No quería revivir el peor momento de su vida, no tan vívidamente. Pero sabía que ella tenía razón. Tenía razón en que era más sencillo imaginarlo. ¿Acaso sus pesadillas no eran siempre tan reales?

—Vale… pero… —se detuvo. ¿Qué podía decir realmente? *¿Detenerme si comienzo a sentir pánico, o*

*callarme si lloro como un niño?* No. Ya no era un niño y no podía mostrar semejante debilidad.

—Estaré aquí contigo. En cada paso del camino —las manos de Sophie sobre su cuerpo se endurecieron y la presión lo reconfortó. Ella estaría allí, lo sacaría del borde de la desesperación.

Dejar que sus párpados se cerraran era una de las cosas que él más temía. Pero tenía que hacerlo. Era hora de exteriorizar los recuerdos, de liberarlos para que no lo agobiaran ni un instante más. Veinticinco años habían sido suficientes.

Cogió aire y empezó.

—Pasé la tarde capturando luciérnagas. Había demasiadas ese verano…

*Luz.*

*Oscuridad.*

*Luz.*

*Oscuridad.*

*Emery Lockwood, de ocho años, enroscó las manos en el grueso tarro de cristal, con la mirada fija en la luciérnaga que zumbaba y chocaba contra los laterales del recipiente. La parte inferior del cuerpo del insecto destelló de un verde pálido y luego se oscureció. El brillo vibrante se intensificó y luego se desvaneció, volviendo a la vida antes de morir de nuevo, como un ave fénix resurgiendo de sus cenizas. Era fácil perderse en el patrón rítmico de la luciérnaga mientras la casa estaba en silencio y su habitación a oscuras. Aún se percibía el aroma de la hierba recién cortada por los jardineros. La esencia casi agria era reconfortante. El suelo de la habitación estaba lleno de trozos de hierba que había arrastrado con sus zapatos tras un exitoso día de caza de insectos.*

*Había pasado casi una hora buscando la luciérnaga más brillante. Sonrió.*

*—¡Emery! —el grito de su hermano gemelo perturbó la paz de su dormitorio.*

*Con un pesado suspiro, presionó la nariz contra el frío cristal del tarro. No tenía ninguna prisa en responder al grito de su hermano. Prefería pasar la noche viendo brillar a su bicho.*

*Un segundo grito resonó en el pasillo, acompañado por pisadas que rebotaron en el suelo de madera fuera de la habitación.*

*Y así dejó de estar solo, disfrutando de su luciérnaga en paz.*

*—¿Qué? —gritó.*

*Fenn entró en la habitación, con las manos en las caderas y las cejas doradas inclinadas sobre sus ojos color avellana, un reflejo casi exacto de Emery.*

*—Mamá dice que bajes a por tu cena antes de que lleguen los invitados.*

*Emery dejó el frasco y rodó fuera de su cama.*

*—¿Por qué no has subido la mía?*

*Las noches en que sus padres no organizaban fiestas, la familia comía en el comedor, pero cuando su madre y su padre tenían invitados, los niños podían comer en su habitación.*

*—La niñera dice que esta noche tenemos que comer en la cocina —dijo Fenn—. Dice que la última vez hicimos un desastre y no quiere volver a encontrar un camino de hormigas hasta nuestra habitación. Fuiste tú quien derramó tu Coca-Cola, no yo.*

*Emery golpeó el hombro de Fenn. Aunque era tres minutos más joven, no podía dejar que su hermano le diera órdenes. Fenn siempre pensaba que él estaba a cargo, y aunque a Emery no le importaba la mayor parte del tiempo, un puñetazo ocasional en el hombro le recordaba a su hermano que no estaba a cargo de él.*

*Fenn se dejó caer en la cama de Emery y apoyó la barbilla en las palmas de las manos. Empujó el frasco de las luciérnagas con un dedo índice, sonriendo cuando la cola del bicho se iluminó.*

*—Entonces, ¿vas a bajar o qué?*

*La sonrisa de su hermano era contagiosa. Había algo en él, y Emery no pudo evitar sonreír también.*

*Un destello de movimiento fuera de su ventana llamó la atención de Emery. Su habitación daba al frondoso ejército de robustos robles que bordeaban la propiedad. Su oscuridad protectora sólo era perturbada por un puñado de luces brillantes y titilantes mientras las luciérnagas se movían entre los árboles. Emery estaba seguro de haber visto algo aparte del perezoso resplandor de los faroles chinos que colgaban de las cuerdas y conducían a los jardines.*

*Atraído por su propia curiosidad, se inclinó hacia la ventana, colocando sus pequeñas manos contra el cristal, que aún estaba caliente por el sol de la tarde, desaparecido hacía tiempo. Sus ojos recorrieron la arboleda en busca de lo que había vislumbrado momentos antes.*

*Una forma se deslizó por detrás del borde de los árboles, las luces del césped apenas iluminaban la silueta de un hombre aterradoramente alto, vestido de negro, con largas extremidades como una araña.*

*Emery jadeó, con el corazón golpeándolo violentamente contra las costillas, como si Fenn lo hubiera dejado sin aliento con un bate de béisbol en los pulmones.*

*Su gemelo se incorporó, con los ojos repentinamente atentos, brillantes y abiertos de preocupación*

*—¿Emery?*

*Sin pronunciar una sola palabra, levantó una mano y señaló a la figura. Fenn se volvió y, en ese segundo, aquello que Emery había visto finalmente desapareció.*

*—¿Qué? —Fenn escudriñó los árboles, apoyado en el alféizar de la ventana.*

*Su piel se erizó y unos escalofríos infinitesimales treparon como hormigas hasta su cuello y bajaron por su columna vertebral.*

*—He visto algo.*

*Su hermano se frotó los brazos con las palmas de sus propias manos, como si lo acosara la misma sensación de inquietud. Siempre habían compartido sentimientos. Algunas veces creía que compartían pensamientos.*

*—¿Se lo decimos a mamá? —la voz de Fenn se quebró al susurrar la pregunta.*

*Emery se apresuró a negar con la cabeza. No quería parecer un cobarde. Su madre era muy buena para rescatarlos de algunas cosas. Podía matar a las arañas más asquerosas, e incluso se deshacía de las niñas desagradables en las fiestas de cumpleaños de Fenn y Emery cuando las pequeñas villanas vestidas con volantes se abalanzaban sobre ellos durante la degustación de pasteles. Sólo por eso, ella contaba con su eterna lealtad y la de Fenn, aunque fuera adulta y mujer.*

*Pero ella no necesitaba saber que a él le asustaban las sombras en el bosque.*

*Fenn se cruzó de brazos y su rostro adoptó una expresión severa, con los ojos entrecerrados.*

*—¿Seguro que no quieres decírselo?*

*—¿Bromeas? No pienso arruinarles la fiesta, de ninguna manera —levantó la barbilla—. Además, no me asustan las sombras.*

*—¡Tuviste miedo! ¡Lo sentí! —acusó Fenn.*

*—¡Naranjas!*

*A veces Fenn era un zopenco.*

*—¡Sí lo tuviste! —Fenn saltó de la cama y golpeó a Emery.*

*La represalia era natural. Mamá siempre decía: "Ama a tu hermano", que Emery ahora modificó en silencio por "Golpea a tu hermano", y derribó a su gemelo.*

*Cayendo, lanzando patadas, tirando de sus camisetas y riendo.*

*—¡Emery! ¡Fenn! ¡En serio! —una risa parcialmente exasperada los congeló en medio de la batalla.*

*Los gemelos giraron la cabeza hacia la puerta. Su madre estaba allí, ataviada con un vestido azul pálido y una falda que se desplegaba como los pétalos de una flor. Su pelo rubio ondulaba en largas ondas a lo largo de su espalda, como una sirena salida del libro de cuentos de hadas que la niñera les leía.*

*Una ceja pálida se arqueó, mostrando su desaprobación.*

*—Se supone que tenéis que estar cenando, chicos.*

*Aunque ella golpeaba la punta de su zapato plateado como una princesa impaciente, una sonrisa acechaba la comisura de sus labios. Los latidos del corazón de Emery se aceleraron y alteraron una y otra vez, como un pájaro con un ala rota. Su piel volvió a erizarse y un escalofrío ascendió por su espina dorsal con el sutil contacto de las patas de una araña.*

*Necesitaba tocarla, ser abrazado por ella. Apartándose de Fenn, corrió los pocos pasos que lo separaban de su madre y la abrazó. Ella le devolvió el gesto con una suave carcajada de placer.*

*Sus dedos se entrelazaron con el pelo de Emery, un simple contacto pero lleno de amor. Él la estrujó con más fuerza, desesperado por aferrarse a ella. Algún instinto salvaje le advirtió de que las cosas estaban al borde del desastre. Frotó la mejilla contra el vestido de seda de su madre antes de mirar a Fenn.*

*Fenn los observaba, con el cuerpo capturado en el marco de la ventana del dormitorio. El bosque estaba iluminado con faroles chinos mientras eran llevados por los sirvientes hacia los árboles. Las luces titilantes proyectaban resplandores multicolores sobre el lugar donde la sombra había estado. En lugar de tranquilizarse, la preocupación de Emery creció, carcomiéndole el estómago como una jauría de lobos.*

*—¿Mamá? —Fenn abrió la boca, pero Emery lo silenció con una leve sacudida de cabeza.*

*—Ahora no —articuló Emery. Aunque estuviera preocupado, no quería arruinar la fiesta de mamá. Aunque Fenn no había visto la sombra, no creía que él, como el mayor, a menudo considerara como su deber cuidar de Emery. Emery odiaba eso a veces, pero no iba a permitir que el sentido del deber de Fenn arruinara la fiesta.*

*Fenn suspiró.*

*—Ven aquí, Fenn —su madre extendió un brazo y Fenn se unió al abrazo. A los niños no debería gustarles abrazar a sus madres, pero a Emery no le importaba, no en ese momento—. Ahora, los dos, abajo. Cenad y portaos bien con la niñera.*

*Mamá los empujó por la escalera de caracol. Emery llevó corriendo a Fenn a la gran cocina, donde una mujer morena un poco mayor que su madre estaba sirviendo platos con sándwiches.*

*La niñera llevaba el pelo oscuro recogido en un moño suelto. Unos mechones plateados, como escarcha navideña, caían sobre sus mejillas. Tenía los ojos negros, con el iris tan oscuro que se confundía con las pupilas. Siempre tenía una sonrisa preparada, una que guardaba sólo para ellos.*

*La niñera deslizó las manos sobre sus pantalones y señaló los taburetes.*

*—Sentaos los dos.*

*—Nana, ¿me das una Coca-Cola? —preguntó Fenn, arrastrándose hasta el alto taburete de madera para sentarse en la enorme isla de mármol. Emery se le unió, de modo que sus codos chocaron. A punto de pelearse de nuevo, se lanzaron miradas rebeldes y cerraron simultáneamente los puños.*

*—Emery —advirtió la niñera. Había hecho chocar sus cabezas más de una vez cuando se pasaban de la raya.*

*Sus mejillas se encendieron de calor.*

*—Lo siento.*

*Fenn y él se acomodaron para comer, sorbieron sus refrescos de las botellas y observaron a los invitados pasar*

*junto a las ventanas de la cocina. La cocina de la mansión Lockwood tenía una ubicación ideal y bastante inusual en la casa. Todo un lado de la cocina tenía grandes ventanas que daban a los jardines, lo que proporcionaba a los cocineros algo que mirar cuando descansaban entre comidas. Había una puerta que daba directamente a los jardines y estaba en el lado izquierdo de la habitación, cerca de la despensa.*

*En el exterior, los acordes de la música se filtraban por el aire, mezclándose con los cantos de las cigarras y las sinfonías de los grillos. Unas risas ahogadas calentaron los oídos de Emery con la agradable melodía de la felicidad. Papá. Algo lo estaba haciendo reír.*

*Los ojos de Fenn se clavaron en las ventanas que daban a los jardines.*

*—Nana, ¿podemos salir? ¿Puh-por favor?*

*—No Fenn, cariño. Deberíais estar en la cama. Mañana tenéis clase de tenis a las ocho y media —la niñera deslizó una mano por el pelo dorado de Fenn. Él arrugó la nariz y liberó como un cachorro descontento. Emery soltó una risita al ver la expresión de su hermano.*

*Fenn entrecerró los ojos y fulminó a la niñera con la mirada.*

*—No soy cariño —utilizó el tono imperioso que su padre empleaba cuando contestaba al teléfono del trabajo en el estudio, sonando muy severo, todo profesional y sin decir disparates.*

*La niñera se limitó a sonreír. Las líneas de expresión de su boca y sus ojos se arrugaron.*

*—Muy parecido a tu padre. No me extraña que vuelvas loca a tu madre —recogió los platos y los puso en el fregadero antes de dirigirse a la despensa. Fenn la siguió, dispuesto a argumentar su caso.*

*Emery volvió a centrar su atención en las ventanas que daban a los jardines. Las mujeres bailaban en el patio de mármol, con los vestidos arremolinándose alrededor de sus*

*tobillos en colores brillantes. Hombres trajeados las sujetaban, haciéndolas girar una y otra vez, en un mundo vertiginoso de luz y vida.*

*De pronto, la puerta que daba a los jardines se abrió y el único aviso que tuvo de que algo iba mal fue el jadeo de la niñera y el grito ahogado de Fenn. Emery se volvió justo a tiempo para ver a tres hombres vestidos de negro y con máscaras entrar en la cocina por la puerta abierta. El mundo a su alrededor se detuvo en seco. Se aterrorizó al ver a la niñera rígida y asustada. Fenn, con los ojos muy abiertos, era retenido por uno de los hombres. La música de la fiesta se apagó hasta casi el silencio; los únicos sonidos eran el estruendo furioso del corazón de Emery y el roce de unas botas detrás de él. Intentó huir, pero una mano enguantada le rodeó la boca y un brazo le oprimió la garganta mientras era empujado hacia un cuerpo enorme.*

*—¡Por favor! —la niñera estaba jadeando—. Por favor, no les hagáis daño. ¡Sólo son niños!*

*El hombre que sujetaba a Emery giró en la dirección de la voz de la niñera. Emery miró a su alrededor y vio que su hermano estaba retenido por el cuello y que una mano también lo silenciaba. Un tercer hombre se acercó a la mujer, con una pistola negra en la mano.*

*Unos fríos ojos negros, como piedras ónix, se posaron en Emery. El cañón de la pistola le apuntó un instante antes de que el hombre se volviera hacia la niñera.*

*Iba a lastimarla. A Emery le subió la bilis a la garganta y se la tragó. Tenía que hacer algo, cualquier cosa.*

*Un primitivo instinto de supervivencia se apoderó de Emery. Arañó, siseó y luchó como un gato montés furioso. El brazo alrededor de su cuello se tensó. Manchas negras crecieron lentamente en su visión hasta que estuvo al borde de la oscuridad. Un dolor agudo le recorrió los brazos y las piernas, y luego se le entumecieron. A Emery no le quedaban fuerzas para luchar, y solo entonces el agarre de su cuello se aflojó. El glorioso aire volvió a sus*

*pulmones y jadeó como un pez dorado que había saltado accidentalmente de la pecera.*

*—¿Por qué hacéis esto? ¿Qué queréis? ¿Dinero? —los brazos de la niñera se alzaron en señal de rendición, pero su mirada seguía dirigiéndose a los niños, comprobando si estaban bien.*

*Emery deseó poder decirle que él también la amaba. Pero la mano que le rodeaba la boca le impedía emitir sonido alguno. Las lágrimas le escocían los ojos y parpadeó para alejarlas, con la visión borrosa.*

*El hombre armado se acercó a la niñera y, sin previo aviso, le golpeó la sien con la culata de la pistola. Cayó como una roca y la sangre salpicó el suelo de baldosas blancas junto a su cabeza. La garganta de Emery ardió cuando su grito estrangulado fue silenciado por la mano enguantada.*

*—Estúpida zorra —murmuró el hombre de la pistola—. Vamos, tenemos a los mocosos. En marcha.*

*Dirigió el cañón del arma hacia la puerta trasera. Emery fue levantado del suelo y sujetado con fuerza. Pudo ver que llevaban a su hermano de la misma manera delante de él. Estaban a medio camino de la puerta trasera cuando Fenn se soltó de algún modo y cayó de pie. Retrocedió y alcanzó el bloque de cuchillos de la encimera, sacando uno para blandirlo contra sus atacantes.*

*Fenn no dudó. Golpeó, hundiendo el cuchillo profundamente en la pierna del hombre que lo había sujetado. El hombre bramó y se abalanzó sobre él como un enfurecido oso negro que se alimentaba de carne humana. Fenn se agachó y la mano del hombre derribó las botellas de refresco del mostrador.*

*La fuerte explosión de vidrio hizo que todos se quedaran helados.*

*Todo sucedió muy rápido después de aquello. El hombre de la pistola rodeó el mostrador, cogió a Fenn por el cuello y le arrebató el cuchillo de la mano.*

*—¡Pequeño cabrón! —golpeó a Fenn, pero no lo soltó. La cabeza de su hermano se movió bruscamente hacia un lado. Una marca roja en forma de mano se formó rápidamente en su mejilla.*

*Atrapado, inmóvil, silenciado, Emery no podía gritar, no podía moverse. Era incapaz de defender a su hermano. Hasta ese momento, éste había sido el peor momento de su vida.*

*Los animados sonidos de la fiesta ofrecían un inquietante telón de fondo al horror frente a él. Sus padres e invitados estaban a poca distancia, pero todos ignoraban lo que estaba ocurriendo. Su captor salió, pasando junto al otro hombre, que volvió a levantar a Fenn.*

*Emery liberó una mano y alcanzó a su hermano.*

*Un roce de las puntas de los dedos, el reflejo de la agonía y el dolor en los ojos de su hermano, y entonces fueron separados el uno del otro y robados de su hogar.*

*Dejaron atrás su último refugio, su mundo de aventuras. A Emery se le nublaron los ojos de lágrimas mientras luchaba por mirar por última vez detrás de él. El cristal verde de las botellas brillaba bajo la luz menguante, como piedras preciosas de esmeralda salpicadas de gotas de sangre rubí.*

Las pestañas de Emery se abrieron lentamente. Tuvo la extraña sensación de haber despertado de un sueño, en lugar de haber confesado el horrible secreto que había sufrido durante los últimos veinticinco años. Su mirada buscó la de Sophie. La barbilla de la chica descansaba sobre su pecho, y grandes lágrimas del tamaño de un diamante pendían precariamente de las puntas de sus pestañas. Ella parpadeó rápidamente, se aclaró la garganta y habló. Sólo una leve vacilación delató la emoción que parecía desesperada por ocultar.

—¿Qué aspecto tenían los hombres?

—Dos de ellos tenían un aspecto normal. Hombres blancos con pelo castaño y ojos marrones. Podrían haber sido hermanos. El tercer hombre… Era enorme, o al menos así les pareció a un par de niños de ocho años. Tenía el pelo oscuro, nariz aguileña y ojos negros. Tenía acento. En esa época no pude reconocerlo, pero ahora sé que era italiano. Se llamaba Antonio. Nunca pillé su apellido, pero oí que los demás lo llamaban así cuando creían que Fenn y yo estábamos dormidos.

Emery cerró los ojos. Primero se concentró en Sophie. Se sentía bien encima de él. El aire era denso con la mezcla de su olor natural y el champú de su pelo. Pero tuvo que olvidarse de eso. Tenía que concentrarse en los recuerdos.

—¿A qué lugar te llevaron? ¿Lo sabes?

—Una de las mansiones en ruinas a unos doce kilómetros de aquí. Estaba abandonada, declarada en ruinas. Nadie nos buscaría allí, ni tendría oportunidad de vernos.

—Háblame del lugar donde te retuvieron.

Evocó el recuerdo y habló en voz alta mientras éste se manifestaba.

*Las paredes eran cáscaras vacías, la pintura descascarillada y descolorida con el más mínimo indicio de color. Los árboles crecían entre las grietas del suelo de mármol, la fuerza de la naturaleza desafiando a la estructura hecha por el hombre. Había hiedra serpenteando por la barandilla destrozada de la escalera. Gran parte de la segunda planta había sido destruida por los elementos después de tantos años. Aunque el terror le oprimía violentamente el corazón con sus garras, Emery lloraba la pérdida de la magnificencia. Era como encontrar roto uno de sus juguetes favoritos, saber que nunca podría repararse y que los juegos que tanto había disfrutado se habían acabado para siempre.*

*El fuerte olor a madera podrida y a descomposición llenó sus fosas nasales. Pero la penetrante combinación se contaminó aún más con el olor de la sangre de Fenn mientras sus captores los arrastraban hasta una puerta bajo las escaleras.*

*—¿Los metemos aquí, Antonio? —preguntó un hombre al líder moreno.*

*—Sí. Mételos — ladró Antonio.*

*Emery y Fenn tropezaron hacia la oscuridad y la puerta se cerró tras ellos, con un chasquido de la cerradura. Se movió inmediatamente para evaluar el entorno hasta toparse con Fenn, quien estaba sentado en el suelo.*

*—¿Estás herido? —susurró.*

*—Me duele un poco el brazo —Fenn levantó el brazo en la penumbra y Emery vio un rastro de sangre bajo la camisa rasgada.*

*Ambos niños permanecieron en silencio durante un largo rato. Solo había un único rayo de luz tenue deslizándose por la rendija junto a la puerta.*

*—Tengo miedo, Fenn —susurró Emery, con un escalofrío deslizándose a lo largo de su columna vertebral.*

*—Yo también.*

*—¿Crees que mamá y papá nos buscarán? —Emery quería creer que sus padres los buscarían. Rezaba para que no pensaran que él y Fenn habían huido. Si nana estaba viva, podría contarles lo que había pasado. Si estaba viva…*

*—Buscarán. Sé que lo harán —dijo Fenn con calma, pero Emery podía sentir a su hermano temblando a su lado.*

Emery se obligó a abrir los ojos. El techo de la biblioteca estaba inundado de una representación artística del monte Olimpo y los dioses y diosas. Contrastaba demasiado con la oscuridad confinada en la que él y Fenn habían vivido durante su cautiverio.

Qué curioso. Rara vez había mirado este mural a lo largo de los años. Sólo ahora, tumbado aquí con Sophie, notó los cielos pintados.

—Debiste haber estado muy asustado —Sophie movió la cabeza, chocando con su barbilla. Sus brazos le rodearon el pecho con más fuerza.

¿Asustado? Había estado petrificado. Muerto de miedo. Gracias a ese maldito armario perdía los nervios ante la idea de estar en un espacio cerrado, no podía dormir en ninguna habitación con puertas cerradas donde no hubiera interruptores de luz al alcance de su cama.

—Nos tuvieron en el armario las dos primeras semanas.

Sophie jadeó y levantó la cabeza.

—¿Nunca os dejaron salir en todo ese tiempo?

—Sí. Por separado. Sólo para ir al baño y lavarnos con agua fría de un balde. Sólo teníamos unos minutos.

*El agua helada, la esponja gruesa y fría arañando su piel. La penetrante luz del sol tan aguda y dolorosa después de horas en la oscuridad.*

—Lo peor sucedía de noche —se le erizó la piel de sólo recordarlo.

—¿Qué sucedía? —Sophie tenía los ojos muy abiertos, llenos de tristeza y preocupación. Las emociones se arremolinaban como nubes azules sobre la plata de sus ojos.

—Llegaban los bichos y las ratas. Las cucarachas se metían bajo nuestra ropa, las ratas se arrastraban sobre nosotros mientras intentábamos conciliar el sueño.

*Unas garras diminutas se deslizaron por su brazo descubierto, el chillido de una rata lo sobresaltó y el doloroso pellizco de unos dientes diminutos se hundió en su antebrazo.*

*Un grito le desgarró la garganta. Fenn lo sujetó del brazo, callándolo.*

*—Tranquilo, Emery —murmuró—. ¿Te ha mordido?*

*—Ajá —respondió Emery con un gemido parcial.*

*—Todo irá bien. Los vigilaré. Vuelve a dormir.*

*Aunque estaba demasiado oscuro para ver a su hermano, encontró la mano de Fenn y la estrechó entre las*

*suyas; el contacto fue un simple y vital consuelo. Estaban juntos.*

—Fui mordido. Muchas veces. Después… después de llegar a casa, me llevaron al hospital. Los médicos estaban preocupados por las infecciones, y recuerdo que me pusieron varias inyecciones.

Se estremeció al recordar la forma en que la enfermera del hospital le había clavado repetidamente las agujas en la piel sin previo aviso. Había llorado. Por su madre, por su padre, por Fenn. No había podido parar. Y cuando por fin se le habían acabado las lágrimas y sólo podía respirar entrecortadamente, se había visto obligado a pasar toda la noche en la habitación esterilizada del hospital. Su madre se había acurrucado a su alrededor en la cama del hospital, abrazándolo, mientras su padre dormía a su lado en una silla. Aunque había estado a salvo, esa primera noche no había dormido. Sólo cuando llegó el amanecer, iluminando la habitación con su resplandor, cayó en el sueño y permaneció casi dos días sin despertarse.

—No te alejes de mí —Sophie le cogió la cara con las manos y apoyó los codos en la parte superior de su pecho —. Sigue hablando, pero no dejes que los recuerdos te arrastren al pasado.

Su petición parecía muy fácil, pero era imposible. Ya no podía detener esto.

—Hemos desencadenado, Sophie. He pasado años intentando enterrar estos recuerdos. Tú los querías; ahora los tienes —no pretendía ser brusco con ella, pero su respuesta salió cortante.

Su estremecimiento provocó dolor de arrepentimiento en el pecho de Emery. Decidido a disculparse, le rodeó las muñecas con las manos por debajo de las esposas y le acarició con los pulgares la delicada piel interna de los brazos, donde él podía sentir su pulso acelerado.

—Lo siento. No es fácil revivir esto. De niño me convencí de que era sólo un cuento, que todo lo que pasó no era

realmente para *mí.* Pero contártelo… hace que vuelva a mi interior. *No puedo* permanecer distante.

Las pestañas de Sophie descendieron, cayendo sobre sus mejillas mientras cerraba los ojos. Suspiró.

—Sé cómo te sientes.

Él se rio amargamente.

—No lo sabes. La gente siempre cree que lo entiende. Pero no lo hace.

Las pestañas de Sophie se encendieron, revelando unos agresivos ojos grises.

—En realidad, yo sí.

—¿Qué? —él estrujó con más fuerza sus muñecas.

—¿Supongo que no has leído el archivo que Cody te dio?

Emery parpadeó.

—No. Todavía no. ¿Por qué?

—Bueno, deberías. Es un archivo apasionante —Sophie tiró de sus muñecas y se apartó. En cuanto sus pies tocaron el suelo, se alejó de él.

El instinto de perseguirla era fuerte, pero su desconfianza se interpuso, manteniéndolo en el sillón. Se sentó y apoyó los codos en las rodillas mientras la observaba.

Sophie recorrió la biblioteca con la mirada.

—Este lugar es precioso. Todas las habitaciones parecen sacadas de un cuento de hadas —se detuvo ante una estantería junto a una pared, donde había un marco dorado. Dentro había una foto de Emery, Fenn y Brant. Brant estaba de pie en el centro, con los brazos alrededor de sus cuellos en un falso estrangulamiento. A los dieciocho años, había sido mayor y más fuerte, y siempre había mangoneado a sus primos más jóvenes.

Afortunadamente, Brant había superado su fase de hacer alguna llave de cabeza. Por supuesto, ahora se dedicaba a crear callejones sin salida con la junta de la empresa. Si no era una cosa, era otra. Maldita sea. Hoy había sido una cadena de desastres entre la reunión con

Brant, el incendio en los establos y el hallazgo del zapato de Fenn. Un momento de paz con esta mujer única y fascinante. Eso era todo lo que quería.

Se concentró en Sophie, siguiendo cada uno de sus movimientos. Sus pechos rebotaron ligeramente cuando dejó el marco y retrocedió unos pasos. El anhelo que sentía por la chica, por el placer que ella podía darles a ambos, tensó su cuerpo.

—Sophie, ven aquí —ordenó.

Ella lo miró con recelo y se acercó. Él separó las piernas y le indicó que se metiera entre ellas. Sophie se acercó, complaciéndole, aunque era reacia.

—A horcajadas —le exigió.

La rebelión se enfrentó al deseo en su rostro, pero éste venció y ella obedeció. Apoyó las manos en sus hombros para mantener el equilibrio mientras bajaba su cuerpo. Sophie separó las rodillas y sus piernas se deslizaron hasta rodear sus caderas. La acción la acercó a él y sus pelvis chocaron. Emery no pasó por alto el destello de sus ojos cuando ella comprendió realmente la posición en la que se encontraba. Él le cogió las nalgas y las estrujó mientras ella se balanceaba hacia adelante con un pequeño jadeo.

—Dime qué te ha sucedido. ¿Qué hay en tu archivo que yo deba saber? —Emery se inclinó hacia adelante y, cuando Sophie intentó apartarse, él colocó una mano en sus omóplatos, manteniéndola en su sitio. Estaba a la altura perfecta para que él le mordisqueara la garganta. Sacó la lengua, saboreando el ligero toque salado de su piel, aunque también le supo a hollín. Ella necesitaba ducharse antes de cenar esta noche. Pero él necesitaba respuestas justo ahora.

—Háblame —besó su cuello hasta llegar a su boca. El cuerpo de Sophie se estremeció ligeramente, como si estuviera a punto de derrumbarse.

—Lee el expediente —ella probablemente pretendía que su tono fuera impertinente, pero Emery eligió ese momento

para golpearle el trasero, así que sus palabras salieron en una ráfaga de respiraciones rápidas.

—Estamos compartiendo, ¿recuerdas? Yo te digo algo, tú me dices algo.

Sophie arrugó la nariz y lo fulminó con la mirada.

—No estoy preparada para hablar.

Cuando ella intentó distraerlo cogiéndolo por la cara y plantándole un beso en los labios, Emery casi se echó a reír. Su intento de dominarlo era lindo. Pero él era el que dominaba. Claramente, ella necesitaba un recordatorio.

Emery le sujetó las muñecas y se las ató a la espalda, inmovilizándolas allí, y utilizó la otra mano para cogerle el cuello y tirar de su cara hacia la suya. Sophie se retorció, lo que solo hizo que él se sintiera más inquieto y deseoso de ella.

—Deja de retorcerte o te reclamaré en el suelo. Con el humor que tengo, te espera una tremenda follada, y créeme, no te gustaría sufrir rozaduras de alfombra —le advirtió con un gruñido grave.

Ella tiró de sus muñecas, pero él no cedió.

—Creo que dices esas cosas sólo para asustarme.

¿Sophie no le creía? Error de ella.

Aferrándose a ella, la levantó mientras se ponía de pie y luego se dejó caer de rodillas sobre la gruesa alfombra junto al sofá, inmovilizándola eficazmente contra el suelo. Estaba completamente aprisionada y no podía moverse, excepto la cabeza.

—¿Aún crees que estoy bromeando?

Sophie tuvo la sensatez de mostrar una expresión de duda antes de responder.

—Vale, está claro que jugar al strip poker contigo a corto plazo está descartado, porque no puedo leerte en absoluto.

—¿Strip poker? Es una idea excelente para más adelante. Soy malditamente bueno con las cartas —no pudo resistirse a mirarla lascivamente, y ella se rio.

—Dios mío, acabarás matándome —ella soltó un suspiro exasperado e intentó separar su cuerpo del suyo.

—Hmmm —Emery soltó una risita, disfrutando de la lucha poco entusiasta de Sophie—. Estaré ocupado durante la cena de esta noche, pensando en todas las formas de desnudarte. Ya sea con cartas… o de otra manera.

—¿Pensarás en sexo allí mismo con tus padres? —el asombro en sus ojos y la deliciosa forma en que separó los labios hicieron que su erección se endureciera hasta alcanzar proporciones dolorosas. Viendo su oportunidad de alivio, Emery bajó la cabeza y la besó. Con la boca abierta y con fuerza, su lengua conquistó la de ella. Ahogó sus pequeños sonidos de placer. Era imposible apartar las manos de Sophie. Faltaban unas horas para la cena y ya se arrepentía de haber llamado a sus padres. Podría haber esperado hasta mañana para verlos.

*Tengo que tener a esta mujer, ahora.* Emery le había sujetado el cuello de la camiseta, dispuesto a rasgarla por la mitad para llegar al festín de sus pechos y su vientre, cuando una voz los interrumpió.

—¿Ves, Hans? Como he dicho, no se cansan de follar. Será mejor que cojas una manguera y los rocíes —Cody soltó una risita desde la puerta de la biblioteca. Hans, en lugar de parecer divertido, fruncía el ceño con evidente desaprobación.

—Suéltame —siseó Sophie, con el rostro lleno de vergüenza mientras le empujaba los hombros.

Emery la mantuvo inmovilizada un momento más, empujando sus caderas hacia abajo, recordándole que tenía toda la intención de reclamarla más tarde. Se inclinó y le asestó un beso tan fuerte que ella parpadeó, aturdida. Luego se puso en pie y la ayudó a levantarse, disfrutando de la forma en que Sophie se tambaleaba y se colocaba a su lado.

—¿Por qué no te aseas? —Emery palmeó su trasero y la empujó hacia la puerta. Cuando salió, Sophie miró a Hans a

los ojos, y Emery hizo un gesto con la cabeza para indicar al guardaespaldas que la siguiera. Hans le devolvió la señal con un asentimiento y la siguió.

Cody apoyó la cadera en la silla más cercana, luciendo demasiado engreído por haber interrumpido la seducción de Emery.

—Cody, tráeme su expediente. Es hora de leer sobre mi invitada.

—De acuerdo, jefe.

# Capítulo Once

En los tres meses transcurridos desde la desaparición de los gemelo Emery y Fenn Lockwood, de ocho años de edad, no se ha recibido ninguna llamada pidiendo descanso. No hay rastro de los niños desde la noche de la fiesta de sus padres.

—*New York Times*, 12 de septiembre de 1990

Otra ducha. Sophie se había dado una hacía sólo unas horas, pero habían pasado muchas cosas desde entonces. Su aspecto era desastroso. El hollín le ennegrecía la nariz, la frente y el cuello, y tenía los ojos enrojecidos por el humo. Aún llevaba puesta la ropa de ejercicio que había usado esa mañana. Le asombraba que Emery hubiera querido tocarla, por no hablar de besarla. El hombre era impredecible.

Y sexy. Ardiente y peligroso. Lo deseaba con todas sus fuerzas, tanto que temblaba como un adicto durante el síndrome de abstinencia, cuando él no estaba cerca.

Si Cody y Hans no hubieran entrado… podrían haber bailado el tango de manera horizontal sobre la alfombra de la biblioteca.

Maldito Cody. Por otra parte, ¿realmente quería que su primera vez con Emery fuera en el suelo, llena de sudor y

cenizas?

*No.*

Sophie se duchó rápidamente e hizo todo lo posible para peinarse. Naturalmente, sus mechones no quisieron cooperar. Tenía que ser una verdad universal: el pelo de una mujer nunca cooperaba cuando estaba a punto de conocer a los padres del hombre con el que salía. Bueno, técnicamente no tenía ninguna *relación* con Emery. ¿Cómo se suponía que ella iba a definir su relación?

Imaginó la cara de horror de sus padres si les decía:

—Hola, soy Sophie, estoy dejando que vuestro hijo me seduzca y a cambio me está contando los peores momentos de su vida.

Sí, mala idea. Tal vez debería dejar las explicaciones a Emery.

Cuando salió del cuarto de baño, se sorprendió al encontrar un vestido azul noche sobre la cama, junto con un par de zapatos rojos sin tacón y con hebillas plateadas en los dedos. Cogió el vestido y no pudo evitar admirarlo. El corte era acampanado y la falda se ensanchaba como un vestido de Grace Kelly, sólo que no llevaba una áspera crinolina debajo. En su lugar, tenía una enagua de seda de varias capas. El corpiño parecía entallado y la cintura quedaría ceñida. Sophie comprobó la etiqueta y se sonrojó al darse cuenta de que era su talla. ¿Quién había comprado la ropa? Y lo que era más importante, ¿cómo habían sabido su talla? Fue entonces cuando notó la pequeña nota metida dentro de uno de los zapatos.

La sacó y la leyó en silencio.

Sophie,

Los zapatos y el vestido son mi regalo para ti esta noche. Póntelos y no uses nada más. Eso me complacerá. Desobedece y te enfrentarás a un castigo. He sido permisivo en dejar que asumas el control. Esta noche remediaré eso.

~Amo Emery

*Amo Emery*. Sonaba muy oscuro y pecaminoso. Hico que recordara el primer encuentro con él en el club. Dominante, sensual, poderoso. Miró la nota pensativamente. ¿Así que él no quería que llevara nada debajo del vestido?

Una sonrisa curvó sus labios y contuvo una risita embobada. Echó un vistazo a la habitación vacía, dejó caer la toalla y se puso el conservador sujetador negro y las bragas que había sacado de su maleta. Así que él pensaba darle órdenes. Bueno, se le ocurrió otra cosa. Se pondría ropa interior bajo el vestido. ¿Y si la descubría y la castigaba? Bueno, a Sophie le habían gustado los azotes y no le importaría en absoluto que repitieran esa breve actividad.

Se puso el vestido y se sintió aliviada al comprobar que el material se estiraba un poco, lo que le permitió subir la cremallera ella misma. Una vez hecho esto, se miró en el espejo de cuerpo entero y se sorprendió al ver que se veía bien. Realmente bien. Las esposas doradas de Emery brillaban contra su piel. Las tocó, admirando el modo en que la luz de la ventana reflejaba los brazaletes y los hacía brillar como una promesa. Él le había colocado una señal de su posesión. Por alguna loca razón, se sintió feliz. Otra sonrisa inesperada se dibujó en ella.

Quería encontrar a Emery y darle las gracias por el vestido. Nunca nadie la había mimado ni tratado así. La hizo sentirse femenina, esperanzada. Como una mujer de su edad debería sentirse. Pero no se había sentido así de joven y feliz... bueno, nunca. A veces le preocupaba haber pasado tanto tiempo de su vida intentando arreglar los errores del pasado como para no haberse dado nunca la oportunidad de tener una vida, de ser ella misma sin ninguna carga que la agobiara. Incapaz de resistirse a

ceder a una pequeña tentación, giró lentamente, viendo cómo su falda se convertía en una nube azul alrededor de sus rodillas.

Con un suspiro de placer, salió del dormitorio y se paseó por el pasillo. En lugar de volver a la cocina o al centro de mando de Cody, siguió una nueva ruta, eligiendo un pasillo al azar. Alguna fuerza en su interior tiraba de ella en esa dirección como una cuerda invisible, acercándola a algo importante. Cuanto más caminaba, más polvorientos estaban los cuadros y las mesas auxiliares. Pequeñas telarañas colgaban de los altos apliques de pared que bordeaban el pasillo. ¿Por qué las criadas no habían limpiado esta parte de la casa? Parecía abandonada.

Se detuvo ante una puerta, la única del largo pasillo que no estaba cerrada. La fuerza que susurraba sedosamente en su mente le rogó que mirara dentro. Apoyó una palma en la puerta y empujó, y entonces crujió sobre sus goznes al abrirse, revelando lo que había en el interior.

El corazón se le disparó a la garganta y la sangre se le heló.

Emery estaba de pie a pocos metros, entre dos camas gemelas. Una estaba vacía y la otra estaba llena de juguetes y chucherías, como pequeñas canicas y tarjetas de béisbol. Sophie contuvo la respiración cuando Emery se colocó sobre una rodilla y depositó la única zapatilla de deportes a los pies de la cama cubierta de juguetes.

*Es un lugar sagrado.* Para el hermano fallecido.

Sin mirarla, habló.

—Una parte de mí siempre esperó que él volviera. Mantuve nuestra habitación igual, pero… —bajó la cabeza y apoyó la frente en las palmas de las manos—. Nunca va a volver. Soy un maldito tonto por esperar otra cosa. Él está muerto.

Sophie estaba demasiado alterada para respirar o emitir algún sonido. Estaba dolido, un tipo de dolor con el que ella

estaba íntimamente familiarizada, y le rompía el corazón verlo así.

Finalmente se puso en pie y la miró. Los ojos de Emery estaban marcados por ojeras, haciendo que sus facciones parecieran demacradas y atormentadas.

—¿No quieres saber cómo sé que está muerto? —su voz era como una fina cuchilla.

—¿Cómo? —soltó ella con un suspiro áspero.

—Porque lo dejé morir. Fenn distrajo a nuestros captores mientras yo escapaba. Yo estaba fuera de la casa cuando sonó el disparo. Yo fui el *cobarde* que huyó y lo abandonó con esos monstruos —la extrema agonía en los ojos de Emery le destrozó el alma, pero él siguió hablando, incluso cuando ella ya no quería oír más. Las manos de Emery estaban cerradas en puños y sus nudillos lucían blancos—. Ya sabes lo que dicen de los gemelos. Hay una conexión. Cuando el arma disparó, lo sentí. Como si me hubiera atravesado el cráneo. El dolor era tan fuerte que tropecé y me golpeé la barbilla contra una roca —él deslizó un dedo por la pequeña cicatriz de la barbilla, que coincidía con una herida que Sophie había visto en una fotografía suya cuando lo encontraron.

Sophie empezó a avanzar, pero Emery le dio la espalda.

—Todo se volvió oscuro. La pequeña voz en mi cabeza, la luz vibrante de mi hermano. Todo se volvió oscuro.

Al oír sus palabras, su propia alma pareció hundirse bajo la superficie de un mar profundo y frío. Sería muy fácil sucumbir a su propio dolor, permitir que el de Emery se uniera al suyo y que los ahogara a ambos en una marea de miseria.

Él se pasó las manos por el pelo antes de apoyar las palmas en el alféizar de la ventana. Bajó la cabeza.

—A veces tengo estos destellos, estos fragmentos instantáneos de otra persona, de una vida muy diferente a la mía. Se parece a él, pero no puede ser posible. Él se ha

ido. Si no, habría vuelto a casa. Siento que me estoy volviendo loco. El mundo me está destrozando por dentro.

Sophie sabía exactamente a qué se refería. Había momentos en los que se sentía como un viejo tapiz con los bordes deshilachados y rotos. Todo lo que hacía falta para deshacerla era tirar del hilo adecuado.

Inhaló lentamente y se acercó a Emery. Cuando le tocó el hombro, él se estremeció, pero no se apartó.

—¿Por eso te has aislado?

—Es un castigo apropiado. Hui, lo abandoné para que muriera. Ahora espero a un niño que nunca volverá a casa, un hermano que nunca crecerá.

Sophie le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la mejilla en la parte trasera de su hombro. Temblaba, pero ya no estaba solo y ella tampoco.

—Me has preguntado qué sucedió, qué me llevó a entenderte. Mi mejor amiga Rachel fue secuestrada. Sólo teníamos siete años. Un hombre la robó del parque infantil. Yo fui la única que lo vio. Nunca fue capturado. El cuerpo de Rachel nunca fue encontrado. Y no pude darles ninguna información; ni matrícula, ni detalles, para su captura. Le *fallé* a ella, a mi mejor amiga.

Emery se quedó completamente inmóvil. Giró en la jaula flexible de los brazos de Sophie, envolviendo su cuerpo alrededor del de ella, estrechándola contra él como si fuera un tesoro.

—¿Qué podrías haber hecho? Eras prácticamente una cría —le murmuró al oído. Sus labios rozaron su piel sensible y su cálido aliento la reconfortó mientras le acariciaba el pelo.

—Tú también lo eras —Sophie le acarició el pecho, sintiendo cómo el fino tejido de su camisa se deslizaba bajo sus manos—. Aunque esa sea la verdad, no alivia nuestra culpa.

Emery le inclinó la barbilla hacia atrás para mirarla con toda seriedad.

—¿Por eso has venido? ¿Esperabas que yo tuviera alguna respuesta secreta, alguna forma de sobrellevar esto? —él se rio suavemente, lleno de tristeza—. Sophie, me he encerrado en este lugar. No tengo más respuestas que tú.

Él tenía razón. Ella no había estado dispuesta a aceptar esa trágica verdad hasta ahora. De pronto, una idea la asaltó.

—¿Por qué nunca le contaste a nadie lo que pasó? ¿Por qué no llevaste a la policía a la mansión donde fuiste retenido?

—El hombre a cargo, Antonio, dijo que mataría a mi madre y a mi padre si alguna vez decíamos una palabra de lo sucedido. Por supuesto, nos lo dijo mientras seguía fingiendo pedir un rescate por nosotros. Pensé que si me quedaba callado, me dejaría en paz y no haría daño a mis padres.

—Espera. Acabas de decir 'fingiendo'. ¿Realmente no pretendía pedirte rescate por vosotros? —si eso era cierto, su investigación sobre el caso había ido en la dirección correcta. La verdadera intención podría haber sido asesinar a los niños. Un propósito así a menudo estaba relacionado con un crimen hecho por alguien de dentro.

Emery negó con la cabeza.

—Después de las tres primeras semanas, Fenn y yo lo oímos hablando con los otros dos hombres. Estaban haciendo planes para deshacerse de nosotros, pero tenían que esperar la señal de quienquiera que estuviera al mando. Al parecer, el rescate era una treta. Alguien debió haberlo contratado; de lo contrario, no tiene sentido que él esperara tanto para acabar con nosotros. Y ahora está volviendo a ocurrir.

Sophie entrecerró los ojos, mirando por encima del hombro de Emery hacia la ventana mientras se preguntaba sobre este nuevo desarrollo. Tal y como ella sospechaba.

Asesinato planeado, cuidadosamente planeado, de los gemelos Lockwood.

—Tal vez quienquiera que lo contrató estaba esperando que algo sucediera y vuestro asesinato tuvo que ser pospuesto. Él podría haber temido quedar expuesto si Antonio tenía que volver a atacarte una vez que estuvieras a salvo en casa —eso tenía sentido. Un tercero podría haber contratado a Antonio y a los otros para secuestrar a los gemelos, matarlos y hacer que todo pareciera un rescate fallido. Pero una vez contratado Hans, el trabajo de Antonio habría sido más difícil, y probablemente le habían aconsejado que esperara hasta que Hans y Emery bajaran la guardia. Aunque tardaran veinticinco años.

—Antonio nunca habló de nadie más. Era un cabrón cruel pasaba la mayor parte del día buscando formas de torturarnos a Fenn y a mí.

—Emery, ¿quién podría beneficiarse de tu muerte? —era un riesgo preguntarle algo tan delicado, pero Sophie podía sentir que las piezas del rompecabezas estaban muy cerca de encajar. Se sentía como si estuviera en una pesada nube, y aunque podía sentir las formas, una densa niebla las envolvía, ocultándolas de la vista, haciéndolas parecer diferentes de la verdad.

—Nada. No tengo enemigos. Ni siquiera mis competidores comerciales me odian lo suficiente como para intentar matarme. Mis padres están jubilados, mi tío muerto. Brant tiene el cincuenta por ciento de la propiedad de Industrias Lockwood.

Al oír hablar de Brant, a Sophie se le erizó el vello de la nuca. Algo en su interior le advertía que no se podía confiar en él.

—¿A través de su padre?

—No, el tío Rand no le dejó nada en su testamento. Vendió todo lo que tenía de regreso a mi padre. Brant tuvo que comprar su regreso a la empresa. Cuando sustituí a mi padre, le permití entrar por muy poco dinero.

—Fue muy amable por tu parte —murmuró Sophie.

Él se encogió de hombros.

—Le ofrecí la empresa, la completa posesión de ésta hace cinco años. No aceptó. Dijo que le gustaba su puesto en la junta y que no quería que yo dejara de ser presidente. Brant no es perfecto, pero no es un asesino —Emery le cogió la nuca y la mantuvo quieta mientras inclinaba la cabeza hacia ella, robándole un suave y rápido beso.

Sophie se puso de puntillas para devolverle el beso, dejando de lado todas sus preocupaciones por el momento. Cogiéndole el rostro, le acarició las mejillas y le lamió los labios, rogándole que abriera la boca para ella. Emery enroscó los dedos en su cintura y la levantó contra su cuerpo. Con un jadeo, Sophie se aferró a sus hombros antes de sonreírle y reclamar de nuevo su boca. Años de heridas internas; sufrimientos solitarios, dolor y tristeza, todas las cosas que la habían agobiado y perforado el alma desde que tenía siete años, dejaron de importar.

La sensación de la boca de Emery sobre la suya, sus brazos alrededor de su cuerpo sosteniéndola de forma protectora, la inundaron de fuerza y esperanza. Mientras él la abrazara, la besara, la quisiera, ella podría hacer cualquier cosa. No podía pensar en el final de este beso. Que algún día tendría que volver a su propia vida. Dejarlo le partiría el alma en dos, y tendría que usar toda su fuerza de voluntad para seguir viva. Por ahora… tenía este momento.

Hermoso y agridulce.

~

El mundo de Emery se redujo a una sola acción. Un beso. ¿Quién era esta mujer que le arrebató el corazón del pecho? Era un hombre dominante y debería estar al mando. Sin embargo, ella lo despojó de años de armadura. Una vez

más estaba al descubierto ante ella, contándole todos sus secretos, sus remordimientos, sus fracasos. Y su querida y dulce Sophie le había contado su propio secreto.

Rachel.

Su confesión lo obligó a admitir una verdad desalentadora.

*Nos culpamos del pasado.* Cuando amabas a alguien te comprometías en los peores momentos, en las horas más oscuras. Algunas batallas eran evidentes. Los soldados iban a la guerra en los campos de batalla, dando la vida por sus amigos. Había otras luchas en las que la gente era igual de valiente, aunque más callada en su sufrimiento. Madres que sostenían en brazos a niños enfermos en salas de oncología, padres que contemplaban la cama vacía donde debería estar su hijo, o una niña en el parque infantil viendo la huida de una furgoneta gris que dejaba tras de sí sólo una nube negra de contaminación, mientras le robaban a su amiga.

Al final, todo era igual. Algunas vidas se apagaron demasiado pronto, pero muchas de esas vidas habían estado llenas de amor, rodeadas de quienes se quedaron y lucharon por apoyarlas hasta el amargo final. Esos supervivientes eran los que se enfrentaban a las batallas más duras. Tenían que seguir adelante sin sus seres queridos y convivir con el dolor de la pérdida.

La vergüenza lo quemaba por dentro como un fuego abrasador. Se había escondido de la gente que se preocupaba por él. Sus padres no habían podido atravesar sus barreras cuidadosamente construidas. Los había mantenido al margen. Y podría haber seguido haciéndolo hasta la muerte, de no haber sido por Sophie. Ella lo había arrastrado hacia la luz, mientras él gritaba y pateaba, y Emery no podía volver atrás. No quería hacerlo.

Sophie se liberó de su boca y enterró la cara en su cuello. Una fría humedad empapó su camisa donde ella había estado acurrada contra él.

Lágrimas. Sophie estaba llorando por él. Otro muro se derrumbó en su corazón. A Emery le ardían los ojos y parpadeó rápidamente. Su empatía por él, su propio sufrimiento, le decían que no se parecía en nada a la periodista despiadada que él había querido que fuese. Ella era mucho más. Sophie Ryder era puro corazón, y ahora mismo su corazón sangraba por él. Él no era digno de sus lágrimas, y aun así lo llenaron de una sensación de veneración curativa.

—Calla —Emery le frotó la espalda con movimientos lentos y suaves—. No llores, por favor, Sophie —la sostuvo con más fuerza mientras ella respiraba entrecortadamente.

—Estoy bien —insistió, sorbiendo una o dos veces. Le empujó el pecho como si estuviera decidida a separarse de él.

Con pesada reticencia, Emery la dejó marchar, sintiendo como si toda su existencia se hiciera pedazos ante la distancia que ella puso entre ellos.

Sophie dio un paso atrás, secándose los ojos con los dedos, alejando las lágrimas.

—Siento haber perdido el control —parecía que deseaba decir algo más, pero él la miró con severidad.

—No te disculpes por mostrarme tu corazón. Nunca te disculpes por eso —le cogió los hombros con las palmas de las manos y le besó la frente—. Ven, tengo que coger algo de mi habitación. Mis padres no tardarán en llegar —la sacó de la habitación y la regresó al pasillo.

Los ojos de Sophie se abrieron de par en par. Se detuvieron ante la puerta de su habitación y él le hizo un gesto con la mano para que entrara.

La comprensión inundó sus sentidos. Su débil temblor y el brillo de sus ojos plateados denotaban miedo.

—¿No me digas que les tienes miedo?

—Bueno… sí. Son tus padres. Yo… ¿Qué pensarán exactamente de mí?

—Que eres encantadora, inteligente y completamente mía —*eso es todo lo que me importa*—. ¿Te he dicho lo preciosa que estás? —él le echó el pelo hacia atrás por encima del hombro, deleitándose con su sedosidad.

—No, no me lo has dicho —ella se cruzó de brazos y lo miró expectante.

—Estás preciosa. Debo admitir que elegí bien tu vestido.

Sophie abrió los labios en un jadeo.

—¿Lo has elegido tú? ¿Cómo?

—Le pedí a Hans que me llevara a la ciudad mientras te aseabas. Allí hay una pequeña boutique. La dueña es una amiga cercana. ¿Te gusta lo que he elegido? —incapaz de resistirse, Emery cerró las manos en puños sobre las faldas azul oscuro, amando la forma en que la tenía cautiva. Antes, en la tienda, había visto muchos vestidos diferentes, pero éste le había parecido perfecto para Sophie.

El corte tradicional, pero el vivo vuelo y la forma acampanada de las faldas le proporcionaban comodidad y movilidad y, por primera vez, Emery encontró atractivas esas dos cualidades.

Las mujeres con las que había estado preferían ropa ajustada y restrictiva. Aunque por fuera parecían más sexys, a él le había resultado muy difícil quitarles la ropa. Con Sophie, podía meter las manos bajo sus faldas y encontrar su centro con facilidad, y era sencillo coger lo que deseaba, darle lo que ella necesitaba. Mientras su amiga Madeline le había empacado el vestido, sólo pudo pensar en cómo, durante la cena, podría deslizar su mano por el interior de su muslo y acariciarla hasta alcanzar una lenta y ardiente pasión, todo ello sin que los demás sospecharan nada. Y Sophie tendría que controlarse, o revelar lo que su toque le estaba causando. Sería un juego maravillosamente perverso.

—Claro que me gusta. Supongo que esperaba que, si elegías algo, me harías llevar un vestido negro ceñido.

Él enarcó una ceja, sorprendido de que ella hubiera supuesto algo tan erróneo.

—Quiero tener fácil acceso a ti y que te sientas cómoda. Una mujer tiene orgasmos más fuertes si está cómoda. Los vestidos ceñidos no me interesan.

Su rubor se lo dijo todo, y fue demasiado para resistirse. Emery le cogió las muñecas por las esposas y sacó del bolsillo una fina cadena, uniéndolas. Con un jadeo aterrorizado, Sophie luchó por liberarse, pero él le levantó los brazos por encima de la cabeza y colgó la pequeña cadena que unía las esposas al pequeño gancho de latón que sobresalía discretamente de la madera del poste izquierdo de la cama.

—¡Oye! Libérame, Emery. En serio —se esforzó por ponerse de puntillas para tirar de la cadena. Fue inútil. Justo como él quería, Sophie a su merced.

Emery dio un paso atrás y se cruzó de brazos, estudiándola con expresión satisfecha.

—Hermosa y tentadora —él caminó medio círculo a su alrededor, con sus ojos recorriéndola apreciativamente. El cuerpo de Sophie respondió con una oleada de calor desde la cabeza hasta los pies. Finalmente, volvió hacia ella y le cogió la mejilla, con el pulgar trazando patrones sobre sus labios, mientras la otra mano se posaba en la parte posterior de su muslo. Se desplazó hacia arriba y el erótico y juguetón movimiento hizo que el centro de Sophie palpitara. Su mano se congeló cuando se encontró con la seda de sus bragas. Las cejas de Emery se fruncieron con disgusto.

—Te dije específicamente que te pusieras el vestido y nada más. ¿Entendiste mal las instrucciones o te rebelaste

a propósito? —la oscura mirada carnal con la que la cubrió hizo que sus muslos se estrujaran con fuerza.

—Eh… ¿Lo he entendido mal? —respondió ella en un susurro ahogado.

La mano que le sujetaba la mejilla se movió para enredarse en su pelo y tirar de su cabeza hacia atrás.

—Vuelve a intentarlo.

Sophie se lamió los labios, observando cómo los ojos de Emery seguían el movimiento con fascinación.

—Me he rebelado.

La fuerza con la que le sujetaba el pelo cedió un poco, pero la respiración de Emery se aceleró. De pronto, hundió los dedos de la otra mano en la seda de sus bragas y rasgó la tela. La pequeña prenda cayó al suelo, a la altura de sus tobillos. Ahora estaba desnuda, completamente abierta. Se sintió más vulnerable que nunca ante él, como si la ropa interior destrozada le hubiera servido de defensa contra sus manos traviesas.

Emery moldeó la curva de su trasero, estrujando la redonda carne una vez antes de hundir los dedos más abajo, hasta los pliegues de su sexo. Los rozó, los separó y hundió un dedo en su interior. Sophie se arqueó y el placer recorrió sus extremidades como un rayo de electricidad. Él movió el dedo, luego lo introdujo más profundamente, repitiendo estas dos acciones mientras acercaba los labios a su cuello. Empezó con besos suaves, descendió hasta su clavícula y volvió a subir hasta su oreja, mezclando lamidas y mordiscos mientras le exigía atención con la boca y la mano.

El poder de su dominio sobre ella era como un hechizo. Utilizaba su cuerpo, tocándolo como las cuerdas de un arpa, hasta que ella se estremecía y ansiaba cantar para él en una melodía de placer y necesidad. Sophie tiró con fuerza de sus muñecas atadas, intentando liberarse para poder tocarlo, sentir sus músculos flexionados bajo su cuerpo. Una punzada de dolor rodeó sus muñecas, pero se

desvaneció ante los hábiles besos de Emery. El torrente del clímax que se avecinaba creció como una tormenta en lo alto de las nubes y Sophie respiró hondo, cerrando los ojos mientras esperaba la explosión de pasión.

En un instante, Emery le robó el orgasmo que había estado muy cerca. Apartó la mano de entre sus piernas y la soltó del pelo. Cuando retrocedió, Sophie vio el brillo victorioso en sus ojos. Él se llevó la mano a la boca e introdujo un dedo entre sus labios. La acción fue muy sutil, pero muy seductora. A Sophie se le doblaron las rodillas al ver cómo sus labios sensuales succionaban la esencia parecida a miel de sus dedos. La sangre seguía bombeando en sus oídos violenta y fuertemente, como si ella hubiera llegado al clímax y aún estuviera al borde del abismo. Verlo lamerse los dedos, limpiarlos de su sabor, la hizo desear su boca entre sus piernas, aun sabiendo que probablemente la mataría si alguna vez la lamía allí.

La sonrisa oscura y coqueta que él le dedicó fue cegadora. Emery sabía exactamente lo que sus actos le habían hecho; la habían deshecho por dentro y la habían hecho volver entre giros salvajes a su mundo, donde ella no tenía ningún control. Sin decir palabra, él se dio la vuelta y entró en el cuarto de baño para lavarse las manos. Los brazos y las piernas de Sophie se estremecieron con la liberación que había estado a punto de desatarse. Estrujó los muslos, sintiendo cómo sus húmedos fluidos cubrían sus piernas.

*¡Maldita sea!* Quería gritar de frustración. Él había hecho esto a propósito.

Cuando Emery regresó un minuto después, llevaba una pequeña toalla de mano húmeda. Se arrodilló a sus pies y le levantó la falda con una mano mientras la limpiaba. Sophie separó las piernas, con la humillación coloreándole la cara e inundándola de calor mientras él limpiaba los restos de su deseo insatisfecho.

Él dejó caer el paño al suelo y le apartó aún más las faldas de su camino. Frotó su mejilla contra el muslo derecho, y el cosquilleo de su barba quemó deliciosamente su piel. Con un fuerte suspiro, Emery presionó un beso en la parte interna de la pierna, cerca del vértice del muslo, y luego retrocedió, dejando caer las faldas. Cuando se puso de pie, volvió a sobresalir por encima de ella. Deslizó las manos por sus brazos, masajeando sus músculos, antes de llegar a sus muñecas y aprisionarlas doblemente entre él y las esposas.

—Sé que estás enfadado conmigo. Pero merecías un castigo mucho peor que ese. Me siento indulgente y agradecido contigo por haberme consolado hoy. Así que fui suave contigo. En el futuro… —cerró los ojos y apoyó la frente en la de ella—. Cuanto más nos conozcamos, cuanto más confiemos el uno en el otro, menos te dejaré salirte con la tuya. No vuelvas a desobedecerme.

Las palabras "¿o qué?" murieron en la lengua de Sophie ante la extraña mezcla de vergüenza por su propio comportamiento y el consuelo de sentirse arropada en sus brazos. Era una rara contradicción, y su corazón y su mente eran incapaces de procesarla. Ella lo había decepcionado y eso le provocó inquietud y ansiedad. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más se compenetraban el uno con el otro. Percibían las necesidades del otro, no sólo sus deseos. Emery la deseaba tanto como ella a él, y ese deseo ya no era sólo sexual. Se apoyaban el uno en el otro emocionalmente, algo que Sophie nunca había pensado que fuera posible para ella, y él actuaba como si tampoco hubiera sido posible para él.

Sin embargo, mientras la sostenía, Sophie supo que no estaba enfadado; tal vez su decepción era sólo temporal. Ella se lo compensaría. Había prometido ser sumisa. Era parte de su trato, pero de algún modo era más que eso. Quería someterse, no por algún acuerdo al que hubieran llegado, sino por lo complacido que Emery se sentía con

ella cuando se entregaba a él satisfactoriamente. Quería ver la aprobación brillar en sus ojos, experimentar la sensación de sus manos en su cuerpo como placer y no como castigo.

Emery le quitó las esposas y le bajó las muñecas, frotando los círculos enrojecidos que éstas habían creado. Ninguno de los dos emitió ni una sola palabra durante un largo rato mientras le masajeaba las muñecas.

—¿Es hora de conocer a los padres? —la sonrisa de Sophie era tensa, al igual que su rostro.

—Mi madre es dulce, y mi padre… bueno, no dejes que te intimide. No es tan aterrador como parece —Emery soltó una risita ante la pálida expresión de miedo en su rostro—. Confía en mí. Lo harás bien. Sé tú misma.

Sophie caminó con él fuera de la habitación y por el pasillo antes de hablar.

—Eso es lo que me preocupa. ¿Ser yo misma? Con mi trabajo, dudo que lo encuentren adorable.

—¿Adorable? No. Pero puede que se sientan aliviados — le colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

—¿Por qué?

Emery y Sophie llegaron a las escaleras que conducían a la entrada principal.

—Nunca les he dicho lo que pasó esa noche. Merecen respuestas. Merecen la verdad. Y tú vas a ayudarme con eso.

# Capítulo Doce

MIRANDA AND ELLIOT LOCKWOOD ESTÁN PERDIENDO LA ESPERANZA. AUN NO HAY RASTRO DE SUS HIJOS DESAPARECIDOS.

—*New York Times*, 20 de septiembre de 1990

El sonido de voces llegó a Sophie mucho antes de que viera el origen. Una voz suave, menos seria y un tanto ronca, se mezclaba con una intensa voz de barítono. Sophie lanzó una mirada a Emery, quien caminaba tranquilamente a su lado hacia la puerta, pero su mano sujetó la suya con tanta fuerza que ella pensó que se le romperían los huesos.

—Han llegado temprano —observó sorprendido.

El pánico la invadió. Sus músculos y sus pulmones se paralizaron.

—Dios, no puedo hacer esto —empezó a retroceder, pero Emery la sujetó por la cintura con un brazo; el gesto lucía externamente relajado, pero su agarre era firme.

—Sophie, cálmate, o te llevaré a mi habitación y te inclinaré sobre mis rodillas… —Emery dejó que la sensual amenaza surtiera efecto. Ella obligó a sus pulmones a abrirse y a su tensión a desvanecerse.

—De acuerdo —sólo pretendía mirarlo, pero su mirada la inmovilizó.

—Necesito que estés conmigo. No he… —se aclaró la garganta—. Me mantuve alejado de ellos durante tanto tiempo que me siento como si fuera una extraño perdido para ellos.

*¿Perdido para ellos?* Sophie se cuestionó su elección de palabras. ¿Él no debería sentir que *ellos* eran los extraños? Por otra parte, había sido un niño perdido mucho tiempo atrás y tal vez nunca había podido escapar de esa sensación y ahora, finalmente, se enfrentaba a ésta. Sophie le estrujó la mano.

—Estoy aquí. Siempre que me quieras.

Con una pequeña inclinación de cabeza, Emery pareció relajarse.

—Siempre yo te quiera —repitió.

Doblaron la esquina al final de las escaleras y Sophie vio por primera vez a Miranda y Elliot Lockwood, hablando con Hans y Cody. Su belleza la impactó al instante. Ella tendría poco más de sesenta años, pero su rostro intemporal no le hacía aparentar más de cuarenta. Llevaba un vestido de rayas blancas y negras hasta la rodilla y sandalias negras. Su pelo dorado estaba recogido en un moño artísticamente peinado, enhebrado con finos matices plateados.

El padre de Emery iba vestido exactamente igual que él, con un traje caro y una corbata azul hielo sobre su impecable camisa blanca de vestir. Era increíblemente apuesto. Las arrugas de la risa se dibujaban en su boca y en los bordes de sus ojos mientras estrechaba la mano de Hans y sonreía con calidez. A Sophie se le encogió el corazón. Los rasgos de Emery eran una mezcla magistral de los de sus padres: el brillo de los ojos de su madre, la sonrisa relajada pero templada de su padre. La cara de Emery tenía los rasgos de su madre afilados hasta alcanzar la perfección masculina, y su cuerpo mostraba la musculatura de su padre.

La algarabía de la bienvenida llegó a su fin cuando Miranda y Elliot notaron por primera vez a Sophie y Emery.

Miranda los miró con incertidumbre y levantó una mano como si fuera a alcanzar a su hijo antes de volver a dejarla caer a su costado. La tensión era palpable.

—Emery… —empezó a decir con vacilación. El dolor y la soledad esculpían senderos envejecidos en su rostro, mostrando veinticinco años de miseria y dolor.

Cuando Emery no hizo ningún movimiento para ir hacia ella, Sophie reaccionó y le pellizcó la parte baja de la espalda, siseando suavemente para que solo él la oyera.

—Abrázala.

Él se movió inmediatamente y cogió la mano de su madre para darle un beso, una reacción formal. Pero ella lo abrazó con fuerza.

—Después de todo este tiempo —dijo lo suficientemente alto como para que Sophie la oyera—. No dejaré que te alejes de mí —había rabia y dolor insinuados en la suave y refinada voz, pero Sophie se percató de ello. Miranda Lockwood había echado de menos a su hijo. *Profundamente.* Aunque sólo vivía a unos kilómetros de distancia, Emery debió haber creado un océano entre ellos. El corazón de Sophie se compadeció de Miranda.

—Me alegro de verte, madre —murmuró.

Miranda lo sostuvo, con los ojos cerrados mientras le besaba la mejilla y su cuerpo se estremecía contra él.

Elliot tocó suavemente el hombro de su mujer.

—Ya, Mandy, deja respirar al chico. Quiero que presente a su encantadora invitada —el hombre no abrazó a Emery como había hecho su mujer. En cambio, le tendió la mano y, al cabo de un segundo, Emery la aceptó.

Miranda se secó los ojos y soltó a su hijo, y entonces su mirada se centró en Sophie.

Emery retrocedió rápidamente y rodeó la cintura de Sophie con un brazo.

—Esta es Sophie Ryder. Ella es mi… —la miró, y luego con un brillo malvado en sus ojos terminó—, novia.

De pie detrás de los padres de Emery, los ojos de Cody se abrieron de par en par y los labios de Hans se alzaron.

—¿Novia? Sé que no te hemos visto en meses, pero no sabía que estabas… saliendo con alguien —Miranda evaluó a Sophie con una mirada crítica que la hizo querer sonrojarse y esconder la cara contra el pecho de Emery. En lugar de eso, sonrió y le tendió la mano en señal de saludo. Tenía que parecer segura ahora; eso era lo que Emery necesitaba. Su apoyo.

—Es un placer conoceros a los dos.

Miranda y Elliot aún se mostraban dubitativos, pero cada uno terminó por estrecharle la mano, como sorprendidos de que Emery finalmente les hubiera presentado a una mujer. Ese mismo día, un par de horas antes, había confesado que nunca les había presentado a una mujer con la que salía.

—La cena debería estar lista —interrumpió Emery cuando su madre abrió la boca, probablemente para comenzar con las preguntas.

Todos se dirigieron al comedor, donde ya estaba servido el platillo de ensalada. Sophie se sintió extrañamente aliviada de que Hans y Cody estuvieran allí. Actuaban como mediadores de lo que habría sido una cena extremadamente incómoda sólo con los Lockwood. Hans y Cody eran ahora sus aliados y podría ser útil tener testigos presentes si los Lockwood decidían interrogarla. A juzgar por la mirada calculadora que ella estaba recibiendo de Elliot, pensó que si Emery no hubiera estado presente, ya estaría atada a una silla siendo interrogada bajo una única lámpara en una habitación oscura.

Elliot apartó la silla de su esposa, permitiéndole sentarse, y Emery hizo lo mismo con Sophie. Sus palmas se posaron en sus hombros descubiertos durante un instante. El contacto fue un consuelo fugaz y una señal de apoyo que Sophie necesitaba desesperadamente.

Cuando se atrevió a mirar a Miranda, que estaba sentada frente a ella, Sophie esbozó una sonrisa nerviosa. Durante la cena, Emery mantuvo una conversación cortés sobre otros miembros de la familia, amigos en común y la situación de la empresa. Ella observó con interés que, aunque hacía años que Elliot había cedido su puesto de presidente a su hijo, seguía informado de las últimas noticias.

—¿Es cierto que el localizador GPS Viuda Negra es prácticamente imposible de rastrear mediante escaneos con detectores de metales? —preguntó Elliot. Jugueteó con el tallo de su copa de vino, haciéndola girar en pequeños círculos sobre el mantel blanco mientras hablaba.

Emery tragó duro, bebió un sorbo de su vino y se recostó en la silla.

—Sí. El dispositivo es lo bastante pequeño como para caber en cualquier teléfono móvil. Está diseñado para integrarse en la placa base de cualquier dispositivo y se camufla como un camaleón. No se puede detectar con ningún detector de metales. Además, tiene un alcance de rastreo de ochocientos kilómetros —el orgullo se reflejaba en su tono.

Sophie se sentó en el borde de la silla, fascinada al oír a Emery hablar de su empresa y de los productos que fabricaba. Era la primera vez que veía al infame hombre de negocios, pero también era la primera vez que veía pasión en él fuera de sus actividades de alcoba. Su entusiasmo la emocionó. Lo que él describía sería revolucionario.

—He oído que Brant estaba intentando posponer la fecha de lanzamiento —comentó Elliot.

Emery soltó una risita y dejó la servilleta sobre la mesa.

—Como acostumbra, Brant es puro drama. Le dije que no. Hemos fijado una fecha y vamos a seguir adelante con ella. Industrias Lockwood no necesita fiestas de lanzamiento ni toda la publicidad a la que recurren

nuestros rivales. Es una pena que Brant no esté de acuerdo, pero sigue siendo mi decisión.

—Muy cierto —coincidió Elliot—. Brant no entiende la esencia de nuestra empresa. Siempre ha amado el poder, no el propósito.

Cuando llevaron la mousse de chocolate para el postre, Miranda habló finalmente.

—Sophie, mi hijo y mi marido han monopolizado la velada. Me gustaría conocerte mejor. Dime, ¿a qué te dedicas? —ella se inclinó hacia adelante en su asiento, con una expresión decidida en sus ojos encantadores.

—Yo… eh… —Sophie creía que no era el momento de hablar de su profesión.

—Ella es periodista —interrumpió Emery—. En realidad está aquí para escribir la historia del secuestro. Así nos conocimos —capturó su mano mientras se deslizaba por la mesa hacia su copa de vino. Llevándose los dedos a sus labios, él le besó los nudillos.

—Ya veo —dijo lentamente Miranda. Sus ojos se entrecerraron en su hijo en una mezcla de preocupación y luego desconfianza cuando se desviaron hacia Sophie.

—Cuando te refieres a la historia… —Elliot dejó su copa de vino y miró fijamente a Emery. La preocupación formó líneas duras alrededor de su boca y ojos.

—*Todo.* Voy a contárselo todo. Ella lo escribirá y el mundo tendrá por fin la historia que tanto ha anhelado —el tono mordaz de Emery hizo que Sophie diera un respingo y se removiera inquieta en la silla.

Miranda empujó su silla hacia atrás y volcó su copa de vino. El líquido burdeos manchó el mantel blanco, formando un charco abundante.

—¡Deberías haber hablado con nosotros! ¡No con una periodista! —Miranda tiró la servilleta y huyó de la habitación. Hans se puso inmediatamente en pie para seguirla, pero Sophie hizo un gesto con la mano y anunció a los hombres que se iría. Ella había provocado este lío

debido a su presencia y ayudaría a arreglar las cosas. Miranda tenía derecho a saber por qué Sophie quería la historia del secuestro y, lo que era más importante, necesitaba entender que Emery no saldría lastimado; no por ella.

No fue difícil encontrar a Miranda. Estaba en el salón, al otro lado del pasillo, de pie ante el ventanal que daba a los jardines traseros.

—Señora Lockwood… —pero ahora Sophie no tenía palabras. Ver el distanciamiento de Emery con sus padres le había tocado una fibra sensible. Ella se había alejado de sus propios padres, rara vez hablaba con ellos o los veía. Le dolía demasiado ver la decepción y la tristeza en sus ojos. Los había defraudado, había defraudado a los padres de Rachel. Emery sentía lo mismo, Sophie lo sabía, de alguna manera había sabido en lo profundo de su ser que eran muy parecidos en esto.

—Venga aquí, señorita Ryder —dijo Miranda, señalando el suelo a su lado.

Sophie obedeció en silencio, pensando si Emery había heredado de su madre su necesidad de control. Probablemente era un rasgo genético.

—¿Ve la glorieta de allí? —señaló la hermosa glorieta de mármol en la parte trasera del jardín—. Hace veinticinco años, yo estaba allí, bailando con Elliot. Bailábamos el vals en círculos. Recuerdo lo segura que me sentía. Teníamos *todo* lo que podíamos desear. Debería haber sabido que nunca podría confiar en tan buena suerte.

Sophie contuvo la respiración hasta que le ardieron los pulmones. El silencio se prolongó de manera incómoda mientras Miranda seguía mirando fijamente la estructura a lo lejos, con los labios trémulos mientras parecía esforzarse por serenarse.

—Fue allí, en esa glorieta, donde oí por primera vez los gritos. Francesca, la niñera de los niños, salió corriendo a los jardines gritando que se habían llevado a los niños. La

sangre le empapaba la cara y chillaba histérica. Lo primero que pensé fue que mis hijos estaban muertos. Si no, ¿por qué habría tanta sangre? No podía procesar sus palabras. Me decía que habían sido secuestrados, pero lo único que yo oía era el eco de sus gritos. Lo único que veía era la sangre en su ropa —sus ojos se cerraron por un momento antes de continuar—. Los niños son muy pequeños, señorita Ryder, como pajarillos con alas frágiles, tan fáciles de herir o romper. El trabajo de un padre es proteger a sus bebés, incluso cuando son lo bastante mayores como para no necesitar nuestra protección. Cuando vi a Francesca, lo único que pensé fue que estaban muertos. Con semejante cantidad de sangre, no podían seguir vivos.

Sophie cerró los ojos, luchando contra la repentina oleada de náuseas al pensar en lo aterrador que debió haber sido ese momento para Miranda y Elliot. Su propio pasado le atravesó directamente el corazón. Imágenes de cosas que nunca podría borrar.

*Rachel intentó alcanzar su mano mientras el hombre la arrastraba fuera del columpio.*

*—¡Sophie! —su grito asustado fue desgarrador mientras la arrastraba entre patadas y chillidos. Corriendo, llorando, Sophie intentó alcanzarla, seguirla, pero la furgoneta estaba demasiado lejos y las zancadas del hombre eran demasiado rápidas.*

*—¡Rachel! —había gritado el nombre hasta quedarse afónica y finalmente, sólo entonces, los adultos salieron de sus casas.*

*El solitario columpio se movía de un lado a otro; los ganchos metálicos de la base del columpio crujían.*

*Rachel se había ido.*

—Cuando uno comprende que le ha pasado algo a su hijo, todo parece ralentizarse y acelerarse a la vez. Todos los instintos protectores afloran a la superficie. En ese momento habría hecho cualquier cosa por salvar a mis hijos. Sólo que… ya no podían ser rescatados —Miranda se

concentró en hacer dibujos con la punta del dedo sobre el cristal de la ventana antes de volver a mirar por ésta—. La desaparición de un niño es, en cierto modo, peor que su muerte. ¿Sabe por qué, señorita Ryder?

Sophie no pudo contener las lágrimas que amenazaban con caer de sus ojos, y la nariz empezó a arderle dolorosamente. Sabía la respuesta. Dios, la sabía. Ésa había sido su propia pesadilla desde la pérdida de su amiga.

—Es peor porque tienes esperanza —incluso una pizca de esperanza podía ser más poderosa, más devastadora cuando finalmente moría toda capacidad de esperanza. Tras el secuestro de Rachel, Sophie había esperado cada día durante un año que la encontraran. Luego había perdido la esperanza y rezaba para que recuperaran su cuerpo, aunque sólo fuera eso. Algo en ella murió con el paso de los años y Rachel nunca fue encontrada.

Sophie estaba tan ensimismada en sus pensamientos que sólo se dio cuenta, al cabo de varios minutos, de que la madre de Emery la miraba fijamente.

—Esto es más que una historia para ti —observó Miranda—. ¿Quieres decirme qué es lo que intentas ocultar? Veo las lágrimas adheridas a tus pestañas —su penetrante mirada no pasó nada por alto—. Te contaré todo lo que recuerdo de la noche en que se llevaron a mis hijos si accedes a decirme qué es lo que te motiva. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —Sophie tragó duro—. Cuando tenía siete años, secuestraron a mi mejor amiga y nunca más se la volvió a ver. Yo era la única que estaba con ella cuando se la llevaron. Sólo yo —la voz le temblaba, y tenía la garganta tan contraída que parecía estar tragando fragmentos de cristal—. No pude detenerlo. No recordaba su cara, ni su matrícula, nada. Nunca encontramos su cuerpo. Y tampoco lo capturamos.

Listo. Lo había dicho. No podía retractarse de su confesión, pero ¿Miranda entendería por qué esto le

importaba tanto? Ella y Emery compartían un tipo de tragedia que, afortunadamente, pocas personas vivían. Era como si estuvieran unidos por ese único hilo de dolor y, sin embargo, su conexión durante el último día se había convertido en algo infinitamente más que eso: algo intangible que temía nombrar pero que esperaba que continuara. Entre ellos no había secretos, ni los que los separaban del resto del mundo. Juntos eran libres.

—Ah —la comprensión transformó la expresión fría y distante del rostro de la otra mujer. También había dolor y preocupación—. ¿Emery sabe lo de tu amiga?

Sophie asintió.

—Le he hablado de Rachel. Quería que supiera que esto no es sólo una historia para mí. Esto es… —¿cómo podía explicarlo?—. Emery ha sobrevivido. Está vivo. Es un milagro para mí. Muchos otros niños son secuestrados y nunca se les vuelve a ver, pero él escapó.

—¿Cómo has conocido a mi hijo? —preguntó Miranda—. Ha dicho que vas a escribir sobre lo sucedido —todavía había recelo en los ojos de Miranda, pero ya no parecía hostil.

Sophie se metió las manos en la falda, intentando ocultar su temblor. No estaba acostumbrada a contarle a nadie sus verdades más oscuras ni a hablar de sí misma tan abiertamente. Pero Miranda necesitaba oírlo.

—Tras perder a Rachel, dediqué mi vida a detener a gente como el hombre que la secuestró. Soy periodista, sí; pero no estoy aquí para centrarme en el dolor de Emery, ni en su trauma. Estoy aquí para resolver el misterio de quién ha sido el responsable. Señora Lockwood, soy buena con los rompecabezas, veo patrones en las cosas. He venido aquí para encontrar a Emery y conseguir todos los detalles que no quiso compartir con la policía ni con usted. Si… —respiró entrecortadamente—, consigo la información correcta, tal vez pueda ver algo que los demás no han visto. Quiero descubrir quién está detrás de esto y detenerlo.

—Pero han pasado muchos años. ¿De qué serviría ahora? —preguntó Miranda.

—Señora Lockwood, en casos como el secuestro de sus hijos, siempre hay algo raro. Nunca hubo llamadas o cartas de rescate; nadie nunca se presentó. Sus hijos eran un objetivo difícil, y una persona normal no se habría molestado con ellos a menos que tuviera otro motivo. Como el dinero. Entonces, ¿por qué nadie pidió un rescate?

La madre de Emery la miraba, con un brillo astuto en los ojos, mientras reflexionaba sobre las palabras de Sophie.

—¿Crees que alguien no quería un rescate?

—Sí. Creo que el secuestro fue una treta. Alguien quería matar a Emery y a su hermano, y hacer que pareciera que se había hecho por un rescate, pero nunca se acordó un rescate porque los chicos habrían muerto accidentalmente antes de que se pudiera hacer una llamada. Sin embargo, transcurrió mucho tiempo, un intervalo de tres meses. Estaban esperando instrucciones de alguien.

—Pero quién... —Miranda se detuvo, con la mirada distante—. ¿Quién querría hacerle eso a mis bebés?

—Eso es lo que quiero saber, señora Lockwood. Quiero encontrar a esa persona y detenerla. Porque creo que el peligro no ha desaparecido. Incluso después de todos estos años, la vida de Emery sigue en peligro. Lo siento en mis huesos.

—Desearía que él nos hubiera dicho a Elliot y a mí lo que pasó. ¿Y si lo hubiera hecho y hubiéramos averiguado algo que podría haber detenido esto hace años?

—Como madre, no sabe a quién llorar más. Al niño fallecido o al que vive con la culpa de haber sobrevivido.

Miranda se alisó el vestido, con un movimiento lento y controlado.

—Y Emery no era el mismo cuando volvió a casa. Él estaba... —la madre de Emery parpadeó rápidamente, pero una lágrima se deslizó por su mejilla. Con un movimiento apresurado, deslizó los dedos por su mejilla, intentando

ocultar la evidencia de sus lágrimas—. Seguía siendo mi hijo, pero parecía destrozado. Sin Fenn, se alejó de nosotros, del mundo. En muchos sentidos, es como si hubiéramos criado a un extraño. Apenas lo conozco y quiero hacerlo, señorita Ryder. Quiero recuperar a mi hijo. Cuando él llamó hoy, no sabía qué pensar, pero cuando la vi con él, me di cuenta de que usted tenía algo que ver.

Eso no sonaba nada bien, y Sophie esperó a que Miranda la acusara de haber hecho daño a Emery, pero la acusación no llegó. La otra mujer sonreía, aunque tenía los ojos un poco llorosos.

—No lo entiendo —admitió Sophie en voz baja.

Miranda extendió la mano y cogió una de las de Sophie entre las suyas, estrechándola con fuerza.

—He vuelto a ver a mi hijo, el que parecía perdido para mí. Está ahí, como una presencia imperceptible pero cada vez mayor. Gracias a ti. He visto cómo te ha mirado durante toda la cena, cómo te toca de forma tan protectora, cariñosa. Así es su padre conmigo. Confía en ti, y si él confía en ti, yo también —estrujó la mano de Sophie en una silenciosa muestra de apoyo, y Sophie se aferró a ella. No había previsto conocer a los padres de Emery de esta manera.

—¿No le molesta que yo esté aquí?

—No, no me molesta. Si Emery puede abrirse a ti, eso es lo que importa. Lo que haya pasado esa noche lo ha agobiado y yo sólo desearía saber por qué.

Sophie se mordió el labio inferior.

—Él quería contaros a los dos sobre lo sucedido, pero se siente responsable. Creo que Fenn lo obligó a escapar y abandonarlo. No puedo imaginar lo que él debió de sentir, dejar atrás a su hermano, aunque él se lo dijera. Creo que Emery teme que lo culpéis por abandonar a su hermano.

—¿Qué? —el rostro de Miranda palideció—. ¿Cómo podría temer eso? Nosotros nunca… ¡Oh, mi pobre niño!

Sin decirle nada más, Miranda salió corriendo de la habitación, cruzó el pasillo y volvió al comedor. Sophie empezó a seguirla, pero se quedó paralizada en la puerta al ver que Miranda abrazaba a su hijo con fuerza y le susurraba en voz baja. El dolor intenso de los ojos pronto de Emery se transformó en una aflicción silenciosa y luego en alivio y amor antes de cerrarlos. Elliot se unió a su mujer y a su hijo, rodeándoles los hombros con los brazos.

En toda su vida, Sophie nunca se había sentido como una intrusa. Se estaba entrometiendo en una reunión que había esperado veinticinco años para ver la luz.

Era hora de marcharse.

No quería quedarse más tiempo, aunque su corazón se lo rogaba. Acababan de aprender a hablar, a abrirse entre sí. Sabiendo que algo podría haber surgido de esa intimidad, darle la espalda se sentía como una traición, pero su propio dolor era demasiado grande para soportarlo sola. Demasiados años reprimiendo ese dolor habían terminado por alcanzarla. Ver a Emery conseguir lo que ella nunca podría tener; paz, le hacía querer huir, como la niña que siempre parecía ser en su interior.

Los padres de Rachel nunca tendrían un momento así. Era su culpa. Si no hubiera estado tan asustada, podría haber gritado pidiendo ayuda a tiempo. Pero había fallado. Le había fallado a su amiga, a los padres de su amiga y a sí misma.

La historia de Emery había parecido la respuesta a todo, pero estaba equivocada. Esa no era la respuesta. Era la aceptación de sus padres. Ese momento en el que podía abrirse, con heridas y todo, a sus padres y no ser juzgado. Esa era una absolución que ella nunca tendría.

Sophie tenía que subir, hacer las maletas y marcharse. Su editor no tardaría en querer la historia del secuestro, pero Sophie no podía permitirse el lujo de quedarse aquí. Conseguiría las copias de los artículos de Cody y haría una entrevista telefónica con Emery en unos días. Él necesitaba

tiempo con su familia ahora, y tenerla a ella a su lado sería lo menos beneficioso para él. No tenía sentido que ella se quedara. Si encontraba alguna prueba contundente de quién estaba detrás del asesinato, tenía la información de Cody y podría ponerse en contacto con él de inmediato. Quería poner la mayor distancia posible entre sí misma y el pasado.

Cuando volvió a la habitación de Emery, cogió su maleta y la dejó caer sobre la cama. Empezó a arrojar la ropa dentro y corrió al baño para recoger sus artículos de aseo personal. Al volver al dormitorio, se detuvo en seco cuando vio a Emery apoyado despreocupadamente en el marco de la puerta, bloqueando la única salida. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido.

—¿Qué crees que estás haciendo? No puedes irte, no después de haberme devuelto a mi familia.

Sophie tragó duro y guardó silencio. El corazón le latía tan fuerte que se sorprendió de que él no lo oyera.

—Sophie —gruñó él—. No voy a dejar que salgas por esta puerta.

—Pero…

Emery cruzó la habitación en cuestión de segundos y, con un rápido manotazo, tiró la maleta al suelo. El movimiento no fue violento, más decisivo que otra cosa. Sophie miró con aturdimiento la ropa que había metido apresuradamente en la maleta. Ahora estaban esparcidas por el suelo. Él se apoderó de su atención sujetando sus muñecas y aprisionando sus manos en la parte baja de su espalda. Todo lo que pudo hacer fue mirarlo, con los ojos muy abiertos y su cuerpo zumbando de placer silencioso por la dominación que se arremolinaba en sus ojos.

—Te he puesto esposas. Aunque no las utilices todo el tiempo, el simbolismo es el mismo —su voz era áspera como la pasión, como si él se aferrara al control con un hilo muy fino—. ¿Sabes lo que significan las esposas en una sum en mi mundo?

Sophie tenía la boca muy seca mientras se esforzaba por hablar sin que se le formara un nudo en la garganta.

—Las esposas representan a una sumisa reclamada. Un Dom esposa a una sumisa, deseando mostrar a los demás que le pertenece. El siguiente paso es colocarle un collar durante una ceremonia —Sophie era consciente de ello gracias a la breve explicación de Hayden por teléfono cuando le estaba dando algunos consejos sobre el club y el estilo de vida D/s.

Emery se lamió los labios y su cuerpo tenso contra el de ella.

—Para mí son un signo de compromiso. Si te llevara al club con las esposas puestas, todo el mundo sabría que eres mía, que te poseo con la misma seguridad que poseo mi propia alma. Unas esposas no siempre son temporales, Sophie, especialmente no para mí. Nunca había esposado a una mujer. Te deseo como nunca he deseado a nadie, y no sólo una noche —su confesión fue un susurro entrecortado, y el eco salvaje de sus ojos hizo que el corazón de Sophie se acelerara a un ritmo nuevo. La soltó un instante para coger unas esposas de cuero de la cómoda, antes de volver junto a ella y asegurarlas en sus muñecas.

Las esposas parecían quemarle la piel de una manera deliciosa. No eran sólo joyas bonitas. Significaban algo importante para él, y eso a su vez hacía que ella las sintiera con mayor intensidad. ¿La quería para más de una noche? Nunca la habían deseado así. Nunca nadie… Sophie cerró los ojos un momento, intentando recuperar el control. Eso era todo lo que siempre había deseado, en la parte más oscura y solitaria de su alma. Un anhelo: ser deseada. Y él había pronunciado esas palabras largamente ansiadas con el apetito de un hambriento.

—Sé que debería darte a elegir, dejarte marchar si tienes miedo… —bajó la cabeza hacia la de ella, provocando sus labios con los suyos, pero sin besarla—.

Pero no puedo. *Eres mía.* No eres libre de dejarme, ni de dejar esto —rozando sus labios.

Sophie se maravilló de lo diferente que era este beso. Cada vez que él la tocaba, la besaba, la abrazaba, se sentía profundamente maravillada. Gran parte de su alma, de su corazón, de su ser, parecía fluir de su boca a la de ella. Para ser un hombre tan decidido a aislarse del mundo y esconderse tras los barrotes de su jaula dorada, tenía al descubierto sus sentimientos.

—Di algo —suplicó con un gruñido de frustración. Le estrujó las muñecas con fuerza.

Tontamente, Sophie no pudo decir todo lo que bullía en la punta de su lengua.

—No voy a escribir la historia. No puedo. No había visto hasta ahora cuánto me había entrometido en tu vida, en tu privacidad. No estuvo bien.

Emery suspiró contra su mejilla, y sus pestañas doradas y oscuras cayeron sobre su piel bronceada.

—Para ser una mujer tan brillante, nunca dejas de sorprenderme con tus tonterías. Me importa un bledo la historia. Podemos discutirlo más tarde —Emery volvió a abrir los ojos, clavando en ella una mirada color canela perforada con fragmentos de verde bosque—. Ahora mismo, lo único que importa es tenerte debajo de mí en la cama. Si no quieres eso, entonces usa tu palabra de seguridad. Di albaricoques y no te tocaré esta noche. Pero si no la dices… —sus ojos se desviaron hacia algo detrás de ella, quien tardó en percatarse de que era la cama, a escasos centímetros.

Se le cortó la respiración y tuvo que resistir el impulso de suspirar con alivio y apoyarse en él. Por fin. Emery estaba asumiendo el control, diciéndole que no podía marcharse, que había algo entre ellos que merecía la pena explorar. Podía dejar que él sujetara las riendas, que la dominara a su antojo, y ser libre para disfrutar de la pasión

que le había prometido en cada roce ardiente y en cada caricia intensa desde que lo había conocido.

—¿Y tus padres? —preguntó ella.

—Se han ido. Hans los ha llevado a casa. Iremos a su fiesta la próxima semana.

—¿Fiesta?

—Su fiesta anual de disfraces —dijo Emery mientras le soltaba las muñecas y se dirigía a la puerta de su habitación, cerrándola con llave. El chasquido del metal contra el metal disparó un rayo de excitación a través de ella, sorprendida por la fuerza del deseo que se produjo justo después.

Todos los pensamientos sobre la fiesta o sus padres se desvanecieron. Quedó cautivada por la gracia de sus movimientos, como los de una pantera, cuando él volvió hacia ella y se detuvo para abrir el cajón de su mesilla. Sacó el par de esposas de cuero que ella había utilizado en el club y las colocó sobre la cama, cerca de donde ella estaba de pie. Luego volvió al cajón para sacar otras dos esposas de cuero y varios trozos cortos de cadena de no más de un metro cada uno.

—Ven aquí —ordenó. Su tono cortante era intimidatorio, pero no cruel.

Cuando Sophie vaciló, el ceño de su apuesto rostro se transformó en una mueca inquietante. Se apresuró a caminar hacia él, sin apartar los ojos de la alfombra que había a sus pies.

—Muñecas —señaló.

Sophie extendió las muñecas y él le quitó las esposas doradas y las sustituyó por las de cuero, deteniéndose un segundo para deslizar un dedo bajo cada una de ellas y asegurarse de que no estuvieran demasiado ajustadas. Sin embargo, no unió las esposas, mantuvo sus muñecas desatada. Luego se arrodilló a sus pies y le ató el segundo par de correas a los tobillos.

Sophie miró fijamente la aureola desordenada de suave cabello dorado como el trigo. Era uno de los rasgos que adoraba de él. Lo tenía más largo de lo que estaba de moda y siempre parecía deliciosamente despeinado, como si una mujer hubiera estado pasándole las manos por el pelo. Le confería un aspecto totalmente masculino, viril y atractivo. Ella quería que esas fueran sus manos. Para dejar su marca en él, del mismo modo que Emery dejaba la suya en su cuerpo con cada beso.

Como si fuera consciente de su mirada, Emery levantó la cabeza y sus ojos recorrieron su cuerpo antes de llegar a su rostro.

—Esta noche cumplirás tu trato. Jugaremos según mis reglas. ¿Lo entiendes? —el cambio en su tono, los oscuros matices de dominación y control, se apoderaron de las palabras, y Sophie no pudo reprimir un escalofrío de excitación que recorrió su cuerpo de forma impredecible.

—Sí —susurró.

—Sí, ¿qué? —gruñó. Le cogió la nuca con una mano y le masajeó los músculos tensos, pero su expresión era pétrea y casi fría. Así era Emery, el Dom. Una faceta de sí mismo que había mantenido oculta hasta ahora. No la asustó. La excitó. Sus pezones se estremecieron al sentir la rudeza de sus manos contra su piel mientras él continuaba acariciándola.

—¿Sí, señor?

Un momentáneo guiño de diversión tiñó sus ojos de un dorado miel.

—¿Me estás haciendo una pregunta, pequeña sum?

Sophie estuvo a punto de explicarse, pero se percató de que la azotaría. Por mucho que le gustara la idea, quería demostrarle que ella estaba aprendiendo sobre su mundo.

—¿Permiso para hablar, señor?

Con un movimiento brusco de cabeza, Emery apartó la mano de su nuca. Ella lamentó la pérdida de su contacto al instante, pero se esforzó por concentrarse.

—Estaba confundida, señor, sobre si dirigirme a usted como señor o amo. ¿Qué prefiere?

Sus ojos brillaron con aprobación y sus labios se crisparon ligeramente.

—Tu consideración me complace. Por eso serás recompensada. Más tarde. La mayoría de las sums llaman 'señor' a los Doms, pero en los casos en que un Dom y una sumisa están más profundamente conectados, 'amo' es una mejor forma de dirigirse a ellos. Prefiero que me llames amo —no le había ordenado que le llamara amo; la frase parecía insinuar que ella podía elegir. Sin embargo, era innegable que la idea de llamarlo amo en el dormitorio era erótica. Hacía que sus paredes internas se humedecieran de deseo y que sus sentidos se agudizaran. Entregarse a él sería lo más sensual y excitante que había hecho en su vida, y estaba impaciente.

—Gracias, amo.

—Di tu palabra de seguridad. Practícala. Quiero saber si puedes decirla —Emery cruzó los brazos sobre el pecho, esperando pacientemente, pero la pose seguía siendo intimidante. Él irradiaba fuerza en estado puro y sexualidad, como un gran gato de la selva a punto de atacar.

—Albaricoque —respondió ella al instante.

—Quería preguntártelo —sonrió repentinamente, con una expresión tan potente, tan descaradamente llena de arrogancia masculina—. ¿Por qué esa palabra?

Antes de que pudiera responder, se arrodilló ante ella y se centró en sus zapatos rojos, despojándola de éstos. Había algo tan íntimo, tan erótico en estar descalza delante de él. Emery deslizó un dedo por el interior de un arco y Sophie ahogó una risita. Él levantó la mirada, con una ceja arqueada.

—Soy alérgica a los albaricoques —soltó con dificultad cuando se percató de que él estaba esperando su respuesta.

No comentó nada ante su respuesta, sino que se limitó a levantarse y mirarla fijamente durante un largo momento antes de hablar por fin.

—Apoya las manos en la cama e inclínate un poco hacia adelante.

Con un temblor de excitación, Sophie obedeció. Las palmas de Emery se posaron sobre sus hombros y luego se deslizaron por sus brazos hasta la espalda. La cremallera del vestido bajó centímetro a centímetro. Su respiración se relajó cuando el vestido se abrió y él no pudo desabrocharlo más. Se acercó a ella por detrás y le sujetó los muslos con los suyos. El calor le recorrió el cuerpo, y luchó contra un escalofrío cuando él deslizó las manos por debajo de los tirantes de los hombros y tiró de ellos hacia abajo. El vestido cayó hasta su cintura, atascado entre sus cuerpos. Emery dio un paso atrás, dejando que la tela cayera al suelo.

Aunque estaba de espaldas a él, el calor de su mirada la hizo sonrojarse y temblar.

—Eres preciosa —palabras sencillas, pero que evocaron en ella una salvaje respuesta de placer. Sophie sabía que si él las decía, lo decía en serio—. Date la vuelta y mírame.

Desnuda excepto por el sujetador, resistió todo instinto de cubrirse y giró para encararlo. Levantó los ojos con valentía. La sensación de estar tan expuesta era abrumadora. Su respiración se aceleró y sus mejillas se encendieron. Sophie quiso rodearse con los brazos y esconderse.

Emery se acercó de nuevo, posó las manos en sus caderas desnudas y las puntas de sus dedos acariciaron su piel con movimientos lentos.

—Quítate el sujetador.

—Emery —pronunció su nombre en una vergonzosa súplica. Las cicatrices. Siempre estaban ahí, un recordatorio de sus horribles secretos. Si él las veía, sería lo único que vería y nunca volvería a mirarla de verdad. Era

demasiado íntimo, demasiado personal revelarle su sufrimiento. Había sido más fácil decírselo, pero ¿mostrárselo? Eso era prácticamente imposible.

—Ahora —el gruñido salió del fondo de su garganta, salvaje y tan dominante que la hizo temblar.

Sophie dejó caer la barbilla y los ojos al suelo mientras se llevaba la mano a la espalda y desabrochaba el broche del sujetador. Con meticulosa concentración, lo deslizó fuera de sus brazos y lo dejó caer al suelo.

Silencio. Un silencio espantoso. Ella había esperado un jadeo, una exclamación o cualquier otra reacción lógica ante sus cicatrices. Nada.

—Por favor, di algo, lo que sea —suplicó, con la garganta contraída mientras luchaba por ahogar el miedo. No podía llorar; tenía que mantener el control. Esto era inevitable. Él no se sentiría atraído por ella ahora que veía lo imperfecto que era su cuerpo.

Una de sus manos, que descansaba en la cadera de Sophie, subió hasta tocar las tres cicatrices largas y dentadas que atravesaban diagonalmente su cuerpo, por encima de los pechos. Su piel estaba manchada con las líneas marrón claro y ligeramente elevadas de las cicatrices. Había esperado que se volvieran rosas o blancas, pero el daño había sido tan profundo que las marcas seguían siendo oscuras y de aspecto irritado.

—Me has dicho que eran de una cirugía —le recordó.

—Lo son… en cierto modo. No me los operaron, pero un médico sí los suturó —cogió aire, intentando concentrarse en la sensación de los dedos de Emery. Rozaban la piel entumecida. Apenas podía sentir su toque; las terminaciones nerviosas no habían vuelto a conectarse después del horrible daño sufrido en el pecho.

—¿Qué pasó, Sophie?

Al menos podía decirle eso. Ahora que las había visto, la causa no importaba. Por suerte, Sophie no se avergonzaba de esto.

—Estaba haciendo un reportaje sobre un hombre que se creía el próximo Jack el Destripador. Había matado a tres mujeres en Missouri. La policía tenía un sospechoso, pero no había pistas ni evidencias suficientes para entrar en su casa. Pensé que yo podía ayudar. En lugar de quedarme al margen, me volví un poco arrogante. Si conseguía entrar y encontrar algo, podría llamar a la policía y ellos tendrían un motivo para entrar en las instalaciones. Esperé a que el hombre se marchara y entré sigilosamente para echar un vistazo en busca de evidencias. Volvió unos minutos después. Supongo que se le había olvidado algo. Me encontró... Nosotros... eh... luchamos. Era bastante bueno con el cuchillo de caza.

Sophie cerró los ojos. El recuerdo de ese encuentro había perdido gran parte de su horror con el tiempo. En realidad, él la había asustado mucho menos que el hombre que había secuestrado a Rachel. Cuando se enfrentó al asesino en serie, ya era consciente de que el mundo estaba lleno de maldad, y ella esperaba encontrarlo en cada esquina.

# Capítulo Trece

¡Hallan vivo a un niño Lockwood desaparecido! El 29 de septiembre, el agente de policía local Sean O'Malley conducía por las callejuelas de un barrio situado a unos once kilómetros de la finca Lockwood cuando un niño pequeño salió a trompicones del bosque y se interpuso en el camino de su vehículo.

—*New York Times*, 30 de septiembre de 1990

—¿Qué ha pasado? —Emery seguía acariciando a Sophie. Cada caricia la hacía sentirse menos avergonzada de las cicatrices y más consciente de su cuerpo y de sus manos sobre ella, y de la forma en que la hacía sentir hermosa, deseable. Sus dedos recorrieron la carne llena de nudos, y ella alargó la mano para cubrir la suya con la de él. Él apartó la palma de su pecho para coger su mano y unir sus dedos. Estrujó con suavidad, una tierna seguridad que surgía de la compasión más que de la lástima. A Sophie le ardieron los ojos y parpadeó para contener las lágrimas.

—Le devolví las cicatrices con tres tiros en el pecho de mi .22.

Por primera vez desde el comienzo del día, Emery se rio.

—Esa es mi chica —le cogió la barbilla con una palma y clavó su mirada en la de ella.

Sophie se sorprendió de la calidez allí, en lugar de calor. Era diferente. La sensualidad la rodeaba con el cuerpo de Emery completamente vestido muy cerca del suyo, pero esa mirada estaba a millones de kilómetros de distancia de la lujuria. Era más suave, más dulce, y provocó que una tormenta de mariposas revoloteara salvajemente en su estómago.

La estaba viendo a ella, no a las cicatrices. La mirada de Emery era una promesa de algo más que lástima, algo más que compasión. Más bien, Sophie vio comprensión. Sus cicatrices no estaban en el exterior, pero estaban allí de todos modos. Eso hizo que recordara un viejo poema de John Donne sobre dos amores tan parecidos que no podían morir. El vello de sus antebrazos despertó, y su cuerpo y su corazón se movieron al unísono hacia él.

Emery dejó caer la mano y cogió con ternura uno de sus pechos, amasándolo. Las puntas de sus dedos acariciaron el pezón, despertándolo antes de tirar de la punta. Un dolor delicioso atravesó directamente su vientre y se arqueó sobre las puntas de los pies. Sólo tuvo unos instantes para disfrutar de las caricias provocativas sobre su pecho antes de que Emery intensificara su necesidad al presionar la mano contra su monte y estrujarlo suavemente. La presión en esa zona aceleró su respiración mientras el deseo se apoderaba de ella.

—¿Te duele algo de esto? —susurró él mientras seguía jugando con su pecho, pellizcándole el pezón una y otra vez.

—No, amo —la palabra “amo” surgió instintivamente, y ella apenas tuvo tiempo de reírse por dentro de su propio deseo de llamarlo así. De cederle el control incluso con esas únicas dos sílabas.

—Me complaces, Sophie. Ni siquiera tuve que recordártelo. Si algo de lo que hago te provoca un dolor desagradable, di tu palabra de seguridad inmediatamente.

—Sí, amo —desde el ataque, sus pechos no habían estado sensibles, pero bajo su toque parecían despertar.

Sophie bajó las pestañas y se concentró en la sensación de sus manos. Esa zona llevaba mucho tiempo sin ser tocada. El contacto entre ellos era físico, pero con cada roce, con cada caricia, él entraba en su mente y en su corazón. Había fuego y carnalidad en él, apenas contenidos bajo sus tensos músculos. Emery abandonó todo decoro y se entregó a todos sus impulsos salvaje: frotó su mejilla contra los pechos doloridos de ella, lamió los sensibles pezones antes de chuparlas. Él se despojó de toda restricción y ella no pudo evitar querer unirse a él y convertirse en una criatura centrada únicamente en el descubrimiento sensual. Luchó contra el impulso de agitarse inquieta bajo sus caricias.

Emery la estrechó contra él y la suave tela de su costoso traje se deslizó eróticamente sobre su piel desnuda, estremeciéndola dondequiera que la tocaba. La sensación de absoluta perversidad, la dicha pecaminosa de estar expuesta y desnuda mientras él permanecía completamente vestido, era decadente. Ella se sentía vulnerable y él estaba al mando. Emery sonrió contra sus labios mientras le sujetaba la cara entre las manos y la besaba. Fue una lenta y pausada exploración de su boca que la dejó excitada y dolorida. Sophie enroscó los dedos en las solapas de su ropa y lo acercó para poder devolverle el beso.

Su conexión pareció durar horas, y él se separó de ella demasiado pronto. Lo que vio en sus ojos la aterrorizó. Dulzura. Deseo. Hambre. Excitación. La mezcla de emociones era demasiado abrumadora. Era imposible que sintiera todas esas cosas a la vez, no por ella. Sophie luchó por mantenerse en la superficie de sus propias emociones. No podía permitirse enamorarse tan profundamente de él. Nunca podría evitar perderse en él.

—¿Todavía no crees que te deseo? —Emery frunció levemente el ceño.

¿Cómo podía creerle? No era delgada, no era hermosa. Era una chica normal y corriente del Medio Oeste. Los hombres como él salían con modelos de Milán o París.

—¿En qué estás pensando? Detente —ordenó bruscamente. Como ella no lo miró inmediatamente, él le sujetó el pelo con un puño y tiró de su cabeza hacia atrás—. ¿Quieres que te lo demuestre, pequeña sum? Sé exactamente cómo lo haría. Te ataría a mi cama y te enseñaría lo duro que me has puesto. Te castigaría con un clímax tras otro hasta que gritaras y te quedaras ronca, sin poder sentarte durante al menos dos días —esa ferocidad estaba allí, acechando en sus ojos y alterando su tono. Estaba enfadado con Sophie porque ella no creía que la deseara.

Con la boca seca, jadeó.

—No tiene sentido que me desees.

—Tiene todo el sentido, y si discutes conmigo te enrojeceré el culo con la mano hasta que nos duela a los dos. ¿Me entiendes? No aceptaré esos pensamientos, no de mi sum. No me decepciones, Sophie —esperó a que protestara, pero ella no se atrevió. Sólo cuando guardó silencio, él continuó—. Me encanta tu deliciosa figura. Tienes pechos grandes, perfectos para llenar mis palmas, unas caderas hechas para mis manos. Y no me hagas hablar de tu culo. Tengo pensamientos muy perversos sobre esa parte de tu cuerpo en particular —le dedicó una sonrisa torcida.

A Sophie se le escapó una carcajada entrecortada.

—¿Qué pasa con mi culo?

Emery dejó caer las manos en la parte del cuerpo en cuestión, estrujando la suave carne, lo que hizo que las caderas de Sophie se sacudieran contra las suyas por reflejo.

—Es el amortiguador perfecto para mis embestidas cuando te folle por detrás. Tiene el tamaño justo para que te sujete cuando te levante y te folle contra la pared —la

estrechó más contra él, con su erección cubierta por sus pantalones mientras rozaba su centro palpitante. Si seguía hablando así, Sophie no iba a soportar el resto de la noche, y su lenta seducción sugería que él planeaba jugar durante las próximas horas.

—¿No vas a desvestirte? —ella tiró de su abrigo, pero él le sujetó las manos.

—Cuando yo lo desee. Primero, debo hacer lo que he estado deseando desde el momento en que te vi por primera vez —sin previo aviso, la cogió en brazos y la llevó hasta la cama. La dejó allí y cogió las cadenas. Al verlas y saber que él la inmovilizaría por completo, su corazón dio un vuelco y se apresuró a recuperarlo.

Permaneció quieta, moviendo el cuerpo sólo cuando Emery se lo ordenaba. Al cabo de unos minutos, sus piernas y brazos estaban atados a cada una de las esquinas de la cama. Las cadenas estaban bien sujetas a los anillos de plata de las esposas de las muñecas y los tobillos.

Emery se arrodilló en la cama entre la V de sus muslos y simplemente la miró.

—Eres impresionante. Como ninguna otra mujer con la que he estado. Eres auténtica —su suave murmullo la hizo retorcerse contra las ataduras. Los ojos de Emery se entrecerraron ante el pequeño forcejeo y esbozó una sonrisa voraz. Apoyó las manos en su cintura y se inclinó hacia ella.

El cuerpo de Sophie vibraba de necesidad, de excitación. Y, sin embargo, tenía miedo. No de ser herida. Emery nunca le haría daño. Pero sabía que estar con él, verdadera y completamente, la cambiaría para siempre. La caricia de ningún otro hombre la volvería loca de apetito sensual. La poseería por completo y ella nunca se libraría de sus recuerdos. Sophie no quería ser libre. Quería fundirse con Emery, fusionarse con la pasión que él despertaba en ella y ser la criatura salvaje y lasciva que él invocaba con su

sonrisa, su beso y sus ásperos susurros sobre lo que iba a hacerle. Cosas malas. Deliciosamente malas.

Emery se sentó sobre los talones, se quitó el abrigo y lo dejó en el respaldo de una silla cercana. Luego sus manos se posaron en la corbata. La aflojó y la deslizó fuera de su cabeza y, con un gesto sensual y perverso en los labios, la colocó alrededor del cuello de Sophie. Entonces, la estrujó lo suficiente para que ella sintiera el nudo contra la garganta. Frotó la zona entre sus pechos con la prenda, y luego pellizcó cada pezón para volver a despertarlos. Sophie gimió, intentando levantar las caderas. Las cadenas estaban tan ajustadas que no podía moverse. Los sonidos de su leve forcejeo contra las ataduras se mezclaron con la respiración agitada de Emery. Ella levantó la cabeza y se encontró con su mirada caída, consciente de la profundidad de su poder sobre él en ese instante. Sophie tenía la capacidad de controlar cuánto disfrutaba él estando con ella; era tal y como le habían dicho. La sum tenía el poder, no el dominante, porque un verdadero dominante sólo podía encontrar placer cuando su pareja se había sometido voluntariamente. La forma en que los ojos de Emery brillaban de pasión y anhelo, así como de placer, fue la única prueba que necesitó para ver que su sumisión aumentaba su deseo. Él no habría disfrutado de esto si ella no lo estuviera disfrutando también.

—Me gusta cuando usas mi ropa —Emery inclinó la cabeza y lamió y mordisqueó desde su vientre hasta un pecho, llevándose el pezón a la boca. Sus dientes se hundieron en la delicada carne que rodeaba el pezón y su lengua salió disparada, lamiendo la punta.

Sophie echó la cabeza hacia atrás, arqueándose de puro placer cuando él empezó a succionarle el pecho con fuerza. Se agitó salvajemente mientras su boca hacía milagros en su pecho. La mano de Emery moldeó la curva de su cadera antes de posarse en la parte posterior de su pierna, donde su trasero se unía a su muslo. La piel era suave y sensible y

sus dedos la acariciaron, deslizándose hacia adelante y hacia atrás, acercándose cada vez más a su centro desde atrás.

Cuando llegó a sus húmedos pliegues internos, Emery dibujó con la punta del dedo patrones lentos, esparciendo la humedad que allí se acumulaba. Antes de que Sophie lo esperara, él deslizó el mismo dedo en su interior. Ella se arqueó sobre la cama, jadeando. Su reacción lo incitó a acelerar el ritmo. Añadió un segundo dedo y lo introdujo más profundamente.

—Muy estrecho —soltó entre dientes apretados. Emery se movió y se cernió sobre ella mientras un tercer dedo se unía a los otros dos. Los introdujo lenta y suavemente, pero con firmeza, preparándola.

Sus paredes internas se cerraron en torno a sus dedos, intentando empujarlo dentro de ella.

—Emery, por favor… no voy a durar mucho más.

—Está bien, cariño —respiró contra sus labios. Sophie sólo tuvo un momento para sorprenderse por la suave pasión con la que él había hablado antes de oír el movimiento de una cremallera y el susurro de la ropa. Entonces, la cabeza de su polla le rozó el centro.

Quería besarlo, tener su boca en la suya, pero él la miraba, con los labios entreabiertos y la respiración entrecortada. Entonces la penetró. La embestida fuerte y aguda, y ambos compartieron un gemido de placer cuando él salió y volvió a penetrarla, acercando cada vez más sus caderas a las de ella. Durante todo el tiempo que se abrió paso en su interior, sus miradas permanecieron unidas.

Un mechón de pelo dorado le cayó sobre los ojos y le confirió un aspecto juvenil, distinto al del solitario adinerado e insensibilizado que había insistido en que nunca la dejaría entrar en su corazón y en su alma. Ese

hombre herido había desaparecido. El hombre que estaba sobre ella en la cama estaba rebosante de pasión y emoción. Sus ojos color avellana eran cálidos como suaves castañas, y sus labios eran igual de dulces mientras murmuraba tiernas tonterías. Cada vez que salía y volvía a penetrarla, era como volver a casa. Escalofríos de placer comenzaron a irradiar desde el punto en que sus cuerpos se unían. Los brazos de Sophie forcejeaban contra las ataduras, pero Emery la cubría por completo y el contacto piel con piel satisfacía por el momento su necesidad de tocarlo.

El calor vibraba bajo la piel de Sophie en respuesta a cada movimiento de sus caderas. Como una sinfonía, se movieron al compás del otro, encontrando un ritmo que los llevó juntos en espiral por un camino que ambos habían temido recorrer. Sophie no dejó de mirarlo, memorizando las sombras y la luz de la luna y la sensación de su corazón latiendo salvajemente contra el de ella. Emery se sacudió y su ritmo se volvió repentinamente más frenético, más desesperado.

—Córrete por mí, cariño, no voy a durar, yo… —él maldijo en el mismo momento en que el propio cuerpo de Sophie desató la pasión salvaje que había estado encerrada en su interior durante años. Estalló fuera de ella en todas direcciones y un pequeño grito de sorpresa y placer escapó de sus labios trémulos. Se aferró con fuerza al cuerpo de Emery mientras él la seguía hasta el límite.

Habían hecho el amor. Había sido lo más intenso que ella había sentido en su vida. Emery dejó caer la cabeza entre los hombros y el cuello de Sophie, besando su piel con delicadeza. Ella movió su miembro semiduro, aún en su interior. Lo que habían hecho… nunca podría deshacerse. ¿En qué había estado pensando ella?

Se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó para apartarlas. Emery levantó la cabeza, frunció el ceño y le cogió la mejilla.

—¿Fui demasiado brusco?

Ella consiguió sacudir la cabeza.

—Quería durar más, Sophie. Lamento no haberlo hecho —él deslizó un pulgar por su labio inferior, con las mejillas ligeramente encendidas.

—No —lo distrajo—. Ha estado bien, has estado… —una sonrisa se dibujó en su cara—. Has sido lo mejor que he tenido… que *tendré* —añadió con más tranquilidad.

—¿Y eso justifica las lágrimas? —Emery capturó una gota perdida junto a su mejilla y la limpió, meciendo suavemente su cuerpo al mismo tiempo, y Sophie gimió. Su vagina seguía estrujándose y estremeciéndose a su alrededor tras el clímax más devastador y perfecto de su vida.

—¿Qué sucederá cuando lo nuestro llegue a su fin? Tenemos que separarnos, ya lo sabes. Odiaré saber que he dejado esto atrás —susurró ella.

La cara de Emery se oscureció con una emoción oscura que Sophie no pudo leer, luego desapareció y bajó la cabeza para capturar su boca.

Justo antes de que sus labios capturaran los de ella, volvió a hablar:

—Aférrate a este momento; no pienses en el mañana. Sólo quédate conmigo.

Sophie se entregó, entregó su corazón y todo lo que había mantenido en secreto toda su vida. Él la poseía, y ella no tenía fuerzas para preocuparse, no esta noche.

# Capítulo Catorce

EL AGENTE DETUVO SU COCHE Y SE ACERCÓ AL NIÑO, OBSERVANDO SU CUERPO ESQUELÉTICO Y LOS GRAVES HEMATOMAS QUE PRESENTABA EN LA CARA, ASÍ COMO UN PROFUNDO CORTE A LO LARGO DE LA BARBILLA.

—*New York Times*, 30 de septiembre de 1990

Cody se recostó en el asiento del conductor de su coche, reflexionando sobre su próximo movimiento. La gente llenaba las aceras mientras recorrían el pueblo costero en busca de una cena tardía y otros entretenimientos nocturnos. Volvió a centrar su atención en el teléfono. A primera hora de la tarde había encontrado un micrófono oculto en su oficina. El minúsculo rastreador de uno de los nuevos prototipos de Emery para detectar micrófonos se había activado. Cody había estado jugando con el nuevo dispositivo y había localizado el micrófono, alojado en una pequeña grieta de madera cerca de la ventana. Cody se tomó su tiempo para quitarlo y no dar ninguna pista al instalador de que lo había encontrado. Era hora de dejar de jugar limpio con el otro bando. Quienquiera que fuese ese cabrón, había destrozado los establos de Emery y casi lo había matado a él junto a Sophie.

Naturalmente, Cody hizo lo que mejor sabía hacer: había anulado la conexión de la señal e instalado un programa de rastreo en su teléfono. Eso lo llevó a la ciudad, pero entonces la señal se había cortado abruptamente. Cody no era como Emery y Hans. No pensaba de forma defensiva, sino más bien ofensiva. Era un hombre de tecnología. Su comprensión de las personas se basaba en la tecnología que utilizaban. *Por ejemplo, este tipo,* pensó Cody. *Coloca un micrófono, entonces la señal se detiene... ¿por qué?*

No podía entenderlo. ¿Por qué plantar una herramienta si dejabas de usarla?

Algo no estaba bien. Para ser honesto, nada se había sentido bien desde que Emery había traído a Sophie a casa. Casi desde el momento de su llegada, Emery había vuelto a tener pesadillas, graneros habían sido quemados y las amenazas del pasado parecían haber resurgido. Había revisado personalmente cada centímetro de la vida personal de Sophie desde el momento de su nacimiento hasta ahora, y no había encontrado ninguna conexión con el secuestro de Emery. Entonces, ¿por qué su llegada había iniciado una cadena de malos acontecimientos? Cody había aprendido a leer a la gente a una edad temprana y no creía que Sophie fuera parte de un complot para matar a Emery o algo por el estilo. Según ella, estaba aquí para salvar la vida de Emery. Pero él no podía descartar la sensación de que su aparición había provocado el inicio de algo malo.

El ligero tintineo de la lluvia en la ventanilla de su coche hizo que Cody se estremeciera. Prefería estar de vuelta en la mansión y no bajo la lluvia. La señal de un bar cercano llamó su atención. Podía beber algo y mantenerse seco mientras esperaba a que volviera la señal.

Guardó su teléfono en el bolsillo y salió del coche. La gente corría a su lado en la calle, intentando entrar mientras la lluvia arreciaba. Se mezcló con la multitud que se dirigía al bar. El interior era cálido y ruidoso. Un hombre con una guitarra rasgueaba perezosamente y entonaba una

canción de rock clásica sobre el amor mientras las parejas se arremolinaban en torno a las mesas. Camareras agobiadas, cargadas con bandejas de vasos y botellas, revoloteaban entre las mesas. Cody vio un asiento vacío en la barra y lo cogió. Levantó la mano para llamar la atención del barman. El hombre alto, moreno y de nariz aguileña se acercó dispuesto a coger su orden.

—¿Qué te sirvo? —el tono del hombre era áspero, como si hacer su trabajo fuera una irritación.

—Whisky con hielo.

El camarero cogió un vaso vacío, lo llenó de hielo y sirvió un poco de whisky antes de entregárselo a Cody.

Cody se apoyó en la barra y dio un trago. El local estaba lleno de turistas felices y lugareños inquietos. La combinación llenaba el ambiente de energía. Ansiaba participar, pero no conocía a nadie. Por mucho que amara su mundo privado tras las puertas de Lockwood, necesitaba salir. Conseguirse una vida. Hans siempre le decía que necesitaba una novia. Quizá tenía razón. Al menos, acostarse con alguien de vez en cuando estaría bien.

Bebió otro sorbo. Frunció el ceño y se lamió los labios. Un sabor fuerte le entumeció la lengua. Era curioso, hacía tiempo que no bebía whisky, pero no recordaba que supiera a…

De pronto, el mundo a su alrededor giró sobre su eje. La inclinación lo pilló desprevenido y cayó de espaldas contra la barra.

—¿Estás bien? —la voz grave del barman parecía rebotar en su cabeza, y el sonido era ensordecedor.

Cody parpadeó, esforzándose por volver a enfocar su visión borrosa. El tipo había salido de detrás de la barra y lo estaba mirando.

—No puedo… no puedo… —Cody sentía la lengua demasiado gruesa para formar palabras, y sus extremidades comenzaron a pesarle demasiado.

—Deja que te ayude. Te conseguiré un taxi —el barman se inclinó, deslizó un brazo por sus hombros y lo levantó sobre unas piernas tambaleantes. Abriéndose paso entre la multitud, el hombre lo arrastró hasta un sedán negro.

No era un taxi. Las náuseas le corroían las entrañas, y la sensación de asco se duplicó cuando el hombre abrió la puerta y lo empujó con fuerza. Cody se precipitó hacia el oscuro interior y aterrizó en el asiento trasero. El hombre levantó sus piernas y las metió en el vehículo antes de cerrar la puerta de golpe. Cody luchó por mantenerse despierto, pero la oscuridad y el silencio golpearon repetidamente el interior de su cerebro y entonces todo se volvió negro.

CODY SE DESPERTÓ CON EL INTENSO DOLOR DE UNA CUERDA hiriéndole las muñecas y los tobillos. Con la cabeza palpitante y el cuello dolorido, maldijo suavemente y se obligó a abrir los ojos. Los párpados le arañaban los ojos como papel de lija, y tenía la boca seca y pegajosa.

—Bienvenido a la fiesta, Cody —retumbó una voz áspera desde algún lugar a su derecha.

Cody giró bruscamente la cabeza en esa dirección y dirigió una mirada agotada al barman.

—¿Quién demonios eres?

—Soy un buen amigo de Emery —el hombre echó la cabeza hacia atrás, apartando el largo y ondulado pelo negro de sus fríos ojos oscuros. Cody no le temía a muchas cosas, pero esos ojos… eran como mirar el fuego del infierno.

—Tú eres el imbécil que provocó el incendio de los establos de Emery —tenía sentido. Este imbécil estaba jugando con él para vengarse de Emery.

—Más insultos y perderé el interés en ser cortés.

Una risa brotó inesperadamente.

—¿Cortés? Hijo de…

*¡Crack!*

La cabeza de Cody retrocedió violentamente con el golpe. Su rostro empezó a llenarse de sangre y el dolor de cabeza, que acababa de empezar a disminuir, volvió a resurgir. Sorbiendo la sangre que caía por su garganta desde la nariz, intentó recobrar la compostura. Observó su entorno. Era una habitación estéril iluminada por una lámpara de techo colgante. Había un ordenador portátil abierto y encendido, sobre una mesa barata colocada en un rincón. El brillo de la pantalla se burlaba de él. Su único aliado estaba fuera de su alcance.

Su captor estaba sentado a horcajadas en una silla de metal a su lado, con los antebrazos apoyados en el respaldo, a una distancia que le permitía golpearlo con facilidad.

Cabrón. Maldito cabrón.

—¿Demasiado asustado para hablar, Cody? Tenía la sensación de que eras pura palabrería y nada de acción — la forma en que el hombre pronunciaba su nombre era casi ofensiva, como si disfrutara usándolo. Bueno, noticia de última hora para él, Cody no era un mariquita y, a menos que este tipo empezara a cortar partes del cuerpo, no iba a revelar información en un futuro cercano.

—Vale. Hablaré. Tú escucharás. Mi nombre es Antonio. Sé mucho sobre ti, Cody. Eres todo un hacker. Mi micrófono me mostró lo hábil que eres. ¿Emery sabe que regularmente hackeas bases de datos del gobierno cuando estás aburrido?

Cody parpadeó. El micrófono había sido diminuto, pero Antonio estaba sugiriendo que había conseguido transmisión de video. Era la única forma de saber qué hacía Cody en sus horas libres.

—Así que entraste en mi oficina después de dejar esa desagradable tarjeta de visita en la cocina —tal vez si podía

mantener a Antonio hablando, averiguaría más sobre el objetivo final del hombre.

Antonio se encogió de hombros.

—Un poco dramático, lo admito. Pero mereció la pena. Sólo desearía que hubiera estado cubierto con la sangre de Fenn. Lástima que no fue así —se levantó y se dirigió a su escritorio, donde había un enorme mazo de metal. Lo cogió, lo hundió en la otra palma de su mano, pensativo, y se volvió hacia Cody con una sonrisa malévola. Con pasos lentos y mesurados, el hombre volvió al círculo de luz amarilla y repugnante de la única lámpara de techo.

—Ahora, tengo algunas preguntas que necesito que respondas. Coopera y seremos grandes amigos. Quédate callado y me temo que tu carrera como mecanógrafo durará poco —la mirada negra de Antonio descendió hasta las manos de Cody.

*¡Diablos, no!* Cody saltó en la silla, sólo para sentir un corte más profundo de las cuerdas alrededor de sus muñecas. ¡Este asqueroso iba a pulverizarlo con el mazo!

—¿Quién es la chica que comparte la cama de Emery?

Cody dudó sólo un segundo, considerando si la información perjudicaría a Sophie. El trabajo de la chica era de dominio público.

—Es periodista de investigación.

Antonio digirió esto con aparente interés mientras escrutaba el rostro de Cody.

—¿Y Emery sabe quién es ella?

Cody asintió. ¿Quién demonios era este tipo? Antonio era alto, tenía la complexión de un defensa y parecía lo bastante peligroso como para competir con Hans. Pero mientras Hans se comportaba con un tranquilo sentido del poder, este hombre parecía gloriarse en él. Con cada movimiento de Cody en las cuerdas, Antonio crispaba los labios, como si disfrutara viéndolo luchar.

Tenía que pensar en algo rápido.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Su captor acarició pensativamente la cabeza del mazo.

—Adelante.

—¿Qué sucedió con Fenn la noche que Emery escapó? — había muchas probabilidades de que esta pregunta consiguiera matarlo cuanto antes, pero quería confirmar su sospecha de que había sido Antonio quien había secuestrado a Emery y a Fenn.

—En realidad, esa es una pregunta cuya respuesta también me gustaría conocer. No puedo terminar el trabajo para el que fui contratado hasta que encuentre a los dos gemelos. He pospuesto matar a Emery durante años, esperando que Fenn lo contactara, que revelara su paradero. Pero ahora no tengo que preocuparme. Por fin lo he encontrado.

Los oídos de Cody se llenaron de un zumbido agudo, y las palabras brotaron.

—¿Fenn está vivo?

El rostro de Antonio se ensombreció y sus ojos se entrecerraron.

—Basta de preguntas. ¿Por qué Emery llevó a casa a una periodista? Nunca lleva mujeres a casa. ¿Qué está tramando?

Cody calculó el riesgo de decir más de lo que debería. Había una posibilidad de obtener respuestas a más preguntas. Como el hecho de que Fenn Lockwood aún podría estar vivo…

—Emery va a contarle lo del secuestro. Como compensación, él está teniendo sexo.

Antonio se rio.

—Qué respuesta tan poética, Cody. ¿Esperas que los tortolitos acaben juntos? ¿Como en un cuento de hadas? — su risa se volvió áspera—. ¿No sabes que los cuentos de hadas son cosas horripilantes? ¿Violentos, sangrientos? El príncipe encantador siempre pierde a sus compañeros en la última batalla. Continúa solo. Y tú no eres el príncipe de este cuento.

Esas palabras fueron la única advertencia que recibió antes de que el mazo cayera sobre su mano derecha.

Un grito salvaje abandonó sus labios y sus huesos parecieron estallar de su mano y hacerse pedazos. La adrenalina se disparó, provocándole más pánico, y luchó por respirar. Echó la cabeza hacia atrás, cogiendo aire mientras el dolor se expandía desde su mano. La sangre le golpeaba los tímpanos y le impedía percibir más sonidos que el rugido constante de su cabeza. Sólo cuando la mano del otro hombre se clavó en su pelo, tirando de su cabeza hacia atrás, se percató de que Antonio le estaba hablando. Los labios del hombre se movían y Cody los miró fijamente, intentando entender lo que decía.

—Nos espera una larga noche, Cody. Te sugiero que dejes de gritar o te quedarás afónico mucho antes de medianoche.

Su grito, que al parecer no había cesado, se detuvo bruscamente ante las palabras de Antonio.

—¿Qué pasará a medianoche? —preguntó con la respiración entrecortada mientras el dolor de su mano seguía gritando en silencio por sí solo. Quería vomitar… no, *iba* a vomitar… El dolor comenzó a ascender, extendiéndose por todo su cuerpo. Tenía la mano ensangrentada y no podía dejar de mirar la extraña forma en que los fragmentos blancos de huesos rotos sobresalían de su piel en ángulos extraños.

—Los carruajes vuelven a ser calabazas, los caballos se convierten en ratones, y yo te degüello y te dejo en algún lugar para que Emery te encuentre.

*Mierda. ¿Qué demonios respondo a eso?*

Las agitadas entrañas de Cody se quedaron inmóviles mientras una decidida concentración que nunca antes había experimentado se apoderaba de él. *Separa el dolor del pensamiento,* la voz de Hans resonó en su cabeza.

—¿Qué hora es? —preguntó, sorprendido por el acero de su propia voz, aunque las palabras brotaran entre jadeos.

Hans estaría orgulloso.

Antonio consultó su reloj.

—Las once.

Cody miró el ordenador y sonrió a pesar de la agonía que recorría sus extremidades como una corriente eléctrica.

—¿Una hora? Pueden pasar muchas cosas en sesenta minutos.

—Ciertamente. Muchas —Antonio levantó el martillo.

Cody cerró los ojos. *Perdóname, Hans, pero voy a gritar como una niña de diez años.*

HANS SE PASEABA POR EL ESPACIO VACÍO DEL CENTRO DE MANDO de Cody. Años de servicio de protección lo habían dotado de un sexto sentido natural para detectar el peligro, y todo en él gritaba que algo iba mal.

Muy mal.

Cody llevaba fuera casi dos horas. Nunca salía de casa sin informar a Hans de su destino.

El escritorio del chico no mostraba su desorden habitual y solamente había un único aparato sobre la superficie. Un micrófono del tamaño de la cabeza de un alfiler. Hans no era un genio como Cody, pero sabía que ese objeto no era un producto de Industrias Lockwood. Lo que significaba que Cody lo había encontrado. Ese micrófono podía estar relacionado con la persona que había incendiado los establos y dejado el paquete con el zapato. Lógicamente tenía que ser así, pero Hans no sacaría conclusiones precipitadas.

El móvil de Hans zumbó en su bolsillo trasero. Lo cogió y contestó.

—¿Sí?

—Hans, soy Royce. Tenemos un problema. Han secuestrado a Cody —se apresuró a explicar Royce Devereaux. Hans sólo tuvo un momento para pensar en lo afortunado que era Emery por tener un amigo tan leal que veía esto también como un problema suyo.

—¿Qué ha pasado? —exigió.

—Casualmente vi a Cody en el pub Dockside. Él estaba bebiendo una copa y después comenzó a perder el control sobre sí mismo. Como si lo hubieran drogado. Empecé a ir hacia él, pero el barman parecía que lo estaba ayudando. Pero entonces lo vi sacar a Cody del lugar y meterlo en un sedán negro. Intenté llegar hasta ellos, pero la gente del bar estaba alborotada y entré en una pelea a puñetazos intentando salir. Cuando lo logré, el coche ya no estaba.

—Maldita sea —Hans alejó el teléfono de su oreja y lo colocó en su frente mientras cerraba los ojos y respiraba con calma. Devolvió el objeto a su oreja.

—Royce, ¿puedes venir en diez minutos? Hablaré con Emery. Necesitamos a alguien que vigile a la señorita Ryder. Ella querrá ir con Emery y conmigo y él no la dejará.

—Yo puedo cuidarla. Llevaré a Wes. Entre los dos, la mantendremos sana y salva.

—Bien —Hans colgó.

~

La puerta de la habitación se abrió de golpe y Sophie se incorporó en la cama, parpadeando para ahuyentar el sueño. Emery se puso en pie en un instante, con una pistola en las manos, apuntando al pecho de Hans. Maldijo de inmediato, activó el seguro y bajó el arma.

—Maldita sea, Hans, llama a la puerta la próxima vez — Emery se rio suavemente y cogió las sábanas como si quisiera volver a meterse en la cama. Sophie seguía

intentando calmarse, pues el corazón le había saltado a la garganta en un repentino ataque de pánico.

—Royce ha llamado. Dijo que vio cómo secuestraban a Cody en el pub Dockside de la ciudad.

Emery maldijo.

—Voy a vestirme. ¿Tenemos alguna pista?

—Sí. He encontrado un micrófono, no uno de los tuyos, en la mesa del chico. Necesito que inviertas la señal y lo rastrees hasta el dueño. Quizá podamos encontrar a su secuestrador.

Sophie se esforzó por comprender lo que Hans decía, pero Emery ya estaba de pie y en su armario. Se puso unos jeans desgastados que le colgaban de las caderas. Luego cogió una camiseta negra y tiró de ella hacia abajo antes de coger su chaqueta motera de cuero.

—¿Qué estaba haciendo cuando fue capturado? —preguntó Emery.

—No lo sé. Royce dijo que estaba bebiendo una copa y que parecía que alguien había añadido droga en el vaso, porque empezó a tambalearse. Al parecer, el barman fue quien lo acompañó al coche y se marchó con él. Quizá esto tenga que ver con el micrófono que encontré en su mesa. Royce intentó llegar hasta él, pero terminó envuelto en una pelea del bar al salir.

Sujetando la sábana a su alrededor, Sophie salió de la cama, buscando su ropa mientras escuchaba. Tendrían que moverse rápido, y eso significaba que ella necesitaba vestirse inmediatamente.

—Es Antonio, ¿no? —le preguntó a Emery en voz baja mientras se inclinaba para recoger sus propios jeans y un top de su maleta en el suelo.

La expresión oscura en el rostro de Emery fue toda la respuesta que necesitó.

—Probablemente —a pesar de los duros destellos de furia que lo invadían, la piel de Emery estaba más pálida que antes.

Ella tocó su hombro, curvando sus dedos en el cuero de su chaqueta.

—No te preocupes. Encontraremos a Cody —prometió ella.

Finalmente, él la miró, la cogió por las muñecas y la arrastró de vuelta a la cama. ¿En qué estaba pensando al llevarla de vuelta a la cama en un momento así?

—Eh, ¿qué demonios estás haciendo? —exigió mientras la encadenaba al cabecero y la metía bajo las sábanas.

—Lo siento, Sophie, tengo que saber que estarás a salvo y la mejor manera de hacerlo es dejándote aquí.

—¡Emery! ¡Por favor, no me dejes aquí! —luchó, tirando de las esposas hasta que los brazos le dolieron y se agotó de tanto gritar.

Hans miró entre ella y Emery y dijo:

—Royce y Wes se han ofrecido voluntarios para venir a cuidarla mientras encontramos a Cody.

—Bien —Emery le dio un beso en los labios antes de salir de la habitación con Hans. Lo último que vio fue a Emery metiéndose una pistola en la cintura de los jeans y cubriéndose con la camiseta y la chaqueta. Algo en ello le revolvió el estómago.

La había abandonado.

—¡Emery! ¡Cómo has podido! —siguió gritando hasta quedarse afónica.

Él no regresó.

La casa silenciosa a su alrededor era espeluznante, y se sentía como si estuviera dentro de una tumba. Dividida entre la ira hacia Emery por obligarla a quedarse aquí y la preocupación por Cody, no oyó de inmediato los ruidos del movimiento en el piso de abajo.

Voces masculinas subieron las escaleras y atravesaron el pasillo. Sophie se puso tensa. Royce y Wes debían de estar aquí.

—Toc, toc —anunció Royce mientras él y otro hombre entraban en el dormitorio. Ella reconoció al segundo al

instante. Era el dom pelirrojo del club Gilded Cuff. Había tenido a la encantadora sumisa sentada a sus pies mientras acariciaba el pelo de la mujer y observaba a Sophie con leve interés. No con interés sexual, pero sí con curiosidad. Así que éste era Wes. A diferencia de Royce, que tenía un aspecto rudo y atractivo, Wes tenía una mirada penetrante y peligrosa que le recordó a Emery.

—Bueno, bueno, nos encontramos de nuevo —la voz de Wes era grave, sedosa y seductora—. Esta vez de manera oficial. Te estaba admirando la otra noche. Eras un soplo de aire fresco en el club. Es una pena que seas de Emery. Habría estado encantado de instruirte en los métodos de sumisión.

*Apuesto a que sí,* pensó secamente. Sophie se hundió más en la cama, intentando asegurarse de que las mantas no se deslizaran hacia abajo y expusieran su desnudez a los dos hombres.

—¿Podéis quitarme las esposas? —preguntó, intentando sonar lastimera y dulce. Tenía la sensación de que exigir que la soltaran no la llevaría a ninguna parte con estos dos hombres.

Intercambiaron mirada significativa que no presagiaba nada bueno para los planes de Sophie. Entonces, Royce negó con la cabeza.

—Lo siento, cariño. Tenemos órdenes directas de Emery. Debes permanecer donde estás.

Royce y Wes se sentaron en lados opuestos a los pies de la cama. Los labios de Royce se crisparon ante el pequeño gruñido de frustración de Sophie. Wes, sin embargo, levantó una pierna y apoyó los brazos en la rodilla y la miró con aire pensativo.

—Royce ha dicho que estás escribiendo la historia de Emery.

—Bueno… en realidad ya no pienso escribirla. Emery y yo tenemos que tener una pequeña charla sobre eso.

El humor de Royce se desvaneció y se centró en ella.

—¿Has cambiado de opinión?

—Vine aquí con la intención de resolver el secuestro, no sólo de escribir sobre su historia. Pero ayer algún psicópata quemó el establo de Emery por completo y dejó uno de los zapatos de Fenn dentro de la casa como regalo. La historia no importa, al menos no la divulgación de lo sucedido. Lo que importa ahora es resolver el caso y capturar a ese cabrón. Emery está en grave peligro, más peligro del que yo creía. Pensé que yo tendría tiempo de localizar al responsable, pero él ya está aquí y está dispuesto a matar. Estoy segura de que es el mismo hombre que secuestró a Cody esta noche. Por eso debería estar ahí fuera ayudando, ¡no atada a la maldita cama! —espetó.

Los dos hombres intercambiaron miradas.

—¿Crees que sería prudente estar en medio del peligro y que Emery se preocupe por ti? El secuestrador podría capturarte y utilizarte en su contra. ¿Has pensado en eso?

Estúpidamente, Sophie no lo había hecho. Estaba tan acostumbrada a cuidar de sí misma que la idea de que la utilizaran contra alguien le parecía tan… improbable.

—Bueno, eso es lo que preocupaba a Emery, y por eso nos llamó. Así que relájate —Royce soltó una risita—. Seguro que podemos entretenerte durante unas horas —movió las cejas de manera burlona, pero la mirada de Wes seguía mostrando un abierto interés.

Necesitando cambiar de tema junto y hacer desaparecer la intensidad sensual de sus miradas, Sophie intentó otro táctica.

—¿Podemos ver la tele o algo? Esto es muy incómodo con los dos mirándome.

Rezó para que eso le diera tiempo a encontrar la manera de escapar de ellos, o al menos convencerlos de que la liberaran y la llevaran con Emery. De ninguna manera quería quedarse al margen, no cuando sabía que podía ayudar a rescatar a Cody. No era sólo eso. Tenía un mal

presentimiento. Una escalofriante sensación de temor invadió su pecho, se le clavó en el corazón y la agobió.

—Supongo que eso estaría bien. Esta noche hay fútbol —contestó Royce.

Wes seguía observándola con demasiado interés. Su cuerpo era demasiado consciente de ello. Estaba desnuda bajo las sábanas, sus muñecas estaban encadenadas a la cabecera, y había sido dejado sola en una habitación con dos hombres completamente masculinos, los cuales dejaron claro que estaban interesados en ella. ¿Por qué Emery no le había dado tiempo para vestirse antes de encadenarla a la cama si sabía que esos tipos iban a venir?

Sophie no había olvidado el comentario de Royce sobre un trío. Intentó no pensar en cómo sería estar atrapada entre él y Wes, con los cuerpos sudorosos tensándose y los suaves jadeos. Pero tan pronto como la imagen apareció, se desvaneció bajo una imagen más poderosa de Emery. Sus manos sobre ella, su cuerpo aprisionando el suyo, deslizándose dentro de ella, sedoso y duro, invadiéndola una y otra vez.

—Se está sonrojando —anunció Wes. Una de sus oscuras cejas se alzó.

—Probablemente es porque la estás mirando como un lobo hambriento, Wes. Déjala en paz. Es demasiado pudorosa para ti. Le propuse un juego y no lo aceptó. Ella es completamente de Emery —Royce se levantó de la cama y se dirigió a la enorme televisión de pantalla plana instalada en la pared frente a la cama.

—Lástima —el enfoque oscuro de los ojos azul cobalto de Wes era tan intenso como el cielo nocturno e igual de interminable. Él se lamió los labios, una acción tan positivamente seductora que a Sophie se le revolvió el estómago y se le formaron nudos incómodos.

*Sálvame de los hombres apuestos y sexys.* Sophie se concentró en ralentizar la respiración e intentar desterrar el calor de sus mejillas.

Royce estaba buscando el mando a distancia del televisor cuando la puerta del dormitorio se abrió de golpe.

Antes de que Sophie pudiera parpadear, Royce y Wes estaban frente a la puerta, con las armas en alto. ¿Tenían armas? Ni siquiera había visto dónde las habían estado guardando. Cuando por fin volvió la cabeza hacia la puerta, sonrió aliviada. Los dos perros guardianes murmuraron maldiciones y guardaron las armas.

—Hayden, ¿qué demonios estabas haciendo? Pudimos haberte disparado —Wes se acercó a ella. Sus apuestos rasgos eran idénticos a los del amigo de Sophie, y ella se percató con asombro de que tenían que ser parientes. ¿Hermano y hermana?

Hayden Thorne esbozó una sonrisa y se acercó. Era una mujer ardiente y descarada, todo lo que Sophie deseaba ser. Hayden tenía el cuerpo exuberante de una estrella de los años cuarenta, con pómulos altos y ojos expresivos bajo unas elegantes cejas depiladas y una abundante cabellera pelirroja que la hacía parecerse a Rita Hayworth. Era el tipo de mujer de la que Sophie ni siquiera podía estar celosa, porque era demasiado amable y leal, y al mismo tiempo una pateadora de traseros. Era una chica estupenda y, desde el momento en que se topó con Sophie en la ciudad hacía unas semanas, se habían caído bien al instante.

Hayden se echó el pelo por encima de los hombros, ignorando las furiosas miradas de ambos hombres.

—Hola Sophie, he oído que necesitabas ser rescatada de mi hermano y su colega —sólo entonces lanzó una mirada mordaz a Wes y Royce.

—Oye, no soy un colega. Yo solía ser tu niñero —Royce la fulminó con la mirada. Hayden le lanzó una sonrisa malvada, como si hubiera pasado toda su vida burlándose de él.

—¿Niñero? No fuiste mi niñero. Solamente te sentabas encima de mí. Recuerdo perfectamente que me empujabas la cara contra la tierra y me tirabas del pelo. Uno nunca

sabría que eras once años mayor que yo, no por la forma en que actuabas —pasó junto a ellos y colocó una rodilla en la cama para alcanzar las muñecas de Sophie.

—Espera un maldito minuto… —refunfuñó Wes en voz baja y en tono de advertencia.

De pronto, Hayden tenía una pistola paralizante apuntando al pecho de su hermano.

—No intentes detenerme, Wes. He tenido un día muy largo y electrocutaros a ti y a Royce me daría demasiado placer.

Royce retrocedió un paso, poniéndose fuera de su alcance.

—Tu hermana parece que habla en serio.

—Hayden, te arrepentirás de haberme hecho enfadar —el tono de Wes era suave y peligroso. Cruzó los brazos sobre el pecho, un movimiento que a Sophie le recordó a Emery, y su corazón volvió a latir rápidamente presa del pánico. Estaban perdiendo el tiempo discutiendo. Tenían que llegar hasta Emery y Hans.

—¿Ah, sí? ¿Qué vas a hacer, Wes? Nada es más importante que liberar a Sophie y ayudar a Emery. Vosotros sois demasiado testarudos para daros cuenta de que esto es una trampa. Él y Hans van a ser asesinados a menos que podamos llegar a tiempo.

—¿Y cómo sabes qué está sucediendo con Emery? —exigió Wes a través de dientes apretados. Sophie no solía asustarse, pero admitió que Wes la ponía un poco nerviosa. Hayden simplemente se encogió de hombros ante el evidente enfado de su hermano.

—Puse un micrófono en tu teléfono hace meses. Interesante sexo telefónico, por cierto. *Ugh* —Hayden se estremeció de forma dramática pero mantuvo su pistola paralizante apuntándole mientras usaba la otra mano para abrir las esposas de Sophie con una pequeña llave. Sophie no pudo evitar preguntarse por qué Hayden tenía una llave de repuesto preparada.

—Me aseguraré de empezar cada conversación con algo inapropiado —murmuró Wes.

Royce se rio, con una encantadora sonrisa ladeada en la cara.

—Así que Hayden, siempre te vi como una sumisa enérgica. No me digas que en secreto eres una dom.

Wes envió una mirada oscura y fulminante a su amigo.

—¿De qué estás hablando?

Toda la valentía de Hayden se derrumbó ante la estruendosa pregunta de su hermano. Su suave piel se tornó cenicienta. Royce tragó duro y apartó la mirada con culpabilidad.

—Hayden, ¿de qué está hablando él? —Wes comenzó a avanzar hacia su hermana, con un brillo de castigo en los ojos.

Sophie eligió ese momento para intervenir.

—Eh, Wes, no quiero ser grosera, pero ¿podemos hablar de esto más tarde? Emery está en peligro, ¿recuerdas? —se deslizó fuera de la cama, recogió su ropa, y sostuvo la sábana con un puño doblado en sus hombros.

En el momento en que cerró la puerta del baño detrás de ella, oyó gritar a Wes.

—¿Qué quieres decir con que mi hermana es un miembro de The Gilded Cuff?

Sophie hizo una mueca de compasión por Hayden.

Ese pequeño secreto había salido a la luz.

Mientras se vestía, con la esperanza de que alguien supiera cómo encontrar a Emery, el vacío en su interior anunciaba un desastre. Algo horrible iba a suceder.

# Capítulo Quince

El niño fue rápidamente identificado como Emery Lockwood. El agente envolvió con una manta los delgados hombros del niño y lo metió en la parte trasera del coche patrulla, asegurándolo cuidadosamente en su interior antes de buscar en los bosques de los alrededores a los sospechosos y al otro niño desaparecido.

—*New York Times*, 30 de septiembre de 1990

—Estoy impresionado, Cody. Has soportado mucho más de lo que esperaba. Un hombre más débil no podría hablar con una pierna, unas costillas y una mano fracturadas —el acento de Antonio se había endurecido tras el calor de la tortura—. Tal vez debería haber empezado cortando en vez de destrozando —levantó un cuchillo de caza. La luz amarilla de la lámpara de techo destelló sobre la reluciente cuchilla plateada.

A Cody no le gustó haber impresionado al cabrón. El dolor le nublaba el cerebro, haciéndole desear haber muerto hacía una hora. Pero, maldita sea, seguía encontrando fuerzas en alguna parte. Entre cada golpe devastador, conseguía recuperarse y mantenerse coherente. Por supuesto, era más consciente del dolor que sentía.

Si Hans hubiera estado aquí, le habría dicho a Cody que encontrara su lugar zen. *Mentira.* Hans era hombre muerto si Cody sobrevivía a esto.

Había lágrimas deslizándose por sus mejillas, uniéndose al sudor frío que había invadido su cuerpo en los últimos diez minutos.

¿Estaba entrando en estado de shock?

Eso esperaba; cualquier cosa sería mejor que su sensación justo ahora.

—Falta media hora para medianoche —Antonio consultó su reloj y se levantó de la silla—. Bueno, debo ver algo antes del gran final —su mirada se posó en las ataduras de Cody, y esbozó una sonrisa malévola—. No vayas a ninguna parte —la mirada era tan cruel, tan llena de maldad, que el pulso frenético de Cody se disparó a la velocidad de un rayo. Tuvo que mantener la calma.

—Jaja —graznó. Hacía tiempo que había perdido la voz debido a los gritos.

Antonio se apartó de la mesa en la que había estado apoyado.

—Diría que ha sido un placer conocerte, Cody, pero me temo que siempre fuiste un medio para un fin. Emery vendrá a por ti. Sin duda está rastreando el micrófono que dejaste atrás. Y cuando llegue, mi trampa se cerrará bruscamente —chasqueó los dedos, y el sonido resonó con fuerza en las paredes blancas vacías.

—¿Qué?

—¿No te lo había dicho? —el rostro de su captor se transformó en uno de inocencia fingida—. Este almacén está preparado para explotar diez minutos después de medianoche. Emery llegará justo a tiempo para encontrarte y no podrás avisarle. Pensará que tiene una oportunidad de salvarte y sacarte de aquí, pero no la tendrá. Matarlo con esperanza será mi mayor placer.

Cody no podía respirar. Le ardieron los pulmones cuando jadeó.

—¿Qué pasó con el plan de cortarme la garganta?

—Esto es mejor. Ese infeliz me ha mantenido ocupado durante los últimos veinticinco años. Por fin puedo entrar en acción. Ahora sé dónde está Fenn y, después de que Emery muera, podré abandonar esta isla y seguir con el plan original.

¿Fenn? Cody no se atrevió a creer lo que estaba oyendo.

—Ya que voy a morir, contéstame a una pregunta. ¿Dónde está Fenn?

Antonio lo estudió un largo momento. Cody se sentía como una vaca dirigiéndose al matadero.

—Colorado.

—Mierda —murmuró Cody. El gemelo de Emery estaba vivo. ¡Fenn estaba vivo! La esperanza brotó en él como un claro manantial lleno de agua fría y vigorizante. Tenía que sobrevivir, tenía que decírselo a Emery.

—Morirás, Cody Larson. No seas tan tonto como para pensar que saldrás vivo de esto. Me quedaría a ver los fuegos artificiales, pero tengo un vuelo a Colorado mañana a primera hora.

Cody respiró hondo. Después de todo el dolor, la agonía, la insoportable tortura, él estaba consiguiendo un avance, pero iba a morir antes de poder avisar a Emery.

El destino era una perra cruel e hipócrita.

Antonio le lanzó una última mirada maliciosa y divertida antes de salir de la habitación. Cody contó cinco minutos antes de intentar moverse. Durante la tortura, Antonio le había atado las manos a la espalda con la cuerda que sujetaba su cintura, y le había dejado los pies libres. Con una pierna rota, probablemente fue inteligente hacerlo en ese momento; Antonio seguramente pensó que Cody no podría dar patadas ni huir. Cody se concentró en retorcerse hasta que su mano izquierda se deslizó en el bolsillo trasero de sus jeans. Sus dedos se cerraron alrededor de su pequeña navaja suiza. Abrió la cuchilla más grande y cambió el ángulo de su agarre para empezar a cortar las

cuerdas que le ataban las muñecas. Maldijo cuando la cuchilla le rozó el talón de la mano fracturada. Finalmente, la cuerda se aflojó y cayó alrededor de su cintura.

Era libre. Ahogó un gemido cuando la sangre corrió a su mano herida. Con todas las fuerzas que le quedaban, se arrastró hasta ponerse en pie, intentando no mirar el ángulo torcido de su pierna destrozada. Cody se desplomó en la silla junto a la mesa y presionó el botón de encendido del ordenador para activar la pantalla. No había tiempo para revisar las cosas que Antonio guardaba aquí. Cogió la navaja, guardó la cuchilla en su sitio y sacó la memoria USB. Hizo clic y él abrió el drive. Sólo había un archivo en la tarjeta memoria. Un programa que él había diseñado, llamado “Eco”. Copiaría todo el disco duro a gran velocidad y haría una copia de seguridad en la nube. Él sería capaz de ver todo lo que Antonio había estado haciendo.

—Vamos —gruñó mientras el programa empezaba a ejecutarse. Miró el reloj e hizo una mueca. Faltaban diez minutos para medianoche.

En cuanto todo estuvo listo, sacó el USB de un tirón. Fue entonces cuando se percató del pequeño icono en la parte inferior de la pantalla. Otro programa se estaba ejecutando. Hizo clic en él y se quedó sin aliento. Se trataba de una cuenta regresiva. Sólo que no era la cuenta atrás hasta medianoche, sino hasta la detonación.

Cinco minutos.

—¡Mierda! —salió disparado de la silla, conteniendo un grito de dolor cuando su pierna rota no soportó el peso. Si conseguía arrastrarla detrás de él, podría salir cojeando de aquí. Antonio no iba a volver. Nadie estaría aquí para detenerlo, si tan solo pudiera salir a tiempo…

Sus ojos estaban empañados de lágrimas mientras el dolor y el miedo rugían en su interior como los fuegos de su propio infierno personal. Su maldita pierna… no podía… no podía…

Su cuerpo lo traicionó justo al otro lado de la puerta y cayó.

*Lo siento, Emery.*

—¿Qué es este lugar? —preguntó Emery mientras Hans y él aparcaban delante de una oscura fábrica de dos plantas a las afueras de la ciudad. Las ventanas estaban llenas del humo gris de la contaminación de la fábrica. Una pálida luz amarilla sobresalía en el mar de cristales oscuros. Una figura pasó junto a la luz, llamando la atención tanto de Emery como de Hans.

—Es una de las antiguas cervecerías, creo —Hans sacó su pistola.

Emery miró su móvil, concentrado en el punto parpadeante. La señal del micrófono del escritorio de Cody procedía del interior.

—Vamos. No tenemos tiempo que perder. Cody podría estar en el interior —Emery no dijo lo que ambos estaban pensando. Quizá ya estaba muerto y habían llegado demasiado tarde.

Hans y él salieron del coche y se dirigieron hacia la oscura fábrica de cerveza. La puerta principal estaba cerrada, pero Hans apuntó con su Beretta a la cerradura y disparó. Habían querido contar con el elemento sorpresa por si el secuestrador de Cody seguía por allí, pero no había tiempo.

La planta principal de la fábrica estaba vacía y silenciosa. Unas solitarias escaleras conducían al piso superior, el lugar donde habían visto la luz al bajar del coche. Hans iba al frente, con el arma preparada. Avanzaban juntos, silenciosos como depredadores rastreando a su presa. Tras años de convivencia con Hans, Emery había adquirido la habilidad de su guardaespaldas

para moverse rápida y silenciosamente. Ambos sabían que cualquier ruido que hicieran podría delatar su presencia y hacer que mataran a Cody.

En lo alto de las escaleras, vislumbraron una luz al final del pasillo. Sumergido mitad en la luz y mitad en la sombra, había un cuerpo.

—¡Cody! —Emery maldijo en voz baja y empujó a Hans. Todos los instintos se esfumaron, todo pensamiento racional se desvaneció.

Cody. Era lo único en lo que él podía pensar. Se detuvo y se arrodilló junto a su amigo. Durante un breve segundo, donde su corazón se detuvo, pensó que el joven estaba muerto. Entonces Cody gimió suavemente. Emery lo giró y contempló su cara magullada, su mano destrozada y ensangrentada, y el ángulo antinatural de su pierna.

Quienquiera que hubiera hecho esto lo pagaría. Muy caro.

—Maldita sea, chico, ¿qué ha pasado? —gruñó Hans mientras evaluaba las heridas de Cody.

Los ojos de Cody se abrieron, empañados y desenfocados, mientras miraba entre Hans y Emery. El dolor ensombrecía su expresión mientras se esforzaba por hablar.

—Iros… chicos —luego los ojos se le pusieron en blanco.

—Mierda, está en shock. Tenemos que sacarlo de aquí —Hans cogió el cuerpo de Cody y, de un fuerte tirón, lo levantó por encima de su hombro en una carga de bombero.

—Llévalo al hospital y vuelve a por mí —dijo Emery mientras comprobaba su propia arma y miraba la puerta abierta donde la única fuente de luz se deslizaba desde las sombras.

Hans se detuvo, con dudas y cautela en su mirada.

—Emery…

—Hans, siempre supimos que esto sucedería. No te estoy pidiendo que lo salves. Te lo estoy *diciendo.* Así que

lárgate de aquí.

En ese momento de silencio, Hans lo estudió con una mezcla de orgullo y arrepentimiento. Después de veinticinco años, éste podía ser el final y ambos lo sabían.

—Nos vemos en el otro lado, Emery.

—Sí —suspiró Emery, y dio la espalda a su guardaespaldas y a su amigo herido. Levantó el arma y entró en la habitación, asegurándose primero de las esquinas, como Hans le había enseñado. Estaba vacía, salvo por una mesa, dos sillas y un ordenador. Una única lámpara colgaba del techo, la única fuente de luz de la habitación, a excepción del ordenador. No era una de las máquinas de Cody, lo que significaba que pertenecía al secuestrador.

Emery no se detuvo a pensar, sino que corrió hacia el ordenador y empezó a sacar archivos. Un icono rojo parpadeante en la parte inferior de la pantalla lo distrajo. Intentó cerrar el programa, pero la ventana se abrió. Unos números rojos parpadeantes mostraban una cuenta regresiva.

*Veintiocho segundos.*

¿Para qué?

A Emery se le revolvió el estómago. Los vellos de su nuca se erizaron en señal de advertencia y el recuerdo de Cody jadeando, “iros chicos” resonó en su mente.

Era una trampa.

Echó la cabeza hacia atrás y miró al techo, respirando hondo. Lo que vio sobre él hizo que su corazón se detuviera. Una tonelada de paquetes de C-4 estaban sujetos a las vigas metálicas.

*Veintiún segundos.*

—¡Maldita sea! —empujó la silla hacia atrás y se puso en pie, recuperando por fin la capacidad de movimiento. No conseguiría salir de aquí a tiempo. Corrió hacia el pasillo, mirando las estrechas escaleras. Tardaría demasiado. Movió la cabeza en otra dirección. Había una ventana al final del pasillo, a unos cuatro metros. Emery se acercó a la

ventana y miró hacia abajo. Había un tanque gigante con agua debajo de la ventana.

Con una sonrisa seria, volvió a trotar hasta el final del pasillo y, sin pensárselo dos veces, corrió directamente hacia la ventana. Un segundo antes de alcanzarla, saltó y colocó el cuerpo en una posición de cuclillas para protegerse mientras atravesaba la ventana. El cristal y la madera de los cristales lo atravesaron, y hundió la cabeza y levantó los brazos, cerrando los ojos.

Los explosivos detonaron. Fuego, cristales y piedras lo golpearon por detrás mientras caía. Antes de que sintiera algún dolor, se precipitó al agua, la cual se arremolinó a su alrededor, arrastrándolo hacia sus profundidades, mientras el fuego de la explosión iluminaba el mundo sobre él. Se esforzó por contener la respiración, luchando contra la sensación de ahogo. Con fuertes brazadas, nadó cada vez más hondo, intentando escapar de los escombros que se estrellaban en el agua a su alrededor. Una pesada viga de metal salió disparada hacia abajo y Emery apenas pudo esquivarla. Se enganchó en su chaqueta y tiró de él hacia abajo, clavándolo en el fondo del tanque metálico. Jadeó y las burbujas de aire brotaron de sus labios en pálidas y blancas formas trémulas mientras se agitaban hacia la superficie. Emery luchó por liberarse de la chaqueta, pero sus extremidades pesaban y le resultaban incómodas. Su visión comenzó a nublarse, con destellos de sombras apareciendo en los extremos.

Estar en cualquier sitio menos aquí… Hans y Cody estaban a salvo; tenían que estarlo. Y Sophie. Estaba a salvo en su cama.

Un grito silencioso recorrió su mente ante la idea de no volver a verla. Lo que daría por una caricia más, por una sonrisa más. Por ver sus ojos plateados mirándolo con pasión, con algo más, algo que había tenido demasiado miedo de esperar. Era lo único que importaba ahora, ver el amor brillar en sus ojos. ¿Morir era realmente como

quedarse dormido? Fue escasamente inconsciente de que se estaba desvaneciendo.

# Capítulo Dieciséis

Tras comunicar por radio el hallazgo Emery Lockwood y solicitar refuerzos, el agento registró el bosque. varios coches patrulla, una ambulancia y periodistas acudieron al lugar. La foto adjunta muestra la primera imagen conocida del pequeño Emery Lockwood tras ser rescatado.

—*New York Times*, 30 de septiembre de 1990

El resplandor diabólico de las llamas hacía creer que el horizonte estaba en llamas. El mundo de Sophie se concentró en ese furioso infierno.

—¡Conduce más rápido! —le gritó ella a Royce, quien pisó a fondo el acelerador del Maserati.

Sophie rezó para que llegaran a tiempo.

—Oh Dios —jadeó Hayden desde el asiento trasero—. Es la antigua fábrica de cerveza.

Royce hizo que el vehículo chirriara hasta detenerse en la calle donde había estado la fábrica, lo suficientemente lejos como para evitar que el coche se convirtiera en parte del infierno.

Al saltar del coche, Sophie levantó una mano como para protegerse del calor abrasador. Sus entrañas se estrujaron

y sus instintos le gritaron que Emery estaba en algún lugar dentro de la fábrica de cerveza.

—Ese es el coche de Emery —gritó Wes mientras señalaba hacia el Mercedes aparcado seis metros más adelante.

Sophie corrió hacia el almacén, pero casi tropezó con dos cuerpos envueltos en humo. Se arrodilló y los giró.

Cody y Hans.

Royce, Wes y Hayden se unieron a ella, ayudando a levantar los cuerpos y arrastrarlos lejos del fuego.

Los ojos de Cody se abrieron y luchó por respirar.

—Sophie… bomba… —tosió violentamente y no pudo decir nada más antes de volver a caer inconsciente.

—¿Bomba? —Sophie y Hayden hablaron al mismo tiempo. Todos se volvieron para mirar hacia la fábrica en llamas.

Algo salvaje y feroz surgió en su interior. Una bestia de rabia y dolor rugía en lo profundo de su corazón. Sabía que Emery seguía dentro, agonizando, quizá ya muerto. Pero no podía quedarse mirando.

Nunca más.

Ella lo encontraría, o moriría intentando sacarlo.

Sophie se levantó y corrió hacia el edificio en llamas. El humo negro se enroscaba entre las llamas, las cuales recorrían caminos destructivos para bloquearle el paso. Pero no importaba. Cruzaría las llamas del infierno por él.

Los otros gritaban, y sus voces eran lejanas y apagadas. Sophie no escuchaba. La puerta de la cervecería estaba abierta, colgando parcialmente de su gozne inferior, y ella estaba muy cerca.

Unos brazos fuertes la rodearon por la cintura y la hicieron retroceder varios metros. Gritó, arañó, luchó salvajemente por liberarse. Emery estaba allí. No podía dejarlo morir solo. Tenía que sacarlo, tenía que salvarlo.

Sophie no había salvado a Rachel. No había forma de que ella sobreviviera fallándole a alguien más.

En medio de su lucha de pánico, notó que era Wes quien la mantenía cautiva.

—¡Maldito seas! ¡Suéltame! —gritó, estirando las piernas y los brazos para liberarse, pero él no la soltó, ni siquiera cuando su codo le golpeó el ojo.

—Morirás. Él nunca me lo perdonaría —gruñó mientras luchaba por contener sus extremidades agitadas.

—¡No! Tengo que encontrarlo. Él no puede… no puede estar solo.

Sophie intentó clavarle el codo en el costado, pero él giró el cuerpo y ella falló.

La cervecería se sacudió y parte del tejado se derrumbó, bombardeándola con una nube de humo espeso. Él la arrastró hacia atrás otros tres metros y, sólo entonces, ella se quedó sin fuerzas.

A su alrededor, el fuego crecía y el humo se arremolinaba en nubes asfixiantes.

Oscuridad, una horrible oscuridad. La única persona en la que había confiado de verdad, desde Rachel, se había ido. En algún lugar entre los escombros yacía el hombre al que amaba.

*Amaba.*

Sí. Lo amaba. Nunca había amado a nadie como lo amaba a él. Había pasado toda su vida siendo una intrusa, con el peso de los secretos y las tragedias agobiándola. Entonces lo había conocido. Él le había quitado esos secretos de encima y le había robado el corazón con su pasión tierna pero feroz e implacable.

Antes de Emery, la vida había sido un bonito sueño, como pasear por un museo y ver el mundo a través de las bonitas escenas y las falsas caras pintadas. Pero no había verdad en eso, sólo fantasías.

Emery era real. Cada sonrisa, cada risa ronca, cada respiración entrecortada que él había exhalado contra su cuello mientras hacían el amor la noche anterior. Eso era real, eso era verdadero. Él era mucho más de lo que Sophie

pudo haber soñado. La había deseado, en su totalidad, incluso las partes de sí misma que ella había intentado ocultar. Nunca olvidaría el brillo del deseo y el orgullo de sus ojos al admirar su cuerpo desnudo. Estaba tan herida, tan marcada, y aun así él la había necesitado.

Nunca había habido ilusiones con él. La vio tal como era y la siguió deseando. ¿Cuántas veces tenía alguien la suerte de encontrar un alma tan afín a la suya que la aceptara y la quisiera sin pretensiones ni expectativas?

Él era la estrella que la guiaba, y lo había perdido. ¿Cómo podía continuar por la vida sin la luz de las estrellas para mostrarle el camino a casa?

—Lo siento mucho, Sophie —susurró Wes. Se le quebró la voz, y el agarre sobre su cuerpo se tensó como si tuviera que aferrarse a alguien. Era extraño cómo la muerte podía unir a dos desconocidos. Ambos lloraban al hombre perdido entre las cenizas.

Wes deslizó una mano por su cara, apartándole el pelo; el toque era reconfortante, fraternal. Ese consuelo sólo empeoró el dolor. Sus brazos alrededor de ella vibraban, como si la tragedia de perder a su amigo lo hubiera hecho perder el control. Las llamas danzantes jugaban con las sombras de su atractivo rostro, creando huecos alrededor de los ojos y bajo los pómulos que hacían que sus rasgos parecieran una macabra calavera. Él inspiró lenta y profundamente, desviando la mirada del fuego. Sophie levantó los ojos hacia los suyos, viendo su propio dolor reflejado en su mirada. Abrió la boca para hablar, sin estar segura de lo que podía decir.

—Wes —gruñó una voz ronca—, aparta tus manos de mi mujer.

Ambos se volvieron para mirar al hombre que emergía del humo y la penumbra al lado de la cervecería. Durante un segundo, Sophie no pudo moverse, no pudo pensar más allá de lo que estaba viendo. Wes apartó los brazos de su cuerpo.

—¡Estás vivo! —jadeó.

Empapado, cortado y magullado, Emery era lo más maravilloso que ella había visto en su vida. Los sollozos llegaron sin previo aviso, y apenas podía verlo mientras las lágrimas la cegaban. Empezó a acercarse a ella, pero Sophie ya estaba allí, arrojándose contra él. Volvieron a caer al suelo. Emery gruñó suavemente y le rodeó la cintura con los brazos, manteniéndola contra él. Sophie hundió la cara en su garganta, inhalando su aroma. Ella seguía ahogando pequeños sollozos, siendo víctima de un ataque de hipo y sintiéndose patética pero incapaz de controlarse.

—Shh… —él deslizó las grandes palmas de sus manos por su espalda, frotándola con movimientos lentos mientras intentaba calmarla. Su pecho estaba caliente y húmedo contra la mejilla de Sophie. El acelerado golpeteo de su corazón contra su oído era el sonido más dulce que ella jamás había oído. Esto no era un sueño. Él estaba aquí, vivo; pero ella no sabía cómo.

—¿Qué diablos ha sucedido, Emery? —Wes se arrodilló junto a ellos y miró a su amigo con evidente preocupación, percatándose de su ropa andrajosa. Sophie enroscó los dedos en su camisa, aferrándose a él. Dos pares de piernas aparecieron cuando Hayden y Royce se unieron a ellos.

—Hans y yo encontramos a Cody. Dijo algo de salir de allí, pero sólo un minuto después encontré la bomba.

Emery respiró lentamente, y la acción levantó su pecho y a Sophie junto con él.

—Era una trampa. El secuestrador de Cody pretendía que yo viniera aquí para poder volar este lugar conmigo dentro —Emery le acarició el pelo y ella lo escuchó mientras hablaba de encontrar a Cody y el portátil.

—El cabrón colocó C-4 por todo el techo. Salté por la ventana y aterricé en un enorme tanque de agua justo cuando explotó. Tuve suerte. Casi no lo consigo. Una de las vigas me inmovilizó. Estuve a punto de ahogarme antes de

quitarme la chaqueta —el agarre de Emery alrededor de Sophie se tensó. Ella presionó los labios contra su garganta, saboreando el agua fría y su piel ligeramente salada.

—A ver si lo he entendido —Royce soltó una risita—. Te libraste milagrosamente de volar en pedazos por todo Long Island, ¿y te preocupó un pequeño ahogamiento?

La risa que escapó de los labios de Emery estaba llena de alivio; su tensión pareció disiparse. Sophie encontró la capacidad de respirar de nuevo.

—Bueno, si lo dices de esa manera… —se levantó para sentarse y se la llevó con él, metiéndola en su regazo mientras miraban a los demás. Hayden tenía los ojos muy abiertos por la preocupación. Ella hablaba mucho, pero era evidente que nunca había sufrido algo así. Una vida protegida solía impedir que uno estuviera preparado para realidades más duras. Sophie sonrió débilmente a Hayden, lo que pareció calmar un poco a su amiga.

Emery miró a su alrededor.

—¿Cody y Hans están aquí? Se me adelantaron unos minutos, pero no sé si salieron.

—Están bastante golpeados —Royce ayudó a Emery y Sophie a ponerse de pie—. No estuvieron muy cerca de la explosión, pero no tuvieron agua que los ayudara. Cody está en mal estado; parece que alguien le ha dado una buena paliza.

Hayden levantó su móvil.

—He llamado a una ambulancia. Debería llegar en cualquier momento —nada más hablar, una ambulancia se acercó rugiendo por la carretera, con las sirenas a todo volumen y las luces encendidas.

—Maldita sea, Emery, eres un afortunado hijo de puta. Me alegro de que estés bien —Royce le dio una palmada en el hombro, provocándole una mueca de dolor—. Lo siento —se rio.

Emery sonrió mientras acariciaba la mejilla de Sophie con la nariz y la abrazaba con fuerza. Volvió a estrecharse contra él, incapaz de resistir la necesidad de tocarlo. Mientras ella lo abrazara, él no podría morir, no podría desaparecer, no podría dejarla sola. La noche anterior había forjado una conexión entre ellos que tardaría años en deshacerse. El miedo y el pánico que había sentido al perderlo casi la habían destruido, lo habrían hecho si él no hubiera salido del humo y la hubiera estrechado entre sus brazos. Como un ave fénix renaciendo de sus cenizas, él había vuelto a ella.

El sol de la tarde entraba por las ventanas del dormitorio de Emery. Las cortinas doradas apartadas a ambos lados brillaban y proyectaban formas cálidas y coloridas sobre la cama. Emery había dormido sólo unas horas antes de despertarse de nuevo. Plagado de preocupaciones y recuerdos, no podía conciliar el sueño, ni siquiera descansar. Todo le resultaba demasiado familiar; el trauma, la tragedia, las heridas. Habían pasado la mitad de la noche en el hospital con la policía, declarando sobre lo ocurrido. Sólo entonces había podido traer a Sophie a casa y llevarla a la cama.

Ella había temblado y se había aferrado a su cuerpo mientras él simplemente la había abrazado durante largos momentos, respirando su agradable aroma y sintiendo los latidos de su corazón contra su pecho.

—Pensé que te había perdido —susurró—. Me estaba muriendo por dentro. Entonces saliste del humo y pude volver a respirar —Emery vio el miedo en sus ojos, el intenso dolor y la lenta comprensión de que no estaba emocionalmente alejada de él, y eso parecía asustarla tanto como la idea de perderlo.

Cogiéndole la cara entre las manos, frotó su nariz contra la de ella en un dulce beso, intentando que Sophie sonriera. Pero cuando lo hizo, tembló.

—Estoy bien, cariño. Estoy aquí, un poco herido, pero bien. Y tú estás a salvo aquí conmigo. Lo superaremos —llevó las manos a su cintura, estrechándola, deseando que cada parte de su cuerpo tocara el de ella. La conexión entre ellos era tan fuerte que Emery sintió que unos hilos invisibles se enroscaban en su corazón y lo sujetaban a esta valiente mujer a la que había llegado a considerar suya, *sólo* suya.

Sophie posó sus labios sobre los de él y su sangre se disparó a todos los lugares adecuados. Dios, la necesitaba, necesitaba sostenerla, poseerla, compartir su persona con ella. Después de pensar que moriría en ese oscuro tanque de agua, inmovilizado, indefenso, ahogándose, juró que lo primero que haría sería quedarse a solas con ella, marcarla como suya y buscar consuelo en sus besos y sus caricias.

—Sophie, te deseo —le murmuró al oído mientras le recorría la columna vertebral con las suaves puntas de sus dedos. La respuesta de Sophie fue tirar de su camiseta, levantándosela de la cintura hasta los hombros. Él dejó que se la quitara y luego tiró también de la suya. Se fueron desnudando el uno al otro, sin prisa pero sin pausa. Sus jeans, luego los de ella… Cuando estuvieron completamente desnudos, la levantó y Sophie le rodeó la cintura con las piernas, apoyando las pantorrillas en sus nalgas, mientras Emery caminaba unos metros hasta la pared junto a la cama. Utilizando la pared y su cuerpo, la aprisionó contra ésta, sosteniéndola con una mano en el culo. Con la otra, colocó el miembro en su entrada. Cuando estuvo listo, lo introdujo con fuerza. Sophie echó la cabeza hacia atrás y él se inclinó hacia ella, besando y mordisqueando la piel expuesta de su cuello y hombro mientras golpeaba sus caderas.

Sentirla a su alrededor; calor húmedo, suspiros entrecortados y gemidos roncos, era una fantasía que nunca antes había imaginado con ninguna mujer. La reclamó, marcándola con sus mordiscos de amor y demostrándose a sí mismo y a ella que estaba muy vivo. Sophie se corrió primero, gritando su nombre, y ese fue el nirvana para sus oídos. Emery gritó cuando su cuerpo pareció derretirse desde el interior al exterior; sus pelotas se tensaron y se corrió dentro de ella. Con cualquier otra mujer, eso habría bastado; la habría dejado ir y se habría marchado.

No con Sophie. Una profunda satisfacción lo invadió mientras permanecía conectado a ella, sintiendo el latido salvaje de su corazón al ritmo del suyo, así como sus alientos y almas compartidas que parecían susurrarse a través de los portales de sus ojos.

—Llévame a la cama —suplicó Sophie, y selló su petición con un tierno beso donde su corazón fue el principal protagonista. A Emery le temblaban las piernas mientras las emociones lo recorrían, pero la llevó hasta su cama y la colocó allí. Con movimientos rápidos pero torpes, apagó las luces y se unió a ella en la cama.

En cuanto la tuvo de nuevo en sus brazos, le hizo el amor por segunda vez. Lenta y profundamente. Se enterró dentro de ella una y otra vez, con los ojos clavados en los suyos mientras se perdía a sí mismo. Sophie se había apoderado de él, le había desgarrado el alma y la había sustituido por algo extraño: calor, compasión, anhelo, la necesidad de no estar nunca sin ella. Era suya y nunca la dejaría marchar. Como un lobo con su pareja, la protegería hasta su último aliento.

Amó la forma en que se quedó dormida mientras él seguía dentro de ella. Ronroneó suavemente, como un gatito contento, y se dejó llevar por el sueño. Le besó la mejilla y la abrazó. Emery consiguió descansar un par de horas, pero la realidad era que no podía dormir.

Le dolía todo el cuerpo. Había sufrido cortes con fragmentos de cristal y, entre la explosión y el fuerte golpe contra el agua, tenía magulladuras por todo el cuerpo. En el hospital habían intentado retenerlo toda la noche, pero como los únicos signos externos de traumatismo eran algunos cortes y magulladuras leves, se enfrentó a los médicos y las enfermeras, luchando por el derecho a irse a casa. Lo único que necesitaba era tiempo para descansar y recuperarse, y no lo haría en una maldita cama de hospital. No estaba seguro de si el mayor daño había sido provocado por el salto a través de la ventana, la caída al agua o la explosión. Aun así, no era nada comparado con el sufrimiento de Cody, quien tenía suerte de estar vivo después de la tortura, y todo era culpa de Emery.

Daba gracias a Dios por Sophie. Dondequiera que ella lo tocaba, el dolor parecía desvanecerse. Era cálida y suave, una presencia curativa. No podía olvidar la expresión de su rostro cuando lo vio salir del humo en la cervecería. Cuando se había liberado de los brazos de Wes y se había arrojado sobre él, Emery la había rodeado, estrechándola contra su pecho como el objeto precioso que era.

Sophie Ryder. Periodista y dulce seductora.

Ella se había infiltrado en su corazón y había grabado allí su nombre.

Su amante se agitó, se acurrucó en su cuello y su aliento le acarició la piel mientras suspiraba y volvía a dormirse.

Si tan sólo no tuvieran que abandonar su cama nunca más. Movió el cuerpo para quedar frente a ella. Su belleza era embriagadora. Su piel era lechosa, más pálida que bronceada, y sus largas pestañas parecían estar recubiertas de oro oscuro. Su cabello claro, color trigo, caía en una masa brillante alrededor de su rostro. Su nariz ligeramente respingada animaba su rostro cuando la arrugaba con disgusto. Sus labios eran de un tono rosa claro con un matiz oscuro que hacía juego con sus pezones.

Él podría dedicar años a acariciarle la boca con las puntas de los dedos, sólo para sentir su textura sedosa.

Sophie se lamió los labios y su lengua rosada se deslizó delicadamente sobre el dedo de Emery. Ahogó una carcajada ante la mirada de desconcierto que ella le dirigió cuando sus pestañas se levantaron.

Anoche podría haber sido muy diferente. Él podría haber muerto. Era curioso, era su segundo encuentro con la muerte y no se había percatado de cuánto tiempo había estado esperando que eso volviera a ocurrir. Como si hubiera vivido años en un horrible inercia, esperando a que la situación se complicara. Aunque todos habían sobrevivido anoche, esto no había terminado. El secuestrador de Cody andaba suelto. Sophie había acudido a él en The Gilded Cuff, advirtiéndole de que podía estar en peligro, y él no la había escuchado. Ella había tenido razón. Antonio había vuelto y quería terminar el trabajo. Todos sus seres queridos, especialmente Sophie, corrían peligro por su culpa.

El pánico lo golpeó como un puñetazo en el estómago. Todos seguían expuestos, demasiado vulnerables. Tenía que sacar a Sophie de aquí. Ella nunca se iría voluntariamente. Era demasiado testaruda. Si él le decía que se fuera, ella no lo haría a menos que fuera por una buena razón. La mujer pensó que podía protegerlo. Tal vez ella se había enfrentado a esos otros criminales con los que había luchado, pero él no la dejaría quedarse y morir por él.

Emery le besó la sien y Sophie se acurrucó más en la curva de su cuerpo. Le gustaba sentirla arropada a su lado, la forma en que se fusionaban.

¿Cómo iba a protegerla?

Se removió inquieta contra él, sus ojos volvieron a cerrarse y emitió un pequeño suspiro. Sus brazos se estrecharon alrededor de su pecho, haciendo que el cuerpo de Emery se agitara. Nunca antes una mujer lo había tentado hasta la locura. Ella había reducido su mundo a un

universo diminuto pero infinito. Una parte de él quería alejarla, eliminar el origen de la confusión que había alterado su entorno cuidadosamente controlado. La otra mitad se negaba a perderla de vista ni un instante. Ella le pertenecía, y él nunca renunciaba a lo que era suyo.

Por mucho que deseara quedarse en la cama con Sophie para siempre, necesitaba volver al hospital y ver a Cody. Hans, por suerte, sólo había sufrido una conmoción cerebral a causa de la explosión y había estado en observación toda la noche. Aunque la policía había apostado un guardia, Wes y Royce se habían ofrecido voluntarios para vigilar las habitaciones por turnos hasta que Emery pudiera llevar a Cody y Hans a casa. Si algo había averiguado de su guardaespaldas era que nunca había que exponerse. Los policías podían ser sobornados, al igual que las enfermeras y los médicos. Sólo se podía confiar en Royce y Wes para vigilar a sus otros amigos.

Emery se separó cuidadosamente de Sophie y se dirigió al baño para ducharse. Ya desnudo, entró en la cabina y abrió el grifo del agua caliente.

Sus manos temblaron ligeramente mientras se frotaba los músculos doloridos y permitía que el agua hiciera su magia. Cerrando los ojos, luchó contra los recuerdos del momento anterior a la explosión, que corrían desenfrenados tras sus párpados. Los números rojos de la cuenta regresiva. El torrente de calor y dolor cuando la explosión lo persiguió hasta el agua oscura. Respiró hondo y se obligó a concentrarse. La policía tenía preguntas y había acordado reunirse con él en el hospital a las cuatro de la tarde. Tenía dos horas.

El mareo se apoderó de él y todo su cuerpo se puso rígido en un intento de sofocar la sensación de mareo. Era como si algo lo apuñalara en la base de la columna vertebral y le produjera violentos escalofríos a lo largo de la espalda. La sensación de su propio ser se apoderó de él.

*Su cara, en el espejo, barba de varios días. Las parpadeantes luces fluorescentes pintaban sombras densas alrededor de sus ojos. El dolor se extendía desde su hombro, una vieja herida provocada por una patada de toro. Otro día, otro día para trabajar hasta que las palmas de las manos se agrietaran y sangraran, otro día para rezar para que el banco no embargara su sueño…*

Emery se recuperó con un agudo jadeo y el pecho le ardió por la falta de oxígeno, así que tuvo que respirar profundamente un par de veces más. Tenía que mantener el control. Estos sueños, estas… visiones, su descenso a la locura, tenían que detenerse. Todos sus seres queridos seguían en peligro. La pregunta era, ¿qué iba a hacer al respecto?

Sophie se despertó en una cama vacía y buscó a Emery entre las sábanas. Una sensación de calor permanecía bajo la palma de su mano. La almohada hundida de Emery parecía solitaria. Lo que echaba de menos era al hombre que debería haber estado a su lado. Se incorporó y buscó en la habitación, ansiosa de verlo.

Aunque Emery se había estremecido de dolor y no debería haberse esforzado, le había hecho el amor, lenta y dulcemente. Cuando ella había protestado, diciéndole que esperara a estar mejor, él había murmurado que tenía que tocarla, besarla, estar dentro de ella, con tanta desesperación que Sophie no pudo negárselo. Fue en ese momento, cuando él se había deslizado en su interior y ella lo había envuelto con su cuerpo, cuando Sophie se había deshecho. Al principio, Emery no se había movido, sólo la había mirado, con el mundo entero brillando en sus ojos. La respiración había quedado paralizada en su garganta, y ella había dejado de existir fuera de ese abrazo, fuera de él.

Todo ello era aterrador pero fascinante al mismo tiempo. Como Alicia ante el espejo, Sophie se había maravillado del cambio en su forma de ver el mundo. Había perseguido un conejo blanco por un sendero inesperado y había conocido al Rey de Corazones. Seguía siendo Sophie, la misma mujer, pero algo en su interior se había liberado de una prisión fría y oscura. El fuego de su pasión y la necesidad de amar y ser amada estallaron en ella sin el estricto control que había tenido antes.

El sexo que había sucedido tras el encuentro de Emery con la muerte había sido alucinante. Ambos habían colapsado en una espiral de extremidades, brillantes de sudor. Él la había abrazado y le había cubierto la cara y el cuello con besos suaves y provocadores que contenían tanta emoción que Sophie había tenido que quitarse las lágrimas de las mejillas.

Sin embargo, ninguno de los dos había sido lo suficientemente valiente como para hablar.

*Te amo.*

Dos palabras cargadas de consecuencias. Hasta que ella se atreviera a decirlas, les daría vida con sus besos, sus caricias y, con suerte, Emery sentiría lo que el corazón de Sophie estaba deseando decirle.

Cerró los ojos y respiró hondo. El leve susurro del agua sobre las baldosas llegó a sus oídos. Curiosa y tímida, salió de la cama y se envolvió el cuerpo con la sábana. La sujetó con un puño por encima de los pechos y se dirigió al cuarto de baño. Abrió la puerta y entró descalza. Dentro de la ducha de cristal, Emery estaba de espaldas a ella. Su piel bronceada estaba plagada de cientos de pequeños cortes y moratones. Apoyaba un antebrazo en la pared y la cabeza en el brazo mientras respiraba lentamente. Parecía tan roto, tan herido. Un puño invisible se cerró alrededor del corazón de Sophie y lo estrujó.

Dejó caer la sábana y se acercó a la puerta. Necesitaba tocarlo, estrecharlo entre sus brazos. Nunca en su vida

había tenido a alguien que le perteneciera, alguien a quien pudiera alcanzar y tocar siempre que lo deseara. Sophie había envidiado a los amantes con semejante libertad. Ser tan abierto con otra persona como para abrazarla, rozar sus labios con los suyos y enlazar sus manos. Era un regalo que a menudo se daba por hecho. Por primera vez, se sentía lo suficientemente valiente con Emery como para abrirse.

Cuando Sophie colocó una mano en su hombro izquierdo, él se relajó y se giró para mirarla. El agua caliente viajaba en tentadores riachuelos por su pecho musculoso y las líneas torneadas de los músculos que formaban sus abdominales. Incapaz de resistirse, Sophie deslizó las palmas de las manos por sus pectorales. Sus músculos saltaron bajo su contacto y la mirada de Emery se concentró en su boca.

—¿Puedo tocarlo así, amo Emery? —le preguntó, casi burlándose de él, mientras seguía acariciándolo. Él le rodeó las caderas y la atrajo hacia la ducha, más cerca de su cuerpo.

—Siempre puedes tocarme, a menos que yo te ordene que no lo hagas —su brusca respuesta y su mirada con párpados entrecerrados la llenaron de deseo y hambre.

Sus palabras encendieron un fuego en ella. Sophie desató todas las fantasías y pensamientos excesivos que había tenido a lo largo de su vida. Un hombre al que tocar, al que besar, un cuerpo hermoso donde posar sus manos, para explorar con deleite y satisfacción. Nunca se sentiría satisfecha. Estar con Emery era tan adictivo como cualquier droga. Nunca tendría suficiente de él.

Él permaneció quieto, con las manos apoyadas en sus caderas mientras ella lo exploraba. Cuando cogió su miembro, acariciando y estrujando la impresionante erección, él suspiró. Su cabeza cayó contra la pared de la ducha. Estaba duro como el mármol, pero su piel era sedosa, y Sophie se maravilló de la sensación del hombre

en sus manos. No se parecía en nada a sus otros amantes. Esos habían sido movimientos torpes en la oscuridad, rápidos y momentáneamente satisfactorios. Ninguna de esas noches se comparaba con un solo minuto con Emery, apasionado o no.

—¡Más fuerte, sujétame más fuerte! —su voz era un gruñido grave que le provocó escalofríos.

Sophie forzó su mirada hacia su cara, sorprendida por su expresión de dolor. Emery la miró fijamente y asintió con la cabeza, dándole ánimos. Tensó la mano en torno a él y continuó acariciándolo. Los dedos de Emery se clavaron en su piel. Ella se balanceó hacia adelante, provocada por las gotas de agua que caían por su cuello. Sophie alejó el agua con su lengua para poder besarle la boca. Emery bajó la cabeza hacia la de ella para facilitarle el acceso a su boca. El beso fue lento, profundo, lleno de calor y ternura y de algo que aterrorizaba a Sophie como para examinarlo de cerca.

Emery se tensó en la palma de su mano y se apartó de un tirón. Una oleada de vergüenza y decepción la atravesó con devastación. ¿Ella lo había hecho mal? Entonces vislumbró la pasión en el rostro de Emery mientras estrujaba la mandíbula y echaba la cabeza hacia atrás, inhalando con dificultad. Giró sus cuerpos, colocándola a ella contra el azulejo y de cara a la pared de la ducha.

—Pon las manos en la pared e inclínate hacia adelante —le ordenó en un susurro gutural.

Sophie obedeció. El agua del cabezal de la ducha le golpeó la espalda, formando una cascada de calor que le recorrió las costillas y el trasero. Emery estaba detrás de ella, introduciendo un fuerte muslo entre sus rodillas y separándole los pies. Colocó la cabeza del miembro en su entrada y empujó hasta el fondo. Sophie se balanceó sobre las puntas de los pies ante la fuerza de su unión y su deliciosa vulnerabilidad. Un gemido de necesidad escapó de sus labios cuando Emery se apartó. Su dura longitud

rozó las terminaciones nerviosas que acababan de despertarse en su interior, y Sophie intentó empujarlo. Él le rodeó la nuca con los dedos de la mano derecha, manteniéndola en su sitio, mientras con la izquierda le recorría los pechos, el monte y los muslos, donde las caderas se encontraban con las piernas. Su agarre la dejó indefensa, pero confiaba en él. Cuando la penetró con tal fuerza que las estrellas explotaron detrás de sus ojos cerrados, Sophie gritó ante el repentino e inesperado placer de la dura penetración.

Emery emitió un ronroneo retumbante de placer mientras la follaba con fuerza. El intenso placer entre ellos se convirtió en una fuerza casi tangible. Luego él se deslizó a un ritmo brusco y lento, como si tuviera todo el tiempo del mundo para poseerla. La sensación del encuentro de sus cuerpos húmedos, los suaves sonidos de la carne sobre la carne, el calor del agua y la sedosa dureza de Emery en su interior la marearon. El clímax que tanto necesitaba estaba al borde de su conciencia. Sus fuertes embestidas, sus dedos penetrantes y sus gemidos compartidos la rodeaban, la llenaban.

—¿A quién perteneces? —le preguntó Emery en un susurro ronco que rebotó en la baldosa y atravesó el chorro de agua para acariciarle los oídos. La excitación de Sophie aumentó y su cuerpo se estrechó en torno a él—. ¿A quién? —rugió de nuevo, y su propio control pareció deshacerse. La castigó con una profunda embestida que le sacudió el trasero. La combinación de placer y dolor la llevó en espiral hacia el éxtasis que se avecinaba.

—Te pertenezco, sólo a ti —jadeó, y Emery se hundió con fuerza en su carne caliente y dispuesta.

Las rodillas de Sophie se doblaron bajo el peso de su clímax. Se desplomó contra la pared de la ducha. Lo percibió vagamente mientras maldecía y embestía una vez más su espasmódico interior antes de unirse a ella en el torrente de felicidad. Le rodeó la cintura con los brazos y la

mantuvo en pie mientras se sacudía a su alrededor. Presionó los labios contra su cuello, pellizcándola y mordiéndola mientras la mantenía en la suave prisión de su abrazo.

—Dios, Sophie… Dios —gimió y finalmente salió, apartándose de su cuerpo, y la giró para que lo mirara.

Sophie cubrió su boca con la suya, impidiéndole decir algo más. Él respondió a su beso con un salvaje apetito que pronto se suavizó. El cosquilleo electrizante que despertó con cada roce pareció intensificarse con el simple beso.

—Me alegro tanto de que estés bien —respiró ella entre besos—. No podría soportar perderte a ti también —¿él podía oír lo que su respiración entrecortada escondía? Lo *amaba*—. No puedes volver a hacer algo así.

Su risa áspera le acarició los oídos y le hizo sentir escalofríos.

—¿Así que ahora me das órdenes?—la azotó con fuerza y ella saltó contra su cuerpo.

Él no iba a distraerla.

—Joder, ya lo creo.

Sophie le clavó las uñas en los hombros en represalia por el escozor de su trasero.

Inclinándose hacia ella, aprisionándola contra la baldosa, los labios de Emery se curvaron en una sonrisa contra su boca mientras le robaba un beso. Cuando Sophie intentó profundizarlo, él se apartó.

—No es que no quiera continuar esta *conversación*, pero tenemos que ir al hospital. Necesito que cuides de Cody mientras hablo con la policía.

Finalmente, Emery le permitiría llevar parte de su carga. Su amor por él sólo se fortaleció, como un roble en constante crecimiento, donde las raíces se hundían más profundamente, enclavándose en el fértil suelo.

—De acuerdo —Sophie deslizó suavemente las manos por sus brazos, por los hombros, y luego le rodeó el cuello, tirando de él hacia abajo para besarlo una vez más.

# Capítulo Diecisiete

La familia Lockwood se reunió entre lágrimas con su hijo desaparecido en el hospital St. Augustus, donde el niño fue llevado para ser examinado y fotografiado por la policía. Emery sufría deshidratación grave, costillas magulladas, inanición y heridas por mordeduras de alimañas.

—*New York Times*, 30 de septiembre de 1990

A Sophie nunca le habían gustado los hospitales. El penetrante aroma de la muerte y el olor de los desinfectantes esterilizantes le revolvían el estómago. Emery caminaba a su lado con pasos largos y decididos. Su rostro era una máscara de piedra que no mostraba ninguna emoción, pero su mandíbula crujió una o dos veces mientras avanzaban por el pasillo hacia la habitación de Cody. La última vez que Emery había estado aquí debió haber sido cuando lo trajeron después de escapar de Antonio. A Sophie le ardió la garganta al imaginarse al niño, asustado y herido, con su hermano muerto. Su mano buscó la de él y entrelazó sus dedos, intensificando su agarre. Emery no reaccionó, salvo para cerrar los ojos un segundo antes de volver a abrirlos.

Al final del pasillo, Royce estaba sentado en una silla de metal de aspecto rígido con una pila de papeles en el regazo. La tapa roja de un bolígrafo rojo sobresalía de entre sus labios mientras éste se deslizaba por la parte superior de la página. El hombre levantó la mirada con ojos cansados. Cuando los vio acercarse, el alivio atenuó la tensión que marcaba sus facciones. Parpadeó, se pasó las manos por la cara, cubrió el bolígrafo y dejó caer los papeles encima de un gastado maletín de cuero que había junto a su silla. Se puso en pie cuando llegaron hasta él.

—¿Cómo está él? —preguntó Emery en voz baja.

Royce hizo una mueca.

—Nada bien. Está callado, lo que no es propio de él. El médico ha dicho que está fuera de peligro, pero la curación llevará tiempo… —se frotó el cuello y desvió la mirada antes de que sus ojos volvieran a Emery—. El hombre que secuestró a Cody… le destrozó la mano con un mazo de metal. La mayoría de los huesos estaban rotos, incluso los pequeños. Puede que pasen años antes de que recupere el control sobre su mano, si es que alguna vez lo consigue. El médico también está preocupado por el daño en los nervios.

—Cristo —siseó Emery en voz baja.

—Sí, eso no es todo. Tiene costillas rotas, una pierna fracturada, contusiones por todo el cuerpo. El chico ha recibido una paliza horrible. Si alguna vez le pongo las manos encima al bastardo que…

—Es mío. Puedes acabar con cualquier pedazo que yo deje atrás —gruñó suavemente Emery, como un lobo alfa lanzando un desafío. Una tormenta se desató tras sus ojos. La tensión emanaba de él como chispas estáticas.

Desesperada por distraerlo, Sophie habló.

—¿Cody puede recibir visitas?

Ambos hombres se centraron en ella. Al cabo de un momento, Royce asintió.

—Sí. Adelante.

Emery empujó la puerta y colocó una mano suave en la espalda de Sophie mientras la conducía a la habitación.

Cody estaba en una cama, envuelto en mantas, excepto una de sus piernas, que estaba en una férula de tracción. Había cables blancos y tubos transparentes por todas partes, conectados a bolsas y vías intravenosas en los brazos de Cody. Una bolsa de suero salino colgaba de una barra metálica junto a la cama, y varias máquinas emitían pitidos, haciendo saltar números por sus pantallas negras. Cody tenía la cabeza inclinada hacia la ventana, pero se volvió hacia ellos cuando se acercaron.

Sophie tuvo que hacer todo lo posible para no gritar, para no correr a abrazarlo. Tenía la cara cubierta de moratones negros y morados y un ojo inflamado. Apenas podía reconocer al apuesto hombre despreocupado que tanto le había llegado a importar.

—Si empiezas a llorar, nena, tendremos un problema —la voz áspera de Cody terminó en una risita ronca.

Sophie le respondió con una carcajada llena de lágrimas y caminó hacia él, acercando una silla a su cabecera. Se limpió las lágrimas, negándose a dejarlas caer, y sonrió.

—Lo siento, pero tienes un aspecto horrible —bromeó, sabiendo que el humor lo haría animaría.

Cody esbozó una sonrisa, aunque era evidente que estaba desvanecida por el dolor. Cambió su atención a Emery.

—Hola, jefe.

Emery extendió la mano como para tocar a Cody, pero se congeló a centímetros de su hombro y apartó la mano. Sus ojos color avellana se arremolinaron con un torrente de matices verdes y marrones, coincidiendo con el abanico de emociones que luchaban en su rostro.

—Me tenías preocupado —Emery finalmente habló.

—Siempre te preocupo —Cody hizo una mueca de dolor y se llevó una mano al pecho—. Emery, ¿podrías traerme

una taza de café? La enfermera Ratchet solo me permite beber agua, pero necesito cafeína.

—Yo iré —Sophie empezó a levantarse, pero la mano izquierda de Cody, la que no estaba rota, le cogió el brazo, y el agarre fue sorprendentemente fuerte para alguien así de herido.

—Quédate, Sophie. Mirarte me hace sentir mejor —Cody lanzó una sonrisa más enérgica a su empleador y amigo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Eres sexy, nena —Cody lanzó una sonrisa malvada a su jefe.

—Cody, búscate a tu propia mujer sexy por quien babear —una guerra de miradas comenzó entre los dos hombres, muecas parciales y ceños burlonamente amenazadores.

—No puedo. Estoy atrapado en esta maldita cama. Así que cogeré prestada la tuya.

Sophie sintió ganas de reír al ver cómo se enfrentaban. Era como ver a dos hermanos forcejeando en una falsa pelea.

La cara de Emery se suavizó.

—Te traeré el café. No creas que puedes seducir a mi mujer mientras estoy fuera.

Emery salió de la habitación, mucho menos rígido que cuando había entrado.

En el momento en que la puerta se cerró tras él, él se mostró aún más alerta, más parecido al Cody de antes. Rebuscó entre las mantas, maldiciendo cuando su mano derecha, tan vendada que parecía más bien una gigantesca pata de oso blanco, se interpuso en su camino. Por fin, cerca de la cadera, encontró lo que buscaba y sacó una navaja suiza.

—Ten, coge esto. No se la enseñes a nadie. Especialmente a Emery.

El corazón de Sophie cayó y sus latidos comenzaron a ser erráticos mientras miraba la pequeña navaja de bolsillo.

—¿Qué es? —ella abrió la palma de la mano mientras él colocaba la navaja allí, cerrando los dedos de forma protectora a su alrededor.

—Hay una memoria USB. Antonio tenía un portátil en la habitación donde me retuvo. Cuando me abandonó a mi suerte, me metí en el ordenador y copié el disco duro. Cualquier cosa que hubiera allí, la tenemos ahora. El ordenador se destruyó cuando el lugar voló por los aires.

Sophie separó los labios y respiró con rapidez. La sangre le latía con fuerza en los oídos.

Esto era increíble. ¡Más que increíble! Tenían la oportunidad de anticipar el siguiente movimiento de Antonio. Tal vez incluso averiguar cómo estaba obteniendo su información sobre Emery, suponiendo que pudieran obtener algo de la USB.

—¿Por qué no podemos decírselo a Emery? —seguramente él debería ser el primero en saberlo…

El rostro de Cody palideció. Su mirada flotó hacia el techo y luego volvió a bajar lenta y renuentemente hacia ella.

—Fenn puede estar vivo. Antonio dijo que había estado buscando a Fenn durante años. ¿Por qué buscaría a un niño muerto, a menos que ese niño no estuviera muerto?

La garganta de Sophie dejó de funcionar y se obligó a tragar incómodamente mientras una mayor conmoción la sacudía. ¿Fenn estaba vivo?

—¡Oh, Dios! —ella se llevó las manos a la boca, sofocando su grito de asombro—. Si se lo decimos y resulta que Fenn está muerto o si Antonio llega a Fenn antes que nosotros y lo mata, entonces será el golpe final para Emery. Sé que él no sería capaz de sobrevivir a perder a Fenn por segunda vez.

Cody tenía razón. No podían decírselo a Emery. Había un límite de devastación y tragedia que un corazón podía soportar. Si Rachel estuviera repentinamente viva y la secuestraran de nuevo ante los ojos de Sophie, ella nunca

sería capaz de superarlo. *Jamás.* La esperanza podía provocar el trauma más horrible en un alma, más que cualquier otra tortura imaginable. Le recordaba a la historia que la abuela Bells solía contar sobre la caja de Pandora. La caja había desatado todas las peores pesadillas del mundo, pero siempre liberaba también esperanza en el mundo.

Emery necesitaba esperanza, pero, si había una sola posibilidad de que ésta le fuera arrebatada, Sophie no se atrevería a dársela.

—Si podemos encontrar a Fenn y ponerlo a salvo, entonces podríamos decírselo a Emery, ¿verdad? Yo podría ir, ya que tú necesitas descansar y Hans necesita vigilar la espalda de Emery.

—Gran plan en teoría. Pero olvidas que Emery no te perderá de vista —señaló Cody con una sonrisa cómplice.

La ráfaga momentánea de optimismo en su plan se desvaneció.

—Cierto. Él es un poco sobreprotector —Sophie metió la navaja en el bolso, reflexionando sobre el dilema. Entonces, tuvo una idea—. Royce o Wes podrían ir. Apuesto a que uno de ellos estaría encantado de ayudar.

Cody se animó.

—Eso podría funcionar.

La tensión en los hombros de Sophie se alivió hasta que Cody volvió a hablar.

—Tenemos que trabajar rápido. Antonio debía coger un avión a Colorado esta mañana. Allí es donde cree que está Fenn.

—¿Cómo sabes eso?

Cody se encogió de hombros.

—Conseguí que él hablara. A los villanos les encanta divagar. Imaginó que yo estaría muerto y no podría transmitir sus palabras. Además, ese tipo me estaba destrozando el cuerpo y yo necesitaba pensar en otra cosa que no fuera el dolor.

Ninguno de los dos habló durante un largo momento, pues el peso de lo que casi había sucedido parecía una fuerza tangible, presionándolos. Si Emery y Hans hubieran estado allí un momento después… si ella le hubiera suplicado que se quedara o que la llevara con ellos, eso podría haberles hecho perder esos preciosos segundos y todos habrían muerto. Era un pensamiento aleccionador.

Sus miradas se encontraron y las sostuvieron justo cuando Cody abrió la boca para hablar, pero la puerta de la habitación del hospital se abrió y Emery entró, con las manos llenas de tres tazas de café.

—Café para ti —dejó una taza sobre la mesa que se extendía a lo largo de la cama del hospital.

Cody levantó la mano derecha vendada, maldijo y cambió de mano para que la izquierda cogiera el café. Bebió un buen trago y dejó la taza a un lado con un suspiro de alivio.

—Néctar de los dioses —dijo con ojos soñadores. Emery y Sophie intercambiaron miradas de alivio. Cody estaba destrozado, pero se pondría bien.

—Sophie, te he traído té caliente —le tendió la segunda de las dos tazas, que ella aceptó agradecida. El caliente poliestireno calentó sus manos, disipando parte del frío de octubre que parecía decidido a mantener sus dedos congelados.

Emery dio un sorbo a su café.

—He hablado con la policía —bajó las cejas mientras parecía meditar sobre lo que les había dicho a los agentes —. No había mucho que decir, así que fue una conversación breve. Les dije que te habían secuestrado. Querrán una descripción del hombre que te secuestró, Cody. Diles la verdad, pero omite cualquier conexión con mi secuestro.

—De acuerdo —aceptó Cody en voz baja.

Sophie frunció los labios. Por breve que hubiera sido su conversación, era evidente que hablar con la policía lo había inquietado. A ella no le gustó la expresión ausente en

sus ojos en ese momento, ni cómo los nudillos de su mano libre estaban blancos mientras sujetaba la estructura de la cama del hospital.

Sophie volvió a centrar su atención en Cody.

—Según los médicos, ¿cuándo estarás listo para volver a casa?

Casa. Era algo curioso, pues no había esperado enamorarse tanto del hogar de Emery hasta el punto de considerarlo también suyo. Pero era cierto. Nunca se había sentido tan conectada a un lugar en su vida. El apartamento en Kansas nunca había sido su hogar. En cambio, era una parada de descanso en el camino para llegar a su destino. Llegar a la mansión Lockwood esa primera noche… había sido como volver a casa. Emery había estado a su lado, con su cuerpo pegado al suyo, mientras cruzaban las puertas y entraban en el reino de sus sueños, un mundo en el que ella podía ser feliz, al que podía pertenecer. Reprimió un escalofrío de añoranza. Si tan solo fuera cierto. Pero Lockwood no era su hogar. Sophie estaba allí sólo para una historia y sólo por un corto tiempo. A Emery no le interesaba tenerla allí mucho tiempo, ni mucho menos para siempre. No le había dado ninguna indicación de que quisiera que se quedara con él. Ella era una tonta por desear que cambiara de opinión.

El gemido de Cody la devolvió a la realidad.

—El médico ha dicho tres semanas como mínimo, además de terapia. Jefe, haga su magia y sáqueme de aquí. Ya no soporto la comida de este lugar. Y la enfermera Ratchet no para de quitarme el móvil y dice que no debería mandar mensajes con mi única mano buena o sufriré del síndrome del túnel carpiano —Cody abrió ligeramente los ojos y esbozó una sonrisa esperanzada.

Emery dejó su café y cruzó los brazos sobre el pecho, dirigiéndole una mirada autoritaria.

—Quiero que estés aquí al menos un día más. Después veremos cómo sacarte.

Cody gimió de manera dramática y dejó caer la cabeza sobre la montaña de almohadas.

—Es usted un hombre de corazón frío, jefe.

A pesar de su actitud, Sophie habría jurado que una sonrisa se dibujó en su rostro por un instante.

Aunque le disgustaba que Cody tuviera que quedarse aquí, se sentía aliviada de que Emery estuviera siendo protector. Considerando la gravedad de las heridas del joven, seguía siendo imprudente dejarlo marchar. Otro día bajo la atenta mirada del médico no haría daño.

La boca de Emery se levantó en una sonrisa torcida.

—Piensa en toda la gelatina que podrás comer —mientras hablaba, cogió una cuchara de plástico y empujó un vaso de gelatina verde en dirección a Cody sobre la bandeja cerca de la cama.

—Preferiría estar en casa con mi portátil y una hamburguesa con queso —refunfuñó Cody, pero cogió la gelatina. Sus ojos se desviaron hacia Sophie y un destello significativo floreció durante una fracción de segundo mientras le recordaba la USB en su bolsillo. Ella lanzó una mirada a Emery, con su corazón latiendo frenéticamente mientras rezaba para que no se percatara de su reacción al mensaje silencioso de Cody.

—Bueno, deberíamos irnos —Emery se levantó, estiró los largos brazos sobre su cabeza y un bostezo se le escapó mientras se giraba hacia ella—. Hans está listo para ser dado de alta y Wes nos va a seguir a casa sólo para mantener vigiladas las cosas. Cody, Royce estará fuera por si necesitas algo.

Cody abrió la boca y un brillo malvado apareció en sus ojos, pero Emery lo interrumpió.

—Y no, no va a traer mujeres, alcohol o aparatos electrónicos. Necesitas dormir.

—Bueno, maldita sea —gimió Cody y se desplomó sobre sus almohadas—. Tú sí que sabes cómo no divertir a un

tipo. Moriré de aburrimiento antes de que me dejen salir de este infierno.

Sophie se levantó de la silla y besó la mejilla de Cody.

—Descansa.

Él le cogió el codo, como abrazándola suavemente para poder susurrarle.

—Mantenme informado.

Emery emitió un gruñido de advertencia, pero fue poco mordaz.

—Duerme un poco.

Él dirigió a Cody una mirada autoritaria. Era severa, pero ocultaba emociones más suaves; amor, preocupación, la determinación de proteger. Siempre la sorprendía con su ternura. Emery quería que el mundo viera a un hombre estoico y solitario, sin puntos débiles ni vulnerabilidades. Pero él se entregaba en cada respiración, en cada caricia y mirada por sus seres queridos.

—Vamos, Sophie. Wes nos está esperando —Emery deslizó un brazo alrededor de su cintura, un agarre posesivo pero suave mientras la arropaba a su lado. Ella inclinó el cuello sobre su hombro, vislumbrando a Cody mientras cerraba los ojos y aparentaba ya estar dormido.

Volvió a mirar hacia adelante, apoyándose más en el abrazo protector de Emery. Tenía que encontrar la forma de quedarse a solas con Wes para contarle lo que había averiguar. ¿Cómo iba a hacerlo sin que Emery se diera cuenta? La idea de engañar a Emery le provocó un nudo en la garganta. Se tragó el malestar. Era un error mentirle, considerando lo que ella sabía, pero decírselo podría ser potencialmente mucho más hiriente. Lo último que Sophie quería era hacerle daño.

—Me dijiste que te ibas a encargar de él —susurró la fría voz a través del teléfono.

Antonio estrujó el volante y miró con desprecio a una familia que pasaba junto a su coche. Los niños llevaban pequeñas bolsas de equipaje, riendo y empujándose unos a otros mientras seguían a sus padres hacia la entrada del aeropuerto para los vuelos de salida.

—Él debería estar muerto. Lo calculé de manera perfecta —y lo había hecho. Toda la noche había transcurrido sin contratiempos, hasta su llegada al aeropuerto a primera hora de la mañana, listo para coger un vuelo a Colorado, cuando su cliente lo llamó. Parecía que Emery había sobrevivido a la explosión en la fábrica de cerveza.

El hombre al otro lado de la línea gruñó:

—Perfecta o no, has fallado. Parece que el guardaespaldas sacó al hacker antes de la explosión. Emery saltó por una ventana a un tanque de agua. Así que fallaste, completamente —hubo una pausa mortal—. Ya sabes lo que opino del fracaso.

Antonio resistió el impulso de gritarle a su cliente. Nunca había tenido problemas para llevar a cabo un encargo, pero esos malditos gemelos eran su perdición. La fuga de los chicos, veinticinco años atrás, seguía siendo un misterio. Esa noche había vuelto a la mansión abandonada para encontrar muerto a uno de sus dos cómplices de un disparo en el estómago, a los dos niños desaparecidos y al segundo cómplice también. El enigma no había hecho más que crecer cuando, al día siguiente, se había enterado de que sólo un gemelo había encontrado el camino de vuelta a casa. El otro había desaparecido… y él no había sido el encargado de matarlo, lo que significaba que ese niño podría seguir vivo. Su jefe le había dicho que dejara a Emery por ahora, y que se concentrara en encontrar a Fenn. Sólo había necesitado veinticinco años y la invención

de internet para localizar a un niño. Un niño que se había convertido en un hombre bastante peligroso.

—Estoy cansado de que jodas esto. Tienes una oportunidad más antes de que llame a alguien más. Veinticinco años es mucho tiempo para estropear algo así —la voz de su cliente volvió a ser suave, peligrosa. Antonio sonrió de manera sombría. Él también era peligroso, sobre todo cuando su reputación estaba en juego.

—Tengo un vuelo a Colorado dentro de una hora. Fenn va a participar mañana por la noche en una competición en un rodeo. Me ocuparé de él.

Hubo silencio en el otro extremo.

—¿Señor Lockwood? —preguntó. Seguramente su cliente no había colgado.

—Te quedarás aquí. Encárgate de Emery. Él es una amenaza mayor. Él es el que recuerda todo. Fenn habría vuelto a casa si supiera su identidad. Siempre puedes encargarte de él más tarde. Quiero que Emery desaparezca, y acabar con esa maldita reportera. Cuando él muera, ella sospechará que se trata de un crimen. Elimínalos a ambos y haz que parezca un accidente. No quiero ningún interés policial.

Otro grupo de gente pasó junto al coche de Antonio, en dirección a la terminal. Quería terminar este maldito trabajo e irse. Todo había sido un maldito desastre. Su cliente había estado disgustado. Muy disgustado, y eso no era bueno para su negocio.

Así que Antonio se centró en vigilar a Emery en busca de cualquier señal de que Fenn se hubiera puesto en contacto con él, o le hubiera revelado su ubicación. Al parecer, eso había sido una esperanza vana. Si el mes pasado no se hubiera topado con una foto de diez años de antigüedad del Jinete Novato del Año en el rodeo, quizá nunca habría encontrado a Fenn. A los dieciocho años, Fenn se había convertido en todo un experto en el rodeo. Y desde que Antonio descubrió que Fenn usaba otro nombre,

pudo rastrear sus movimientos por los concursos a los que se presentaba. Era casi ridículo. El hijo mayor de una de las familias más ricas de la Costa Este de Estados Unidos vivía en una vieja y destartalada caravana en una zona rural de Colorado.

—Termina el trabajo, D'Angelo, y duplicaré tu pago final.

—Considéralo hecho. Mañana por la noche Emery y la reportero se habrán ido.

La línea se cortó.

Antonio cerró el teléfono y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Aunque el dinero era un buen incentivo, hacía tiempo que esto había dejado de ser por el dinero. Emery y Fenn se habían burlado del trabajo de su vida.

Era hora de acabar con esto.

Las manos de Sophie temblaban mientras se conectaba a su ordenador portátil. La pequeña navaja descansaba sobre su muslo, con un aspecto extrañamente inofensivo. Nadie habría imaginado que guardaba secretos que podían destruir o revivir el alma de un hombre torturado. La redención de Emery podría estar en ese mismo instante en la memoria USB.

Sophie tenía que trabajar rápido. Sólo había podido decirle a Wes en unos breves minutos que necesitaba mantener ocupado a Emery durante una hora mientras ella comprobaba la información.

Al introducir la unidad USB en el ordenador, abrió inmediatamente los archivos y examinó las carpetas. Su corazón se detuvo al ver una titulada “FL”. Hizo clic para abrirla y empezó a ordenar los archivos PDF hasta que vio un certificado de nacimiento con el nombre de Fenn Smith. Estaba clasificado como documento de sustitución de un certificado de nacimiento perdido.

—Fenn Smith —murmuró, leyendo los detalles antes de pasar a los siguientes documentos. Había fotos. Cientos de ellas. En todas aparecía la misma persona, un niño exactamente igual al de la foto de la noche en que Emery fue encontrado por la policía. Hizo clic en una foto tras otra, viendo a este otro niño convertirse en un hombre. Se le cortó la respiración cuando comprendió la realidad de lo que estaba viendo.

Era Fenn. Era exactamente igual que su hermano, una réplica exacta del hombre que tanto le importaba. El pelo largo y rebelde de Fenn casi le llegaba a las orejas, pidiendo que una mujer pasara las manos por él. Estaba desaliñado, un reflejo salvaje del estilo más dócil de Emery. Sophie se detuvo a contemplar una foto en particular, de Fenn recostado contra la valla de un prado, vestido con unos jeans azules desteñidos y desgastados que se ceñían a sus piernas lo suficiente como para mostrar su esbelta y musculosa figura. Botas vaqueras marrones cruzadas en los tobillos, un sombrero vaquero echado hacia atrás sobre su cabeza y una sonrisa pícara estirando sus labios de par en par. Estaba lleno de vida, animado. La complexión y la forma de su cuerpo eran una réplica perfecta del de su gemelo. Sus rostros tenían la misma belleza cincelada que hacía que el cuerpo de Sophie se derritiera y su cerebro se empañara de deseo.

Lágrimas feroces le aguijoneaban los ojos.

*Y ahora son dos*. No podía dejar de sonreír.

Fenn estaba vivo.

La noticia la golpeó de nuevo, mientras el shock empezaba finalmente a desaparecer. Entonces, sintió pánico.

El asesino enviado para matar a Emery estaba de camino a Colorado en este mismo instante para acabar con Fenn. Sophie no podía demorarse ni un segundo más. Cogió su teléfono y envió un mensaje a Wes. Fenn estaba en Walnut Springs, una pequeña ciudad de Colorado famosa

sobre todo por ser un centro turístico para esquiadores en invierno. Le envió a Wes las indicaciones y le enfatizó la importancia de que cogiera el primer vuelo que saliera de Long Island. Él tendría que disculparse ante Emery y marcharse de inmediato.

No podían decírselo a Emery, no hasta estar seguros de que Fenn estaba a salvo. No podía perder a su hermano dos veces. Nadie era lo bastante fuerte para sobrevivir a eso. El corazón de Sophie estaba sufriendo ante la culpa de no decírselo a Emery, pero era mejor así, y con suerte él nunca sabría que ella le había ocultado la verdad, aunque fuera por poco tiempo. Él nunca entendería por qué tuvo que engañarlo. Algún día, pronto, podría decirle que Fenn estaba vivo y ayudarlo a reunirse con su hermano.

Su móvil vibró con un mensaje de texto de Wes.

*Hecho. Te enviaré un mensaje cuando lo encuentre. He reservado un vuelo para esta noche.*

¿Esta noche? Sophie deseó que él pudiera irse antes.

Su teléfono sonó y lo cogió, esperando oír la voz de Wes, pero era su hermana Hayden.

—Hola chica, tengo que salir de la ciudad unos días. Wes está bastante enfadado por lo del club.

Sophie sonrió.

—Está enfadado, ¿eh?

—Sí. Actúa como si yo fuera una especie de lunática depravada por ir allí. Y lo dice el hombre que sale con una de las sums del Cuff, y va allí prácticamente todos los fines de semana. Juro que debería tatuarse 'hipócrita' en la frente.

La risa ronca de Hayden animó a Sophie.

—¿Así que te vas?

—He pensado en tomarme unas vacaciones rápidas. Tenemos una casa en el lago Michigan y se me ha ocurrido ira pasar una semana allí, dejar que él se tranquilice antes de volver. No me necesitas aquí, ¿verdad? —el tono de Hayden se volvió extraño y casi preocupado.

—Estaré bien —esperaba que fuera verdad. Aunque ella y Hayden sólo llevaban un par de semanas conociéndose, se sentía unida a la otra mujer y su creciente amistad era profunda.

—No pareces muy segura. Supongo que, si me dejaran sola con todos estos hombres, yo estaría nerviosa. Eso sí que es una sobrecarga de testosterona. Emery puede ser un tirano dominante, Royce sólo un imbécil dominante, y ni siquiera voy a mencionar a mi hermano.

Sophie se rio, sorprendida por la facilidad con la que Hayden podía hacerla sentir mejor. Nunca había tenido muchas amigas. Siempre había sido una solitaria y nunca había entendido a la mayoría de las mujeres de Kansas. Hayden era como ella, diferente de alguna manera.

—Creo que puedo manejarlos, Hayden —le aseguró Sophie.

—Bueno, llámame si tienes algún problema. Los arreglaré.

—Gracias. Diviértete en tu viaje.

—No te preocupes, lo haré. Adiós, Sophie.

Sophie empezó a despedirse, pero la línea se cortó. Un profundo dolor se instaló en su pecho y, de repente, se sintió muy sola. Siempre le había costado conectar con la gente en general. Con la oscura historia del secuestro de Rachel siempre acechando, se había mantenido alejada de la gente, excepto para escribir historias. Como periodista, podía hablar con la gente, entrevistarla y mantenerse distante. Sin embargo, Emery era su sol personal; intenso, abrumador, y la atraía hacia su órbita. Era sólo cuestión de tiempo que la quemara. No deseaba otra cosa que estar en sus brazos y convertirse en llamas mientras sus labios estuvieran sobre los suyos y su cuerpo presionado contra el suyo.

Como invocado por sus pensamientos, la puerta de la habitación se abrió y Emery apareció, vestido con su traje oscuro y una corbata rojo sangre contra su camisa blanca.

El calor inundó sus mejillas al recordar esa misma corbata alrededor de su propio cuello mientras sus manos la alisaban sobre su pecho desnudo entre sus pechos doloridos. Había sido lo único que él le había permitido llevar, salvo las esposas, en la cama. Y había sido tan erótico, tan sensual, llevar algo que era tan exclusivamente suyo.

Las ropas inmaculadas de Emery eran su armadura; ella ahora lo sabía. Sophie desvió los ojos un segundo hacia la pantalla del ordenador, al ver la cara de Fenn, y un dolor le atravesó las costillas. Se obligó a fingir despreocupación mientras le sonreía, cerraba la sesión del ordenador y lo dejaba a un lado.

—Hola —Sophie esperaba que su cara mostrara más calidez que su voz repentinamente áspera.

—¿Qué pasa? —cruzó la habitación y se reunió con ella en la cama, rodeándole los hombros con un brazo. Le cogió la mejilla y la giró hacia él—. Háblame —bajó la mano hacia las de ella y sus dedos se deslizaron sobre las esposas de oro todavía cerradas alrededor de sus muñecas. No hacían juego con su ropa, pero esa no era la cuestión. Eran su marca de propiedad erótica y Sophie quería mostrarlas a todo el mundo.

—Es simplemente todo lo que ha sucedido. Creo que está empezando a afectarme, ¿sabes?

—Has estado en shock. Es normal.

Sophie se estremeció mientras la culpa se deslizaba a lo largo de su columna vertebral hasta alojarse en la base de su cuello y hundir allí sus colmillos, haciendo que sus hombros se tensaran. ¿Por qué este hombre tenía que ser tan perfecto y comprensivo? Hacía que su silencio sobre Fenn pareciera mucho peor. Hizo lo único que podía hacer para mantener los labios sellados. Lo besó, rezando para que no sintiera el sabor de su traición cuando sus labios trémulos se encontraran con los de él.

Finalmente, Emery se apartó y le cogió las mejillas.

—Quiero llevarte a un sitio —él bajó las manos y la cogió del brazo.

—¿Adónde?

—Un lugar al que suelo ir a pensar.

La sacó de la habitación.

HAYDEN SUBIÓ EL CIERRE DE SU MALETA Y COMPROBÓ SU teléfono por última vez. No había mensajes nuevos. Eso era bueno. Su hermano Wes había organizado un vuelo a Colorado para esta noche. Ella había llamado al piloto privado de su familia y había conseguido que la llevara a su destino en primer lugar, superando la petición de su hermano por apenas un minuto. Sonrió con alegría. Su micrófono en el teléfono de Wes seguía intacto y sabía todo lo que él sabía.

Incluida la noticia más importante de su vida.

Fenn Lockwood estaba vivo, en Colorado, y en peligro. Iba a llegar a él antes que Wes. Estaba cansada de ser su hermana pequeña y no su propia persona. A nadie le gustaba ser una sombra, y menos a ella. Demostraría que era una mujer a tener en cuenta. Rescataría a Fenn, lo traería de vuelta y se ganaría el respeto de la comunidad en la que se había criado. Al regresar a Long Island con el niño que todos creían muerto, ella devolvería la inocencia a su propio mundo. La costa norte de la isla había sufrido mucho después del secuestro porque los Lockwood, una fuerza social y económica importante en Weston, abandonado casi por completo la vida durante al menos una década después de perder a Fenn. El dorado resplandor de promesa con el que habían brillado las mansiones llevaba mucho tiempo envuelto en las brumas de la tragedia, y ya era hora de que Sophie alejara el pesado manto de niebla.

Tal vez así sus padres dejarían de presionarla para que se casara con un hombre rico, quien empezaría a acostarse con una amante al segundo de pronunciar sus votos. Todas las chicas que había conocido en la preparatoria parecían atrapadas en un matrimonio amargo y sin amor y sufriendo las penurias de las madres con hijos malcriados. Ese sería un destino peor que la muerte para Hayden. Tenía que haber un propósito en su vida, algo que la motivara. Sólo deseaba saber qué era.

Dejó caer el teléfono en el bolso y sujetó el asa de su equipaje para levantarlo de la cama. Estaba lista para salir de aquí. Colorado sería un agradecido cambio de aires respecto a la asfixiante cercanía de la comunidad élite en la isla. La amaba con todo su corazón, pero la gente de allí parecía decidida a volverla loca con sus insignificantes preocupaciones por el dinero, la ropa y el orgullo. Hayden sería feliz prescindiendo del glamour.

Veinte minutos más tarde, se recostó en el cómodo asiento del jet privado de su familia. Su hermano, Wes, no salía hasta una hora después que ella, gracias a su vuelo. El piloto estaba seguro de que podría llevarla a Colorado y volver a tiempo para recoger a Wes sin que su hermano sospechara que ella había llegado antes. Él lo averiguaría en algún momento, pero Hayden aprovecharía la ventaja mientras pudiera. Si el piloto no regresaba a tiempo, Wes tendría que coger un vuelo comercial. Soltó una risita ante la imagen de su hermano atrapado en primera clase estándar.

Hayden amaba a su hermano, pero entendía, como cualquier persona con hermanos, que podía amar a alguien que la volvía loca la mitad del tiempo. Wes era autoritario y sobreprotector. Ella tenía todo el derecho a explorar sus pasiones en The Gilded Cuff, tanto como él. Tenía veinticuatro años, edad suficiente para hacer sus propias decisiones y vivir su propia vida. Si tenía que rescatar a

Fenn Lockwood para demostrar a Wes que podía valerse por sí misma, así sería.

Su cabeza cayó hacia atrás en el asiento acolchado y cerró los ojos. Intentó imaginar el aspecto de Fenn. Probablemente era tan apuesto como Emery. Rezó para que no fuera tan testarudo y frustrante como su gemelo. El sueño se deslizó por los rincones de su conciencia a medida que el cansancio del día anterior la capturaba. Sus imágenes de Fenn pronto se vieron empañadas por las llamas, el rugido de una fábrica de cerveza explotando y el terror de pensar que Emery había muerto. Ella tenía que encontrar a Fenn. No podía volver a ver a Wes pasar por ese dolor. Hayden ni siquiera había nacido en la época del secuestro, pero había crecido bajo la nube de dolor y la distancia que su hermano adoptó a causa de la pérdida de su amigo. Se estremeció y se sumió en sueños oscuros sobre Fenn y el destino que le aguardaba si ella no podía llegar a tiempo.

# Capítulo Dieciocho

La policía intentó que el niño sobreviviente hablara de su cautiverio, de su hermano y de los tres hombres que lo habían retenido. El niño no respondió a ninguna de las preguntas. Los psicólogos que han acudido a examinarlo han declarado que Emery Lockwood está en estado de shock y es probable que sufra un trastorno de estrés postraumático. En este momento, es imposible determinar si Emery podrá hablar alguna vez de lo que sufrió.

—*New York Times*, 30 de septiembre de 1990

El cementerio estaba a unos kilómetros de la finca de los Lockwood, enclavado en una zona apartada del bosque, lejos de las carreteras asfaltadas. Sophie estaba sentada junto a Emery en el asiento delantero de su coche preferido, un Porsche Cayman gris oscuro. Su motor ronroneó seductoramente grave cuando él desvió el vehículo de la carretera y lo introdujo en un camino de grava muy infestado de hierba rebelde. La suavidad del trayecto se tornó brusca a medida que avanzaban. Sophie bajó la ventanilla y dejó que el viento le agitara el pelo en distintas direcciones mientras estudiaba el entorno. Gruesos bosquecillos salpicaban los lados del sendero,

impidiendo ver mucho más allá de los bosques a cualquier parte de la tierra frente a ellos.

Dondequiera que fueran, no era un lugar frecuentado por coches, ni por gente. Emery mantuvo la mirada al frente, con la mandíbula tensa, mientras cambiaba de velocidad en el Cayman, reduciendo la velocidad a un suave balanceo. El denso aroma de la lluvia y las flores silvestres irritó la nariz de Sophie. Al girar el coche por una estrecha curva de árboles, Emery se detuvo frente a una enorme verja de hierro forjado. Unas enredaderas de hiedra muerta se aferraban a la elaborada entrada con decoración en espiral. Un enorme candado colgaba de los puntos de unión de la puerta.

Emery apagó el motor y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—Caminaremos desde aquí.

Sophie se unió a él en la entrada. A través de ésta pudo ver unos cuatrocientos metros de terreno que servía de cementerio privado, con un gran muro de piedra gris claro que lo aislaba de la naturaleza salvaje que lo rodeaba.

—¿Qué es este lugar?

—El cementerio privado de mi familia. Los Lockwood llevan aquí desde que los peregrinos pisaron suelo norteamericano —Emery sacó un juego de llaves de su bolsillo. Se apresuró a abrir el candado y lo dejó caer a un lado de la verja mientras la abría. Las bisagras crujieron estrepitosamente, protestando por el movimiento, pero empujó con fuerza y se abrieron lo suficiente para permitirles la entrada.

Un escalofrío se instaló en la base del cráneo de Sophie, y el antiguo instinto animal de saber que no estaba sola se apoderó de ella. Giró lentamente la cabeza, buscando los ojos que sentía que estaban enfocados en ellos, pero no vio a nadie en el bosque. Sólo árboles y sombras.

—Es este lugar —susurró—. Siempre tienes la sensación de que alguien te observa —él se acercó y le cogió la mano,

estrechándola firmemente entre las suyas.

—¿Te he hablado alguna vez de mi abuela Bells? —susurró ella. Por extraño que pareciera, se sentía más segura susurrando, como si no fuera a despertar a los muertos.

—Sé muy poco de tu familia, Sophie —sus ojos se encontraron con los de ella mientras caminaban. La insinuación de *me gustaría saber más* fue acompañada de un suave apretón de su mano alrededor de la de ella.

Sophie suspiró.

—Estoy tan acostumbrada a preguntar a todos los demás sobre sus vidas, que olvido compartir la mía.

—Puedo ver eso —Emery soltó una risita. Estaban caminando por un sendero desgastado en la hierba, donde la suciedad era más prominente por cientos de años de pisadas a lo largo de una ruta singular.

—Bueno, nací en Kansas. De allí es la familia de mi padre. Son granjeros, muchos hermanos y hermanas, muy trabajadores. La familia de mi madre es un poco más aristocrática. De la costa este. La madre de mi madre, la abuela Belinda; todo el mundo la llamaba abu Bells, se mudó con mamá a Kansas cuando se casó con papá —no pudo evitar sonreír al recordarlo. Su padre no había estado muy dispuesto a compartir a su mujer con su suegra, hasta que conoció a la abu Bells. Ella era, como decía su padre, una raza rara e inusual de gato, que era una forma educada de decir que la mujer estaba un poco loca, pero era más interesante que molesta.

—¿Y te agradaba, tu abu Bells? —los ojos de Emery eran cálidos cuando hizo una pausa en su paseo. Se apoyó contra una alta lápida monolítica y acercó a Sophie para que sus cinturas y caderas chocaran. La rodeó con los brazos y presionó los dedos contra su espalda.

—La amaba. Era una mujer rara y mucha gente pensaba que estaba loca o que la vejez la había vuelto así. Pero yo no lo creía. Solía hablarme de nuestros antepasados, los

que vivieron en Salem en la época de los juicios por brujería —Sophie recordó la luz en los ojos de la anciana cuando hablaba de magia y hechizos—. Solíamos hablar, la abuela y yo. Me contaba cosas que sonarían a locura si las repitiera en voz alta, ¿sabes? Pero te juro que en el fondo creo que son verdad. Como si yo hubiera nacido con un sexto sentido que a veces aparece cuando lo necesito. Yo siempre sabía qué hombre era culpable de un crimen cuando empezaba a investigar. La policía me hacía ir a la comisaría a ver al sospechoso y yo sabía quién era. Yo tenía esa sensación, como si arañas se arrastraran sobre mí, y simplemente lo sabía. Tenía esa sensación, como si me estuvieran recorriendo arañas, y simplemente lo sabía. Investigaba por mi cuenta y luego encontraba la forma de involucrar a la policía cuando encontraba pruebas suficientes, ya que no estaba sujeta a la ley como ellos.

Sophie, quien había estado mirando hacia otro lado mientras hablaba, se volvió hacia Emery. Él la estaba estudiando, con curiosidad, comprensión e interés en su rostro.

—Parece una locura, ¿verdad? —bromeó ella, pero sonó un poco forzado.

Él negó con la cabeza.

—No más que si te dijera que Fenn y yo hablábamos mentalmente. No con palabras exactamente, sino más bien con imágenes, sensaciones. Yo… —esta vez apartó la mirada—. Nunca se lo conté a mis padres. Pero así supe que había muerto. Sentí la muerte de esa conexión la noche que escapé.

Sophie inspiró. El viejo cosquilleo en el cuello comenzó de nuevo, como solía ocurrirle cuando estaba cerca de una revelación.

—¿Qué pasa? —preguntó Emery, con su mirada astuta sobre la de ella.

—Así que ya no puedes sentir a tu hermano… Sin embargo, ¿alguna vez tienes la sensación de algo? ¿Algo

que no reconoces?

—Bueno… sí… —la miró fijamente, con dureza, como si su cerebro estuviera analizando las pruebas de algo importante—. Ha habido momentos en los que he tenido estos… supongo que podrías llamarlos destellos. Me veo en un espejo, pero no soy yo, o escucho algo que en realidad no puedo oír. No lo estoy explicando bien… —sus mejillas se enrojecieron.

—Emery, ¿y si hubiera una explicación para eso? —tenía que estar viendo y sintiendo a Fenn. Dios, Sophie se moría por decirle la verdad. Su hermano estaba vivo.

—Oh, la hay. Me estoy volviendo loco. Probablemente sea algún tipo de trastorno de estrés postraumático o algo así —su risa autocrítica le partió el corazón.

Emery hizo un gesto para que continuaran caminando.

—Por aquí.

La condujo a través de un laberinto de tumbas antiguas y modernas hasta que llegaron a un lugar al fondo del cementerio. Había una pequeña zona rodeada por tres sauces. Sus largas ramas se balanceaban muy cerca del suelo, susurrando sobre la suave hierba. A pesar de la brisa que corría entre los árboles, el lugar estaba muy tranquilo. Sophie se estremeció, muy consciente de los espíritus que aún permanecían en la tierra bajo sus pies.

Había algo antiguo en el movimiento de los sauces, como si sus ramas estuvieran vivas. Incluso cuando no había viento, los árboles parecían moverse por sí solos. El poder que habitaba en la naturaleza solía pasarse por alto o quedaba ahogado por las prisas de la vida moderna. Pero aquí, en este momento, era imposible ignorar el latido rítmico del suelo y los árboles que compartían suaves susurros sobre secretos relacionados con la tierra y sólo la tierra. Sophie recordó algo que solía decir su abuela Bells. “El hombre no tiene poder aquí, donde moran los espíritus del suelo”.

Sophie se estremeció y la tensión en su estómago solo aumentó.

Había una gran lápida en el centro de los sauces. Un ángel había sido esculpido de modo que estaba arrodillado detrás de la lápida, con los brazos cruzados sobre ésta y la frente apoyada en los brazos. Tenía las alas extendidas, pero las puntas tocaban el suelo, por lo que parecía una paloma herida. La escena era impactante, el ángel parecía llorar contra la lápida, mostrando su profundo dolor por la persona que aquí yacía.

FENN LOCKWOOD.
AMADO HIJO Y HERMANO.
Y LOS MUERTOS RESUCITARÁN…

—NUNCA TUVIMOS UN CUERPO QUE ENTERRAR. NO PUDE soportar llevar a mis padres al lugar donde fuimos retenidos. Incluso entonces, dudo que lo hubiéramos encontrado. Los hombres probablemente lo enterraron en otro lugar. Pero mis padres tenían que tener un lugar para él. Es curioso, nunca vienen aquí. Pero yo sí. A veces hablo con la piedra. Otras veces, no hablo; sólo recuerdo.

La gravedad de su voz hizo que los ojos de Sophie ardieran con lágrimas. Extendió la mano y tocó la cabeza del ángel de piedra.

—Es lindo pensar que los ángeles lloran por él, que fue amado en esta vida y en la otra. Pero nada alivia la culpa aquí dentro —él se golpeó el pecho por encima del corazón —. Yo lo maté. No importa que sólo fuera un niño. Él está muerto y yo no. Culpa de superviviente o no, su sangre está en mis manos.

*No será por mucho tiempo*. Sophie quiso decir las palabras, pero se mordió la lengua y se contuvo. Tenía que

hacerlo, o él saldría corriendo a buscar a su hermano y lo matarían. Ella tenía que ser paciente, o de lo contrario lo perdería también.

*Espera, Emery. Pronto tú y Fenn estarán juntos.* Lo juró en lo más profundo de su alma. Los reuniría con su último aliento si tenía que hacerlo.

EMERY ESTABA HARTO DE ESTAR EN EL HOSPITAL. EL DULCE Y repugnante olor a muerte y enfermedad le llenaba la nariz y el frío de los pasillos le helaba las manos. La piel se le erizaba y los recuerdos horribles seguían apareciendo en su mente. Los obligó a retroceder, los enterró tan profundo como pudo. Volvían a la superficie, arrastrándose, negándose a permanecer muertos. Pero todo estaba cambiando, después de tantos años de silencio y preocupación de que todo saliera a la luz. La gente que le importaba estaba resultando herida. Tenía que detener eso, pero ¿cómo? No era tan fácil como entregarse al hombre que lo había secuestrado. Y estaba seguro de que no iba a rendirse ante el asqueroso enfermo que, obviamente, había vuelto a por más.

Se acercó a la estación de enfermería que había junto a la habitación de Cody. Una enfermera de mediana edad estaba rellenando un informe, y sonrió cuando lo reconoció.

—Señor Lockwood, me alegro de verlo de vuelta tan pronto. El señor Larson se está inquietando y sus visitas parecen calmarlo.

Emery sonrió, aunque fue un gesto un poco forzado.

—Es bueno saber que soy de ayuda —*teniendo en cuenta que yo lo he metido en este lío.*

La enfermera sonrió.

—Entre a verlo. Debería estar despierto.

—Gracias —pasó junto a ella y empujó la puerta de la habitación de Cody con el hombro. Él estaba sentado, con una pequeña computadora portátil en el regazo. Su mano ilesa estaba presionando el teclado y, por la mirada oscura en la cara de Cody, no estaba saliendo muy bien.

—¡Maldita sea! —bajó de un manotazo la pequeña tapa del portátil antes de notar a Emery—. Oh… hola, jefe —colocó el ordenador en su bandeja extensible y metió la mano buena entre las mantas mientras intentaba subirse las sábanas hasta la cintura.

Había algo horrible en el destello de dolor en la cara de Cody. Esto explotó en el pecho de Emery, creando un agujero en su corazón, golpeándolo con oscura rabia. Quería poner sus manos alrededor del cuello del hombre que le había hecho esto a su amigo.

—Tranquilo, chico —se acercó rápidamente a la cama del hospital y lo empujó suavemente contra la gruesa pila de almohadas. El cuerpo bajo su mano se sacudió con un súbito y violento escalofrío, y Cody respiró hondo y cerró los ojos—. Eh, ¿estás bien? —Emery estaba listo para pulsar el botón de llamada a la enfermera, pero Cody abrió los ojos y exhaló lentamente.

—Estoy bien. Sólo me he mareado un segundo.

Emery dio un paso atrás, observando la habitación, y encontró la silla más cercana. Se recostó en ella y apoyó una mano en la rodilla de Cody.

—Respira por la nariz e inclínate hacia atrás. Eso ayuda —a un hombre no le gustaba admitir que estaba mareado, pero había tenido episodios desagradables cuando había estado cautivo hacía muchos años. Ya fuera por las palizas o por el hambre, había tenido que aprender a encontrar formas de superarlo.

Después de varias respiraciones exageradas, las fosas nasales de Cody se abrieron. Pareció mejorar.

—Sé lo que le dijiste a la policía, pero ¿hubo algo que omitiste? —la culpa lo carcomía por dentro. No quería

hacer que Cody reviviera esos momentos, pero tenía que saber si había averiguado algo útil, que pudiera salvarlos a todos en el futuro. Tenía que hacer esto para proteger a sus seres queridos.

Cody guardó silencio durante un largo rato, tanto que Emery pensó que no diría nada.

—Fue él, Emery. Ese monstruo enfermo que os secuestró a ti y a tu hermano.

Emery se puso rígido, mientras el miedo y la ira afilaban sus garras en su columna vertebral. No. Eso no podía ser verdad. No quería que fuera verdad. El hombre del saco que había atormentado sus pesadillas desde el día de su huida no podía seguir vivo, esperando para capturar a Emery y matarlo de una vez por todas…

—¿Estás seguro?

—Sí. Él dijo cosas… cosas personales. No era un imitador —los ojos de Cody pasaron de vivos a vidriosos, como si estuviera perdido en recuerdos sombríos.

—¿Qué dijo? —su cuerpo ardía de ira y miedo en contra del deseo de control de su mente. La mitad de él deseaba que la historia de Cody fuera cierta. El hombre que lo acechaba estaba ahí fuera y podía encontrarlo y enfrentarlo. Emery lo mataría con sus propias manos.

Antonio D'Angelo. Las cosas que ese hombre les había hecho a él y a Fenn… Un escalofrío lo recorrió con el impacto estremecedor de un tren traqueteando sobre vías antiguas.

—Mira, Emery. Estoy cansado. Podemos hablar de esto más tarde, ¿verdad? —Cody se recostó en las almohadas y presionó el botón de su pequeña bomba intratecal. Un par de máquinas conectadas a sus vías intravenosas emitieron fuertes pitidos en respuesta.

Por mucho que Emery quisiera respuestas, no quería presionar demasiado a Cody. Emery había estado allí en esa cama de hospital, dolido y asustado, con demasiados recuerdos devastadores. Él sabía mejor que nadie lo que

era necesitar un descanso. Podía darle a Cody un día para reorganizara antes de hacer sus preguntas. Se levantó de la silla y palmeó el hombro de Cody.

—Hasta luego. Llámame si necesitas algo. Royce estará fuera.

—Gracias, jefe —la respuesta fue un susurro mientras las pestañas rubias oscuras de Cody se agitaban y se entregaban al sueño.

Emery se detuvo al llegar a la puerta y miró a su amigo por encima del hombro. Algo iba mal. Algo se agitó en lo más profundo de su ser, como las manos de los muertos arañando para salir de sus frías tumbas. Era sólo cuestión de tiempo que los fantasmas resucitaran y la horrible verdad de la noche en que había escapado de Antonio saliera a la luz.

*Que Dios me ayude. Que Dios nos ayude a todos.*

EL TRAJE QUE YACÍA SOBRE LA CAMA DE EMERY ERA impresionante. Sophie se mordisqueó el labio inferior antes de sucumbir al impulso de pasar las puntas de los dedos por encima del vestido. Tenía una tela interior negra con una redecilla de encaje dorado salpicado de pequeños diamantes. Un ceñidor de satén negro rodeaba holgadamente las caderas. Lo levantó y sonrió. Era un vestido de estilo retro, como el que llevaría una joven a la moda en los años veinte. A Sophie le encantó. Cualquier hombre con dinero podía comprar un vestido caro para una mujer, pero no cualquier hombre podía encontrar ese vestido, tan único, tan espléndido que la mujer se sintiera seducida por el simple hecho de sentir el satén bajo sus manos y entusiasmada por vivir la aventura que podía suponer llevar un vestido tan clásico. Emery sabía cómo seducirla.

Junto al vestido, sobre la cama, había un par de zapatos negros cerrados. Los tacones eran lo bastante altos como para que sus piernas parecieran sexys, pero no demasiado como para resultar incómodos. Levantó un zapato, especulando sobre cuándo Emery había tenido tiempo de volver a comprarle cosas.

—¿Te gusta? El tema de la fiesta de mamá de este año es *El Gran Gatsby*. Sabes que la novela está ambientada en Long Island, ¿verdad? —Emery apareció repentinamente detrás de ella, con las manos en su cintura. Unos labios suaves le besaron la mejilla y el cuello. Su tendencia natural a la dulzura siempre la sorprendía. Eso no encajaba con el hombre inquietante que había amenazado con doblegarla, azotarla y sacar a relucir su lado oscuro con un placer perverso. Sin embargo, él era a la vez el amo dominante y el amante amable. Eran el mismo hombre y ella estaba completamente enamorada de él.

—Así que soy Daisy Buchanan. ¿Tú eres Gatsby? —Sophie se giró en sus brazos, inclinando la cabeza hacia atrás para mirarlo. Le encantaba que fuera tan alto. La hacía sentirse segura cuando se apoyaba en él. Pero al mismo tiempo, él podía mirarla con esos ojos tan ardientes que la hacía derretirse. Sus pestañas, largas y oscuras como el oro bruñido, caían parcialmente, suavizando el calor salvaje de su mirada.

—Sí, suponiendo que te conviertas en mi Daisy y no pertenezcas a ningún otro hombre. ¿Lo serás? —las palmas de las manos de Emery se deslizaron por su espalda bajo el fino jersey de algodón azul marino que vestía. Sophie inclinó la cabeza por debajo de su barbilla y soltó una risita ahogada mientras él forcejeaba con el broche de su sujetador.

—¿Tienes problemas con esa, Casanova? —ella cedió al deseo de besarle la barbilla a lo largo de la débil cicatriz. ¿Qué no daría por eliminar el dolor, borrar el recuerdo de lo que lo causó?

—¿Y te preguntas por qué insisto en no llevar ropa interior? Estas cosas son imposibles —le gruñó al oído.

Riendo, las manos de Sophie se encontraron con las de él mientras lo guiaba para que desabrochara el cierre. Aunque el sujetador continuó colgando de sus hombros después de que él lo hubiera desabrochado, la giró hacia la cama y la arrastró contra su cuerpo. Sus caderas chocaron contra las de ella y sus manos se introdujeron bajo el jersey y aflojaron el sujetador para cogerle los pechos. Sus pezones se pusieron erectos bajo las puntas de sus dedos.

—¿Esto te gusta? —murmuró en voz baja y suave.

—Ajá —terminó con un jadeo cuando él le pellizcó las puntas sensibles.

Las manos de Sophie bajaron hasta la cremallera de sus jeans, y el zumbido de los dientes metálicos fue estrepitoso. Emery deslizó los jeans de Sophie fuera de sus caderas y enganchó los dedos en los bordes de las bragas, tirando de ellas hacia abajo hasta dejarle el culo totalmente al descubierto.

—Inclínate —le ordenó.

Ella obedeció sin pensar. El crujido de la tela fue su único aviso antes de que él introdujera la cabeza de su miembro en su inflamado sexo. Mantuvo una palma de la mano en la parte baja de su espalda, sujetándola mientras la penetraba con una serie de lentas embestidas. Sophie enterró la cara en la colcha de la cama, estrujando y aflojando las manos en la suave tela. Con cada embestida, él la llenaba, la estiraba, y ella se deleitaba en la felicidad creciente. Emery se inclinó sobre ella, con sus brazos aprisionándole los hombros, y sus jadeos se esparcieron por su cuello. La penetraba, cambiando sus movimientos, provocándola, manteniéndola inmovilizada y sólo capaz de suplicar más o más fuerte en jadeos ahogados. Siempre le daba lo que pedía, pero siempre se apartaba cuando ella estaba a punto de explotar.

—¡Emery, por favor! —suplicó.

Él se echó hacia atrás, le cogió las caderas y empezó a embestirla. El golpeteo de la carne contra la carne y los sonidos de su sexo llenaron la habitación. Sophie apenas podía pensar más allá del momento. La posesión, la pasión de Emery. Era todo lo que ella quería y necesitaba. No había separación entre ellos, ni un centímetro de distancia. No podían acercarse más.

Su clímax estaba tan cerca que Sophie estaba a punto de estallar. Si él disminuía la velocidad una vez más, ella moriría. Emery cambió repentinamente de posición y la penetró desde un ángulo diferente. Ella se estremeció bajo la supernova de placer. Él se corrió segundos después, lanzando un grito áspero debido a su propia liberación. Se desplomó sobre ella y ambos se inclinaron sobre la cama, pero su peso no era inoportuno. Los jadeos entrecortados de Emery junto a su oreja aumentaron el hormigueo de sus réplicas, aumentando las pequeñas vibraciones de los diminutos orgasmos que se produjeron a continuación. Seguía profundamente enterrado dentro de ella, y semiduro.

—¿Listo para el segundo round? —no pudo resistir el impulso de provocarlo, y se sacudió debajo de él.

Emery soltó una risa y un gemido.

—Me vas a matar —su risita vibró contra su espalda, y Sophie no pudo evitar mostrar una sonrisa felina.

—¿Yo? Tendré suerte si puedo caminar después de esto —protestó sin entusiasmo.

—Si no puedes, te llevaré en brazos —le apartó el pelo del cuello y le dio un beso donde el pulso latía bajo su piel —. Desearía que no tuviéramos que ir a la fiesta. Preferiría quedarme aquí, así —murmuró. El corazón de Sophie dio un extraño vuelco en su pecho. La verdad de sus palabras la llenó de calidez, aunque estaba teñida de decepción por el hecho de que no iba a hacerse realidad.

Finalmente, Emery se enderezó y se separó de ella. Sophie, sudorosa y con piernas ágiles, corrió rápidamente

al baño para limpiarse mientras una sonrisa de satisfacción se dibujaba en sus labios. Reprimió las ganas de reír. Él la había transformado, la había convertido en una criatura salvaje y lasciva, y eso le sentaba bien. Nunca podría volver a ser la mujer tranquila y reservada que alguna vez fue. La antigua Sophie Ryder había desaparecido y nunca volvería.

*Gracias a Dios.* Por fin ella podía vivir su vida. Emery se negaba a dejar que se mantuviera oculta. Curioso… él era el ermitaño, pero había abierto su propio corazón, había dejado caer sus muros para dejarla entrar y ella se había visto obligada a hacer lo mismo para amarlo.

—Vamos, Sophie —su voz resonó en el mármol del cuarto de baño.

Emery apareció en la puerta, ya completamente vestido de nuevo y con un aspecto devastadoramente atractivo. Si una persona realmente podía lucir como un millón de dólares, era él, de la mejor manera. Los refinados trajes a medida y las corbatas de seda lo convertían en una perfección masculina realzada por la virilidad natural y el atractivo sensual que se ocultaban bajo la capa de ropa. Lo había visto desnudo, gloriosamente desnudo, y era todo un hombre, lleno de energía salvaje impregnada del atractivo sexual de los antiguos guerreros naturales, como el tipo de hombre que se la echaría al hombro y se la llevaría a la cama. Después de seducirla más allá de su cordura. Él era condenadamente bueno en eso.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y él la notó.

—¿A qué viene eso?

—¿Hmm? —preguntó ella.

—Esa pequeña sonrisa.

—Estaba pensando que es muy fácil para ti vestirte —refunfuñó mientras terminaba de asearse y volvía al dormitorio. Estaba completamente desnuda pero, por primera vez, no se sentía vulnerable ni expuesta. No tenía que preocuparse por decepcionarlo con sus cicatrices. Él

había besado todas y cada una de ellas con una ternura que casi la había hecho pedazos.

—Puede ser fácil para mí, pero te garantizo que tú te verás mejor —la miró lascivamente hasta que ella se echó a reír. Siguió riéndose mientras alcanzaba las bragas y el sujetador. De repente, él se colocó detrás de ella, rodeándola con su fuerza mientras le sujetaba la muñeca, inmovilizándola.

—Nada de ropa interior. Te quiero desnuda esta noche —le susurró al oído. Su tono ronco era como beber whisky cuando quemaba en todos los lugares adecuados.

El cuerpo de Sophie volvió a arder. Soltó las bragas de encaje y tocó el sujetador. De todas formas, no le habría servido de mucho. La tela del vestido era tan gruesa que supuso que podría ir sin sujetador.

—Gracias, amo Emery —bromeó.

Él le dio una bofetada en el trasero desnudo, provocándole un ligero escozor que frotó para eliminarlo, lo que sólo hizo que deseara volver a tenerlo dentro de ella.

—Sabes… si fuera más dom, te exigiría que me llamaras así con respeto y lo esperaría. Tienes suerte de no estar saliendo con Royce o Wes. Ambos son mucho más estrictos con esas cosas. Sé que no eres lo suficientemente sumisa para eso.

—Qué suerte la mía —ella arrugó la nariz.

—Sí, qué suerte la tuya… —murmuró—. Me gusta cómo suena eso. Creo que empezaré a insistir en que me llames amo más a menudo —se apartó de ella mientras le cogía el vestido y se lo tendía.

Sophie enarcó una ceja.

—¿Oh? Apuesto a que no durará mucho.

Cogió el vestido y se lo puso, al igual que los zapatos negros. Emery hizo girar un dedo en el aire para indicarle que se diera la vuelta. Ella giró. Sus manos se posaron en la parte baja de su espalda, subiendo la cremallera. Un escalofrío le cosquilleó la espalda.

La intimidad de esta momento era maravillosa. Ella y el hombre al que amaba se estaban vistiendo para una fiesta, ayudándose y provocándose como lo harían las parejas serias. Ella y Emery llevaban muy poco tiempo conociéndose, pero, en cierto modo, lo conocía mejor que a su propia familia. Y esto pronto se acabaría. Él le había contado su historia, pero pronto encontrarían a su hermano y entonces no habría otra razón para que ella se quedara. Pero Sophie quería hacerlo, Dios cómo lo deseaba.

Se volvió hacia Emery y le rodeó el cuello con los brazos. Él retrocedió un paso, asombrado, y le rodeó la cintura con los brazos, riendo con sorpresa. Ella enterró la cara en su cuello, respirando su aroma único de hombre y almizcle con una pizca de su colonia. Era fuerte, cálido y juguetonamente tierno mientras la abrazaba. Sophie se estremeció, incapaz de contener las emociones que la inundaban. Él la hacía sentir viva, de una forma nueva. Débil por el deseo, pero también fuerte, como si pudiera conquistar cualquier cosa, hacer cualquier cosa. Nunca se había sentido así, como si fuera capaz de cualquier cosa. Siempre había creído en sí misma y tenía confianza en la mayoría de sus habilidades, pero esto era más profundo.

—Eh… eh, Sophie —él la estrechó con más fuerza y murmuró tranquilamente en su oído—. ¿Qué pasa? Sólo bromeaba —la gran palma de su mano le cogió la mejilla y ella se inclinó hacia ese contacto, acariciando su palma, sintiéndose tan segura y tan cuidada que le resultó aún más difícil saber que pronto se iría.

—No eres tú… estoy bien —disfrutó de su abrazo un momento más antes de obligarse a retirarse. Con las puntas de los dedos, Sophie se limpió los restos de humedad de los ojos.

Emery parecía receloso, y sus ojos se centraron en los de ella con una intensidad paciente que la hizo apartar la mirada.

—Hablaremos de esto más tarde. Quiero saber qué te preocupa, pero se nos hace tarde —Emery depositó un beso conmovedor en sus trémulos labios y entrelazó sus dedos con los de ella. Él cogió su brillante bolso dorado y se lo tendió mientras se dirigían al vestíbulo.

Hans los esperaba en la puerta principal, vestido de negro y con una expresión seria en el rostro. Una pistola colgaba de su cadera y Sophie tenía la sensación de que había otras armas ocultas en otros lugares de su cuerpo.

—El coche está esperando fuera —dijo Hans mientras le entregaba a Emery una pequeña pistola.

—Un momento. ¿Crees que necesitamos armas? —Sophie tragó duro. El secuestrador seguía ahí fuera, dispuesto a matar a Emery. Era fácil olvidar eso cuando él la abrumaba de pasión en su cama.

—Yo necesito un arma. Tú no. Hans te mantendrá a salvo —Emery la acercó y le besó la sien derecha antes de deslizar la pequeña pistola en el bolsillo de su abrigo. Hans fue al armario y sacó un abrigo de piel negro—. ¿Te gusta? —Emery se lo tendió—. Era de mi abuela.

Sophie se sonrojó al deslizar los brazos por las suaves mangas forradas de seda del lujoso abrigo de piel. Era cálido y cómodo. Se sentía estupenda. Y todo estaba mal. Cuando bajaron los escalones de piedra que conducían al coche, ella sintió un escalofrío inquietante y repentino. Por un segundo, no pudo respirar. El dolor la desgarró y gritó. Los brazos de Emery la rodearon, capturándola, y el dolor desapareció con la misma rapidez. La visión que había vislumbrado, el mundo negro cubierto de un rocío rojo rubí, había desaparecido. La voz de su abuela Bells resonó en su mente, un recuerdo de mucho tiempo atrás.

*El diablo viene a por ti. Algún día vendrá a por todos nosotros. Prepárate, siéntelo y levanta los puños, Sophie.*

Casi podía sentir las manos arrugadas de su abuela sujetando sus puños de niña, cerrando sus dedos y levantándolos frente a su cara como un boxeador

experimentado. Nadie había escuchado a la abuela en ese momento; era una anciana con Alzheimer, pero Sophie la había escuchado. Había recordado.

—Sophie, ¿qué pasa? —el tono áspero de Emery la hizo hablar y decir lo que todos sus instintos le pedían a gritos. Ella se volvió en sus brazos.

—Por favor, Emery, vamos a olvidarnos de la fiesta. Quiero quedarme aquí, todos nosotros. Tengo un mal presentimiento.

Emery cogió su barbilla y levantó su cara. Sus ojos color avellana eran oscuros en la luz púrpura del atardecer que se filtraba por las ventanas.

—Realmente estás preocupada —observó, y su rostro se suavizó.

—Sí —se sintió aliviada y bajó los hombros cuando la tensión disminuyó. Él la escucharía y se quedarían, protegidos contra lo que sus instintos le gritaban que iba a ocurrir.

—Tenemos que ir, sólo un rato. Se lo prometí a mamá. Hans estará con nosotros. Todo irá bien. Te lo prometo.

—¡No! ¡Emery por favor! —ella tiró de las solapas de su abrigo negro.

—Puedes quedarte aquí, si estás muy alterada. Hans estará encantado de quedarse y vigilarte.

Se quedó boquiabierta.

—¿Estás loco? ¿Con ese asesino suelto? No me quiere a mí. Te quiere a ti. Hans tiene que quedarse contigo — Sophie aún sujetaba los bordes de su abrigo y frotaba distraídamente el costoso material mientras esperaba en vano que cambiara de opinión.

El suspiro de Emery le dio un atisbo de esperanza antes de que sus palabras acabaran con ella.

—Entonces ven conmigo, Sophie. Estaremos allí media hora y volveremos directamente a casa. Palabra de boy scout.

Ella esbozó una débil sonrisa.

—¿Fuiste boy scout?

—Eagle scout —él sonrió.

—Por supuesto —murmuró ella, pero se sintió un poco mejor. Aunque todo su cuerpo seguía paralizado ante la idea de que estaban a punto de correr peligro, sabía que no lo convencería de lo contrario y que tenía que confiar en él.

Los hombros de Sophie se hundieron y apartó las manos de su pecho. No habría forma de ganar esta discusión. Dejó que Emery la acompañara al Mercedes y la ayudara a sentarse en el asiento trasero. Ambos se deslizaron por el cuero negro. Hans se sentó en el asiento del copiloto, junto al conductor, y empezó a dar indicaciones. Ella se acurrucó junto a Emery e intentó alejar la preocupación de su mente. Sabía que fracasaría. El diablo estaba ahí fuera. Iba a por ellos. Tenía que estar preparada.

# Capítulo Diecinueve

Han pasado veinte años desde el infame secuestro de los Lockwood. Emery Lockwood es ahora presidente de Industrias Lockwood, la empresa que su padre Elliot y su tío Rand crearon años atrás. A pesar de los numerosos actos sociales a los que asisten Elliot y Miranda, Emery ha permanecido recluido, manteniéndose alejado del ojo público.

—*New York Times*, 7 de enero de 2010

La mansión de los padres de Emery estaba abarrotada. En el kilómetro y medio que separaba la entrada y la casa, había costosos y desconocidos coches alineados, y aparcacoches con trajes a medida se dedicaban a atender a los invitados que iban llegando. Faroles japoneses iluminaban los terrenos. En el salón de baile, una gran banda de vientos animaba el ambiente con jazz tradicional. La gente bailaba y reía por doquier. El brillo de las joyas y los trajes costosos hacían que la sala resplandeciera y brillara. Emery quería disfrutar de la ocasión. No había asistido a una fiesta de disfraces desde que era niño. Pero su corazón no estaba en ello esta noche.

Miró a Sophie a través del salón de baile. Sus mejillas cenicientas y sus ojos afligidos lo hirieron tanto como su

silencio hacia él durante toda la velada. Parecía haberse encerrado en sí misma, silenciando a su único guardián contra aquello que la había alterado antes de salir de su casa. Tenía la cara pálida, casi blanca como la nieve, y se mordisqueaba el labio inferior con ansiedad. Algo la había puesto de ese humor y había perturbado a la dulce y sensual criatura con la que había hecho el amor apenas una hora atrás. Había estado maravillosa, provocándolo mientras se vestían. El momento entre ellos había estado cargado de una energía que él nunca había sentido con una mujer. Ella lo tranquilizaba, lo provocaba, encendía un fuego en su sangre al mismo tiempo. Sophie era todo lo que él podía desear o necesitar en una mujer… en una esposa.

Lo comprendió de golpe, como una avalancha que lo derribó sobre un costado. Dios mío. Ella le importaba. No… La amaba y quería pasar el resto de su vida con ella. Sus propios pensamientos lo sorprendieron. De niño nunca había imaginado compartir su vida con nadie, excepto con su hermano, pero ahora no podía imaginar otro momento sin Sophie. Por supuesto, era demasiado pronto para hablar de ese tipo de cosas con ella. Era inteligente e independiente. Demonios, tal vez no quería verse atrapada en una relación a largo plazo con él. Sophie tenía toda su vida por delante, y Emery había pasado la mayor parte de la suya escondido en las sombras. Pero no podía dejarla ir, no a ésta mujer. Ella lo era todo para él.

Después de perder a Fenn, había perdido el sentido de la orientación, como un pintor ciego. Perder a su otra mitad lo había destrozado, lo había deshecho, hasta que no fue más que una mota de polvo en la mente del creador. Sin Fenn, Emery no existía, pero Sophie lo había devuelto al mundo de los vivos cuando ni siquiera se había percatado de que había estado muerto. Ella lo había revivido. Ella le había enseñado a amar, a reír, a confiar de nuevo en su corazón.

Una repentina necesidad de verla, de tocarla, lo invadió en ese momento. Recorrió la multitud y la encontró bailando con su padre, con la expresión de preocupación aún presente en sus rasgos. Tenía la cabeza ligeramente inclinada mientras escuchaba lo que decía su padre y se reía. Un lindo rubor tiñó sus mejillas, y la chispa de la vida fue temporalmente restaurada.

—Espero que pienses conservarla, Emery. Es una chica especial —la voz de su madre lo sobresaltó. Se dio la vuelta y la encontró sonriéndole. Abrió los brazos y ella lo abrazó, dándole un beso en la mejilla. Cada vez le resultaba más fácil dejar que su madre atravesara sus muros de protección. Quizá algún día podrían estar tan unidos como lo habían estado antes… Emery no quería pensar en el pasado. Quería mirar hacia adelante. Fenn era su pasado. Sophie era su futuro.

—Quiero conservarla, madre. De verdad. La haré mía.

—Una mujer quiere saber que es amada, Emery. No quiere dinero ni joyas. Quiere tu corazón. ¿Puedes darle eso? —preguntó Miranda. La tragedia de la pérdida de Fenn había sembrado en los ojos de la mujer una marcada melancolía que destrozaba el corazón de Emery, y esa vieja culpa aún le carcomía por dentro.

—Madre, necesito hablarte de Fenn. Lo que sucedió esa noche… —se le quebró la voz. Ella lo hizo callar.

—Sé lo que pasó. Os separasteis… y él no sobrevivió. Tu padre y yo no te culpamos. Emery, extraño a Fenn con cada aliento que doy, pero estoy muy agradecida de que hayas sobrevivido. Muy *agradecida* —se le llenaron los ojos de lágrimas y ella deslizó una mano por su mejilla. La caricia maternal hizo que el horrible dolor de su pecho se intensificara—. Míranos —reprendió su madre—. Es tiempo de felicidad. Ahora ve a robarte a esa chica antes de que tu padre te la arrebate —ella sonrió, con los ojos aún brillantes por las lágrimas. Le dio una palmadita en el

brazo y se volvió para hablar con sus otros invitados. Él empezó a avanzar cuando alguien chocó con él.

—¡Emery! Así que has decidido venir después de todo —su primo Brant, ataviado con pantalones y camisa negros, se quitó la máscara negra de la cara.

—Sí, supuse que debería hacerlo —no quería detenerse a charlar, pero parecía que Brant sí.

—¿Y tu pequeña y encantadora conquista? ¿Dónde está? No me digas que esa rosa en particular se ha marchitado tan pronto —el tono de Brant era burlón, pero sus ojos eran cualquier cosa menos eso. La dureza que había allí provocó una pausa momentánea en Emery.

—Ella está aquí —no dio más detalles. Por alguna razón, Brant quería despistarlo, pero no permitiría que su primo lo manipulara.

—Ahh… ¿sigues prendado de ella? Bueno… que tengas una buena noche, primo —Brant se volvió a poner la máscara y desapareció entre la multitud.

El teléfono zumbó en su bolsillo. Lo habría ignorado, pero nunca lo ponía en vibración. Metió una mano en el bolsillo y lo sacó. Frunció el ceño. No era su teléfono. El suyo había *desaparecido.* Se le erizó el vello de la nuca y algo se le revolvió en el estómago.

El identificador de llamadas decía desconocido.

—¿Qué demonios? ¿Quién es? —gruñó.

Una voz demasiado familiar llegó a través de la línea.

—Hola Emery —dijo Antonio D'Angelo.

—Pedazo de mierda… —empezó.

—Ya, venga, Emery. ¿Esa es forma de tratar a un viejo amigo?

—Quemaste mis establos, mataste a mi hermano, golpeaste a mi amigo e intentaste hacerme pedazos con una explosión. No creo que vayas a competir por ser el amigo del año.

Antonio se rio, con un placer evidente en el sonido, y eso enfadó a Emery.

—Siempre tan bocón. Me encantó reprenderte a golpes. Pero odio corregirte. Aunque desearía haber matado a Fenn, no lo hice.

—¿Qué? —la respuesta de Emery fue un jadeo ahogado. Su cerebro pareció llenarse de una niebla uniforme.

—¿Es necesario que lo repita? Yo no estuve allí la noche que escapaste. Mis hombres sí, pero yo no. Hace unos días descubrí que tu hermano no estaba muerto. Me sorprende que tu pequeña reportera no te lo haya dicho. Ella sabe que Fenn está vivo. Al parecer, ella y ese hacker amigo tuyo te han estado ocultando secretos.

El corazón de Emery se estremeció hasta detenerse rígidamente. El ruido de la habitación se desvaneció en un zumbido distante mientras su cabeza era nublada por la confusión.

Sophie. Sophie le había estado ocultando esto, algo que significaba todo para él. Ella no lo haría, no podía ocultarle ese secreto. Se trataba de otro de los juegos de D'Angelo.

—Estás mintiendo.

D'Angelo se rio.

—No tienes que confiar en mí, Emery. Puedo demostrárselo. Ella quiere una historia memorable y guardó la noticia de que Fenn estaba vivo porque quiere la gloria de la historia. Consiguió que tu hacker le siguiera el juego, por un precio, por supuesto… Son muy cercanos, ¿no crees? Quizás fueron amantes antes de que la conocieras. Ella supo con mucha facilidad dónde encontrarte en el club. Apuesto a que ella y Cody han estado planeando esto durante meses.

Emery sujetó el teléfono con tanta fuerza que el plástico se agrietó.

—Intenta no parecer tan sorprendido, Emery.

¿Sorprendido? Cómo demonios Antonio… Emery se giró, con sus ojos buscando entre la multitud. El hombre tenía que estar aquí, observándolo. Había demasiada gente y la

iluminación era demasiado tenue para que pudiera tener una visión clara.

—Ella estuvo feliz de follarte por la historia, por el dinero, pero ahora está extendiendo sus favores. Como cualquier mujer lo haría.

Mentira. ¿Todo había sido una mentira insidiosa?

—Voy a colgar —gruñó.

—Te enviaré un archivo de vídeo. Te sugiero que lo veas.

El teléfono se apagó.

Un segundo después apareció el icono del correo electrónico. Lo abrió y el archivo empezó a cargarse. Le reprodujo y lo vio.

Era un vídeo de cuando Cody estuvo en el hospital. D'Angelo debió haber colocado una pequeña cámara en la habitación de alguna manera. La idea lo llenó de terror. El hombre había estado en la habitación de Cody, lo bastante cerca como para acabar con su amigo. El vídeo mostraba a Cody y Sophie solos en la habitación, hablando. No podía leer sus labios, pero el lenguaje corporal era claro: miradas disimuladas, ojos sospechosos, y entonces Cody deslizó algo pequeño —parecía una navaja—, en la mano de Sophie. Ella la guardó rápidamente en su bolsillo justo cuando Emery entró en la habitación del hospital.

No había forma de saber con certeza de qué habían hablado Cody y Sophie, pero las pruebas visuales eran irrefutables.

La sangre de sus venas estaba fría como el hielo mientras repetía el vídeo dos veces más. Emery sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el pecho y le hubiera rodeado el corazón con dedos crueles, estrujándolo dolorosamente. Ella lo había traicionado. Le había contado sus peores recuerdos, el secreto más oscuro de su alma, y ella estaba utilizando todo eso en su contra y colaborando con su amigo, un joven al que había rescatado y tratado como a un hermano pequeño. La alegría y la euforia de saber que Fenn aún podía estar vivo se vieron empañadas

por la forma en que se había enterado de la verdad… No podía confiar en Sophie. Dejó caer el teléfono al suelo y lo aplastó con su bota. Si ella quería jugar, él jugaría.

La ira gélida se apoderó de él con una increíble sensación de autocontrol. Atravesó el salón, con el corazón convertido en piedra a cada paso. Llegó hasta Sophie y su padre.

—¿Puedo interrumpir? —su fría sonrisa hizo que su padre se detuviera, quien miró a Sophie con una ceja levantada e inquisitiva.

—Está bien, señor Lockwood —le aseguró Sophie. Su padre dio un paso atrás y Emery se deslizó en su lugar sin perder un paso. Él capturó su mano y le colocó la otra en la parte baja de la espalda, presionándola contra su cuerpo. Los ojos de Sophie se iluminaron con un repentino apetito sensual, una mirada que él reconoció al instante. Las emociones se apoderaron de Emery. No volvería a ver esa mirada después de esta noche, y estaba mancillada por saber que Sophie tenía motivos secretos con respecto a él. Su tristeza se ahogó en un torrente de furia, y él aun así quiso hundirse en su cuerpo y encontrar el paraíso. Era una broma cruel que la única mujer con la que hacía el amor, la cual lo hacía sentir como si volviera a casa, era la única mujer que lo había traicionado.

—¿Emery? —una voz tan dulce e inocente. Maldita sea, era una gran actriz.

Él tensó su agarre en la parte baja de su espalda mientras se inclinaba hacia adelante para susurrarle al oído.

—¿Quieres ir a un lugar privado?

—¿Por qué? —susurró ella.

Le pellizcó la oreja y presionó su erección contra su vientre. Los labios de Sophie se separaron en un suspiro suave y trémulo.

—Tú guías, yo te sigo —prometió ella, con los ojos entrecerrados mientras entrelazaba su brazo con el de él.

Un rubor iluminó sus mejillas cuando Emery la sacó de la pista de baile. Él tenía en mente un lugar perfecto para lo que necesitaba hacer. Una última vez, fingiría que ella era la mujer a la que había entregado su mundo. Una noche más, luego la echaría y seguiría adelante.

Sophie tenía esa horrible sensación de fatalidad. La invadía por completo, como el humo de un hechizo mortal salido del caldero de una bruja. Sin embargo, Emery la estaba distrayendo con su pasión infinita. Ella no podía rechazarlo, nunca quiso rechazarlo. La había hecho sentir más viva, más ella misma, como jamás se había sentido en toda su vida. Emery la llevó a una habitación contigua al salón de baile. Había un gran escritorio de caoba y un par de sillones de cuero. Detrás del escritorio había cientos de libros con lomos dorados en estanterías que iban del suelo al techo.

El chasquido de la cerradura de la puerta la hizo girarse. Él se apoyó en la puerta, con los brazos cruzados. No sonreía, no con los ojos, aunque sus labios se curvaban hacia arriba.

—Siéntate en el borde del escritorio, abre bien las piernas para mí —la orden fue suave y erótica, pero el destello de dolor violento en sus ojos la confundió—. Hazlo o te enrojeceré el culo con la mano —le advirtió.

Sophie se encendió por dentro con una fuerte punzada de excitación, y retrocedió hasta el escritorio. Se puso de puntillas y se dejó caer en el escritorio, levantando los ojos hacia los de él mientras abría las piernas. La mirada de Emery cayó y ella supo que él estaba recordando que no llevaba nada debajo del vestido.

Se apartó de la puerta y se acercó a Sophie, quien se inclinó hacia atrás de manera instintiva cuando él invadió

su espacio. Le cogió la nuca con una mano y la estrujó ligeramente, ordenándole que se quedara quieta. Emery tiró de su pelo y ella inclinó la barbilla hacia atrás, dejando al descubierto su garganta. La primera caricia de sus labios por debajo de bajo su mandíbula fue más bien el eco de un beso dado siglos atrás. Sophie sintió un hormigueó y una vibración en la piel con la ligera sensación. Cada célula de su ser se concentró en el contacto, el roce de los labios de Emery, el roce de los dientes en su garganta, la punta caliente de su lengua saboreándola.

El orgasmo en su vientre empezó a crecer, lento y débil al principio, provocado por los suaves besos y el ligero escozor en su cuero cabelludo mientras Emery le estrujaba el pelo. Su otra palma tocó la rodilla de Sophie, trazando patrones con las cálidas puntas de los dedos antes de deslizarse por la parte exterior del muslo, empujando el brillante vestido hacia arriba hasta desnudarla a la altura de la cadera. Ella quería tener sus labios en su boca, sentir las emociones que él dejaba fluir de su boca a la suya cada vez que se unían. Pero Emery no la besó.

La presionó hacia abajo hasta que se tumbó de espaldas sobre el escritorio, luego le subió el vestido hasta la cintura y la cogió por las caderas. La repentina sacudida que la arrastró hasta el extremo del escritorio le robó el aliento. Cada una de sus caricias estaba impregnada de ferocidad animal; él levantó sus piernas, enroscando las pantorrillas alrededor de sus caderas delgadas y poderosas. Los músculos del trasero de Emery estaban tensos y Sophie se presionó contra él, empujándolo más cerca. Se estremeció de anhelo cuando se desabrochó el cinturón y aflojó el primer botón. Sus ojos se clavaron en los de ella, cautivándola mientras se bajaba la cremallera y se liberaba.

Había mil cosas que Sophie debería haber dicho en ese momento, cuando vio el destello de sombras furiosas en sus ojos, pero él no le dio la oportunidad de pensar. Se llevó las

manos al cuello, aflojándose la corbata de oro bruñido. Introdujo un dedo en el nudo, lo aflojó y alcanzó las manos de Sophie. Con la corbata, le ató las muñecas y tiró de ellas por encima de su cabeza. Hizo algún movimiento con la mano por encima de su cabeza y, aunque Sophie no pudo verlo, supuso que había hecho algo en el borde del escritorio porque sintió tensión en las muñecas y la corbata estaba sujeta a algo que no podía ver.

El brillo gélido de sus ojos hizo que el corazón de Sophie diera un vuelco. ¿Qué había cambiado desde que su llegada a la fiesta? Este no era el Emery que había llegado a conocer; este era el Emery que había conocido por primera vez esa noche en el club, el que estaba lleno de fuego, ira y actitud defensiva. Todas sus barreras habían sido levantadas de nuevo, con su fortaleza blindada contra ella una vez más. El progreso que había hecho para introducirse en él se había deshecho.

—No te muevas —gruñó.

Estaba indefensa… Sus rodillas se cerraron.

—Mantén las piernas abiertas.

Respirando hondo, Sophie se obligó a calmarse y dejó que sus rodillas se separaran, pero no pudo evitar que temblaran. Emery se inclinó y colocó un dedo en sus labios. Luego lo deslizó hacia abajo, hasta sus pechos agitados. Ella observó su dedo mientras él tiraba suavemente del vestido y liberaba sus pechos de uno en uno. Su respiración se aceleró y sus pezones se pusieron erectos. Emery rodeó uno de ellos, con los ojos oscuros, como fascinado por la visión de su cuerpo excitado. Él frunció ligeramente el ceño mientras se concentraba en el otro pecho, cogiéndolo y amasándolo hasta que ambos estuvieron inflamados y pesados. Sophie arqueó la espalda, presionándose contra él.

Ella quiso ignorar la advertencia que su corazón le lanzó en ese momento, cuando sus miradas se cruzaron de nuevo y vio la oscuridad que se cernía sobre él como una violenta

tormenta en el horizonte. Pero la capacidad de pensar racionalmente se evaporó cuando Emery bajó la cabeza y se llevó uno de sus pezones a la boca. Ella gimió cuando chupó con fuerza la sensible punta, lamiéndola antes de morderla.

—¡Ooh! —no pudo contener el sonido de placer/dolor que la recorrió. Hizo lo mismo con el otro pezón y lo mordió mientras deslizaba la mano entre sus muslos. Uno de sus dedos se hundió en su caliente interior y Sophie levantó las caderas, intentando empujarlo más adentro. Apartó el dedo al instante y ella gimió ante la pérdida.

—¿Eres inocente, Sophie? —su pregunta la obligó a abrir los ojos.

—¿Qué? —preguntó, con la confusión mezclada con el placer mientras él se inclinaba de nuevo hacia su pecho, pero sopló suavemente contra éste en lugar de colocar la boca sobre su piel.

—¿Todo lo que me dijiste sobre ti fue una mentira? —murmuró contra su pecho antes de besar su cuello.

—¿Mentira? —apenas pudo articular una palabra porque él había vuelto a deslizar los dedos entre sus pliegues, y se estrechó contra él.

Emery se movió entre sus muslos, colocando la cabeza de su miembro en su entrada. Los primeros centímetros se hundieron con facilidad, pero a medida que él presionaba más, el cuerpo de Sophie se estiró, intentando acomodarse a él. Se mecían juntos, mientras la corbata se tensaba alrededor de sus muñecas y ella se sacudía debido a sus fuertes embestidas. Unos segundos después, estuvo completamente dentro de ella y su rostro se cernió sobre el suyo.

—Me has metido —Emery susurró contra sus labios. La expresión cautelosa de su rostro había desaparecido. Estaba abierto a ella, como un libro abierto en la página central, revelándolo todo. Rabia, dolor, deseo, todo por algo que ella había hecho.

El corazón de Sophie se detuvo. Él lo sabía. Fenn estaba vivo y Emery sabía que ella se lo había ocultado.

La besó con dolorosa lentitud, y ella bien podría haber estado fuera del jardín de Getsemaní después de haberle besado la mejilla en señal de traición. Eso penetró en su alma; el sentimiento entumecedor y destructivo de su propia impotencia para explicar por qué le había ocultado la existencia de Fenn. Pero Emery no la dejó pensar mucho en ello. Salió de su cuerpo sólo para volver a penetrarla. Compartieron un gemido de oscuro placer, pero los hombros trémulos de Emery delataron su propia falta de control. El dom que llevaba dentro exigía venganza, y ella pagaría por el daño que le había causado.

—¿Solo sirvo para eso? ¿Una follada y una historia relevante? —la penetró de golpe y Sophie se mordió el labio ante la exquisita sensación de su castigo con placer. Era algo perverso, era lo peor que ella podía hacer en ese momento; disfrutar mientras sabía que él sufría, y la estaba obligando a sentirse así a propósito.

—Emery… por favor, déjame explicarte… —sus palabras terminaron en un jadeo cuando él pellizcó uno de sus pezones con fuerza.

—Me has traicionado. A mí —siseó, con cada palabra acompañada de una embestida.

Sophie levantó la cabeza, fulminándolo con la mirada.

—¡No! —pensara lo que él pensara, ella se lo explicaría, lo haría entender.

—Compraste a Cody cuando descubriste que Fenn estaba vivo. No me lo dijiste porque querías la historia — bajó las cejas, separó los labios en un gruñido mientras empezaba a follarla duro y rápido. La llenó y una oleada de éxtasis le robó el aliento mientras luchaba desesperadamente por levantar las caderas para que él la penetrara más profundamente.

Le estaba haciendo el amor de otra manera. Siempre había habido dulzura, al menos en sus ojos o en sus labios,

cuando le había hecho el amor antes. Esto era completamente salvaje, lleno de dominación y control. Sí, placentero, pero sólo físico. La intimidad que habían luchado por establecer el uno con el otro durante los últimos días estaba destruida. La devastación de esta comprensión la golpeó con fuerza, y luchó por apartar a Emery, quien le estaba quitando emoción a su pasión y no se sentía igual; había un vació en sus acciones que la estremeció hasta la médula.

—Emery, ¡detente! —siseó, sacudiendo las muñecas, intentando liberarse. Se apartó de ella en un instante, saliendo de su cuerpo, con la cara oscura como una tormenta de verano. Los dos estaban quietos, jadeantes, frustrados. Finalmente, él metió una mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un pañuelo. Se limpió y tiró el trozo de tela blanca al cubo de la basura que había junto al escritorio mientras se arreglaba los pantalones. No la estaba mirando, y Sophie no podía apartar los ojos de él. Como si estuviera viendo un desastre, estaba viendo al hombre que amaba alejarse de ella en espiral, en una mezcla de humo negro y muerte.

En ese instante, tuvo la extraña sensación de estar completa y absolutamente sola. Emery se había convertido en nada más que un espejismo, un juego de humo y reflejos, y Sophie se percató de que había estado persiguiendo un sueño que nunca iba a estar a su alcance. El hombre de carne y hueso al que había llegado a amar con cada parte de su alma era más sombra e ilusión. ¿Él pensaba lo mismo de ella? ¿Habían creído que podían unirse y dar sentido al mundo en el que vivían? ¿Acaso ellos no eran más que siluetas oscuras de barcos surcando la niebla en la noche? Cada beso, cada caricia que habían compartido pronto se verían mancillados por la traición.

Emery le cogió las muñecas y, de un tirón, le quitó la corbata de la piel. Sostuvo la prenda durante un largo segundo, contemplando el caro tejido dorado, antes de

arrojarla también a la papelera. Cuando se apartó de ella, Sophie se derrumbó. Sus hombros se hundieron y su cabeza se inclinó.

—Te lo he dado todo, Sophie. Todo lo que tenía, todo lo que soy —se acercó a la pared y apoyó la palma de la mano en ella—. Lárgate de esta casa, deja la ciudad esta noche. Hans te enviará tus cosas mañana a primera hora. No vuelvas a poner un pie en mi isla. ¿Entendido? —su rechazo fue hecho con la furia apenas controlada de un rey malo. Emery giró y caminó hacia donde ella seguía sentada en el borde del escritorio.

Sophie no tenía aliento para emitir sonido alguno. Cuando ella no respondió, él le cogió la garganta, sin estrujarla, pero el gesto era claro. Ella estaba a su merced y él estaba cansado de continuar en el juego que creía que Sophie estaba montando. Pero no había juego, y ella tendría que abandonarlo para siempre.

Emery dejó caer su mano y dio un paso atrás, y el espacio entre ellos fue lo suficientemente grande como para llenar una galaxia entera.

—Lárgate. ¡Ahora! —gritó. El grito la hizo moverse rápidamente, con su cuerpo temblando de frustración sexual, su corazón destrozado mientras se bajaba la falda y huía del estudio. Tenía que irse, pero no podía pensar, no podía respirar. Lo único que sentía era el crujido de sus costillas mientras intentaba coger aire y la implosión del corazón en su pecho. Él la odiaba, no quería volver a verla.

La conmoción la recorrió, adormeciéndola, mientras avanzaba a trompicones por el pasillo. Su bolso… Necesitaba encontrar su bolso para poder salir de aquí.

Las lágrimas le escocían las comisuras de los ojos, pero se negaba a dejarlas caer. Habría un momento y un lugar para llorar, éste no lo era.

Sé fuerte. Tenía que ser fuerte. O nunca conseguiría salir de casa.

—¿Sophie? ¿Qué pasa? —Hans apareció en un instante, rodeando sus hombros trémulos con un brazo. No pudo hablar, sólo se volvió hacia él y se estremeció con sollozos silenciosos.

Nunca en su vida se había sentido tan miserable, tan utilizada. Emery la había follado y la había echado como a una puta.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Emery? —exigió Hans.

Finalmente, Sophie tuvo fuerzas para decir lo que antes no había podido.

—Él me ha utilizado, Hans. Ha dicho cosas llenas de odio y me ha *utilizado*… Tengo que irme ahora mismo.

El asombro en los ojos negros de Hans se convirtió rápidamente en ira.

—Te llevaré de vuelta al pueblo. Primero cogeremos tus cosas. Después le daré una paliza por imbécil —esto último fue más un gruñido murmurado para sí mismo que uno dirigido a sus oídos.

—No, por favor, no lo hagas. Él no merece ni los nudillos magullados que conseguirías al golpear esa cabeza dura como una roca.

Hans soltó una carcajada, pero salió forzada y áspera. Sophie le tocó el brazo, estrujándolo ligeramente.

—Por favor, no hagas nada. Lo digo en serio. Quédate aquí y vigílalo. Te necesitará más que nunca.

Hans la cogió por los hombros cuando se dio la vuelta para marcharse.

—Espera. ¿Qué quieres decir?

—Cody… Cody descubrió que Fenn está vivo. Cuando Antonio lo retuvo como rehén, Cody accedió a los archivos del hombre desde su ordenador. Me los dio cuando estuvo en el hospital. Acordamos no decírselo a Emery, no hasta estar seguros de que Fenn estaba vivo y, sobre todo, de que estaba a salvo. Antonio lo está buscando y planeaba ir a por él después de matar a Emery. Revisé los archivos que Cody me dio y encontré la ubicación de Fenn. Está en Walnut

Springs en Colorado. Hemos enviado a Wes Thorne a buscarlo.

—¿Y Emery no sabía nada de esto? —preguntó Hans.

—No. Quería decírselo. Pero lo conozco. Cometería una imprudencia. Huiría a Colorado y se dejaría matar por Antonio. Y no te lo dijimos porque tendrías que decírselo o mentirle, y no queríamos ponerte en esa situación. Eres demasiado importante para él. *Tiene* que confiar en ti cuando no puede confiar en nadie más.

Los ojos oscuros de Hans estaban llenos de preocupación, pero parecía comprender.

—¿Cómo se ha enterado? ¿Por eso ha sido cruel contigo?

Ella asintió.

—No sé cómo, pero se ha enterado —cerró los ojos, cogió aire, abrió los ojos y se encontró con la mirada de Hans—. Tengo que irme. Por favor, cuida de él. Por si sirve de algo... Todavía le amo. Siempre lo haré y no quiero que resulte herido.

El guardaespaldas, normalmente estoico, se aclaró la garganta.

—El amor tiene mucho valor, Sophie, sobre todo de una mujer como tú. Lo mantendré alejado de los problemas por ti.

—Gracias —se puso de puntillas y le besó la mejilla. Su sonrisa tembló en las comisuras. Cogió su bolso del guardarropa y salió por la puerta principal. El exterior estaba en silencio. El ruido de la fiesta era sordo. Aún era temprano, apenas pasadas las seis, pero la noche oscurecía el cielo. Un color que hacía juego con su alma dolorida y su corazón herido. Se las arregló para latir a un ritmo constante, a pesar del dolor.

Sophie dio unos pasos por el largo camino de grava que conducía a las puertas principales, donde los aparcacoches podían llamar a un taxi para ella. El crujido de la grava a sus espaldas la hizo detenerse bruscamente. Una mano le cubrió la boca. Dejó caer el bolso y arañó la mano

enguantada. Otro brazo la empujó hacia un cuerpo musculoso.

—Hola, cariño. Por fin nos conocemos —la punta de una aguja le atravesó el cuello como una avispa furiosa.

Su grito ahogado no fue escuchado.

—Le tenderemos una linda trampa a nuestro chico Emery —algo afilado le cortó el brazo, causando que la sangre goteara sobre su bolso y el suelo a su alrededor. La zona atravesada por la aguja le empezó a arder. Sus ojos se llenaron de manchas negras y sintió pesadez en los brazos. Luchó por mantenerse despierta, pero no importaba.

Todas las pesadillas que había tenido, todos los horrores a los que se había enfrentado al cerrar los ojos, estaban allí.

*Estaba de vuelta en el patio de juegos con Rachel. Rachel. Su pequeño cuerpo fue un objetivo fácil cuando el hombre la cogió por la cintura, la levantó y le cubrió la boca con un trapo. Sophie no podía moverse, no podía gritar. Estaba clavada al suelo, aterrorizada. El hombre se rio, y el sonido fue chirriante en sus oídos.*

*—Volveré a por ti, pequeña, cuando acabe con ésta —se mofó, con dientes torcidos y ojos desalmados, una visión que Sophie había reprimido en la zona más oscura de su alma.*

*—¡Rachel! —su grito fue demasiado débil, con voz ronca, mientras el hombre corría hacia su furgoneta gris y arrojaba el cuerpo inerte de Rachel en la parte trasera. Los neumáticos chirriaron mientras se alejaba…*

*Nunca había salido de ese patio de juegos. Estaba atrapada por la culpa y el miedo, sola mientras la oscuridad se cernía sobre ella.*

# Capítulo Veinte

Emery Lockwood, el único superviviente de un secuestro ocurrido hace veinticinco años que terminó con la vida de su hermano gemelo, vuelve a ser noticia en Weston, Long Island. Abundan los rumores sobre la participación de Lockwood en un nuevo club privado de Long Island. Las membresías privadas al club The Gilded Cuff cuestan decenas de miles al año, y los estrictos requisitos de entrada impiden que la mayor parte del público general entre para echar un vistazo al apuesto multimillonario de trágico pasado.

—*New York Times*, 31 de octubre de 2014

Emery estaba ocupando la silla de estudio de su padre, desplomado sobre el enorme escritorio. Clavó los dedos en su cuero cabelludo hasta que le dolió. Sentía que el pecho le ardía, como si un dios enfurecido hubiera clavado su mano ardiente en el pecho de Emery y le hubiera arrancado el corazón palpitante y sangrante para arrojarlo a las llamas. No respiraba con facilidad, y las sienes le palpitaban mientras intentaba desesperadamente encontrar el equilibrio en su cabeza. Sólo un pensamiento atravesaba la penumbra: Sophie se había ido. La herida que

ella había dejado nunca cicatrizaría. Demonios, podría matarlo ahora, y se lo había hecho a sí mismo.

Era un maldito imbécil y lo sabía. La había follado para luego echarla. Nunca debería haberla tocado, ni haberse acercado a ella. Incluso odiándola, la seguía amando, y había sido frío con ella sólo para tener un segundo más de paraíso. Lo había disfrutado, se había excitado muchísimo, pero no era lo mismo, no como todas las otras veces que había hecho el amor con ella. Quizá ésa era la diferencia. Esta vez había sido sexo, sólo una rápida follada para olvidarla, pero Sophie le importaba más que nunca. Ya la echaba de menos y quería volver a tenerla entre sus brazos para poder disculparse.

La puerta del estudio se abrió de golpe. Hans era una silueta negra ante la luz del pasillo.

—Vete, Hans, necesito un minuto…

Su guardaespaldas se movió rápido, lanzando un puñetazo tan fuerte que Emery se estrelló contra la silla y ésta se volcó. El dolor estalló en su mandíbula. Gimió mientras se levantaba con dificultad de la silla volcada.

—¿Qué demonios, Hans? —se pasó la palma de la mano por la boca, saboreando la sangre de su labio roto.

—La señorita Ryder acaba de salir de aquí llorando… —la respuesta de Hans fue como el gruñido de un lobo. Habría asustado a cualquiera menos a él.

Emery se puso en pie de un salto.

—Bien… —otro golpe le hirió el ojo y se tambaleó contra las estanterías a sus espaldas. Varios tomos pesados cayeron al suelo—. ¡Basta! —gruñó, levantando los puños para defenderse. Sabía que, si estaba preparado, podría derrotar a Hans. Era el mejor boxeador de los dos, pero si la fuerza de Hans provenía de la ira, Emery probablemente recibiría una paliza.

—Eres una verdadera basura, Emery. Sophie y Cody te estaban salvando. Iban a hablarte de tu hermano una vez que Wes lo hubiera encontrado y se asegurara de que

estaba a salvo. D'Angelo le dijo a Cody que estaba intentando encontrar a Fenn y matarlo. Si te lo hubieran dicho, ambos sabemos que habrías salido corriendo y habrías conseguido que os mataran, a Fenn y a ti. ¿Eso es lo que quieres?

Emery bajó los puños unos centímetros cuando asimiló las palabras de Hans.

—¿Por qué no me lo dijo ella?

La mirada fulminante de su guardaespaldas lo hizo perder el equilibrio.

—Ella te ama y sólo te estaba protegiendo de ti mismo. Quería decírtelo, pero tenía que esperar hasta que tú y Fenn estuvierais a salvo. Lo que sea que le hayas hecho, los pecados que hayas añadido a esa larga lista, será mejor que te pongas de rodillas y reces para que ella te perdone. Ahora recupérate y vayamos a buscarla antes de que se aleje demasiado.

Emery tragó duro y siguió a Hans al exterior. La fiesta seguía en pleno apogeo y no había ni rastro de Sophie en la abarrotada sala. Emery iba al frente mientras Hans y él se abrían paso entre la multitud de gente bailando. Cuando llegaron a la puerta principal, Hans señaló algo al pie de los escalones.

El bolso de Sophie yacía en el suelo, salpicado de sangre.

—¿Eso es…? —las palabras de Emery murieron en sus labios cuando alcanzó el bolso.

Un teléfono móvil, uno que no reconoció, estaba al lado del bolso. La pantalla se iluminó mientras un número desconocido llamaba.

—Empiezo a odiar los móviles —dijo Emery mientras cogía el teléfono y contestaba a la llamada.

—Supongo que has descubierto mi mentirilla. No he podido resistirme, como puedes ver… —Antonio soltó una risita. El sonido evocó recuerdos horripilantes, recuerdos

que intentaba alejar en la oscuridad. El dolor y el miedo siempre acompañaban a ese sonido.

—¿Adónde la has llevado? —su cuerpo temblaba mientras la adrenalina y la rabia se apoderaban de él en oleadas devastadoras, pero se obligó a calmarse mientras activaba el altavoz en el teléfono. Mientras escuchaba, entró en la configuración del móvil, localizó el número y se lo entregó a Hans, quien ya estaba al teléfono, enviando a Cody el número del móvil que tenía Emery, sin duda preguntando si era posible rastrear la llamada. Hizo un gesto con la mano para indicarle a Emery que siguiera hablando.

—No necesitas rastrear la llamada —dijo Antonio con naturalidad, como si supiera exactamente lo que estaban tramando.

Emery miró a su alrededor, preguntándose repentinamente si Antonio podía verlos. Pero los jardines parecían vacíos.

—Necesito hacerlo, porque quiero encontrarte y meterte una bala en el cráneo.

—Me preguntaba cuándo te crecerían un par de pelotas. Pensé que siempre serías un cobarde llorón como cuando te tuve —la forma en que dijo “te tuve” hizo que a Emery se le erizara la piel, como si cientos de arañas recorrieran su carne.

—Dime el lugar y nos encontraremos allí. Acabaremos con esto.

—Por supuesto que lo haremos. Como a mí me gusta, por supuesto. Mis reglas. Deja a tu poli de alquiler en casa. Nadie más que tú y yo.

—Bien, iré solo. La poli sólo me impediría matarte —tenía toda la intención de detener el corazón de Antonio, y haría lo que tuviera que hacer para que eso se hiciera realidad.

—Ya sabes dónde encontrarme. El lugar donde fui dueño de tu alma. Te estaré esperando —Antonio colgó.

*El lugar donde fui dueño de tu alma.* Los dedos de Emery se cerraron en puños. La mansión abandonada donde él y Fenn habían sido retenidos de niños.

Hans maldijo.

—Mierda, sólo unos segundos más y Cody dijo que al menos habría podido conseguir un ping en una torre de telefonía móvil para precisar una posible localización…

Emery sacudió la cabeza.

—No hace falta. Sé dónde está.

—¿Dónde? —las negras cejas de Hans se alzaron sorprendidas.

—En la vieja mansión Carlton. Está a quince kilómetros de aquí.

—¿Cómo sabes dónde está?

Hubo una larga pausa mientras Emery obligaba a su corazón a desacelerar su ritmo desenfrenado.

—Es el lugar donde Fenn y yo estuvimos retenidos cuando nos secuestró. Cree que me perturbará volver allí —Emery metió la mano en su bolsillo en busca de la pequeña pistola, agradecido por la tranquilidad que le proporcionaba.

—¿Eso te perturbará? —el tono de Hans era tranquilo.

Emery sonrió amargamente.

—Supongo que lo averiguaremos, ¿no?

—Gracias a Dios. Me dejarás acompañarte. Por un segundo pensé que permitirías que ese bastardo te controlara.

—Tiene a Sophie. *Mi Sophie.* Jugamos con mis reglas, lo sepa él o no.

La sonrisa de Hans era seria.

—Entonces, en marcha. Tenemos que rescatar a una mujer —dijo Hans.

*Y salvar mi alma.* Emery sabía que nunca sobreviviría a perder a Sophie. La amaba y la había herido, la había puesto en peligro. Esto no iba a terminar con su muerte. No

lo permitiría. No permitiría que Antonio robara otra vida importante nunca más.

~

El olor a madera podrida y moho irritaba la nariz de Sophie. Su cuerpo temblaba mientras luchaba por deshacerse de las secuelas de la droga. El recuerdo de esa aguja clavándose en su cuello le golpeó la cabeza, provocándole un violento dolor de cabeza. Le martilleaba las sienes con la fuerza de un bombo. No pudo evitar el gemido que escapó de sus labios al volver en sí. Yacía boca abajo en un catre roto, en una habitación oscura. Giró la cabeza y parpadeó, dando a sus ojos la oportunidad de enfocarse en la tenue luz. Cuando movió el brazo, algo pegajoso se aferró a él y el dolor se apoderó de ella.

Jadeó al ver el corte de unos veinte centímetros que aún sangraba. No parecía demasiado profundo, pero había sangrado bastante mientras había estado inconsciente. Le ardía muchísimo. Sophie se incorporó con dificultad y echó un vistazo a la habitación. Parecía estar en una especie de sótano. Sacado de una película slasher. Líquidos oscuros de naturaleza desconocida acumulaban polvo en hileras de tarros de cristal colocados en estantes de madera a los lados de la habitación. Linternas eléctricas colgaban de los clavos de los postes de madera que sostenían el techo. El polvo y los escombros cubrían el suelo donde ella se encontraba y se percató, con una horrible sensación de hundimiento, de que tenía que estar en una mansión abandonada en alguna parte. Emery le había dicho que había varias mansiones vacías y en ruinas no muy lejos de donde había sido secuestrado…

—Oh Dios… —sabía dónde estaba. Era lo único que tenía sentido. Había sido llevada a la mansión donde Emery y Fenn habían estado retenidos hacía muchos años.

El roce de unas botas en la escalera de madera junto al catre la hizo retroceder. Unas botas y unos jeans aparecieron a la vista y entonces Antonio D'Angelo apareció, el heraldo de la perdición para la familia Lockwood. Se detuvo al bajar por completo y se apoyó en el poste de la base de la barandilla de la escalera.

—Hola, cariño —tenía ese tono de voz que Sophie conocía demasiado bien. Había maldad en él, un placer en crear terror. El destello de su sonrisa depredadora era el que había visto años atrás en la cara de otro hombre que se había llevado a su mejor amiga.

La parte más salvaje de Sophie estaba aterrorizada, pero la otra mitad sabía lo que le esperaba. Él le haría algo, algo que la lastimaría de la peor manera posible. Pero hiciera lo que hiciera, había una parte de ella que era intocable: la parte que le había dado a Emery. Las barreras sagradas alrededor de su corazón nunca habían sido tan fuertes como ahora; ni siquiera el reciente trato de Emery pudo deshacer el amor que sentía por él.

—Tú y yo vamos a conocernos, a empezar la fiesta antes de que Emery aparezca —se despojó de su chaqueta de cuero negro y la colgó en el poste.

—¿De verdad crees que vas a llegar a mí de esa manera? ¿Que soy tan fácil de asustar? —respondió con frialdad, pero su voz era demasiado ronca.

—Sí, sí, creo que lo haré. Verás, sé lo de tu amiga. Rachel. Se llamaba así, ¿no?

—No te atrevas a decir su nombre —una rabia silenciosa la llenó, dándole fuerzas. Cerró los puños, conteniéndose.

—¿Crees que lloró cuando ese hombre la violó? ¿Quizás le gustó? Apuesto a que le gustó hasta que la mató y dejó su cuerpo en una tumba poco profunda.

Las palabras fueron puñales. Y Sophie sangró con cada respiración. La furia le abrasó el cerebro. Ella nunca sabría cómo pudo mantenerse serena y bajo control.

Antonio se rio a pesar de que ella no le había dado la reacción que él habría querido.

—Ella no debió haberte importado mucho.

—Me importa, y eso es algo que alguien como tú nunca entenderá.

Sophie se puso en pie, despacio y con cuidado. No iba a dejar que él le hiciera nada más, con sus palabras o de otra manera, no sin luchar. Ya no era la niña asustada del patio de juegos. No quedaba inocencia que destruir. Por primera vez, su fuerza era pura.

Los ojos negros de Antonio se llenaron de una alegría perversa.

—No tienes miedo, ¿verdad? —fue una afirmación, no una pregunta.

—¿Por qué debo tener miedo? ¿De un asesino que ni siquiera pudo matar a dos niños de ocho años? Tuviste veinticinco años para matar a Emery a pesar de que ha estado aquí todo el tiempo. Sí, eres aterrador —cada palabra estaba llena de sarcasmo. El destello de ira en su rostro la hizo sonreír por dentro. Sin embargo, él controló su temperamento.

—Esperas que te mate rápidamente si pierdo los estribos. No disfrutarías de la diversión de la tortura. Chica lista. Ya veo por qué Emery está tan ansioso por recuperarte.

Finalmente, algo había salido bien. Emery no la amaba y no entraría en una trampa mortal para rescatarla. Eso fue un pequeño consuelo.

—Él no vendrá —se relajó, confiada. Pasara lo que pasara, sería entre ellos dos. Ella podría desafiarlo a él y a su crueldad, pero Emery tenía que mantenerse alejado.

—Estás equivocada. Él está en camino. Verás… yo fui quien lo convenció de que habías estado manteniendo en secreto la noticia sobre Fenn para hacerle daño. Y él te ha herido también, ¿verdad?

El rostro de Sophie delataba su dolor, y el malévolo deleite que le produjo su expresión hizo que a ella se le revolviera el estómago.

—Él siempre ha sido fácil de manipular. Utilicé a Fenn para controlarlo cuando tuve a ambos niños. Solían atacar juntos a los dos hombres que contraté para que me ayudaran. Eran unos mocosos malcriados y lucharon mucho para escapar, muchas veces. Pero los descubrí. Todo lo que se necesitó fue separarlos. Emery se acobardaba y hacía lo que yo quería si lastimaba a Fenn. En realidad resultó bastante fascinante. Yo solía poner a Fenn en otra habitación y torturarlo. Él nunca hacía ruido, pero Emery sí. No tenía forma de saber lo que le había hecho a su hermano, pero gritaba de dolor cada vez que le cortaba la carne —Antonio sacó un cuchillo de caza de su bota y se lo mostró—. He tenido mis sospechas, verás, de que esos niños tenían algún tipo de conexión entre ellos. He pasado los últimos veinticinco años cumpliendo otros contratos…

—Asesinatos, querrás decir —espetó Sophie.

—Sí. He vigilado a Emery. Ni una sola vez dio señales de comunicarse con su hermano. Me llevó más tiempo encontrar a Fenn por mi cuenta. Pero lo he hecho. Lo curioso es que no recuerda nada. Fue criado por extraños y no tiene idea de quién es realmente. Será mucho más fácil matarlo. Nunca sospechará de ello.

Sophie se levantó lentamente, quitándose los zapatos negros cerrados. El cemento estaba frío y áspero bajo sus pies, pero era mejor que llevar tacones. Ella se rompería un tobillo si no tenía cuidado.

*Esto no es diferente de la última vez. Esa vez también saliste viva.* Su voz interior intentaba animarla, pero sabía que las posibilidades de sobrevivir eran escasas. A veces había que caer luchando y hundir primero al enemigo, si era posible. Si moría y se llevaba a Antonio con ella, sería su último acto para salvar a Emery.

—Entonces, ¿has decidido que te gustaría jugar? —él lanzó el cuchillo al aire y lo capturó.

Sophie mantuvo la mirada firme. Con los años había aprendido a lidiar con hombres como él. Disfrutaban del poder y de su capacidad para hacer daño a los demás. Si ella se mostraba débil, él la mataría inmediatamente, y morir no le daría ninguna ventaja ahora. Cualquier movimiento de sus ojos, cualquier leve indicio de sus pensamientos o planes sería visto. Él los detectaría y la detendría. Eso dejaba sólo unas pocas opciones. Sophie necesitaba que él bajara el cuchillo.

—Creo que te dejaré en pedazos para que él te encuentre. Te cortaré y esparciré tus trozos sangrientos por toda la mansión. Eso lo destrozará y, cuando apenas pueda respirar, entraré y acabaré con él —Antonio estudió su cuerpo como un carnicero observando un cadáver fresco.

*Respira, exhala. Todo irá bien.* Sophie reunió sus últimas reservas de control y esbozó una fría sonrisa.

—Supongo que la broma también es para ti. Nunca lo amé de verdad. Él era un blanco fácil para mi historia — cruzó los brazos sobre el pecho, ocultando sus manos trémulas con una falsa bravuconería.

Él levantó una ceja en señal de desafío.

Sophie continuó.

—¿Qué, creías que lo amaba de verdad? Eres tan crédulo como él. He alimentado su fantasía. Una sumisa callada y reprimida, en busca de un amo que abriera su mundo al lado más oscuro del dormitorio. Era algo demasiado fácil y el pobre tonto lo creyó por completo. Me lo contó todo. Seré famosa cuando la historia salga en los diarios —ella lo miró especulativamente—. Supongo que tengo que agradecértelo. Si no fueras un psicópata tan patético, estaría tentada de decirte que deberíamos trabajar juntos. Pero no me agradas, así que me perdonarás si no te ofrezco parte de la fama y la fortuna de este trato

—siguió hablando en un tono despreocupado, intentando parecer divertida con la situación. Sus ojos recorrieron la habitación, aprovechando la momentánea distracción de su voz para comprobar si había algo que pudiera utilizar como arma.

Seguía observándola con los ojos entrecerrados, pero bajó el cuchillo unos centímetros.

—Lo amabas. Lo vi cuando lo miraste esta noche —sin embargo, no parecía tan seguro como antes. Su ceño se frunció ligeramente.

Sophie insistió.

—Claro, porque las mujeres no saben actuar —su tono estaba cargado de sarcasmo—. No tienes ni idea de lo que soy capaz. Todo ha sido una mentira. Él ha caído en la trampa, y tú también. Nunca intentes vencer a una mujer cuando se trata de manipulación. Somos mejores en eso. Es simple evolución. Miles de años manipulando a los hombres para conseguir lo que queremos —mantuvo la atención del hombre al apartar una telaraña a pocos centímetros de su cara mientras sus ojos recorrían el sótano, posándose por un segundo en una gran pala. Estaba a tres metros de distancia y no tenía ni idea de cómo pasar junto a Antonio sin que él la atacara. Sostenía el cuchillo sin mucha fuerza, pero eso podía cambiar en un segundo.

—Bueno, no importa lo que hayas pretendido. Él te sigue amando y matarte le hará daño, sobre todo si nunca conoce tus verdaderos sentimientos —la declaración de Antonio hizo que su corazón se le atascara en la garganta.

*¿Hora del plan B?* Su voz interior temblaba. A veces, hicieras lo que hicieras, todo estaba en tu contra. ¿Cuántas veces había dicho eso su padre cuando ella se había enfadado por algo? Deseaba que él estuviera aquí ahora, para poder disculparse por no haberlo llamado más a menudo, por no haber ido a casa a visitarlo. Había demasiadas cosas que Sophie no había hecho en los últimos

años… pero no iba a dejar que este hombre destruyera su mundo tan fácilmente.

A la mierda todo. Sólo había una opción.

Se agachó como si fuera a recoger sus tacones y, en el momento en que su cuerpo cobró fuerza, se abalanzó sobre las piernas de Antonio. Él gruñó cuando colisionaron y ambos cayeron al suelo junto a las escaleras. Sophie rodó y se puso en pie, corriendo escaleras arriba. Tenía las piernas débiles y pesadas por la droga que él le había inyectado, pero su deseo de sobrevivir se impuso a los efectos.

Él fue demasiado rápido. Le cogió el tobillo izquierdo, tiró de éste y ella tropezó, golpeándose con fuerza contra la escalera de madera. Su barbilla sufrió el impacto y su visión se llenó de estrellas durante un segundo. Fue un segundo demasiado largo. Antonio, que respiraba con dificultad, se arrastró por su cuerpo, con cuchillo en mano. En un frenético movimiento de extremidades, Sophie se sacudió hacia atrás y le dio un cabezazo. Su grito agónico fue el único impulso que necesitó para clavar los codos en él y quitárselo de encima. La falda se rasgó a la altura de su pierna mientras subía los escalones del sótano. Su adrenalina se disparó y voló sobre los restos de tablones de madera en descomposición. Giró el pomo oxidado de la puerta y se sumergió en el esplendor a la luz de la luna de un salón de baile en ruinas.

Brillantes rayos de luna blanca entraban por las altas ventanas destrozadas de la mansión. Tenues sombras formaban espirales en las pálidas paredes encaladas. Había hiedra serpenteando por una escalera que no llevaba a ninguna parte y bordeando los cristales rotos de las ventanas. La piedra crujió delante de ella y, de repente, Emery y Hans aparecieron en la puerta más cercana y entraron en el salón de baile. La luz de la luna caía a través del techo parcialmente caído, iluminando el cañón de la pistola con la que Emery la apuntaba.

—Em… —su grito de advertencia fue silenciado cuando Antonio la sujetó por detrás, con la cuchilla presionándole la garganta. Sus manos se alzaron automáticamente para cogerle el antebrazo, pero cuando clavó las uñas en él para apartarlo, él le hundió aún más la cuchilla en la piel.

Hans y Emery se quedaron inmóviles, con las armas apuntando a Antonio, pero Sophie sabía que no tenían un tiro limpio. Él estaba encorvado detrás de ella, utilizándola como escudo, y la puerta del sótano a sus espaldas ofrecía cobertura e impedía que Emery y Hans cambiaran a un ángulo mejor.

—Bienvenido a casa, muchacho —Antonio se rio—. ¿Me has echado de menos y nuestro tiempo juntos?

—Jódete —respondió fríamente Emery.

—Modales, muchacho, modales —la cuchilla se hundió en la piel de Sophie, deslizándose como mantequilla. Su cuello se llenó e sangre. Ella se encontró con la mirada de Emery y sus ojos se abrieron de par en par al ver algo en su rostro que la entumeció. Sus ojos se tornaron vidriosos y él sacudió la cabeza como si un demonio interior le estuviera envenenando la mente. Un hombre torturado…

~

El cuello de Sophie se llenó de sangre y Emery dejó de respirar. El dolor de cabeza lo golpeó sin previo aviso y luchó por mantener el control, pero podía sentirlo arrastrándose por su piel como una pantera acechando por las sombras de la selva amazónica, en busca de presa. La presencia del otro hombre, el que lo había llevado a la locura, había vuelto.

*El toro negro era enorme y permanecía inmóvil en el corral de espera, con los ojos como dos charcos de petróleo crudo, sin parpadear y más oscuros que las profundidades del infierno. Sus fosas nasales se encendieron una vez, dos*

*veces, con un fuerte resoplido. Iba a montar a esa bestia aunque lo matara. El dinero del premio era su última oportunidad.*

Emery sacudió la cabeza, librándose del pensamiento, aunque sólo fuera por un segundo.

—Bajad las armas, tú y tu guardaespaldas. Arrojádmelas.

—¡Disparadle! —jadeó Sophie—. ¡Matadlo ahora, por el amor de Dios! —ella luchó y la cuchilla en su garganta cortó más profundo. El grito de dolor que escapó de sus labios heló la sangre de Emery. Los recuerdos, como fantasmas, lo perseguían en sueños, pero esto no era un sueño. Antonio iba a herir a otra persona a la que amaba, y el muy cabrón lo haría para torturarlo. Amartilló la pistola, la mantuvo preparada para disparar, pero Antonio se recolocó de nuevo, manteniendo a Sophie frente a él.

—No me pongas a prueba, chico. Sabes que me defenderé —advirtió Antonio, pero la sonrisa de chacal en su rostro lo decía todo. Si Emery cruzaba la línea, Antonio cortaría la garganta de Sophie en un instante.

Esta vez, cuando la cuchilla la atravesó, ella no emitió ningún sonido. Cerró los ojos mientras el hilo de sangre se convertía en una línea rubí que empapaba el corpiño de su vestido.

—Hans —murmuró Emery en voz baja.

—Sí —respondió, comprendiendo su silenciosa instrucción. Bajaron sus armas simultáneamente y las patearon en dirección a Antonio. Habían dedicado años a prepararse para escenarios como éste, siempre estaban elaborando todas las estrategias y estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario. Las armas se deslizaron por el suelo del salón, levantando nubes de polvo a su paso, hasta que se detuvieron a los pies de Sophie y Antonio.

Antonio apartó el cuchillo del cuello de Sophie y luego, con un golpe malvado, hundió la cuchilla en su estómago y la sacó.

—¡Sophie! —gritó Emery y se dirigió hacia ellos.

Ella se sacudió y luego giró en los brazos de Antonio como si fuera a defenderse de nuevos ataques. Él le sonrió y la apartó de un empujón. Sophie cayó al suelo, tosiendo y gimiendo mientras se sujetaba el estómago herido. Antonio se inclinó, cogió las pistolas y se enderezó, disparando directamente a Hans. El guardaespaldas fue sacudido con el impacto de la bala en el pecho y cayó. Emery estaba de pie en el centro del salón de baile, con los brazos en alto y las palmas vacías mientras se enfrentaba al hombre que le había arruinado la vida y le había arrebatado a su hermano, a su mujer y a su guardaespaldas.

—Se suponía que siempre íbamos a ser sólo tú y yo, Emery. No deberías haberte involucrado con ella, y te dije que no trajeras a tu poli de alquiler. ¿Qué se supone que debe hacer un hombre cuando no sigues las instrucciones? —los ojos de Antonio estaban desorbitados y su rostro tan crispado por la maldad que parecía aún más inestable de lo que Emery recordaba.

Emery miró a Hans, quien yacía boca abajo, inmóvil. Dios… Rezó para que su amigo no estuviera muerto. Habían planeado esto, habían planeado…

Sophie se movió y su cuerpo se retorció lentamente mientras intentaba alejarse de Antonio. La sangre oscurecía su vestido justo por encima de su estómago, y ella presionó su mano sobre la herida para detener la hemorragia.

—Ella estará bien, por ahora —Antonio también la miraba—. Sé matar y también sé herir. La estoy reservando para después, cuando acabe contigo. Tendrá su merecido. Es una perra mentirosa. Nunca te amó de verdad, me lo dijo ella misma cuando despertó.

—Sí, apuesto a que lo dijo —respondió Emery, y su mirada se dirigió a la de Sophie. Ella se encontró con sus ojos, firmes aunque llenos de dolor, y él pudo leer el mensaje allí. Siempre había sido capaz de leerla, y ahora no

era diferente. Rezó para que pudiera leerlo a él de la misma manera.

*Te amo. Pase lo que pase, te pertenezco, Sophie.*

Ella parpadeó, sus mejillas se llenaron de lágrimas y le devolvió un sutil asentimiento de cabeza.

Emery volvió a centrar su atención en Antonio.

—Bien. Si quieres jugar, juguemos. Sin armas, sólo puños. Como a ti te gusta.

—Ah, así que recuerdas nuestra época juntos. Empezaba a pensar que eras como tu hermano. Aparentemente es un maldito chiflado, pues no puede recordar nada de su vida antes del secuestro.

La mención de Fenn hizo dudar a Emery un momento demasiado largo. Antonio disparó su arma, y la bala se clavó en el hombro de Emery. Gruñó con el impacto y luego gimió mientras el dolor estallaba en todo su cuerpo. Fue como ser atropellado por un tren de carga. Su cabeza pareció sacudirse con el impacto y algo se desprendió de su interior. El otro hombre había reaparecido en sus pensamientos.

*Se acomodó en el lomo del toro, sonrió a los otros vaqueros que se apoyaban en las barandillas metálicas y agitaban sus sombreros en señal de ánimo. La bestia entre sus piernas se tensó, con cada músculo lleno de vida, flexionándose y tensándose mientras esperaba el momento en que la puerta se abriera para poder lanzarlo por los aires. La voz del anunciador se hizo oír entre los vítores de la multitud cuando comenzó la cuenta regresiva para abrir la puerta.*

*Cinco…*

—¿Qué pasa, Emery, no puedes soportar un pequeño disparo?

Emery respiró por la nariz y resistió el impulso de tocarse el brazo. Le ardía terriblemente.

—No me digas que no te gustaron las probabilidades, D'Angelo. ¿Temes que sea mejor luchador porque ya no soy

un crío? —desafió.

Antonio tiró la pistola a un lado, la cual cayó al suelo con un fuerte *bang* no muy lejos de donde Hans yacía inmóvil. Emery levantó los puños, dispuesto a luchar. No podía mirar en dirección a Sophie, no cuando necesitaba concentrarse.

—Sophie, ¿estás bien? —gritó mientras se dirigía hacia Antonio.

—Sí, estoy resistiendo —su respuesta salió un poco entrecortada, pero parecía estar lo suficientemente bien como para responder.

—Quiero que salgas de aquí, si puedes. ¿Me oyes, Sophie? Arrástrate si es necesario, pero hazlo —su tono no admitía discusión. Si ella tenía algo de sentido común, obedecería.

—Pero… —empezó ella.

—No puedo matarlo si me preocupo por ti —espetó.

Antonio levantó los puños y los dos empezaron a moverse en círculo.

—¿Listo para morir? —se mofó Antonio.

Emery lo fulminó con la mirada y avanzó. Quería acabar con esto de una vez. Estaba harto de vivir con miedo, de que este hombre acechara sus sueños y le infundiera pavor hacia las sombras. Era hora de acabar con esto.

—Estoy listo para que *tú* mueras —gruñó y se abalanzó sobre Antonio.

El primer golpe de Antonio impactó en su mandíbula y pudo sentir la vibración hasta los dedos de los pies. Emery giró y su puño chocó contra el pómulo de Antonio. Un puño cerrado se hundió en el estómago de Emery, su respiración escapó en un silbido y su cabeza volvió a nublarse con esa otra realidad.

*El toro se estremeció debajo de él.*

*Tres… Dos…*

—Emery, ¡cuidado! —el grito de Sophie atravesó la niebla y lo sacó de nuevo de esa otra realidad justo a

tiempo para que Emery viera a Antonio sosteniendo otra pistola y apuntando hacia su propio corazón. La había sacado mientras peleaban. Sin embargo, antes de que Antonio pudiera disparar, Emery sujetó los brazos del otro hombre y forcejearon salvajemente. Apartó la mano de Antonio y, en el instante en que ésta apuntó hacia un lado, el arma se disparó.

Sophie gritó, y el sonido fue escalofriante al rebotar en las paredes de la mansión en ruinas.

*Uno…*

*La puerta se abrió de golpe y el toro salió disparado. Luchó por mantenerse firme, pero no podía concentrarse, no podía oír nada excepto el grito de su propia voz mientras el terror que no había sentido en años se apoderaba de él… estaba… estaba…*

*El toro se encabritó y él perdió el control. Las luces del estadio giraron en perversos patrones mientras salía disparado del toro y era lanzado hacia el cielo…*

Emery le arrebató la pistola a Antonio y la volvió contra él, disparando sin vacilación. Descargó el resto del cartucho en el hombre frente a él, quien cayó de espaldas. Las múltiples heridas de su pecho comenzaron a sangrar. Jadeante, Emery se paró junto a él y vio cómo se extinguía la luz de sus ojos.

Una risa gutural escapó de sus labios y la sangre salpicó su boca.

—Él enviará a otro… Cuando muera, otro ocupará mi lugar… Él te quiere muerto —Antonio tosió y una salpicadura carmesí golpeó el suelo de hormigón mientras se giraba sobre un costado, colocándose en posición fetal durante un breve instante antes de relajarse sobre su espalda de nuevo.

Emery se agachó, sujetó la camisa de Antonio y tiró de él hacia arriba, sacudiéndolo.

—¿Quién me quiere muerto? —volvió a sacudir al hombre, pero su cabeza cayó hacia atrás y una lenta

respiración entrecortada se le escapó antes de quedar inerte y con los ojos empañados.

Emery soltó su cuerpo y se dio la vuelta. Sophie se había arrastrado hasta Hans, dejando un grueso rastro de sangre tras de sí. Seguía sujetándose el costado. Emery se dirigió hacia ella con el corazón palpitante. Cuando Sophie alcanzó a Hans, ella giró su cuerpo. El guardaespaldas se sacudió y respiró hondo.

Sophie chilló y cayó hacia atrás. Hans se apoyó en los codos y, con un gemido, se incorporó completamente. Miró con ojos nublados a su alrededor y rasgó la parte delantera de su camisa abotonada, dejando al descubierto un chaleco hecho con kevlar, donde había una pequeña bala incrustada.

—Maldita sea, creo que me he roto algunas costillas. No me digas que esto me ha dejado inconsciente —su rostro se tiñó de rojo cuando miró a su alrededor y vio a Emery junto al cuerpo de Antonio—. ¿Qué ha pasado?

—Está muerto.

—Puedo verlo —dijo Hans, pero luego se quedó inmóvil cuando pareció sufrir una oleada de dolor—. Va a ser divertido recuperarse de esto —murmuró.

Emery estaba tan aliviado que no podía pensar más allá de ver a Hans vivo y respirando. Hasta ahora no se había percatado de lo mucho que le importaba este hombre. En el frenesí de la pelea, había estado luchando contra sus propios miedos y preocupaciones por Sophie y Hans.

—Sophie, ¿qué te ha pasado? —la pregunta de Hans hizo que Emery volviera a concentrarse. Ella parpadeó, con los ojos vidriosos.

—Ha sido apuñalada. Tenemos que llevarla al hospital —se apresuró a decir Emery mientras corría en su dirección. Ella estaba perdiendo sangre… y no tenía buen aspecto. Él sabía lo graves que eran las heridas de arma blanca. No iba a permitir que le pasara nada.

Sophie intentó ponerse en pie, pero sus rodillas temblaban y se golpeaban entre sí como un inquieto potro recién nacido.

—También me han disparado… cuando estabais luchando… —se llevó la mano al bajo vientre e hizo una mueca de dolor.

—¿Disparado? —tanto Emery como Hans corrieron hacia ella mientras repetían la palabra.

—Sí… aunque no duele… —ella se desplomó en los brazos de Emery.

# Capítulo Veintiuno

La policía investigó la muerte de Antonio D'Angelo, quien apareció muerto en una mansión abandonada en Long Island. Una llamada al 911 fue realizada por Emery Lockwood, presidente de Industrias Lockwood. Al parecer, D'Angelo secuestró a la periodista Sophie Ryder en una fiesta y Lockwood la persiguió con la esperanza de rescatarla. Durante el forcejeo, Lockwood supuestamente disparó a D'Angelo en un claro caso de defensa propia. La policía no ha presentado cargos contra Lockwood.

—*New York Times*, 11 de noviembre de 2014

Curiosamente, Sophie pensaría que recibir un disparo habría sido más que un acontecimiento. Pero no lo había sentido realmente después de que la bala entrara en ella y saliera disparada por su espalda. El chasquido y el ardor del impacto la habían dejado jadeando, pero ahora un fuerte dolor invadía su abdomen. Una parte de ella sabía que era malo... muy malo, pero estaba muy cansada y no podía pensar con claridad.

—¡Sophie! ¡Oye! ¡No te atrevas a cerrar los ojos! —Emery le estaba gritando, pero sonaba muy distante, como si estuviera al otro lado de un gran campo. Su voz flotaba como si una brisa la acariciara, y Sophie no podía oír todas

las palabras. Levantó los ojos hacia él y esbozó una débil sonrisa. Él era muy hermoso, su triste y trágico amor. Una feroz oleada de nostalgia la recorrió con la fuerza de una inmensa ola estrellándose contra una orilla rocosa. Quería permanecer despierta, mirarlo para siempre. No podía apartar la mirada, pero sus párpados eran demasiado pesados…

—¿No puedo dormir un poco? Estoy muy cansada —murmuró distraídamente.

Sentía calor cada vez que Emery tocaba su cuerpo. Le gustaba cuando la estrechaba entre sus brazos; se sentía segura, protegida, amada. No tenía que ser valiente ni fuerte, podía ser simplemente Sophie Ryder, una mujer enamorada de un hombre. No tenía que ser nada más. La cabeza le pesaba demasiado y la dejó caer hacia atrás. El mundo giraba a su alrededor, y la luz de la luna en su visión era como rayas de color crema en la oscuridad. La pesada oscura descendió, nublando los ángulos de su visión.

El dolor se extendió por ella con la fuerza de un incendio forestal, tan inesperado que jadeó violentamente. Todo dentro de ella, a su alrededor, parecía estar desvaneciéndose. Se aferró al mundo, al lugar donde estaba, dondequiera que fuera, luchando por permanecer allí.

*De pronto, el cielo explotó de luz. Unos fuegos artificiales brillantes estallaron en patrones deslumbrantes, iluminando el cielo azul oscuro. Las centelleantes chispas descendieron por el aire, desvaneciéndose en trazos de humo. Una mano diminuta se deslizó entre las suyas, cálida y familiar.*

*—Mi padre nos ha comprado bengalas, Sophie —la voz de la niña rompió el corazón de Sophie. El mundo a su alrededor retumbó y tembló mientras sus emociones interiores reflejaban el dolor de la tierra.*

*Rachel.*

*Otro fuego artificial iluminó el cielo y Sophie se volvió para mirar a la niña de ojos brillantes, la mejor amiga que había perdido hacía muchos años. Sus mejillas brillaban con un saludable color rosado y, cuando sonreía, revelaba un pequeño hoyuelo. Las dos estaban sentadas en lo alto de una pequeña colina que daba a un campo lleno de gente tumbada en mantas de picnic, viendo los fuegos artificiales.*

*—Rachel —susurró, un nombre tan suave como una plegaria pronunciada a medianoche.*

*La niña le sonrió brillantemente.*

*—¡Tenemos bengalas, cohetes de botella y más! —la alegría de su rostro hizo que el corazón de Sophie se estrujara. Era como encontrar una vieja fotografía de alguien a quien habías amado y perdido, y verlo sonreír, detenido en ese instante en el que su sonrisa era genuina y su felicidad verdadera. Sophie había dejado todas las fotos de Rachel en casa de sus padres. Nunca había podido mirar una sin experimentar una sensación de muerte.*

*—¿Dónde estamos, Rachel? —le preguntó mientras Rachel señalaba el cielo con un delicado dedo en el momento en que otra explosión, un estallido y crujido anunciaban más fuegos artificiales.*

*—Estamos en casa —se encogió de hombros, despreocupada.*

*—¿Estamos en casa?*

*La chica le sonrió.*

*—Conoces ese lugar, cuando estás a punto de dormirte y sientes que desapareces… ahí es donde estamos.*

*La punta de una bengala ardió en llamas y una lluvia de chispas plateadas llenó el aire. Los ojos marrones de Rachel eran oscuros pero reflejaban la bengala, haciendo que éstos parecieran un par de topacios.*

*Todo era muy familiar.*

*—Cuatro de julio —murmuró Sophie. Tenía que serlo. Rachel le tendió una bengala y ella la cogió—. Rachel…*

*—¿Sí? —encendió un cohete de botella y lo lanzó al cielo.*

*—Rachel, ¿estoy muerta?*

*Sus pequeños ojos se llenaron de tristeza. Era el tipo de expresión que sólo un niño era capaz de expresar. Comprendían la pérdida de forma muy diferente a los adultos. Su dolor era más puro, no estaba contaminado por la amargura y los recuerdos pintados en tonos grises.*

*—Todavía no estás muerta. Pregunté… pregunté si podía ir a verte. Ellos me dejaron.*

*—¿Ellos? Quién…*

*Rachel le estrujó la mano.*

*—Te echo de menos, Sophie, pero no puedes venir conmigo, todavía no. ¿Lo entiendes? —la niña, quien sólo tenía siete años, tenía un rostro lleno de amor y paz. Tiró de la mano de Sophie, instándola a inclinarse para que pudieran abrazarse. Rachel era muy pequeña. Sophie casi había olvidado la sensación de ser tan pequeña. Rodeó a su amiga con los brazos y la estrujó con fuerza, deseando que Rachel pudiera sentir cada emoción, cada pensamiento que había tenido sobre ella con el paso de los años.*

*—Rachel… —se le formó un nudo en la garganta y respiró entrecortadamente—. Lo lamento mucho por todo. No pude capturarlo… —sus ojos se llenaron de lágrimas y apenas podía ver, así que se pasó el dorso de la mano por ellos para limpiarse.*

*—Lo que sucedió en ese momento… —la voz de Rachel era suave, muy dulce—. Ya se ha acabado —Sophie nunca sabría cómo ella podía ser tan fuerte.*

*—Nunca me perdonaré por lo que te sucedió —su susurro entrecortado apenas fue audible.*

*Rachel levantó la mano y le quitó una lágrima en la mejilla.*

*—Te esperaré, Sophie. Estaré aquí, siempre. Cada vez que cierres los ojos, siempre habrá fuegos artificiales y siempre estaré yo.*

*—Cuatro de julio… —Sophie sonrió. Olas de lágrimas y tristeza se mezclaron con un amor agridulce. Había sido la*

*fiesta favorita de ambas, la que habían celebrado juntas desde sus primeros cumpleaños.*

*—No llores —Rachel sonrió, y fue como si los años que habían pasado entre ellas desaparecieran. Volvían a ser niñas, juntas. Secretos compartidos y sueños tejidos con hilos de oro creaban tapices de recuerdos que siempre compartirían. Lo que hubiera sido, lo que hubieran hecho juntas, no importaba. El pasado era sagrado en ese momento. Un instante para ser adorado por lo que era.*

*—Siempre que cierre los ojos… —prometió Sophie, abrazando de nuevo a Rachel.*

*—Siempre —la respuesta de Rachel le llenó el alma. Respiró profundamente, estremeciéndose. El cielo nocturno siguió llenándose de gloriosos colores y brillantes estallidos de luz antes de que todo se desvaneciera a su alrededor.*

*El agarre de Rachel en su mano siguió siendo fuerte.*

Las sensaciones empezaron a volver a ella, poco a poco, y aunque sus pestañas le pesaban, se obligó a abrir los ojos. Sentía la lengua como papel de lija y la cabeza le dolía terriblemente. Un olor familiar y desagradable invadió sus fosas nasales. Estaba en el hospital.

El mundo que la rodeaba era blanco; desde las ventanas y las paredes hasta la cama en la que estaba tumbada. Excepto por el hombre sentado en una silla junto a su cama. Todo en él era tan opuesto a la inhóspita y sosa habitación del hospital. El brillo dorado de su pelo, su piel acariciada por el sol. Estaba inclinado hacia adelante, con una de sus manos estrujando las de ella. Pómulos altos, una leve cicatriz en la barbilla y la nariz aguileña de un dios griego. Una ternura feroz la invadió hasta el punto de estallar cuando vio el tenue brillo de las lágrimas secas en sus mejillas bajo la luz de la mañana. Nunca nadie había llorado por ella… Sophie se mordió el labio inferior, sus propios ojos ardían. Un mechón de pelo rubio dorado cayó sobre la frente de Emery. Estaba lo bastante cerca como

para tocarlo. Ella se lo apartó, ignorando el dolor que sentía en el abdomen.

Los ojos de Sophie parpadearon, revelando su hermoso tono avellana. El mundo se derrumbó en ese instante. Sophie solo podía ver sus ojos y la misma mirada de asombro reflejada en su mirada mientras sus labios se entreabrían para expulsar una suave ráfaga de aire.

—Emery —soltó con voz áspera. Tenía la garganta seca e irritada, pero descubrió que podía pronunciar su nombre sin mucho dolor. Verlo aquí con ella la llenó de tanta alegría que apenas podía contenerla. La cálida sensación de felicidad y alivio atravesó la mayor parte del estado de confusión inducido por los fármacos en el que parecía atrapada.

—¿Estás bien? —él le cogió la mejilla y se inclinó para rozar sus labios con los suyos.

—Sí… creo… —ella soltó una risita y luego se estremeció al sentir que el estómago se le retorcía en un nudo.

Los ojos de Emery se oscurecieron de preocupación, y la ansiedad formó líneas tensas alrededor de sus ojos y boca.

—Me has asustado. Pensé que iba a perderte.

—Creo recordar que me echaste —intentó burlarse de él, pero Emery frunció el ceño y apartó la mirada. Sophie lo conocía lo suficientemente bien como para ver que su furia estaba dirigida hacia su interior.

—He sido un idiota… —volvió a mirarla—. Si no me perdonas, me postraré ante ti para recuperarte.

Sophie lo consideró.

—¿Y si te ato y te castigo?

Él resopló.

—Adelante, inténtalo.

—Bueno, te perdonaré, pero luego te diré cómo puedes compensarme —ella hizo una pausa, cerrando los ojos, saboreando la forma en que él le acariciaba la mejilla con los nudillos. Era casi tan relajante como para borrar el dolor. Fue entonces cuando se dio cuenta de que él tenía el

hombro vendado y en un cabestrillo—. ¿Qué ha pasado? —exigió.

—Me han disparado en el hombro. La bala ha salido, pero mi brazo estará fuera de servicio por un tiempo.

Sophie exhaló un suspiro que no se había dado cuenta de que había estado conteniendo.

—¿Qué ha dicho el médico? ¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

—En mi caso, al menos un día. Tú debes quedarte una semana, a menos que convenza a los médicos para que me permitan contratarte asistencia privada en casa. La bala ha atravesado tu estómago cerca de tu costado. Han podido reparar el daño. El médico ha dicho que tuviste suerte de no desangrarte y que la herida del cuchillo fuera superficial y principalmente muscular, por lo que se curará fácilmente. Hans y yo te llevamos a tiempo a urgencias y pudieron operarte enseguida. Ayer fue un día duro; pensamos que no sobrevivirías, pero lo hiciste. He llamado a tus padres, Cody los localizó. Están de camino para vernos.

Sophie se calentó al instante por la forma en que dijo *vernos*. Sus padres venían hacia aquí… En lugar de temer su llegada, se sintió aliviada. Los echaba mucho de menos. Después de todo lo que había pasado, quería decirles muchas cosas.

—Ahora sé cómo te sentiste cuando conociste a mis padres —se rio suavemente.

—¿Oh? —ella no pudo contener la sonrisa—. Aterrador, ¿verdad? —el impulso de burlarse de él fue imposible de resistir.

—Sí, bueno, tú lo tuviste más fácil. Mientras no le digas a tu padre que te seduje, te até a mi cama y te hice el amor, y luego te traté como mi esclava sexual personal, probablemente salga vivo de la reunión. Explicar el comportamiento dominante no es precisamente fácil. Tendré suerte si él no me mata.

—No se lo diré. Sólo querrá saber que me amas. Eso es todo lo que le importa. Además, me encanta cuando te pones dominante conmigo —se percató de que no tenía esposas en las muñecas y se sintió desnuda sin ellas—. ¿Dónde están mis esposas? —habían llegado a significar mucho en los últimos días, un signo de compromiso entre ella y Emery.

—Están en un lugar seguro para cuando estés lo suficientemente bien como para usarlas —él frunció el ceño mientras miraba la aguja intravenosa adherida a la parte posterior de su mano—. Pero ya no tienes que preocuparte por usarlas.

Sophie colocó la mano en su pecho, sintiendo el latido constante de su corazón ante sus palabras. ¿Había terminado con ella? Después de todo lo que habían vivido juntos, no podía creerlo, no cuando él parecía tan dulce y tierno ahora. Pero, ¿a qué otra cosa podía referirse?

—Bueno… en realidad pensé en conseguir un anillo, sólo para asegurar que entiendas mis intenciones.

—¿Cuáles son? —ella levantó los ojos hacia los suyos, y su aliento se paralizó en su garganta al ver la profundidad de su corazón en sus ojos.

—Conservarte. Para siempre.

Su declaración exigió que Sophie se enfrentara a la culpa que había estado cargando.

—Emery… lamento mucho no haberte contado lo de Fenn. Iba a hacerlo en cuanto Wes me dijera que lo había encontrado y que estaban en un lugar seguro.

La mano de Emery bajó desde su mejilla hasta su nuca, acariciándola. Sus dedos la masajearon suavemente y ella se relajó.

—Lo sé. Hans me lo explicó. Hiciste lo correcto. No es culpa tuya. Fui un imbécil desconsiderado.

—Fuiste un imbécil, definitivamente. Pero tengo que admitir que el sexo fue increíble —se sonrojó al recordar la ferocidad apenas contenida de su encuentro en el estudio

sobre el escritorio. A pesar de lo débil y magullada que estaba, ese recuerdo la encendió.

—Cielos, Sophie, estoy intentando ser amable y cariñoso y me estás poniendo duro como una roca. Me siento terriblemente culpable por ello. ¿Cómo puedes siquiera pensar en sexo después de lo que acabas de vivir? Una mujer que ha recibido un disparo y ha sido apuñalada necesita descanso y relajación —Emery se rio sombríamente y apoyó la frente contra la suya mientras compartían la almohada.

—Lo siento, supongo que son gajes del oficio. No puedo concebir no quererte —ella cerró los ojos un momento, disfrutando del breve descanso que eso le proporcionó antes de volver a hablar—. ¿Irás a Colorado ahora? —parte de ella quería que dijera que no, pero la otra Sophie sabía que tenía que irse y traer a Fenn a casa.

—No.

—¿No? ¿Por qué no? Tu hermano está vivo y tenemos que encontrarlo —intentó incorporarse, pero él la empujó suavemente hacia abajo.

—Lo encontraremos. Después de que descanses y te cures. No iré a ninguna parte sin ti. Fenn puede esperar hasta que estés bien para viajar.

Iba a esperarla. Eso la calentó por dentro.

—Si estás seguro de que quieres esperar…

—Sophie, ¿no te has dado cuenta ya? Esperaría eternamente por ti. Tú eres mía y yo soy tuyo. Así son las cosas cuando amas a alguien.

El corazón de Sophie se detuvo, literalmente. Las máquinas junto a su cama pitaron alarmadas.

—¿Me amas? —sus palabras eran un susurro ronco.

—Más que a nada —sus ojos brillaron—. Más vale que tú también me ames o recordaremos ese castigo que tanto te gusta.

Una oleada de calor se apoderó de su cuerpo, borrando momentáneamente su dolor. Rodó sobre un costado y se

acercó más a él, ignorando las punzadas de dolor para poder meter la cabeza bajo su barbilla. Cuando todo el mundo parecía hundirse en el caos, Sophie se sentía reconfortada en su abrazo y en la forma en que la hacía sentir segura, protegida, completa.

—Todo va a salir bien. Estamos juntos y nunca volveré a permitir que escapes —sus palabras eran una deliciosa sensación de calor, una promesa, un juramento, abrasando su corazón. Sophie inhaló su aroma, amando el oscuro y masculino toque de almizcle y la fresca y limpia chispa de su colonia. Él se había duchado y cambiado de ropa.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —había olvidado si él se lo había dicho.

—Un día. Royce te cuidó mientras yo conseguía que dieran de alta a Hans, y él se fue a casa unas horas. Me quedé aquí y utilicé una de las duchas de la habitación del hospital. Había sangre y… bueno, necesitaba quitármela.

—Está bien —le aseguró ella y se acurrucó más cerca de él.

Estuvieron tumbados durante un buen rato, con sus respiraciones tan sincronizadas que Sophie habría jurado que eran un solo ser, no dos.

—Emery…

—¿Sí? —su tono era muy suave, muy dulce.

—Me gustaría hablarte de Rachel.

—Me encantaría conocerla —sus palabras eran un poco ásperas—. ¿Por qué no te llevo a casa y me cuentas todo sobre ella? Creo que podré convencer a los médicos de que te dejen volver a casa si contrato una flota de enfermeras privadas.

—¿A casa? —Sophie miró las paredes encaladas del hospital. Estaría bien salir de aquí. Sería difícil curarse en un lugar así.

—Sí, nuestro hogar. Lockwood es nuestro ahora, no sólo mío. ¿Te apetece salir pronto de aquí? —Emery se movió más cerca desde su silla y permitió que las puntas de sus

dedos se detuvieran en sus mejillas, donde había estado acariciando suavemente su piel.

—Sí. Llévame a casa, Emery.

Los labios sensuales del hombre se curvaron en una sonrisa brillante casi cegadora. Sus ojos estaban impregnados de verdadera alegría, sin sombras. Había desterrado sus demonios y ella sabía que amarlo había representado la mitad de la batalla. La otra mitad había sido salvarlo y descubrir que Fenn estaba vivo. Sophie compartiría el corazón de Emery con Fenn; así eran las cosas entre los gemelos y a ella no le importaba. Estaba vivo y la amaba. El amor era lo único que importaba.

Sophie hizo una mueca de dolor al acomodarse en la cama de Emery. Habían pasado tres días desde su llegada a casa del hospital. Tres días que habían parecido toda una eternidad. Se habían enterado de que Hayden Thorne no había ido a Michigan como les había dicho, sino que había volado a Colorado antes que su hermano, en un intento femenino de caballero andante por rescatar ella misma al hermano perdido de los Lockwood.

Fenn volvería pronto a casa y solo así estaría a salvo, y los hermanos podrían idear un plan para averiguar la identidad de la persona que realmente los quería muertos. Sophie también tenía una idea, y se aseguraría de ayudar.

Iban a encontrarse con Fenn en uno o dos días. Emery y él habían hablado por teléfono. Emery había entrado corriendo en la habitación la primera noche que ella había vuelto a casa y se había ruborizado, emocionado, como un niño otra vez. El recuerdo la hizo sonreír.

—Sophie, no vas a creerlo. ¡Suena justo como yo! —él se había reído y avanzado hacia la cama, y hacia ella,

arrojando el teléfono a los pies de la cama mientras se quitaba el abrigo y se arrastraba hacia Sophie, sonriendo.

—Justo como tú, ¿eh? —ella se rio e inclinó la cabeza hacia atrás, dejando que su cuerpo agotado descansara sobre las almohadas mientras él la aprisionaba cuidadosamente y le robaba un beso profundo y seductor.

El sabor de Emery, tan adictivo, la abrumó y olvidó el sufrimiento de hacía unos instantes. Sólo estaban él y sus maravillosos labios, amándola con pequeños mordiscos, sensuales caricias y esa respiración entrecortada que le decía que él estaba tan perdido en su pasión como ella. Un universo sólo para ellos. Sólo ellos dos. Sophie nunca habría imaginado que esto pudiera ser así, no entre ellos. Sexy, pero dulce. La había amenazado muchas veces con que, cuando se curara por completo, el amo Emery volvería y esperaría que su pequeña sumisa lo complaciera, pero hasta entonces, ella tenía este otro lado de él, uno que amaba tanto como su lado dominante.

Cuando sus labios finalmente se separaron, Emery se sentó y le tendió un par de brazaletes familiares. Sus esposas doradas.

—¡Mis esposas! —Sophie intentó cogerlas, pero él las apartó de su alcance con una sonrisa perversamente coqueta.

—¿Qué estás dispuesta a hacer para recuperarlas, pequeña sum? —exigió, pero su tono era ligero y dulce.

Ella bajó las pestañas y lo miró de forma traviesa, sabiendo que eso le haría perder el control.

—Lo que mi amo desee.

Dejó caer las esposas sobre la cama y volvió a inclinarse sobre ella, esta vez creando un camino de besos hasta su oreja, donde lamió el lóbulo interior y Sophie se arqueó, ignorando la punzada de su cuerpo dolorido. Lo deseaba, lo deseaba tanto que el dolor que sentía por él sustituía a la mayoría de los demás dolores.

—Tranquila, cariño —la reprendió—. No te hagas daño. Ya habrá tiempo para eso —se tumbó en la cama junto a ella y la abrazó con cuidado. Ella suspiró y apoyó la mejilla en su pecho—. Prometiste que me hablarías de Rachel. ¿Estás preparada? Me gustaría conocerla —Emery le frotó la cadera con una mano y le besó la coronilla del pelo.

Estaba preparada. Hubo un destello de dolor antiguo, como los dolores constantes de una cicatriz. Pero lo ignoró y empezó a hablar.

—Nuestra fiesta favorita era el cuatro de julio. Ella solía conseguir montones de bengalas… Siempre nos las arreglábamos para prender fuego a algo…

La risa de Emery vibró a través de ella, provocando que se riera también.

—Una vez ahuyentamos a su hermano y a su amigo con un montón de cohetes de botella después de que se burlaran de nosotras. Se mantuvieron alejados de nosotras después de eso.

—Ya lo creo. Una vez Fenn me dio con uno de esos. Me ardió terriblemente. No pude sentarme durante una semana.

Sophie soltó una risita ante la imagen mental de Emery —de niño—, haciendo gestos de dolor al sentarse, sólo para volver a levantarse de un salto.

—Desearía que hubieras conocido a Rachel —su mejor amiga lo habría amado y sabía en el fondo que, en algún lugar muy dentro de sí misma, esa parte de Rachel todavía estaba allí, sonriendo ante el pensamiento.

—Yo también.

—A ella también le habrías agradado.

—Sophie, hay algo que me gustaría preguntarte.

Se le escapó una pequeña risa.

—¿Preguntarme? ¿Desde cuándo, oh, ame Emery, me preguntas algo? Creo recordar que te gusta darme órdenes.

—Sólo en la cama, corazón mío. Sólo en la cama —la risita de Emery provocó que su cuerpo vibrara, pero se puso serio—. Sé que te gusta tu trabajo de periodista —no esperó a que ella discrepara. Amaba su trabajo. Esa actividad se había convertido en una fuerza impulsora, una cruzada en la que quería luchar el resto de su vida. Salvar a la gente se había convertido en algo natural para ella—. He hablado con mi padre —él vaciló ahora, con palabras un poco breves, señal de su nerviosismo.

—¿Sí? —Sophie se centró completamente en él, intentando ocultar su intensa curiosidad.

—Bueno, algunos de los dispositivos que Industrias Lockwood ha estado desarrollando en los últimos años son ideales para los cuerpos policiales. Estaba pensando en hacer varios tratos como contratista privado con las fuerzas policiales y el FBI para suministrarles estos dispositivos. Podríamos ayudarlos. Ya sabes, como los pequeños dispositivos GPS. Podrían colocarlos en el dinero de los rescates para rastrear a los secuestradores. Tengo otra docena de dispositivos que podrían ser de ayuda. Quiero ayudarles a salvar a la gente de cualquier manera.

Emery esperó su reacción, y ella vio el miedo al rechazo en su mirada. Su gran e intenso Dom temía que no le gustara su idea. Pero le gustó. Era maravillosa, era… perfecta.

Le rodeó el cuello con los brazos y lo miró profundamente a los ojos.

—Es una idea maravillosa, Emery. Ayudarás a salvar vidas. Lo sé. Tengo contactos en secciones de todo el país y podría ayudarte a concertar esos contratos con los cuerpos policiales.

—¿No te importa mi ayuda?

Sophie negó con la cabeza con vehemencia.

—¿Importarme? Emery, me encanta. Te *amo.* Podemos hacerlo juntos.

Emery la rodeó con su brazo sano y le besó la coronilla del pelo.

—Pensé que si trabajamos juntos, habrá menos víctimas.

Parpadeó para ahuyentar las lágrimas, intentando que su tristeza por echar de menos a Rachel no arruinara un momento tan maravilloso.

—¿Estás emocionado por ver a Fenn después de todos estos años?

Él le acarició la mejilla con la nariz.

—Sólo puedo imaginar el aspecto de Fenn. Me pregunto si ha cambiado mucho… si se parece a mí en algo o… —el rostro de Emery enrojeció y dejó que sus palabras se desvanecieran.

Sophie arrugó la nariz y luego sonrió.

—¿Cody no te lo ha dicho? Al parecer, es un jinete de toros profesional.

Emery se puso rígido.

—¿Jinete de toros? No, omitió esa parte. Eso… no… Dios, no estoy loco después de todo.

Sophie levantó la cabeza, observando sus ojos y la miríada de emociones que revoloteaban por su rostro.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas que te hablé de esas alucinaciones que tengo a veces?

—Sí —Sophie se levantó sobre un codo y se mordió el labio para reprimir el dolor.

—Mi conexión con Fenn no se ha perdido del todo. Llevo años sintiéndolo y viendo a través de sus ojos. Sólo que no fui consciente de ello hasta anoche. Creo que cayó de un toro la noche que nos enfrentamos a Antonio. Llamaré a Wes en cuanto pueda y le pediré que le eche un vistazo.

—¿Cómo es él? Fenn, quiero decir.

—Parece que es temerario… y salvaje.

Sophie se inclinó hacia adelante y lo besó antes de responder.

—Se parece mucho a ti.

La mirada de Emery se suavizó.

—Ya no soy temerario.

Esta vez, cuando sus labios se encontraron, fue dulce y poderoso, como un hechizo de amor. Él separó lentamente sus labios e introdujo la lengua en su boca con un ritmo pausado y deliberado. El cuerpo de Sophie se encendió y su cerebro sufrió un cortocircuito, igual que la primera vez que lo vio en The Gilded Cuff. Pero ahora conocía cada parte de él y lo amaba con una profundidad que nunca había creído posible. Esa era la belleza de vivir un sueño. Emery era un sueño vivo, que respiraba, y era todo suyo, cada perverso y dominante centímetro de él.

—¿Por qué esa sonrisa? —Emery deslizó un dedo por su nariz y le dio un golpecito en la punta. La sonrisa de Sophie simplemente se ensanchó.

—Bésame y quizá te lo cuente.

—¿Otra vez estás negociando? Puede que tenga que castigarte después de todo, pequeña sum —rodó ligeramente sobre ella, lo suficiente para que se quedara sin aliento y se sintiera un poco dominada.

—Una muerte por besos suena bien —sugirió Sophie.

—Creo que eso se puede arreglar —inclinó la cabeza hacia la suya, brindándole más de un beso por el que ella moriría.

EMERY LOCKWOOD, 33 AÑOS, MULTIMILLONARIO SOLITARIO Y SUPERVIVIENTE DEL SECUESTRO LOCKWOOD HACE VEINTICINCO AÑOS, VUELVE A SER NOTICIA. LOCKWOOD HA ANUNCIADO SU COMPROMISO CON LA PERIODISTA SOPHIE RYDER, DE 24 AÑOS, DE MANHATTAN, KANSAS. NO SE HA FIJADO FECHA PARA LA BODA.

—The *New York Times*, 3 de febrero de 2015

# Epílogo

Hayden Thorne estaba sentada en primera fila del redondel, mirando fijamente a Fenn Lockwood, quien llevaba mucho tiempo desaparecido. Estaba acomodado sobre el lomo de un toro negro llamado Tabasco, con un sombrero tejano colocado a poca altura sobre su cabeza. Se inclinó para acariciar el cuello del toro y éste sacudió la cabeza, furioso. Pudo oír la carcajada de Fenn a pesar de estar a seis metros de distancia. Giró la cabeza, sonriendo por algo que dijo uno de los vaqueros elevados sobre la barandilla, y sus dientes relucieron blancos con una sonrisa fría, depredadora y sexy.

Fenn era terriblemente apuesto, pensó Hayden, como sólo un vaquero rudo podía serlo. Maldita sea, podía vestir un par de jeans. Una mujer podía perderse en la idea de clavar los talones en ese culo duro mientras él la penetraba, con fuerza y de manera salvaje. Hayden se mordió su labio inferior cuando el anunciador comenzó la cuenta regresiva para la activación de la puerta.

—Tres… dos… uno…

El público rugió cuando la puerta se abrió de golpe y Tabasco salió corriendo, con Fenn en su lomo. Hayden contuvo la respiración mientras contaba los segundos. Si conseguía pasar de los ocho segundos, él tendría una oportunidad de ganar los cincuenta mil dólares del premio.

A los siete segundos, el toro se giró y Hayden vislumbró la cara de Fenn. Estaba blanca y tensa por el dolor.

Algo iba mal.

Cuando el toro sacudió el cuerpo y las extremidades, la mirada de dolor permaneció grabada en el rostro de Fenn. Y eso provocó que perdiera el control.

Tabasco lo lanzó por los aires. Hayden se puso en pie de un salto, al igual que las demás personas que la rodeaban. Fenn impactó contra la arena y su cuerpo no se movió. El toro seguía saltando y encabritándose, intentando quitarse la correa del flanco que le rodeaba la parte inferior del cuerpo. Giró sobre sí mismo, vio el cuerpo tendido de Fenn y lo embistió.

Hayden empujó a la gente, gritando que se movieran. No tenía ni idea de qué hacer, pero no iba a dejarlo morir. Llegó a la barandilla que rodeaba la arena, manteniendo a la multitud a una distancia segura de la actividad que se llevaba a cabo en el centro. Fenn seguía tendido boca abajo sobre la arena. Su sombrero había rodado unos centímetros a lo lejos y se mecía ligeramente con la pequeña brisa nocturna. El toro estaba a unos dieciocho metros de distancia.

—¡Fenn! —no se detuvo a pensar. Simplemente actuó.

Hayden se quitó los tacones Jimmy Choo, se subió el vestido y empezó a trepar por la barandilla.

—¿Qué demonios está haciendo, señorita? —uno de los vaqueros a cargo de la multitud corrió hacia ella—. ¡Bájese! Enviaremos a los payasos del rodeo, lo distraerán.

Ella llegó a lo alto de la barandilla justo cuando el vaquero saltó para cogerla por la pierna. pero falló y escupió una maldición mientras ella aterrizaba al otro lado del redondel. Sus pies se hundieron en la arena. Colocó dos dedos entre sus labios y silbó.

El agudo sonido atravesó la silenciosa multitud y el toro aminoró la marcha, girando la cabeza cornuda en dirección a ella. La miró fijamente durante un largo segundo antes de

volverse hacia Fenn. Hayden se acercó unos pasos temblorosos y volvió a silbar. El toro, irritado, volvió a mover la cabeza en su dirección.

—Vamos, filete con patas. Persígueme a mí, no a él —murmuró. Si ella sobrevivía a esto, haría buen uso de su fortuna y compraría el maldito toro, para luego comérselo.

El toro giró su enorme cuerpo y sus pezuñas levantaron arena mientras se movía con inquietud. Luego empezó a trotar en su dirección. Visualizó movimiento con el rabillo del ojo y miró hacia la derecha, donde vio a varios vaqueros fornidos abriendo con facilidad una de las puertas cercanas a Fenn. Uno de éstos levantó la mano en dirección a Hayden, indicándole que mirara hacia otro lado. Ella se volvió hacia la izquierda, donde un par de vaqueros con rostros irritados estaban abriendo la puerta de encierro.

—Tráelo hacia acá, cariño. Mételo en esta puerta y te sacaremos. El equipo del otro lado sacará a Smith —mientras él decía esto, tres payasos de rodeo con ropas ridículas salieron corriendo al campo, agitando las manos hacia el toro y silbando.

Smith. El nuevo apellido de Fenn. Casi sonrió. Un nombre ordinario para un hombre extraordinario.

Hayden volvió bruscamente en sí cuando Tabasco empezó a avanzar rápidamente hacia ella. Empezó a correr y estuvo a punto de tropezar. Un vestido ceñido no había sido la mejor elección de atuendo para huir de un toro cabreado y violento, pero había venido directamente de la fiesta allá en casa y no había tenido tiempo de cambiarse. También no había esperado entrar en un rodeo y correr para salvar su vida.

Un vaquero situado a la izquierda de la puerta le hizo señas para que siguiera corriendo y le gritó:

—¡Más rápido, cariño! No podremos sacarte si no aceleras el paso.

Hayden corrió a toda velocidad. El estruendo de los cascos detrás de ella la hacía sentir como si tuviera

cerberos pisándole los talones. Llegó a la puerta abierta y el vaquero, quien había trepado por un lado de la puerta, se inclinó y la cogió, empujándola contra su cuerpo. Se desplomaron en las gradas justo cuando Tabasco pasó corriendo por debajo de ellos hacia la puerta, y los otros vaqueros la cerraron.

—Bueno, hola, cariño —le sonrió el hombre tumbado debajo de ella. Era apuesto, como todos los hombres de la ciudad con los que se había cruzado desde su llegada allí. Hayden le empujó el pecho con fuerza. Él cayó al suelo con un gruñido y una carcajada mientras ella se ponía en pie.

—Demonios, me encantan las mujeres enérgicas.

Hayden lo ignoró.

*¿Dónde diablos están mis zapatos?* Se percató de que había cruzado media arena y tendría que volver al otro lado a por ellos. Inclinada sobre el borde de la barandilla, vio cómo ayudaban a Fenn a ponerse en pie. Cojeaba y se apoyaba pesadamente en uno de sus compañeros, pero caminaba. Giró, mirando por encima del hombro, y sus ojos se posaron en ella. En cuanto sus miradas se cruzaron, Hayden estuvo a punto de caer de bruces sobre la barandilla. El mundo pareció encenderse dentro y fuera de ella, como si la hubiera golpeado un rayo.

Tardó unos segundos más en percatarse de que la miraba con el ceño fruncido. No pudo evitar imaginar que él la tiraba sobre su regazo y la azotaba. Las rodillas de Hayden se doblaron y sus labios se separaron en un suspiro ahogado.

¿Había encontrado por fin a un hombre lo bastante fuerte para ella? ¿Un verdadero dom?

—Encantada de conocerte, Fenn —susurró. Hayden le devolvió la sonrisa, y amó la forma en que las nubes de tormenta se acumularon en su frente mientras él se volvía y salía cojeando de la arena.

—¿Qué demonios haces aquí, Hayden?

Alguien la sujetó del brazo y la hizo girar. Tragó duro al darse cuenta de que era Wes.

—Ey Wes…

—¡Nada de 'Ey Wes'! Explícame qué demonios está pasando.

—Um… he venido a rescatar a Fenn.

Su hermano estaba furioso, súper furioso. El único consuelo que tenía era que él era su hermano y no la tocaría; de lo contrario estaría en verdaderos problemas.

Pero ya estaba metida en un montón de problemas. Había echado un vistazo a Fenn Lockwood y se había sentido perdida.

**¡Muchas gracias por leer *Entrégate a la Seducción*! ¡Pasa la página para leer el primer capítulo de la historia de Fenn y Hayden en *Entrégate a la Tentación*!**

# Entrégate a la Tentación

Han pasado cuatro meses desde que los gemelos Fenn Lockwood y Emery Lockwood, de ocho años, fueron secuestrados en su casa de Weston Island durante una fiesta en el jardín que los padres Miranda y Elliot Lockwood estaban celebrando en la casa de la familia Lockwood. Hace un mes, Emery Lockwood fue encontrado y devuelto a su casa. La policía y el FBI no han podido determinar el paradero de Fenn Lockwood. No se ha descubierto ningún cadáver ni ninguna escena del crimen, y Emery Lockwood no responde en los interrogatorios debido a que sufre síntomas de trastorno de estrés postraumático. Al parecer, el destino del amado niño Fenn Lockwood nunca se conocerá.

—*New York Times*, octubre de 1990

El toro se precipitó por el corral de barandillas metálicas y entró en la estrecha puerta. Fenn Smith se aferró a la oxidada barandilla y se colocó con más fuerza el sombrero mientras estudiaba a la bestia.

Tabasco. Un toro negro con el temperamento del mismísimo diablo. Justo el tipo de bestia que le permitiría una tremenda monta. El público del estadio gritó y animó mientras maniobraba por encima de la barandilla y se subía

a la bestia. Las luces del lugar crearon un resplandor sobre la arena dorada y calentaron el cuerpo de Fenn a pesar del tiempo fresco. Deslizándose sobre el toro, se acomodó con cuidado sobre su lomo. El toro no dejaba de agitarse, pero no tenía espacio suficiente para corcovear.

Fenn se ajustó los guantes a las manos y se secó una nueva línea de sudor de la frente. La bestia entre sus piernas se tensó, con cada músculo crispado y contraído mientras esperaba el momento en que la puerta se abriera para poder derribarlo.

—¡Dale con todo, Smith! —le gritó uno de los varios jinetes de toros que colgaban a un lado de la puerta.

Smith se rio y golpeó con la mano el cuello del toro. Pensaba hacerlo. Si había algo que sabía hacer, era montar toros.

Fenn sujetó la cuerda trenzada que envolvía los flancos de Tabasco. La cuerda impregnada de resina sería más fácil de coger cuanto más se calentara durante el esfuerzo de la monta. Algo bueno, porque Tabasco era un notorio lanzador. Como un torbellino salvaje, era el que más hombres derribaba en cualquier temporada de rodeo en el estado de Colorado. Hombres de todo el país viajaban para montarlo. Algunos toros corcoveaban en línea recta, otros giraban en círculos. La clave estaba en observar al toro unas semanas antes de montarlo y familiarizarse con su estilo. Fenn había pasado los dos últimos meses estudiando a Tabasco. No podía permitirse cometer un error esta noche, no cuando todo dependía de esta monta.

Cambiando su peso, mantuvo su mano dominante en un agarre por debajo de la cuerda del toro y se sentó lo más cerca que pudo de sus manos. Se inclinó hacia adelante de modo que su pecho quedó prácticamente sobre los hombros del toro.

—Ahora montará Fenn Smith, un nativo de Walnut Springs. Está compitiendo por el gran premio, un premio en efectivo de cincuenta mil dólares. El toro es Tabasco,

calificado por nuestro personal de rodeo como uno de los más duros aquí esta noche.

Fenn ignoró el discurso de presentación del anunciador y se concentró en la monta. Los olores de cerveza barata, heno y estiércol, aromas con los que había crecido, eran fuertes pero reconfortantes. Esta era su ciudad, su estadio. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Visualizó el recorrido e imaginó cómo tendría que leer el lenguaje corporal del toro para resistir ocho segundos. Sólo ocho segundos.

Cincuenta mil dólares. Era suficiente para restablecer el préstamo hipotecario sobre el rancho Broken Spur de Jim y Callie Taylor. No habría arriesgado su vida con este toro por ninguna otra razón. El viejo Jim rondaba los cincuenta y su hija Callie, de veinte años, necesitaba que la cuidaran. Ellos eran su familia y arriesgaría su vida si fuera necesario para ayudarlos. Se lamió los labios, moviendo las caderas mientras Tabasco se estremecía y resoplaba.

—La puerta se abre en cinco… —el anunciador inició la cuenta atrás.

Casi al instante, una horrible sensación de escalofríos recorrió su piel, como si unos escarabajos se deslizaran sobre su carne. Con un movimiento de hombros, intentó deshacerse de la inquietante sensación.

—Cuatro, tres…

El toro se estremeció debajo de él.

—Dos, uno…

La puerta se abrió de golpe y el toro salió disparado. Fenn luchó por mantenerse encima del animal mientras éste agachaba la cabeza, preparándose para hacer un giro. La incómoda correa del flanco enfureció a la bestia al punto de que haría cualquier cosa por quitársela de encima. Las patas delanteras de Tabasco se levantaron del suelo y Fenn se inclinó hacia adelante, estrujando las piernas y manteniendo un agarre firme. Si podía mantener las caderas rectas y centradas…

*Un grito de mujer penetró en su mente, desgarrándole el cráneo como un cuchillo. Destellos… imágenes fuertes y poderosas parpadeaban como fragmentos rotos en un viejo carrete de película. Columnas agrietadas por la luz de la luna que se filtraba por las ventanas de cristal destrozadas. Había hiedra envuelta a lo largo de una escalera que conducía a la planta de una mansión que llevaba mucho tiempo derrumbada. Una profunda risa de barítono, explosión de las balas, un sonido sacado de sus pesadillas más profundas…*

Se le revolvió el estómago y la cena le subió por la garganta. No podía concentrarse, no podía oír nada excepto los gritos dentro de su cabeza mientras el terror que no había sentido en años se apoderaba de él. Era… era… un niño perdido y asustado otra vez.

—¡No! —el grito apenas salió de sus labios antes de que el mundo se fuera al carajo a su alrededor.

Tabasco levantó la cabeza y luego la dejó caer, alzando las patas traseras en un movimiento inesperado. Soltó por completo la cuerda del toro.

*—Él enviará a otro… cuando yo no esté, otro ocupará mi lugar… Él te quiere muerto.*

Las palabras, que no eran suyas, le arañaron la parte posterior de los ojos y se introdujeron en su mente como escorpiones, dejando a su paso sólo el miedo.

Las luces del estadio giraron en perversos patrones mientras él salía despedido hacia el cielo. El viento pasó silbando a su lado, azotándole la cara antes de caer al suelo. Algo en su pierna se torció y no tuvo aire para soltar el grito gutural alojado en la punta de su lengua. El dolor lo recorrió, empezando por la cabeza y llegando hasta los pies. No podía moverse ni un centímetro. La agonía que le recorría el cuerpo anulaba cualquier sonido, cualquier sensación.

El toro embestiría, estuviera donde estuviera, y era cuestión de segundos que Tabasco lo pisoteara y lo

corneara. Su cara se inclinó hacia la derecha y pudo ver su sombrero favorito volcado a tres metros de distancia. El sombrero se balanceaba de un lado a otro. Parpadeó, sintiendo granos de arena en las pestañas.

Las imágenes volvieron a cruzar su visión, y extrañas sensaciones invadieron su cuerpo. Las manos que sujetaban inútilmente la arena parecían más bien estar sujetando a una mujer entre sus brazos. Pero eso era una locura; estaba boca abajo en el suelo, no aferrado a una mujer fantasma.

—¡Smith! ¡Mueve el culo! —gritó George Romano, uno de sus amigos y compañeros jinetes. Estaba directamente en el campo visual de Fenn, trepando por la valla del borde de la arena.

¿Moverse? No podía. Eso no sucedería. Un brillante destello rojo capturó su atención. Una bellísima mujer con un ajustado vestido rojo y el pelo rojizo cayéndole por los hombros estaba escalando la valla de la arena con los pies descalzos. George se lanzó a por ella, pero la mujer pasó las piernas por encima de la valla y se dejó caer en la arena.

*Hijo de…*

—¡Joder! —gruñó Fenn mientras la adrenalina lo recorría por dentro. Metiendo los brazos bajo el cuerpo, levantó el pecho del suelo.

Esto tenía que ser un sueño. Uno malo. Era imposible que una mujer con un vestido rojo y ceñido pasara corriendo a su lado, agitando los brazos hacia… Tabasco. Fenn estiró el cuello para poder ver por encima de su hombro cuando el animal se detuvo y pareció analizar a la mujer. La bestia resopló y golpeó la arena con las patas, con los ojos marrones clavados en ella. Tras unos largos segundos, el animal giró la cabeza hacia Fenn.

Un silbido penetrante rasgó el aire. La multitud había guardado silencio, excepto los vaqueros que llamaban a gritos a los payasos del rodeo. Normalmente eran una

distracción oportuna cuando los jinetes caían y los toros querían embestirlos, pero los payasos llegaron demasiado tarde para salvarlo ahora. El silbido resonó de nuevo y esta vez Tabasco debió haber decidido que la chica representaba más un objetivo que él, pues levantó la arena con las patas y empezó un trote firme en dirección a la mujer.

—¡Smith! ¡Muévete! —gritó George. Él y tres de los jinetes habían tirado sus sombreros al suelo y se dirigían a la arena por encima de la barandilla. Unos cuantos jinetes más estaban trabajando en la apertura de una puerta a pocos metros de distancia.

Fenn encontró fuerzas suficientes para rodar y sentarse en una posición encorvada. Sus pulmones seguían trabajando para aspirar el aire que tanto necesitaba. Tenía la vista nublada y su cabeza latía fuertemente. Parpadeó, sintiendo esa simple acción como un papel de lija raspándole los ojos. Apenas podía pensar más allá de su estupefacción ante el espectáculo frente a él. La linda pelirroja volaba por la arena, levantándola en pequeñas nubes mientras huía hacia el otro lado del estadio. El toro estaba acelerando, corriendo tras ella. Cuando la mujer llegó a la puerta abierta, un jinete se inclinó sobre la valla y ella cogió sus brazos. Con un movimiento brusco, la mujer voló por encima de la valla y desapareció de la vista y del peligro. El toro corrió hacia la puerta y ésta se cerró con estrépito, aislándolo de la arena y poniendo a Fenn a salvo.

—¿Qué demonios? —murmuró. Esa mujer pudo haber muerto.

*Si alguna vez le pongo las manos encima, su culo será mío.* Que fuera salvado por cualquiera, por no hablar de una mujer, no era aceptable, sobre todo cuando ella ponía su propia vida en peligro. Malditas conejitas vaqueras, siempre queriendo llamar la atención…

Dos pares de brazos lo sujetaron por las axilas y lo pusieron de pie.

—Eso estuvo demasiado cerca —jadeó George.

—¡Mierda! —el tobillo de Fenn vibró lleno de dolor y los ojos casi se le pusieron en blanco.

*Por favor, que sea un esguince.* No podía permitirse un hueso roto.

—Esa loca te ha salvado —anunció George con una mezcla de diversión y alivio.

—Dime que eso no ha sucedido realmente —exigió Fenn mientras aceptaba su sombrero cuando uno de los otros jinetes se lo tendió. Lo golpeó bruscamente con la palma de la mano, creando una nube de arena y tierra a su alrededor.

—Oh, sí que ha sido real —George soltó una risita—. Una mujer acaba de salvar tu patético culo. Y está buena. Probablemente sea una conejita vaquera. Sé astuto y tal vez te la montes esta noche. ¡Espero que resistas más de ocho segundos! —George silbó y le dio una palmada en la espalda mientras caminaban hacia la puerta abierta.

¿Ocho segundos? Él no necesitaría ocho segundos; pondría a esa mujer sobre sus rodillas y la azotaría por arriesgar su lindo cuello. Le molestaba saber que era él quien debería proteger a una mujer, y no al contrario, y definitivamente no necesitaba que unas extrañas lo salvaran. No estaba indefenso. *Nunca* estaría indefenso. Una nube negra se cernió sobre su mente, susurros del pasado… Cerró bruscamente las puertas mentales, impidiendo que todo eso entrara.

Fenn cojeaba, apoyándose en el hombro de George cada pocos pasos. Echó una mirada hacia el otro lado de la arena y vio a la mujer seductora del vestido rojo de pie detrás de la valla, observándolo. Largas ondas de pelo rojo danzaban sobre sus hombros, jugueteando con su clavícula. Tenía los labios entreabiertos como si estuviera sorprendida. Era una verdadera zorra. Dios no hacía muchas mujeres como ella. Curvas voluminosas, rasgos esculpidos, una boca hecha para el pecado… Y ella había sido la que lo había salvado. Eso lo enfureció. *Realmente* lo enfureció.

Le dio la espalda a la mujer y miró al frente.

—¿Cuántos segundos logré antes de…? —se detuvo, incapaz de mirar a George. Sintió escalofríos de vergüenza. No había sido arrojado de esa manera tan terrible desde los dieciséis años.

—Uh… siete segundos y tres milisegundos. Lo siento — George sabía la importancia de esto. Si un jinete no podía mantenerse durante ocho segundos, no calificaba para un puntaje. Sin éste, no había oportunidad de ganar y, por lo tanto, no había oportunidad de salvar el rancho Broken Spur de la ejecución hipotecaria. En una sola noche había pasado de tener el control total de su vida, sabiendo que podía salvar el rancho ganando el dinero del premio, a tener una pila de nada. La falta de control lo volvió cauteloso e inquieto.

El rancho era el lugar al que él había llamado hogar la última mitad de su vida. Si no podía salvarlo, estaría perdiendo el único lugar con el que sentía alguna conexión. Se negaba a fracasar, se negaba a defraudar a Callie y a Jim.

—¿Está Callie aquí? —él no se molestó en mirar a su alrededor. No sería capaz de localizarla si estuviera aquí. Siempre había mucha gente en otoño, cuando el estadio se llenaba con las competiciones de rodeo más importantes. La pequeña ciudad de Walnut Springs, en Colorado, registraba una gran actividad turística varias veces al año, entre las excursiones de verano, los rodeos de otoño y el esquí de invierno y primavera.

—Callie vino. Ha dicho que Jim sigue en el hospital. Debería salir mañana. La vi…

—¡Fenn! —un pequeño destello femenino de color lo abordó justo cuando atravesaba la última puerta y salía del estadio.

—¡Oomf! —gruñó al sentir el impacto del cuerpo de Callie contra el suyo—. Tranquila, niña. Aquí hay un

hombre herido —le advirtió, pero sonrió al ver la expresión de preocupación en sus hermosas facciones.

Sólo tenía veinte años, era una chica dulce, más parecida a la hermana pequeña que Fenn siempre había deseado, pero también era fuerte por dentro y por fuera.

—Lo siento —Callie bajó los brazos y se mordió el labio inferior. Sus ojos verdes avellana se llenaron de lágrimas—. Te vi caer y me asusté —sus manos alisaron su camisa rosa de cuadros estilo vaquero y arrastró los zapatos en la tierra.

—Oye, no pasa nada. Sabes que nunca te abandonaría, cariño —su instinto fraternal se activó y la estrechó entre sus brazos, sin importarle el dolor. Su coleta rubia se agitó un poco mientras intentaba girar la cabeza y acurrucarse en él. La soltó suavemente y dio un paso atrás—. ¿Cómo está Jim? Creía que salía hoy. George dijo que será hasta mañana —Fenn dirigió su mirada a George, quien asintió brevemente con la cabeza y los dejó solos.

Callie suspiró.

—Ya sabes cómo es papá. Refunfuña sobre la gelatina y quiere escapar por la ventana cuando la enfermera le da la espalda. Intenté decirle que la mayoría de la gente se toma en serio los infartos leves —ella puso los ojos en blanco, pero Fenn no pasó por alto el destello de sombras que surgió a continuación.

Él deseaba poder aliviar sus preocupaciones, pero no sabía cómo solucionar algo así. Los ataques al corazón eran una de las pocas cosas que Fenn no podía controlar. Jim podría mejorar o no, y él y Callie tendrían que enfrentarse a lo que ocurriera llegado el momento.

Se dirigieron a la carpa médica. Un médico vestido con jeans y bata blanca les hizo señas para que entraran antes de volverse hacia una jinete en carreras de barriles con un feo corte en la frente. En el interior de la carpa había cuatro mesas médicas portátiles y un enorme botiquín de

urgencias. La mayoría de las heridas sufridas aquí eran rasguños, cortes y contusiones ocasionales.

Siempre existía la posibilidad de que se produjeran lesiones graves al montar un toro. El personal del rodeo de Walnut Springs se preocupaba lo suficiente como para colocar una ambulancia junto a la carpa médica por si era necesaria una rápida llegada al hospital más cercano. Fenn nunca había necesitado ningún tratamiento después de una monta, ni una sola vez desde que había empezado en esto siendo adolescente. Era un poco humillante pensar que había acabado aquí a los treinta y tres años. Maldita sea, se estaba haciendo viejo, o tal vez se debía a todo el desgaste de su cuerpo, el duro trabajo en el rancho y la equitación. Definitivamente no era tan joven como Callie.

Se tumbó en la camilla más alejada de la otra jinete y luego se recostó. Todo su cuerpo se tornó flácido, como si por fin se percatara de que podía relajarse. La adrenalina había hecho su efecto y ahora él estaba colapsando. Sentía dolor en todas partes. El impacto de todo su cuerpo contra la arena no había sido agradable. Sentía que algo pesado le oprimía el pecho, le impedía respirar y apenas permitía la entrada de oxígeno. Le dolían todos los huesos de las piernas y los brazos, como si hubiera sido golpeado con un bate de béisbol. Lo que más le dolía era el tobillo; que irradiaba un dolor agudo. Quitarse la bota le iba a doler muchísimo.

—¿Estás bien, Fenn? —el rostro dulce y adorable de Callie apareció en su campo de visión mientras se inclinaba sobre la camilla y lo miraba fijamente.

—Hazme un favor, niña. Quítame la bota antes de que se me inflame el tobillo.

—Claro —Callie desapareció de su vista, y entonces el dolor lo golpeó como un tren de carga cuando ella le quitó la bota.

Fenn siseó, arqueando la espalda y murmurando varias palabrotas antes de que el dolor agonizante disminuyera un

poco y su visión dejara de dar vueltas. Cerró los ojos y respiró por la nariz.

—Lo siento mucho. Apuesto a que te ha dolido —la mano de Callie le tocó el antebrazo, acariciándolo ligeramente.

—No pasa nada —*nunca les muestres que sientes dolor.* El antiguo mantra llegó a él desde las tinieblas del pasado, cortando su pecho con un dolor interior. Había hecho ese voto hacía mucho tiempo, pero no recordaba por qué. Le dio una palmadita en la mano a la chica antes de frotarse las sienes con los dedos.

Su mente no dejaba de evocar lo que había visto mientras el toro lo arrojaba. Nada de eso tenía sentido… había visto cosas… había oído cosas. Nada de eso tenía sentido realmente. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Estaba teniendo finalmente un ataque psicótico? No sería la primera vez que tenía esa preocupación. A los ocho años, su padre los trasladó a Walnut Springs, y él había tenido terribles dolores de cabeza y alucinaciones.

Sólo después de pasar unos meses bajo medicación para el dolor y en sesiones de terapia, el dolor desapareció. Pero, a los trece años, su falleció y las pesadillas y los dolores de cabeza volvieron. Jim Taylor y su hija Callie lo habían salvado. Fenn se había mudado a Broken Spur y había empezado a trabajar para pagarse los gastos. El hogar que Jim le ofreció había sido un maravilloso escape de las realidades de vivir como huérfano. Broken Spur era su casa ahora, y el banco la embargaría en cuestión de semanas. La idea era deprimente. Fenn había tenido la oportunidad de salvarla esta noche y la había desperdiciado.

—¿Callie? —preguntó, abriendo los ojos de nuevo.

—¿Sí? —ella lo estaba mirando, con ojos llenos de adoración y amor adolescente. Él había intentado ignorarlo, pero sabía que ella lo adoraba. Era una pena que él no sintiera lo mismo.

—Lamento no haber podido conseguir el dinero. Le prometí a Jim que lo haría —se le formó un nudo en la garganta. Sus ojos ardían y parpadeó con fuerza varias veces. ¿Qué era lo que Jim solía decir? Los vaqueros nunca lloraban. Era curioso, Jim estaba más cerca de ser su padre que Lewis, el verdadero padre de Fenn, el hombre misterioso que había hablado poco y los había mantenido vestidos y alimentados con trabajos ocasionales por la ciudad durante cinco años antes de morir.

Callie intentó sonreírle, pero la sonrisa se marchitó en la comisura de sus labios.

—No era tu trabajo salvar el rancho. No te culpes. Papá y yo encontraremos una solución. Quizá todavía podamos modificar el préstamo. He estado intentando completar el papeleo. Todavía hay esperanza.

Esperanza. A Fenn no le gustaba la esperanza. Era una emoción variable que a menudo no daba resultados. Sí, él no apostaría por la esperanza en un futuro. No sólo eso, sino que cada vez que pensaba en ello, la simple idea de la esperanza llenaba su corazón y su alma de una desesperación que lo consumía todo. Era una reacción instintiva que él no podía explicar, como retroceder ante una serpiente. Reaccionó sin saber por qué. Sólo sabía que nunca le confiaría *nada* a la esperanza. Sólo podía apostar por sí mismo.

El médico ayudó a la otra paciente a salir de la carpa y, cuando la mujer se marchó, se acercó a Fenn. Con un gruñido, consiguió incorporarse y sentarse frente al médico de mediana edad.

—He oído que Tabasco te derribó —el médico sonrió agradablemente mientras hablaba, como si conversar sobre una experiencia cercana a la muerte fuera algo completamente normal.

—Sí. Me duele el tobillo derecho —alzó el pie sin bota. El médico le levantó la pierna por la pantorrilla y luego le

giró el tobillo con suavidad. Fenn resopló con dureza cuando el dolor volvió a atravesarlo.

—Se mueve de manera normal. Es un fuerte esguince —el médico cogió su pequeña tabla sujetapapeles y anotó unas cuantas cosas antes de mirar a Fenn. Luego sonrió, presionó la parte superior del bolígrafo para ocultar la punta y se lo metió en el bolsillo de la bata—. Trátalo con hielo durante los próximos días, mantenlo elevado para reducir la inflamación y… —el médico seguía sonriendo, como si le divirtiera alguna broma privada—. Nada de montar. Sé que vosotros sois el peor tipo de pacientes cuando se trata de restricciones, pero lo digo en serio. Nada de montar.

—Bien —refunfuñó Fenn. Su tobillo lesionado fue vendado firmemente con un soporte y Fenn cogió las muletas ofrecidas por el médico.

—Bien. Mañana visítame en la clínica si necesitas algo para el dolor o crees que está empeorando.

—Lo haré —prometió Fenn mientras se deslizaba fuera de la camilla, aterrizando con destreza sobre su pierna sana. Empujó el sombrero hacia la cabeza de Callie, quien se rio e inclinó el ala hacia atrás para poder ver—. Vámonos a casa —la visión de esa belleza pelirroja corriendo por la arena, con sus pequeños pies descalzos volando mientras lo salvaba y arriesgaba su maldito vida… era algo que tenía que olvidar, pero sabía que iba a pasar el resto de la noche pensando en ella y en cómo le gustaría castigarla por hacer algo tan estúpido.

¿Quién era ella? Y lo más importante, ¿por qué había arriesgado su vida para salvarlo?

**¿Quieres saber qué ocurre a continuación? ¡Consigue el libro AQUÍ!**

# Acerca del Autor

Lauren Smith es una abogada estadounidense de día y autora de noche que escribe romances osados y provocativos bajo la luz de la aplicación de la linterna de su teléfono inteligente. Supo que estaba destinada a ser escritora de novelas románticas cuando intentó reescribir toda la película *Titanic* solo para salvar a Jack de ahogarse. Su pasión es conectar con los lectores a través de la escritura de romances emotivos, realistas y sensuales, independientemente de la época. Ha ganado múltiples premios en varios subgéneros románticos.

Para conectar con Lauren, visítala en
www.laurensmithbooks.com
lauren@laurensmithbooks.com